CHRISTINE PRIDE
JO PIAZZA
No somos como ellos
Grijalbo narrativa

CHRISTINE PRIDE
JO PIAZZA
No somos como ellos
Grijalbo narrativa

CHRISTINE PRIDE
Y JO PIAZZA

No somos como ellos

Traducción de
Toni Hill

Grijalbo narrativa

Para nuestros amigos

Creo que el único secreto de la amistad radica en encontrarse con personas que sean mejores que tú

—no más listas, ni más modernas, sino más amables, más generosas y

más tolerantes— y apreciarlas por lo que pueden enseñarte, intentar escucharlas cuando te dicen algo de ti mismo, por malo o bueno que sea, y confiar en ellas, que es lo más difícil de todo. Pero que, al mismo tiempo, es lo mejor.

HANYA YANAGIHARA

Tan poca vida

Quizá ella y yo nos fallamos al concedernos la libertad para ser nosotras mismas, y quizá fuera esa la consecuencia inevitable de la auténtica amistad.

KATE CHRISTENSEN

Trouble

Prólogo

Cuando nota el impacto de las balas, primero en el brazo y luego en el estómago, la sensación no es la que siempre había imaginado. Porque, por supuesto, como cualquier chico negro criado en ese barrio, él la había imaginado. Había pensado que sería algo caliente y acerado, como un navajazo; en cambio, todo su cuerpo se enfría, como si alguien le hubiera rellenado las entrañas de hielo.

La sangre también supone una sorpresa, no por la gran cantidad —había fantaseado con un charco de sangre a su alrededor—, sino precisamente por lo contrario: apenas un reguero cálido y pegajoso que salía de debajo de la chaqueta cuando se desplomó en el suelo.

Oye pasos firmes y voces que se acercan: son dos. Uno está llamando a una ambulancia. Hablan en voz alta y rápido, no con él sino entre sí.

—Mira su carnet.

—No, no lo toques.

—¡Mierda!

Y luego:

—¿Dónde está el arma? ¡Cógele el arma!

Uno de ellos lo repite una y otra vez.

«No hay ningún arma». Él quiere explicarlo, pero no consigue pronunciar ni una palabra.

Llevaba los cascos puestos, con Meek Mill sonando a toda leche, cuando creyó oír gritos y percibió unos pasos resonando en el callejón. Se volvió, e instintivamente se llevó la mano al bolsillo para bajar el volumen de la

música. Eso fue una estupidez. Lo sabía de sobra. «Nada de movimientos súbitos. No seas una amenaza. Haz lo que te digan». Su madre se lo había inculcado desde que empezó a andar. Sin embargo, ni siquiera tuvo una oportunidad: su mente se movió mucho más despacio que las balas.

A su cabeza viene una imagen: su cara en las noticias. Sabe a ciencia cierta qué foto escogerá su madre: la foto de curso del año anterior, cuando terminó octavo. A ella le alegró que por fin hubiera salido sonriente, porque solía mantener la boca cerrada para ocultar el hueco entre los dientes, a pesar de que justo la semana anterior había oído que Maya, que hacía cola detrás de él en la cafetería, lo había calificado de «mono». Visualiza a Riley Wilson, la guapa presentadora del Canal Cinco, con sus brillantes labios rojos y esa voz suave como el chocolate fundido: «Justin Dwyer, de catorce años, fue abatido anoche por los disparos de dos agentes de la policía de Filadelfia…».

Observa su teléfono en el suelo a su lado, la pantalla rota forma una telaraña de grietas. Durante un segundo lo asalta el pánico: su madre había dejado bien claro que era el último móvil que le compraba. Y entonces la verdad se le aparece con la misma rapidez: ya no importa. En la mochila tirada junto al teléfono lleva un polo que aún no ha estrenado, el que se compró con su paga, diez pavos a la semana por sacar buenas notas, hacer la compra y preparar la cena las noches que su madre dobla el turno. Lo asusta pensar que igual jamás podrá ponérselo. Tiembla con espasmos nerviosos, como cuando se le acaba el tiempo en un examen. Hay tantas cosas que ya no llegará a hacer: conducir un coche, ver el océano, follar. Y

al oír el aullido de las sirenas, el temblor se vuelve incontrolable.

Intenta no pensar en su madre. Sabe cómo será su llanto porque lo oyó cuando murió su padre hace cuatro años. No podrá consolarla como hizo entonces, frotándole la espalda, repitiéndole «No pasa nada, no pasa nada»

aunque no fuera verdad, aunque lo aterraba haberse convertido de repente en el hombre de la casa.

«No pasa nada. No pasa nada». Se susurra esas palabras a sí mismo porque no hay nadie más que pueda hacerlo. Los agentes están cerca, tiene sus botas reglamentarias a la altura de los ojos; sus voces flotan y se alejan, mezcladas con el pitido de las sirenas y las conversaciones de las radios.

Uno de ellos se arrodilla a su lado.

—Aguanta, chico. Te vas a poner bien. Aguanta, por favor.

Él quiere decirles su nombre. Si saben su nombre, se sentirá menos solo.

Peor que el dolor o incluso que el miedo es la sensación de estar más solo que nunca.

En el cielo brumoso se ve una única estrella, que le recuerda la luz de la pecera que tiene en su habitación. Es algo en lo que centrar la atención, algo a lo que aferrarse hasta que pase lo que tenga que pasar.

1

Riley

«Los blancos no son de fiar». La voz de mi abuela resuena en mi cerebro sin yo saber muy bien por qué, con ese deje meloso de Alabama que conserva pese a que lleva casi una vida residiendo en Filadelfia. Juro que puedo sentir su hálito caliente en el oído. Sucede cada vez con más frecuencia en los últimos tiempos, desde que, hace dos semanas, Gigi se desmayó en el butacón de pana donde todas las tardes veía religiosamente *Judge Mathis*. Puede que se encuentre en el hospital Mercy sometida a diálisis periódicas, con un pronóstico que los médicos califican de

«reservado», pero también está en mi oído, con sus sensatos consejos y sus frases predilectas dichas al azar. «Lleva siempre un poco de dinero suelto encima». «No beses a un hombre de dedos finos». «Nunca bebas más de dos copas de un licor oscuro». A veces se muestra un poco más directa, como esta mañana, cuando pasé por el hospital y ella me soltó: «Cielo, esa falda es un poco corta, ¿no?».

Me miro la falda y me digo que quizá sí sea un poco corta para ir a trabajar. Tiro del dobladillo, y luego me obligo a olvidarme de todo y cruzo la doble puerta de la emisora con el mismo ímpetu que un crío que va a jugar al hockey. Arriba todos están enfrascados en la emisión de las seis de la tarde. Por primera vez en semanas he conseguido organizarme para no tener que ponerle voz a un reportaje o a una conexión en directo, para salir a una hora decente y por fin encontrarme con Jen. Aun así, ya llego veinte

minutos tarde. Saco el teléfono para avisarla de que voy de camino y para saber si ella ya ha llegado.

Es tarde incluso para una chica de color. Ven para acá enseguida!

«Muy graciosa, Jen…, graciosa de verdad». Pongo los ojos en blanco, divertida. ¿Por qué le hablé del concepto de la puntualidad que tenemos la

«gente de color»?

Me paro en el semáforo de la esquina, a la sombra de un cartel gigantesco donde aparece el equipo humano de la KYX Action News. Al mirar la cara de Candace Dyson, del tamaño de un planeta pequeño, y el brillo de su sonrisa iluminada por el sol vespertino, me viene a la cabeza ese pensamiento recurrente: «Algún día». Candace fue la primera presentadora negra de las noticias de la noche en la

KYX. Se convirtió en mi ídolo cuando yo era una cría y así se lo dije mi primer día de trabajo, hace cinco meses. «Me encantaba verte cuando era niña. Me disfracé de ti en dos Halloween seguidos», balbuceé.

En lugar de mostrarse halagada, reaccionó con una frialdad que no se ha disipado pese a mis intentos de confraternizar. Tal vez notó lo mucho que yo anhelaba su puesto. Tal vez me considera una amenaza. Tal vez lo sea.

Cuando el semáforo cambia por fin a verde, sigo calle abajo, con gotas de sudor en la nuca y el pelo más encrespado de lo habitual por culpa de la humedad. Estamos a veintiún grados, lo cual es absurdo teniendo en cuenta que solo falta una semana para diciembre. Tengo la impresión de hallarme de nuevo en Birmingham, y eso me provoca un escalofrío a pesar del calor.

Cruzo el umbral y me encuentro con un puñado de clientes disfrutando de la *happy hour*: un mar de vestidos ajustados de vivos colores y trajes azul marino. Propuse este lugar solo porque se hallaba cerca de la emisora, pero con solo entrar noto que la clientela, la falsa decoración granjera y las

camareras con pichis plisados se conjugan para desprender un tono pretencioso que resulta de lo más irritante.

No hace mucho esa calle estaba poblada de tiendas de licores y oficinas de cambio de moneda, era la clase de manzana por la que una mujer no paseaba de noche. Ahora todo parece haber cambiado en la ciudad: la gentrificación amenaza cada rincón, tan insidiosa como una corriente de agua que busca su camino entre las grietas; la suciedad y la vejez han sido reemplazadas por lofts elegantes y cervecerías artesanas. Apenas reconozco la ciudad donde crecí.

Tengo la misma sensación cuando distingo a Jen sentada en el bar. Tardo varios instantes en reconocer a mi amiga de siempre. Se ha cortado la melena a la altura del mentón. Hace tres décadas que la conozco y jamás la había visto con el pelo corto. Me parece una extraña. Sin querer, edito la escena hacia una imagen más familiar: la melena de Jen, de un rubio ceniza, cayéndole por la espalda, oliendo a la lavanda del champú Herbal Essences al que se ha mantenido fiel desde que íbamos a secundaria. Ella y yo no nos hemos visto tan a menudo como prometimos cuando me mudé de nuevo a casa, y admito que ha sido por mi culpa: el trabajo nuevo me ha absorbido por completo. Sin embargo, al verla ahora me invade una oleada de

amor.

«Jenny».

Me detengo un momento a observarla, una costumbre que tengo desde que éramos niñas. En aquel entonces pensaba que, si la estudiaba lo suficiente, podría entrenarme para llegar a ser más como ella: alegre, extrovertida, valiente. Pero eso nunca va así. Al final una no puede evitar ser como es.

Jen se inclina hacia el hombre que está sentado a su lado, le susurra algo, le propina una palmada juguetona en el muslo y luego se echa a reír tan fuerte que las miradas se vuelven hacia ella. Él está hipnotizado,

regodeándose en esa atención como un lagarto gordo tumbado al sol en una roca. Esa es la habilidad de Jen: atraerte, hacerte creer que tienes algo único e interesante incluso cuando eres una persona corriente y moliente, y extraer de ti información íntima sin que apenas te des cuenta. Es probable que a estas alturas ya esté al corriente de si ese tipo se lleva bien con su madre, de cuándo lloró por última vez y de qué preferiría hacer con su vida aparte de acudir a la *happy hour* de gastropubs pretenciosos. Es su don, una familiaridad agresiva. Por eso siempre era Jen la que rompía el hielo en las fiestas, el primer día de clase, en la primera reunión del equipo, y yo me quedaba tres pasos por detrás, esperando que ella cumpliera con su papel de embajadora, que hiciera amistades por las dos. Para Jen era fácil porque, a diferencia de mí, encaja bien en todas partes y con todo el mundo.

Y aunque no puede decirse que sea guapa en un sentido estricto —ella bromeó una vez diciendo que era «sexy de gasolinera…, la versión barata de Gwyneth Paltrow»—, siempre ha tenido éxito con los hombres. Como ese tipo, que ahora ya se le acerca un pelín demasiado a pesar del anillo de casada, que hasta yo veo desde aquí. Y a pesar del que lleva él.

Doy unos pasos hacia donde está ella y me paro en seco cuando Jen se vuelve un poco. Asomando bajo su túnica negra, distingo una barriga redonda. Me sorprende tanto como el corte de pelo, aunque no debería extrañarme. La última vez que la vi, para tomar un aperitivo antes de Halloween, apenas se le notaba. Al ver ahora su barriga, casi tan grande como aquellas pelotas de fútbol que solíamos ponernos debajo de la camiseta cuando jugábamos a estar embarazadas, asumo que todo es real. El embarazo no habría prosperado sin mi ayuda, pero aún tengo que hacerme a la idea de que Jen vaya a tener un hijo.

Como si me presintiera, Jen se gira y grita:

—¡Leroya Wilson, mueve el culo y ven aquí!

Me sobresalto al oír mi nombre auténtico, que dejé de usar hace años, y por un segundo me pregunto a quién le estará gritando en medio del bar.

Luego veo la expresión de su cara y comprendo que lo hace en plan cariñoso, como si quisiera evidenciar así nuestra larga amistad. «Yo ya te conocía entonces». Resulta gracioso: aunque ni siquiera recuerdo con exactitud cómo se me ocurrió mi nuevo nombre, sí recuerdo lo insistente que me puse con el tema. Sucedió después de una excursión escolar al canal de noticias que hicimos cuando íbamos a octavo. Allí, en la sala de control, contemplando la energía y la acción que desprendía el noticiario en directo, al ver a Candace sentada en el plató con aquel peinado de rizos, rígido como si llevara un casco, y los labios pintados de Fashion Fair color coral, nació un sueño.

Me incliné y, allí mismo, le susurré a Jen al oído: «Voy a ser como ella, Jenny. Seré la nueva Candace Dyson».

Durante las siguientes semanas, a la salida del colegio, me pasé horas frente al espejo del cuarto de baño, vestida con la chaqueta de cuadros que mamá me había comprado para el grupo de debate, practicando la entradilla: «Les habla Leroya Wilson, desde Action Five News». Pero no me sonaba del todo bien. Ya era bastante raro ver a alguien en televisión que se me pareciera, y las que salían nunca tenían nombres como Leroya. Y

así fue como pasé a ser Riley.

Para cuando consigo abrirme paso hasta la barra, Jenny ya se ha puesto de pie para saludarme.

—¡Vaya, mamá! —suelto.

—Estoy inmensa, ¿verdad? —Jen arquea la espalda y se coloca una mano debajo de la barriga para enfatizar su tamaño.

—Bueno… ¡Me refería a tu pelo!

—¡Ah, sí! ¡Sorpresa! Me lo hice la semana pasada. Lo quería más corto y

manejable, pero que no me diera aspecto de señora. —La mano pasa

de la barriga a ahuecar el nuevo corte—. No tengo pinta de señora, ¿verdad?

—No, para nada —miento—. Te queda muy bien. Ven aquí.

Abrazo a Jen y me sobresalto un poco al notar esa barriga dura contra la mía. Cuando hundo la cara en su cabello, el olor familiar a lavanda es tan intenso que casi puedo mascarlo. La nostalgia es como una manta cálida.

Doy gracias a Dios por no haber cancelado la cita. Se me pasó por la cabeza en más de una ocasión a lo largo del día, pero ahora, aquí, abrazada a Jen y envuelta en una nube de recuerdos, el estrés por Gigi, por el trabajo, por la lista interminable de obligaciones y por el cansancio se disipa para dejar espacio solo a Jenny, y me doy cuenta de que eso es exactamente lo que necesitaba. Ya estoy más relajada con solo saber que durante las próximas horas no tengo que esforzarme para impresionar a nadie. A veces no hay nada mejor que estar cerca de alguien a quien quisiste antes de convertirte en una adulta. Es como encontrar tu sudadera favorita al fondo del armario, aquella de la que te olvidaste cuando dejaste de ponértela, y empezar a dormir con ella todas las noches.

La presión de la barriga de Jenny contra la mía me recuerda una de esas obligaciones: tengo que devolverle la llamada a Cookie. Se supone que debo organizar la fiesta de embarazo de Jen junto con su suegra, montar un almuerzo el día de Año Nuevo, y Cookie me ha dejado tres mensajes en lo que llevamos de semana. Pero cada vez que cojo el teléfono para llamarla, encuentro razones para aplazarlo. Sobre todo porque Cookie —una mujer que usa «álbum» como verbo, no deja de comentar sus posts en Pinterest y habla de Chip y Joanna Gaines como si los conociera de toda la vida— no para de decir cosas como «¡Es el año del bebé!», como si esa fuera una expresión que la gente suele usar. Su último mensaje de voz fue un abrumador monólogo de dos minutos sobre el color de los globos de la

fiesta, un tema que se complica porque Jen se niega a querer saber el sexo del bebé.

«¿No te parece que es una muestra de egoísmo?», preguntaba Cookie en su discurso grabado.

«Bueno, tal vez lo egoísta sea empeñarte en saberlo, Cookie». Es lo que quiero decirle, pero no lo haré, claro. Podría caérseme la lengua, de la de veces que me la he mordido al hablar con ella. Supongo que es el

precio que debo pagar para que Jenny tenga la fiesta que se merece, y sé que, si intercambiáramos los papeles, Jen se pasaría las noches hablando por teléfono con mi madre para intentar convencerla de que servir ponche de ron en biberones sería excesivo.

Si hay algo que entusiasma a Jen es una fiesta, pero siempre se toma la molestia de tener en cuenta los sentimientos ajenos, y eso te hace sentirte adorada, además de poco merecedora de tantas atenciones.

Por ejemplo: este verano, el día que regresaba de Birmingham para instalarme aquí, nerviosa y exhausta después de conducir durante trece horas sin parar, me encontré con Jen a las puertas de la cafetería que hay junto al bloque donde vivo ahora, donde llevaba esperándome desde Dios sabía cuándo. Traía no uno, sino dos regalos de bienvenida: una planta de interior con púas y una foto enmarcada de las dos cuando éramos niñas.

—¡No puedes cargarte un cactus! —insistió abrazándome con fuerza, antes de depositarla en mis brazos.

Sí que lo hice, me cargué la planta en tiempo récord, pero la foto todavía está en la chimenea. Es una de mis favoritas. Nos la hicieron cuando teníamos seis o siete años. Habíamos pasado la tarde correteando bajo el sol cerca de la fuente de Logan Square, con un centenar más de niños enfebrecidos, y la cámara nos captó tumbadas una al lado de la otra sobre el

cemento húmedo, cada una con su biquini de topos de color rosa y con las manos entrelazadas.

Mientras esperábamos que el casero me diera las llaves, nos sentamos en el bordillo, agobiadas bajo un calor bochornoso. Jenny extendió la mano para secarme la cara.

—Tranquila, ya estás aquí —me dijo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Estaba tan…

contenta, o tal vez sería mejor decir aliviada. Después de todo lo que había sucedido en el último año, podía empezar realmente de cero. Sentadas allí, juntas, sobre el cemento caliente, se produjo uno de esos extraños momentos en que, por un breve instante, las piezas de tu vida se ensamblan de manera correcta. Estaba en casa.

Jenny me señala los dos taburetes que hay a su izquierda.

—Ven a sentarte. —Quita la chaqueta tejana que había extendido sobre el asiento, ajena a la irritación que demuestra el tipo sentado a su lado por haber perdido su atención de un modo tan brusco. Ella ya se ha olvidado de él—. He guardado tres asientos. Uno para ti y dos para mi culazo.

—¡Ya te gustaría tener un culazo! —bromeo—. Estás fantástica. ¡Se te ve radiante!

—Tú también. Aunque siempre parece que estés lista para salir por la tele, así que no me sorprende. Te están creciendo los rizos. Eso está bien.

Estira la mano para tocarlos. Jenny es la única mujer blanca del mundo a la que le permito algo así. O convencerme de que me corte el pelo.

—¿Sabes? Antes pensaba que lo de cabrearte cuando la gente quería tocarte el pelo era una manía rara, pero ahora que estoy así —apoya una mano en cada lado de la barriga—, ya lo entiendo. Soy como la lámpara de Aladino. Nadie pregunta. La frotan y punto.

No son cosas comparables, pero no quiero discutir por eso.

Me toco mis rizos, que ahora se ven aún más exagerados, al lado del elegante corte de Jen, y eso empieza a mosquearme.

—¿Y entonces por qué te empeñaste en que me los cortara dos días antes de que empezara en el nuevo trabajo?

—Es culpa mía. Lo admito. Pensamos que te quedaría muy a lo Kerry Washington en la segunda temporada de *Scandal*.

—Ya. Pues acabó pareciéndose más a la Kim Fields de *The Facts of Life*.

Solo me faltan los patines.

—Esto te animará, Tootie. —Jenny me acerca una de las dos copas frías; no hace falta que me diga que es un vodka con tónica.

—Por eso te adoro.

Un trago largo envía el fresco líquido hasta el estómago y me recuerda que, una vez más, no he encontrado tiempo para probar bocado en todo el día.

—Que sepas que estoy muerta de celos. —Jenny alza su copa—. Ginger ale a secas para mí.

—Va, tómate al menos una copa de vino conmigo —le suplico, porque beber sola no tiene mucha gracia. Ahora que estoy aquí solo quiero emborracharme con mi amiga de siempre.

Jenny baja la vista y sus manos acarician la barriga con aire protector. Me siento como si acabara de entrometerme en un tema íntimo.

—No quiero correr ningún riesgo, Rye.

No debería haber sugerido el vino. No después de tantos años de intentos infructuosos, de abortos, y de todas las rondas de reproducción asistida. Jen menea la cabeza.

—No puedo, en serio.

—Lo entiendo.

Y es verdad, no miento, pero resulta irónico este cambio de papeles dado

que, durante años, Jen había asumido la misión de animarme a que me dejara llevar, a que «viviera un poco». Doy otro sorbo de manera ostensible.

—Pues tendré que beber por las dos.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! ¡Dios, cuánto te he echado de menos!

Jen me coge la mano en cuanto suelto la copa. No sé por qué, me invade una timidez repentina ante esa efusión de afecto; timidez y, también, un sentimiento de culpa.

—Siento mucho haber estado tan ausente. El trabajo ha sido una locura.

Pese al corrector de ojeras «milagroso», en el espejo inclinado que hay sobre la barra soy capaz de ver los círculos oscuros y las arrugas que me rodean los ojos, y que me sitúan más cerca de los cuarenta que de los treinta. Eso de que a los negros no nos salen arrugas es un cuento. Está claro que los turnos de doce horas, los entre siete y diez reportajes que me encargan por semana y las conexiones en directo casi de madrugada se están cobrando su precio. Sería trabajo para tres

personas, pero a estas alturas ya me he acostumbrado. «Tienes que trabajar el doble para conseguir la mitad que ellos, niña». Era un mantra que se nos repetía a todos los niños negros, tan constante como los avisos de echarse crema en las rodillas peladas.

—No te disculpes. Lo comprendo. Y la verdad es que lo estás petando.

Me encantó la historia de anoche sobre por qué la ciudad debe invertir más dinero en los comedores de las escuelas del oeste de Filadelfia. No tenía ni idea de cuántos críos iban al cole sin almuerzo porque no podían pagárselo.

—¿Lo viste?

Me había llevado semanas convencer a mi jefe, Scotty, el director de informativos, de que me dejara tocar ese tema, pero luego, cuando

empezaron a entrar emails felicitándonos, tuvo a bien olvidarse de sus palabras: «No creo que a nadie le importe mucho eso, Wilson».

—¿Me tomas el pelo? Claro que lo vi. ¡No me pierdo ni uno de tus reportajes, Rye! Eres el único motivo por el que veo ese patético noticiario local. ¡Y pronto serás la presentadora!

Jen brinda conmigo con tanto entusiasmo que temo que rompa el vaso.

—Bueno, ya veremos.

Brindo a medias, por miedo a gafarlo sin querer. «Quien mucho abarca, poco aprieta». Jen fue la única persona a la que le confié los rumores de que Candace podía estar pensando en jubilarse. Yo siempre había creído que pertenecía al tipo de mujeres que saldría de un estudio con los pies por delante, pero, a decir verdad, cuando Scotty me invitó a comer el mes pasado, confirmó los rumores de que Candace estaba «explorando otras posibilidades» y de que, con toda probabilidad, él buscaría a alguien de la casa para sustituirla. Por la manera en que lo dijo quedaba claro que Candace, una mujer que acababa de cumplir los sesenta, estaba siendo despedida después de más de dos décadas en la emisora. Yo debería haber protestado ante tal injusticia, pero estaba demasiado concentrada en lo que eso podía significar para mí: la oportunidad de presentar las noticias. Era mucho pedir, dado que yo solo llevaba unos meses en la emisora, pero desde que Scotty deslizó la posibilidad, se ha convertido en un dorado trofeo que trato de alcanzar, como un bebé goloso que estira sus manitas rollizas para coger unos caramelos. Sin embargo, que Jen lo dé por

hecho aumenta mi ansiedad por si no llega a ocurrir.

—Lo conseguirás, confía en mí —continúa Jen—. Lo sé. ¡Presentadora a los cuarenta! Siempre te marcaste esta meta, ¿no? Vas a ocupar ese puesto y tus rizos se verán en el cartel a dos kilómetros de distancia. Serás famosa, y así podré contar a todo el mundo que yo te conocí cuando practicabas los

besos con lengua con una almohada y la imagen del actor Taye Diggs encima. —Vuelve a bajar la vista y se acaricia la barriga con las manos—.

Todo nos está saliendo bien, Rye. Nuestros sueños se hacen realidad.

—Dios, ¿recuerdas cuántas partidas de MASH llegamos a jugar? Tengo la impresión de haberme pasado la vida viviendo en una cabaña con Cole Bryant, de la clase de mates.

—Mira, guapa, te habría encantado vivir en una cabaña con Cole. ¡Sus calzoncillos te volvían loca!

Resulta curioso pensar en cuántas horas interminables dedicamos Jen y yo a imaginar nuestra vida futura: dónde viviríamos, a qué nos dedicaríamos, a quién amaríamos y cuántos hijos tendríamos. Lo único que queríamos era que el tiempo avanzara a toda velocidad y sucediera todo ya.

Y ahora aquí estamos. Se suponía que esta sería la parte de comer perdices; lo que no entendíamos entonces era que la madurez sería una inagotable serie de comienzos: nuevas ciudades, nuevos empleos, nuevas relaciones, nuevos bebés, nuevos problemas. Tal vez por eso no consigo esquivar nunca la sensación de encontrarme siempre a la espera de lo siguiente.

—Por nosotras, ahora que ya estamos creciditas. —Esta vez soy yo la que brinda con entusiasmo. La cabeza me da vueltas porque me he tomado la copa demasiado rápido y me rugen las tripas—. Necesito comer algo.

—Y yo. Estamos muertos de hambre.

Tardo un segundo en captar por qué Jen habla en plural.

El menú es una especie de pergamino largo prendido a una base de cuero y con la fecha del día en el encabezado, como si fuera un periódico. Todos los platos parecen tener un origen determinado.

Steak tartar del condado de Bucks, burrata fresca de Haverford, descrita como «de granja», y miel procedente de los panales que hay en el tejado del restaurante. Queda

bastante lejos de las porciones de pizza, los refrescos y las hamburguesas baratas con las que nos criamos.

—Todo es supercaro —dice Jenny, que contempla el menú como si le planteara un problema a resolver.

Tiene razón, los precios por «la degustación de platillos» son tan absurdos como sus descripciones. Yo debería haber escogido un lugar más asequible, teniendo en cuenta los apuros por los que están pasando Jenny y Kevin. Pero intento evitar a toda costa hablar de dinero, para no recordarle la deuda que se cierne entre ambas: el préstamo que, me consta, nunca podrá devolverme. No tuve otra opción, las cosas como son. Tenía que darle el dinero. El año pasado, cuando vine a pasar la Navidad con mis padres, ella se dejó caer por casa en Nochebuena, como siempre. Estaba hecha un manojo de nervios. Habían pasado más de seis semanas desde que la última inseminación, el tercer intento, se frustrara una vez más.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —le pregunté al tiempo que nos pasábamos la botella de vino tinto, y enseguida me pregunté qué le diría si Jen me pedía que tuviera a su hijo, en plan argumento de telenovela.

—Nada.

Jen se dejó caer en la cama donde dormía yo de niña. Me senté a su lado, abracé con fuerza su cuerpo delgaducho y enterré la cara en su pelo. Olía como si no se lo hubiera lavado desde hacía días; ni rastro del perfume a lavanda.

—Podéis volver a intentarlo, ¿no?

—No. No podemos. —Jen suspiró.

—Claro que sí. Seguro que lo haréis —insistí—. ¿Qué os cuesta probarlo de nuevo?

Hubo una larga pausa antes de que respondiera.

—Dinero. Ya debemos…, bueno, unos treinta mil.

—Treinta mil dólares —repetí, intentando procesar aquella cifra

descabellada.

Era más que el salario anual de mi primer empleo después de la facultad, cuando trabajaba de reportera para todo en Joplin, Missouri. Y era una cantidad de dinero absurda para invertirla en algo que, al fin y al cabo, no parecía estar funcionando. El bebé brillaba por su ausencia. No obstante, me propuse con firmeza no juzgar. Además, nunca había visto así a Jen. Era doloroso ser testigo de que alguien a quien quieres desea algo con tanta desesperación, presenciar lo mucho que la alteraba cada aborto, volviéndola más frágil y más amargada. Gigi decía que era como si el propio espíritu de Jen se pudriera como fruta olvidada. Solo me quedaba una opción.

—¿Cuánto necesitas? —Me preparé para la respuesta.

Jen no respondió enseguida, y eso me dio esperanzas de que rechazara mi ofrecimiento, lo cual, tal vez, era lo que yo quería en el fondo.

—¿Quizá cinco mil? —dijo por fin, con un hilo de voz que jamás le había oído emplear—. Eso sería una gran ayuda…, si no es demasiado.

De nuevo, intenté no reaccionar ante la cifra y me limité a extenderle un cheque que se llevó de un plumazo más de la mitad de mis ahorros, logrados tras muchas horas de esfuerzo. Su tono de voz al darme las gracias al tiempo que me estrechaba entre sus brazos lo compensó todo. Y aún más sus gritos, tan altos que tuve que alejar el teléfono de mi oído, cuando me llamó para decirme que la siguiente inseminación había salido bien. Sin embargo, a veces el dinero parece una chinita que se te ha metido en el zapato: no es que te impida caminar, pero la notas. Ahora, las dos contemplamos su barriga y llegamos en silencio a la misma conclusión: esa pizca de tensión entre ambas es un precio pequeño a pagar.

—No te preocupes, pasaré la cuenta a la emisora. Quizá grabemos un reportaje de este sitio. —Miento de nuevo para que ambas nos sintamos

mejor—. Pide lo que te apetezca. Pago yo… o, mejor dicho, paga la emisora.

Jenny vuelve a fijar su atención en la carta, visiblemente aliviada.

—Bueno, en ese caso vayamos a por todas. Divirtámonos. Hemos recorrido un largo camino desde Chef Boyardee, ¿no crees?

El camarero por fin se separa de la pandilla de rubias con pinta de no

tener edad para beber y nos presta un poco de atención. Diría que me reconoce porque me mira dos veces. Resulta embarazoso lo mucho que me gusta esta sensación, que una nunca se acostumbre del todo. Le brindo una sonrisa dócil, pero él ya está metido en su papel de camarero y nos suelta un brusco «¿Qué desean pedir?». Incluso entonces, se dirige solo a Jen, como si fuera ella la que se hará cargo de la cuenta. Pido platillos por valor de cien pavos con el fin de demostrar algo, aunque no estoy muy segura de qué exactamente. El tipo se aleja antes siquiera de que yo deje la carta en la mesa.

—¡Nos vamos a poner las botas! Kevin está cogiendo todos los turnos que puede antes de que nazca el bebé y hace horas extra los domingos, en los partidos de los Eagles, así que me paso las noches tomando cereales a solas en el sofá mientras veo *Fixer Upper*.

—La vida glamurosa de las esposas de los polis.

Jen se muerde el borde del labio inferior, un tic nervioso que tiene desde siempre y que incluso le ha dejado una pequeña cicatriz blanca.

—Ojalá. Ha sido duro. Las vacaciones son una mala época para ser poli.

Se supone que Acción de Gracias y Navidad son el periodo más feliz para mucha gente, pero se incrementan mucho las llamadas, los episodios de violencia doméstica y los suicidios. Kevin tuvo que acudir a uno la semana pasada: el día después de Acción de Gracias un tipo se colgó de la barra del columpio de su hija en el patio trasero de su casa. Horrible, ¿no crees? Dejó

una nota pegada al columpio donde decía que no podía luchar contra los demonios. Kevin estuvo alterado durante días. No dice nada, pero yo lo veo. Es demasiado para un poli… Se convierten en trabajadores sociales, terapeutas… En fin, dejemos el tema. Dios, es deprimente… ¿Cómo está Gigi?

Desde que la conoce, Jen ha llamado a mi abuela por el mismo nombre que usamos mi hermano Shaun y yo, el que le puse cuando aprendía a hablar y no sabía decir «abuela». A Gigi le encanta, por supuesto, porque para ella Jen es una nieta más. Yo bromeo con ella acusándola de querer a Jen más que a mí, y ella hace lo mismo. Desde el primer día que Jenny acudió a la guardería improvisada que llevaba Gigi, la que inauguró cuando se mudó a nuestra casa después de que el abuelo muriera y ella dejara Bell Atlantic, la empresa donde había trabajado durante treinta años, mi abuela le cogió un cariño especial.

La llamaba «mi pequeño petardo».

Siempre me meto con Gigi por eso. «Pero ¿crees que podemos confiar en ella? Al fin y al cabo, es blanca», le digo.

A lo cual Gigi, con pasmosa sinceridad, siempre responde: «Cariño, ya sabes que Jenny es distinta. No es como los otros».

Era gracioso oírlo, porque suele ser lo que la gente ha dicho siempre de mí.

—Oí a mi madre hablando con el padre Price sobre la necesidad de empezar a pensar en el funeral de Gigi y me enfadé mucho. Actuaban como si ya no estuviera.

Jen apoya la mano en mi brazo.

—Gigi es una luchadora, Rye. Aún le queda mucha vida dentro.

—No lo sé… La diálisis ya no funciona, y los médicos no pueden hacer gran cosa. —Me callo por un momento, temiendo que Jen vaya a pensar que estoy loca, pero decido contárselo de todos modos—. Gigi ha estado

acechándome. Oigo su voz por todas partes, Jenny. Tengo la impresión de estar perdiendo la razón.

—¿Te recuerda que las chicas buenas llevan pantis?

Jen hace una mueca y suelta una carcajada, tan sonora que la gente vuelve a mirarnos. No cabe duda de que está pensando en la vez en que Gigi insistió en que Jenny cogiera prestadas unas medias suyas para ir a la iglesia un domingo, después de pasar la noche en casa, a pesar de que eran dos tonos demasiado oscuros para las pálidas piernas de Jenny.

—¡No tiene ninguna gracia! —digo yo—. Tal vez esté perdiendo la chaveta.

—Anda, calla. Tú no estás loca. Estás preocupada por ella. La quieres. Y

tienes muchas cosas en la cabeza. —Jen masajea el nudo que se me ha formado entre los omóplatos—. Debería ir a verla.

—Sí, le encantaría. Me preguntó por ti, y le dije que habíamos quedado esta noche. Querrá acariciarte la barriga y hablarte del

porvenir del bebé.

Con quién se casará, cuando será elegido presidente…

—¿Sabes que, por culpa de Gigi, crecí convencida de que todos los negros tienen poderes psíquicos?

—No es nada psíquico. Son los hormigueos.

Gigi siempre afirmaba que las mujeres de la familia Wilson tenían esa facultad, la capacidad de adivinar el futuro cuando sentían esos hormigueos.

Estoy a punto de recordarle a Jen la vez en que intentamos convencer a Gigi para que sacara dinero de los chavales del colegio a cambio de sus lecturas del futuro cuando percibo que la conversación ha cambiado de tono. Jen tiene la mirada fija en el vacío, las cejas fruncidas.

—¿A ti no te gustaría poder ver el futuro, Rye? Yo solo quiero saber que todo va a salir bien. Que él, o ella… Que todo saldrá bien, ¿sabes?

Jenny y yo nos pasamos la infancia pidiendo deseos: que los chicos que

nos gustaban se fijaran en nosotras, conseguir las sudaderas que nuestros padres no podían comprarnos, que nos crecieran las tetas. Jenny se enfadaba cuando no le confesaba los míos, aquellos que me daban más vergüenza o que más deseaba ver cumplidos. Yo no quería arriesgarme a malograrlos.

Cojo a Jen de las manos para infundirnos confianza a las dos.

—¿Esto es cosa de las hormonas? Hace un segundo brindábamos por nuestros sueños hechos realidad. Claro que el bebé está bien. Pajarito está sano y feliz, y arde en deseos de burlarse conmigo de su mamá.

Cuando Jenny empezó a llamar al bebé «Pajarito», por la mascota de los Eagles de Filadelfia, el nombre me sonó tremendamente cursi, pero con el tiempo he llegado a la conclusión de que es bastante simpático. Incluso encontré unos bodis para bebés con pajaritos y le compré veinte que pienso colgar en la dichosa fiesta. Y una camiseta para ella con el lema «Mamá Pájaro». Así que ya he hecho algo, aunque sea sin la aprobación de Cookie, lo cual, me temo, complicará las cosas.

—Estoy aterrada, ¿sabes? Cuanto más se acerca el momento… —Jen

se calla y vuelve a mirarse la barriga—, más miedo tengo. Son tantas las cosas que pueden salir mal… Me entiendes, ¿verdad?

Sé con exactitud lo que quiere decir: el pánico acuciante de saber que todo por lo que has trabajado puede esfumarse en un segundo; de que a nadie le importará que te hayas matado para hacerlo todo bien. Lo sé perfectamente.

—Todo va a ir bien, Jenny. Mejor que bien. ¡Y estoy tan contenta por ti!

Cierto es que se trata de una alegría compleja. Quiero disfrutar de esta nueva parte de la vida de Jenny, pero ha habido momentos en que me he dejado llevar por pensamientos bobos, mezquinos y egoístas. ¿Qué significa todo esto para mí? ¿Cómo me afectará? Sin embargo, en este instante nada de eso importa. Solo tiene cabida la pura y absoluta alegría de ver que Jen

está a punto de conseguir lo que siempre ha querido, su propia versión de la silla del presentador.

La atraigo hacia mí y la abrazo con fuerza, con la esperanza de que el contacto físico penetre en ella más que las palabras. Cuando se separa para mirarme, se encuentra tan cerca que podría contar la constelación de pecas que salpican su nariz. Sigo sin decir nada. Entonces me llevo el dedo índice al centro de mi ceja izquierda, y el truco funciona: el recuerdo disipa cualquier temor de la cara de Jen.

Teníamos doce años cuando decidí probar a depilarme mis pobladas cejas por primera vez. Quería darles una forma de arco afilado, como las de la Spice pija. Pero estaba tan nerviosa que arranqué pelos y más pelos hasta que desapareció la mitad de la ceja izquierda. Nadie logró sacarme de mi habitación: ni Gigi, ni mi madre. Por fin, me decidí a abrirle la puerta a Jen, quien, en cuanto me vio, se revolcó por el suelo muerta de risa, lo cual solo sirvió para que mi llanto arreciara. Luego, mientras yo seguía sollozando, Jenny se metió en el cuarto de baño, cogió una maquinilla de color rosa y se afeitó la mitad de su ceja izquierda. En las escasas ocasiones en que me he enfadado con ella, el recuerdo de ese día me basta para perdonarla, del momento en que Jenny se afeitó media ceja por mí.

—Tienes razón, tienes razón. Estoy segura de que todo irá bien. Y…

¿sabes una cosa? Tengo noticias. —Jen vuelve a estar radiante, su aire sombrío se ha disipado con la misma rapidez con que llegó—. El lunes les presenté oficialmente mi renuncia.

—¿En serio?

Me pilla tan desprevenida que me resulta difícil mantener un tono neutro.

Entiendo que ser la recepcionista de la consulta de un dentista de la Main Line no es el sueño de nadie, pero, dada su situación económica, dejar de trabajar no me parece la mejor opción.

—¿Qué? —pregunta Jenny como si hubiera esperado una reacción más entusiasta por mi parte.

—Nada. Me sorprende, eso es todo. No te tenía por una de esas madres que se quedan en casa.

—No es definitivo. Los horarios de Kevin son una locura. Cambian todo el tiempo. Trabaja cuatro días y luego cuatro noches, y eso sin contar las horas extra. Uno de los dos necesita flexibilidad. Es mejor que yo me quede en casa. Él está a las puertas de convertirse en sargento, lo cual significa un aumento de sueldo. Y yo pienso dedicarme a criar al bebé, a hacer tostadas por las mañanas y a preparar comidas sanas para los dos, tal y como hacía Lou.

Tardamos un segundo en echarnos a reír por la distancia que separa esa frase de la verdad. Lo único que se le ha dado bien a Louise, la madre de Jen, son los chistes guarros, los martinis guarros y las miradas guarras. Su idea de comida casera son los platos precocinados.

Como si nos estuvieran escuchando, llega la comida y centramos la atención en los aperitivos, cuyo tamaño confirma el nombre de «platillos».

Las minihamburguesas de ternera criada en granja no son mayores que medio dólar. Jenny se mete dos en la boca como si fueran palomitas y unas gotitas de mostaza le caen sobre la barriga. Sumerjo el extremo de la servilleta en el vaso de agua y le quito la mancha. No dejé de compartir la ropa con ella porque sí.

—Dios, estaba hambrienta —dice Jenny mientras ataca un dátil envuelto en beicon—. Escucha. Tengo más noticias. Kevin ha encontrado un hombre para ti.

A Jen le gusta dar la impresión de que Kevin está mucho más interesado en mi vida de lo que en realidad lo está; sospecho que ella siempre ha tenido esa idea romántica de que seríamos los Tres

parecido. Sin embargo, no puedo decir que Kevin y yo nos cayéramos especialmente bien cuando nos conocimos hace años, a pesar de que Jenny no había cesado de repetirme que lo adoraría. La primera impresión que tuve al verlo fue: «¿Este?». Era difícil distinguirlo de todos los demás tipos blancos con camisas de cuadros que habíamos conocido en el pub irlandés de Walnut Street en alguna de mis escasas visitas familiares. Kevin no era como yo esperaba, basándome en todos los novios que lo habían precedido: el tatuador artístico, el jugador de póquer profesional, el *loser* que vivía en un embarcadero y cultivaba hierba con hidroponía. Fue una tarde agradable, sin duda, y comprobé lo mucho que Kevin adoraba a Jenny, pero quedó claro que él no pensaba esforzarse mucho para ganarse mi aprobación a pesar de que yo era, oficialmente, la mejor amiga de su novia. Más tarde los oí hablar y él le decía a Jenny: «Sí, es guay, pero sois tan distintas…». Era un comentario justo porque yo tenía la misma impresión de él. Kevin —el simple, básico y soso Kevin, con sus pantalones de algodón — no era la clase de hombre que siempre había imaginado como pareja de mi amiga.

«No está a tu altura». Esa fue mi primera reflexión cuando, un año después, Jen anunció que se habían comprometido. Y luego: «Por favor, no te conformes». Sin embargo, proferí un grito de alegría que me ayudó a tragarme las dudas y prometí volcarme en mis tareas como dama de honor de inmediato. No tengo ni idea de lo que Kevin piensa de mí más allá de lo

«distinta» que soy, pero no creo ni por un momento que pierda ni un minuto en buscarme pareja. Eso es cosa de Jen, que, como cualquier casada del mundo que tiene una amiga soltera, se ha obcecado en encontrarme a alguien.

—¿Ah, sí? —Adivino la razón por la que Kevin cree que ese tipo y yo estamos hechos el uno para el otro.

Jen da un buen mordisco al pastel de cangrejo y habla mientras mastica.

—Se llama Kayvon Freeman.

Ya lo tienes: un hermano destacado.

—Acaba de entrar como inspector junto con Kevin en el distrito Veintidós. Recién llegado de Delaware… Creo que quería trabajar en una ciudad más grande o algo así.

¿Un poli? Ni loca saldría con uno. Pero no puedo decirle eso a Jen, claro.

—Y está bueno. Alto, porque sabemos que para ti es imprescindible que lo sea. Kevin dice que os entenderéis la mar de bien. ¡Y quedará perfecto con nosotros! Kevin, Kayvon… Es perfecto.

—Tengo cero tiempo para quedar ahora mismo, Jen. —Es mi respuesta fija, ofrecida en tono reflexivo como defensa y a la vez como excusa—.

Estoy demasiado ocupada. Necesito…

Jenny me hace callar con la palma de la mano extendida.

—Riley. Ya es hora. ¿Cuánto tiempo hace desde que te acostaste con alguien? Debes de tener telarañas en la vagina.

Juega con la intención de levantarme la falda, pero su tono de voz está teñido de preocupación.

—Tengo otras cosas en la cabeza —contesto—. Y ninguna prisa.

Aunque la verdad es que algunos días no me siento en absoluto así. Hay noches en que me despierto de madrugada, aquejada por la inquietante sensación de que el tiempo pasa muy rápido y me deja tan atrás que nunca lograré ponerme al día. Sé lo que Jen va a decir antes de que abra la boca: es una reprimenda que me dedico a mí misma al menos una vez por semana.

—Venga, Rye. No puedes quedarte soltera para siempre. Tienes que avanzar. Salir al mercado. Has de…

Levanto la mano antes de que llegue a la parte en la que me advierte que

«todos los buenos» estarán cogidos.

Aunque es posible que tenga un pelín de razón. Por insistencia de Jen, tuve dos citas desde mi regreso a Filadelfia: dos tipos que ella me había escogido en Tinder. Uno habló sobre sí mismo todo el rato y, cuando se lo comenté, me dijo que solo intentaba ayudarme a conocerlo mejor. Y el otro, al saber en qué trabajaba yo, me dijo que debía de creerme alguien importante, y luego miró la cuenta de reojo a la espera de que me hiciera cargo de ella. Me queda poca fe para un tercer intento.

—No logro hacerme a la idea de volver al mercado, Jenny…, empezar de cero con alguien nuevo, dejar que me vea desnuda por primera vez…

—¿Y por eso piensas mantenerte célibe para siempre? Ni hablar. Va, dame el bolso para que saque el móvil. Deja que te muestre su foto. Querrás que la cita sea mañana.

Jen coge el bolso y luego da un respingo.

—Hijo de puta.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, pasa a todas horas —dice ella disipando mis temores.

—¿Estás segura?

—Ha sido solo una patada. Directa a las costillas. ¿Quieres sentirlo?

Sin esperar respuesta, me coge la mano y la apoya a la izquierda de su ombligo. Noto una serie de pequeños temblores, rápidos e insistentes.

Lucho contra la tentación de apartar la mano de aquel minialien que boxea dentro del vientre de mi amiga.

Jen encuentra por fin el teléfono y lo saca con aire triunfal.

—Vaya. Kevin ha mandado un montón de mensajes. —Sus dedos hinchados descartan los mensajes y se deslizan por las fotos guardadas —.

Aquí está, ya lo tengo. Kayvon. Está bueno, ¿eh? —Jenny me muestra la pantalla.

Kayvon es ciertamente atractivo: cabeza rapada y barba incipiente. En la

foto va vestido con el uniforme azul y sonríe a la cámara como un niño travieso. Lo imagino brindándome esa sonrisa en un restaurante íntimo, y a continuación poniéndoles las esposas a unos chavales e inmovilizándolos en el suelo. Borro ambas imágenes tomando un trago.

—Vale, es verdad. Es guapo. Así que… ya veremos. —Albergo la esperanza de que Jenny deje el tema, aunque la conozco demasiado bien para creerlo.

—Nada de ya veremos. Esto va a pasar. Hace ya un año de lo de Corey.

En realidad, hace cincuenta y seis semanas. Al oír su nombre en voz alta, se me revuelve el estómago. Debería haberlo superado a estas alturas. Me saca de quicio que todavía reaccione así con solo oír su nombre. O al encontrar un calcetín suyo en el fondo de un cajón, algo que me sucedió la semana pasada y amenazó con darme la tarde hasta que salí al balcón, lo lancé al vacío y lo vi caer en el techo de una furgoneta de reparto.

Contengo la respiración mientras espero que Jen vuelva a preguntarme qué fue lo que pasó entre nosotros. Nunca se ha quedado satisfecha con mis vagas respuestas. Sin embargo, creo que advierte la expresión de dolor de mi cara y cambia de tercio. Corey es un tema tabú.

—Necesitamos postres —dice Jen, y dejamos que ese nombre se evapore como el humo de los petardos.

—Vale, encárgate tú de llamar al camarero; a mí no me da ni la hora. Pon cara de embarazada hambrienta y triste.

—Eso se me da bien.

Mientras Jen ensaya un mohín con los labios y mira en dirección al camarero aleteando las pestañas, su móvil vibra y la palabra «Cari» aparece en la pantalla.

—¿En serio? ¿No puedo salir una noche sin que deje de mandarme mensajes a todas horas?

Pone los ojos en blanco, pero me consta que es algo que adora de Kevin: el hecho de que la necesite tanto.

—Va, contéstale. Estás embarazada. Debe de estar preocupado por ti.

Jen abre los mensajes.

—O aburrido. Siempre me escribe cuando está patrullando y se aburre.

Le he dicho que se instale uno de esos juegos para matar pájaros…

En casi treinta años he visto todas las expresiones faciales de Jenny.

Conozco su cara tanto como la mía. Pero la mirada que tiene ahora

mismo, mientras lee el mensaje de Kevin, no la he visto nunca. La agarro del brazo.

—¿Qué pasa? ¿Kevin está bien?

—Tengo que irme.

Ya se ha puesto en marcha: recoge el abrigo, el bolso, y casi se le cae el monedero con las prisas. Un pintalabios rueda por el suelo.

—Espera, Jen. No puedes dejarme así.

—Es Kevin. Le ha pasado algo…

Son estas seis palabras las que me perseguirán, su manera de expresarlo:

«Es Kevin. Le ha pasado algo».

—Mi Uber se acerca —dice—. Mira, lo siento, es solo que tengo que averiguar qué pasa. Te llamo mañana, ¿vale?

Ya está de pie abrochándose el abrigo. Me da un abrazo fugaz.

Estoy preocupada, pero también algo mosqueada por la falta de explicaciones.

—De acuerdo. —Tal vez lo haya dicho con mala leche, pero ella ya no me escucha: ya está casi en la puerta.

Cuando aparece el camarero, pido una segunda copa, que resulta estar bastante más cargada que la primera; es más bien como un chupito. A lo mejor ha visto salir a Jenny y ahora cree que mi novia blanca y embarazada me ha abandonado. La idea me hace reír un poco. Apuro la bebida y noto

un calor que desciende por mi garganta. Luego busco el móvil; hace casi una hora desde que lo miré por última vez, todo un récord estos días.

La adrenalina me recorre el cuerpo al ver que tengo tres mensajes de Scotty.

Te necesitamos.

Dónde estás?

Ven de inmediato.

También ha enviado dos correos electrónicos. Cuando los abro, noto ese temblor por todo el cuerpo, el hormigueo. Un adolescente negro abatido por un agente de la policía de Filadelfia se halla en estado crítico. Tardo poco en establecer la triste conexión con la partida de Jenny. Sé por qué ha tenido que irse a casa.

2

Jen

Es algo que nunca veo en sueños: nunca veo a Kevin encajando una bala, nunca veo a mi marido tendido en la acera sobre un charco de sangre. Las pesadillas siempre comienzan en el depósito de cadáveres, una escena directamente sacada de *Ley y orden*, una sala gélida con paredes de color verde moco. Cuando llego, él yace en una camilla metálica. No importa lo mucho que lo intente, nunca consigo tocarlo. Tengo los brazos pegados a los costados y me limito a contemplar su cuerpo muerto. He tenido ese sueño una vez por semana desde que entró en la academia.

Lo cierto es que nunca quise ser la esposa de un poli. Cuando lo conocí, Kevin se ganaba la vida vendiendo anuncios por internet; un empleo decente, estable y aburrido. Ahora que lo pienso, me digo que debería haber prestado más atención a algunas señales. El tono orgulloso que usaba al hablar de su familia, un largo linaje de agentes del orden. Incluso su hermano menor, Matt, acababa de ingresar en el cuerpo. Pero a continuación Kevin insistía en que le gustaba trabajar en Comcast, y en que si algún día lo dejaba sería para trabajar por su cuenta, diseñar una app o algo parecido, es decir, la clase de chorrada que se te permite soltar cuando tienes veinte años, brillantes ojos azules y el pelo tan despeinado que me entraban ganas de acariciarlo.

También yo aspiraba a algo más por aquel entonces, cualquiera que fuese el significado de eso. Mi primer objetivo era dejar de servir mesas cuanto antes. Estaba harta de currar en el Fat Tuesday sirviendo margaritas

aguados a tipos borrachos y aficionados a los deportes que aprovechaban cualquier momento para tocarme el culo. Quería volver a estudiar o emprender algún negocio, o quizá sacarme el título de agente de la propiedad para así poder ir cambiando de casa. No me preocupaba mucho por los detalles concretos. Mi único objetivo vital podía resumirse de una manera muy sencilla: hagas lo que hagas, no acabes siendo como Lou. Y

ahí estaba Kevin, el vendedor de *banners*, con piso propio, fotos enmarcadas en las paredes y un sofá de verdad (no un futón andrajoso); Kevin, con un buen sueldo y un seguro médico, y lo único que yo podía pensar era: quiero esto, exactamente esto. Siempre había tenido la sensación de que la vida que yo anhelaba estaba en alguna parte y de que yo me limitaba a aguardar a que llegase, como quien espera el autobús. O como quien espera a que llegue alguien como

Kevin. Un año más tarde nos casábamos, y la vida se presentaba segura, estable e incluso un poco aburrida, tal y como yo quería.

La seguridad y el aburrimiento se fueron por la borda un año después de la boda, cuando Kevin se plantó ante mí un buen día y me soltó: «Quiero ser policía, Jen. Voy a entrar en la academia. No quiero mirar atrás dentro de unos años y decir que el gran logro de mi vida fue convencer a un montón de tipos para que firmaran un acuerdo con Xfinity». Su padre acababa de dejar el cuerpo tras haber sufrido una embolia, y mi flamante marido había abrazado la idea de perpetuar su legado. Ser poli se convirtió en el «sueño» de Kevin, y desde el momento en que lo expresó de esa manera, usando esa palabra, ¿qué podía hacer o decir yo? No iba a interponerme yo en el sueño de mi esposo.

Y, mira por dónde, ahora estamos metidos en esta pesadilla. Por lo que yo sé, Kevin había sacado la pistola solo una vez. Y ahora esto. No es que esté al tanto de los detalles, más allá de lo que decía el mensaje de Kevin: «He

disparado contra alguien». Pero no puedo hacer más que esperar. Salí pitando del bar para volver a casa dejando a Riley preocupada y, tal vez, hasta mosqueada conmigo, pero Kevin aún no ha llegado. Lo más probable es que lo estén friendo a preguntas en un calabozo de la comisaría.

Voy de un lado a otro de la cocina, a la espera de que suene el pitido del microondas, con la cabeza llena de ideas horribles que giran sin parar como calcetines en la secadora. Baja administrativa. Investigaciones. Denuncias.

Mierda.

Al coger la taza de agua hirviendo, las manos me tiemblan tanto que derramo un poco sobre mis pies descalzos; las gotas son como pequeñas astillas ardientes. Suelto un aullido y lo mismo hace nuestra perra, Fred. Le rasco detrás de la oreja para calmarla. Luego me concentro en la taza y remuevo la bolsita de té con la esperanza de que suelte todos los ingredientes mágicos y balsámicos que prometía la caja. Aunque no ha tenido tiempo de infusionar, le doy un sorbo y me escaldo la punta de la lengua, que se me queda adormecida. Ojalá pudiera hacer lo mismo con el cerebro. Llevo el té ardiente a la salita y, en cuanto me instalo en el sofá, Fred vuelve a aullar. Esta vez no se trata de un ladrido feliz, el que suelta cuando Kevin mete la llave en la cerradura. La puerta se cierra con fuerza y la voz de mi marido recorre

el pasillo. Pienso que se dirige a mí hasta que caigo en la cuenta de que está al teléfono hablando con su hermano.

—No lo sé, Matt. Hay que esperar. Está vivo; lo llevaron al hospital Jefferson. Nadie me dice nada. Tengo una cita con el representante del sindicato por la mañana. Luego te llamo, ¿vale? Acabo de llegar a casa.

Tengo que dejarte.

Suelta el móvil sobre la alfombra al tiempo que se deja caer a mi lado en nuestro gastado tresillo.

—Oh, Dios, Jenny.

Su cabeza cae como un peso enorme sobre mi hombro. Huele a sudor rancio con notas almizcladas, el aroma acre de la adrenalina a través la piel.

Lleva la ropa de calle. ¿Dónde está el uniforme? Imagino un montón de ropa ensangrentada.

Pongo la mano bajo su barbilla y le levanto la cabeza hacia mí.

—Cielo, cuéntamelo todo. Empieza por el principio.

Él desvía la mirada, taciturno. No es nada nuevo. En lo que se refiere a su trabajo suele cerrarse en banda, sobre todo cuando las cosas se ponen feas.

Le agarro la mano; la noto gélida y temblorosa.

—Kevin, tengo que saber lo que pasó.

—Todo fue tan rápido, Jaybird. Cameron disparó primero, y yo hice lo mismo.

—Espera, ¿quién es Cameron?

—Travis Cameron. Un chaval nuevo. Me lo asignaron de pareja esta mañana por primera vez.

Adivino que Kevin y yo estamos pensando lo mismo: ambos echamos de menos a Ramírez. Kevin añoraba al que fue su compañero durante cinco años porque se habían hecho grandes amigos, casi hermanos, y se cubrían en todo momento. Yo añoraba a Ramírez porque era la única persona en quien confiaba para que me devolviera a Kevin a

casa sano y salvo. Fue una sorpresa para los dos que Ramírez anunciara que él y su esposa, Felicia, se mudaban al pueblo natal de ella, a las afueras de Topeka, para cuidar a su madre en su batalla contra el cáncer. En los dos meses que han pasado desde entonces, Kevin llega a casa de un humor mucho peor, lleno de quejas que nunca le había oído cuando patrullaba con Ramírez. Y Ramírez lo llama a lo largo del día para despotricar del cuerpo al que pertenece ahora en «este pueblucho donde nunca pasa nada». Apuesto a que Felicia está encantada con esa falta de acción. Habíamos compartido muchas cenas y

muchas confidencias sobre lo mucho que nos inquietaba el trabajo de nuestros maridos, lo mucho que nos preocupaban su seguridad y su salud mental, mientras ellos se sumergían en un interminable intercambio de anécdotas de sus mejores momentos y de recuerdos de sus actuaciones en las calles.

Kevin inspira con fuerza, como si necesitara aire para continuar, y luego se pone a hablar tan deprisa que apenas puedo seguir el hilo.

—Recibimos la denuncia de un robo a mano armada, un tipo le metió un tiro al cajero de un supermercado cuando este se negó a abrir la caja. Le apuntó al pecho y disparó. Por la descripción dedujimos que se trataba de un tal Rick, que atracó otra bodega la semana pasada. Cameron y yo fuimos los primeros en llegar al lugar de los hechos y lo vimos correr calle abajo.

Salimos a perseguirlo en el coche. Cuando se metió por Ridge, bajamos del coche y corrimos tras él. Cameron corre como el mismo diablo, participó en la carrera de Kutztown, así que iba varios metros por delante de mí y se internó en un callejón. Lo oí gritar «¡Alto, policía»! y llegué a su altura cuando él gritó «¡Va armado!» y disparó. Me paré y disparé también, y el tipo cayó al suelo.

Kevin deja de hablar de repente y se queda mirando la chimenea vacía de la salita, como si estuviera viendo la reproducción de la escena en una pantalla invisible.

—Fue tan rápido. No tuve tiempo de pensar… Mierda.

Clava las uñas en mi muslo con tanta fuerza que dejan marca.

Ni siquiera siento el dolor porque solo puedo pensar en una cosa: mi marido está vivo. Toda esta historia de atracos a mano armada, persecuciones y disparos…, pero Kevin sigue a mi lado, está aquí, conmigo.

Me he acostumbrado a muchas cosas en los ocho años que llevo como esposa de un poli —los turnos erráticos, los casquillos de bala al hacer la

colada, las ausencias en cumpleaños y festivos—, pero nunca lograré acostumbrarme a ese miedo constante e implacable. Cada vez que Kevin sale por la puerta vestido de uniforme, me pregunto si volverá a casa.

Tampoco ayuda el hecho de que trabaje en uno de los distritos más peligrosos de Filadelfia, ni que su chaleco antibalas caducara hace dos años.

Tiene que salir a las calles a enfrentarse a tipos armados y la única protección que separa su corazón de una bala es un chaleco caducado. Él aún no lo sabe, pero he estado ahorrando para regalarle uno nuevo por Navidad, el mejor del mercado. Lo empecé a pagar a plazos el verano pasado y abonaré la última cuota en un par de semanas. Me repito a mí misma que, cuando lleve ese chaleco, mis pesadillas cesarán.

Extiendo las manos hacia él, ansiosa por confirmar que su cuerpo, su aliento y su presencia están aquí, a mi lado. «Estás vivo». El alivio que siento al constatarlo me hace flaquear.

—Era un mal chico. Hiciste lo que debías. ¿Está en el hospital? He oído que se lo decías a Matt. ¿Se recuperará?

Kevin se levanta con tanta brusquedad que casi me tira del sofá.

Deambula por la salita sin responderme, con una expresión salvaje y aterrada igualita a la del escuálido leopardo que vi una vez en una jaula de un parque zoológico de los Poconos. En este momento Kevin me recuerda eso, una fiera enjaulada. No lo había visto así en los nueve años que llevamos casados.

—Está vivo, sí, pero…

—¿Pero qué?

Quiero ir hacia él, pero es como si estuviera pegada al asiento: el pánico me paraliza, exactamente igual que en mi pesadilla.

Kevin habla con la pared en lugar de dirigirse a mí.

—No era el sospechoso… No era Rick. Ni siquiera encajaba con la

descripción. Rick era alto, media casi dos metros, y llevaba una cazadora oscura. Cameron no debería haber… —Su voz se debilita—. Dios, Jen, esto es grave.

¿Hasta qué punto? Surge la pregunta, aunque no consigo formularla en voz alta: hay algo en la mirada de mi marido que me detiene. «¿Al menos iba armado?». Y eso da pie a otras cuestiones que me aterra preguntar.

«¿Era negro? ¿Habéis disparado contra un negro desarmado? ¿Saldrá en las noticias?». En mi interior ya sé la respuesta y también sé lo que eso significará para Kevin, para nosotros. Tal vez por eso me callo. Tal vez por eso mi corazón late a cien por hora.

—Necesito dormir, Jay —dice Kevin cuando por fin me mira a la cara —.

No dejo de verlo. —Se le quiebra la voz—. No dejo de verlo tirado en el suelo. Esta noche ya no quiero verlo más.

No digo nada más. Cojo a Kevin de la mano, lo guío arriba y le doy dos cápsulas de Tylenol. Se tumba en la cama y me acuesto a su lado, tapada con las sábanas, mientras oigo que su respiración se va calmando. Ya casi se ha dormido cuando decido que, pese a todo, tengo que preguntárselo; la necesidad de saber se ha convertido en un peso que me oprime el pecho.

Me coloco de lado para verlo de espaldas. Me acerco tanto que mis labios le acarician la piel del cuello y le hablo en voz muy baja notando su piel húmeda.

—No iba armado, ¿verdad? El tipo no llevaba armas.

Aunque la respuesta de Kevin es un movimiento de cabeza apenas perceptible, para mí es suficiente.

No decimos nada más. Respiro en su nuca, acompasando mi ritmo con el suyo hasta que sus respiraciones se convierten en leves ronquidos. Luego me tumbo de espaldas, una acción que requiere un esfuerzo considerable

estos días, y contemplo los números de color azul eléctrico del reloj, que van avanzando minuto a minuto.

—Kevin es un buen policía.

Lo susurro en voz alta en un intento de convencerme a mí misma.

Recuerdo sus condecoraciones. Dos, hasta el momento: una medalla al valor y otra a la valentía. Y esa vez que acudió a arrestar a una mujer que robaba en el Walmart y oyó que, entre balbuceos en un pésimo inglés y sollozos entrecortados, ella intentaba explicarle al juez que robaba comida porque estaba desesperada por alimentar a sus hijos. Cuando la mujer fue puesta en libertad con una advertencia, Kevin le compró un carro de comida y se lo dejó en la puerta de su casa sin decir nada.

La gente de los barrios por donde patrulla sabe su nombre. Les lleva chuches para sus perros, por el amor de Dios. Y, hablando de perros, ¿dónde para aquella sucia y maltrecha Fred que Kevin rescató del Philly Salvage el invierno pasado? A la pobre la habían dejado encadenada a una verja con unas temperaturas bajo cero. La busco ahora: está tumbada, como siempre, a los pies de la cama, y me recuerda que mi marido es un buen hombre.

Pero ni así consigo calmarme; al contrario, me noto sudorosa, incómoda bajo un lío de sábanas. Me las quito de encima y bajo a la cocina. Quizá me ayude una taza de té. Veo mi móvil, olvidado sobre la mesa de la cocina. La pantalla está llena de alertas de llamadas perdidas de hace horas, todas de Riley. Sin pensarlo dos veces, la llamo. Cuando va por el cuarto tono empiezo a pensar que no va a contestar, pero de repente oigo su voz, nerviosa:

—¿Estás bien?

Ya lo sabe.

—Lo sabes, ¿no?

—Sí, yo… volví al trabajo.

Claro. ¿Dónde si no? Siempre está allí.

—Scotty me llamó. El tiroteo de esta noche… Kevin está… involucrado.

Riley mide todas y cada una de sus palabras, como si tuviera que pensarlas antes de colocarlas una al lado de la otra.

No es que yo esté muy al tanto de lo que sucede, pero lo estoy lo suficiente como para también vigilar lo que digo. Aun así, no puedo evitarlo.

—Tengo miedo, Rye.

—¿Sabes…? ¿Sabes cómo pasó?

Oigo a Kevin toser arriba. O tal vez sea un sollozo. Debería estar a su lado.

—Tengo que dejarte. Hablamos mañana.

—De acuerdo. Te quiero, Poni.

Ya tengo el dedo índice en el botón de colgar cuando Riley dice esa palabra, el apodo por el que me llamaba cuando éramos niñas, y que no ha usado desde hace años. Poni, por la larga coleta, como una crin, que llevaba todos los días al colegio: era el único peinado que Lou sabía hacer, por mucho que yo le rogara que me hiciera trenzas. Riley era Puff, por esas dos coletas anchas que coronaron su cabeza invariablemente desde primero hasta quinto curso. La madre de Riley no era mucho más creativa que la mía.

«Te quiero, Poni».

«Te quiero, Puff».

«Te quiero, Poni».

«Te quiero, Puff».

Despedidas que se demoraban durante horas hasta que un día dejamos de hacerlo.

—Te quiero, Puff —le digo ahora.

Me reconforta más que una absurda taza de té e intento aferrarme a esa sensación mientras subo la escalera y me acuesto en la cama que comparto con mi marido.

Unas líneas de luz se cuelan por las persianas venecianas que cubren la ventana del dormitorio y llegan hasta la colcha con motivos náuticos. Me llevo la mano a los ojos para protegerme de la luz y palpo la cama, a mi lado. Aún está caliente, pero Kevin ya no está. Es entonces cuando lo oigo vomitar en el cuarto de baño. Fred salta de la cama y sus patas rozan el suelo, como si acudiera al rescate de Kevin. Mi estómago se solidariza con el de mi marido y sofoco una arcada.

Tengo que llamar al curro antes de que sea la hora de entrar. Me parece una locura pensar siquiera que puedo preocuparme por

confirmar cosas como que el seguro de Steven Frye le cubre la radiografía o por llamar a Maureen Wyatt para recordarle que tiene hora para una higiene bucal.

Mientras espero a que alguien coja el teléfono, me debato sobre qué coño decirles. ¿Tiro por la gripe y suelto un par de toses patéticas? Cuando salta el contestador, me decido por un rápido:

—Me ha surgido algo. Volveré el lunes.

Ya he colgado cuando Kevin sale del cuarto de baño con la cara del mismo color que el cemento húmedo. El teléfono vibra en la mesita de noche y el brillo de la pantalla ilumina la habitación a oscuras. No hago nada por cogerlo.

—Seguro que es Riley. La llamaré cuando te vayas.

No le digo que hablé con ella anoche. No le miento, me limito a no comentarlo.

—Debe de estar preocupada por mi súbita partida del restaurante.

—¿Qué le dijiste cuando te ibas? —pregunta Kevin, y su tono cortante me pilla desprevenida.

—Nada, Kev.

—No puedes hablar de esto con ella. Lo sabes, ¿no?

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué?

—Venga, Jen. Ella es de la prensa. Nuestros nombres aún no han salido a la luz. El departamento se ocupará de las relaciones públicas y de todo eso.

Así que mejor no decir nada hasta entonces.

—Pero Riley no es «de la prensa», Kevin. Es mi mejor amiga.

Era mi mejor amiga. Y esa expresión todavía mantiene su sentido aunque hayamos vivido más tiempo en ciudades distintas del que nunca residimos en la misma. En los últimos dieciséis años, desde que Riley se fue a la universidad, ha habido momentos en los que no me parecía alguien real sino una especie de personaje favorito de una serie que echan por la tele. Me acostumbré a la distancia: teníamos FaceTime, mensajes, nos visitábamos un par de veces al año… Pero ahora vive al otro lado de la ciudad. Duele un poco que no nos

hayamos visto tanto como yo esperaba. Una cosa es sentirte alejada de tu mejor amiga cuando vivís en estados distintos, y otra muy distinta cuando estáis a unos cuantos kilómetros de distancia. Pero lleva pocos meses aquí, aún nos queda tiempo para reconectar otra vez.

Además, siempre ha estado a mi lado si la he necesitado. Como cuando me despidieron del Fat Tuesday por negarme a acostarme con mi jefe, que estaba casado, y Riley le mandó un feroz correo electrónico de dos páginas a un solo espacio exigiéndole que me pagara la indemnización. En mi primer aborto, tomó un avión y se pasó la noche entera abrazándome, sentada sobre la fría cerámica del cuarto de baño, mientras yo lloraba. Y, cómo no, ahí estaba el dinero para la inseminación, para ese bebé milagro que llevo ahora mismo alojado en la barriga.

Kevin se deja caer en la cama y los muelles del colchón se quejan bajo su peso.

—Mira, Jen, ya lo sé, ¿vale? Pero tanto el representante del sindicato como el capitán dejaron claro que no podemos hablar con nadie. Al menos de momento, hasta que decidan qué historia van a contar. Eso dijeron.

Tienen que encontrar la mejor manera de presentar el tema ante la opinión pública. Si te digo la verdad, no sé muy bien qué significa eso, pero ya sabes lo que pasa con estas cosas. Es un riesgo que no podemos correr.

Tenemos que esperar hasta la reunión de hoy. Se trata de mi vida, Jenny.

Prométemelo.

«De nuestras vidas», quiero gritar. «De nuestras vidas, Kevin». Pero mi marido, mi cariñoso marido, parece tan asustado, tan derrotado, que me muerdo la lengua y le hago esa promesa. Satisfecho, Kevin deambula por el cuarto: se viste, abre cajones, saca prendas de ropa de las perchas, mientras habla conmigo y consigo mismo sobre lo que pasará hoy, sobre esas reuniones con el delegado sindical y los agentes del departamento de AI.

Me esfuerzo por recordar quiénes son estos…, los agentes que investigan los tiroteos, creo, un acrónimo más de los muchos que abundan en la jerga policial. Ser poli, o la esposa de uno, es como vivir en tu propio país, una nación paralela a Estados Unidos que tiene su propio idioma, sus propias reglas y sus propios secretos de Estado.

Kevin se detiene ante la cómoda para coger la cartera y las llaves, que se le caen dos veces, y luego vuelve a acercarse a la cama.

—Te llamo luego, ¿vale?

Apoya los labios en mi frente durante menos de un segundo. Lo cojo del brazo antes de que se aleje y lo obligo a mirarme a la cara.

—Te amo, Kev.

Suena distinto a los «te quiero» ligeros con que lo despido cada mañana,

y leo en sus ojos que es consciente de ello. Lo veo salir por la puerta, oigo sus pasos en la escalera y luego suena un portazo.

Debería levantarme y meterme algo en el estómago, ya no por mí sino por Pajarito, a pesar de que no tengo nada de hambre. Me obligo a bajar a la cocina a prepararme al menos una tostada y otra asquerosa taza de té.

Pese a que se me quema la tostada, me siento a la mesa y consigo engullirla. Migas negras caen en el libro de ejercicios del curso de agente de la propiedad, cuyo examen tengo en unas cuantas semanas. Kevin es el único que sabe que me presento, porque, si no apruebo, lo último que necesitaré es compasión ajena. Debería ponerme a estudiar, o intentar ponerme al día con la montaña de ropa por doblar, o al menos cortarme las uñas de los pies antes de que parezcan garras, pero no logro moverme. Al mismo tiempo, la alternativa —estar ahí sentada durante todo el día, esperando y escuchando cómo el silencio de la casa aumenta por momentos

— también me resulta insoportable. Con toda la fuerza de mis pulmones suelto un grito con la única intención de llenar el vacío, de hacer algo.

—¡Mieeerdaaaaaa!

Me sienta bien, algo alivia, aun cuando la vecina de al lado, la señora Jackowski, crea que me he vuelto loca.

Quiero llamar a Riley, pero recuerdo la promesa.

En su lugar, voy hasta la nevera y descuelgo mi foto favorita de las dos que tengo pegada a la puerta con la ayuda de un imán con forma de sándwich de carne con queso. Le regalé una copia de esta foto

enmarcada para su nuevo loft. Nunca he llegado a enmarcar la mía. Ahí estamos, con esos biquinis monísimos. Yo había hecho una sonora pedorreta al oído de Riley segundos antes de que la señora Wilson sacara la foto, y por eso la cámara captó a Riley, siempre tan seria, partiéndose de risa. Su amplia

sonrisa dejaba ver que le faltaban los dos dientes de abajo. Siempre me ha encantado hacer reír a Riley.

Me parece gracioso que nuestra amistad, tan evidente para las dos, siempre haya generado confusión en los otros. Ven a una mujer negra, alta y elegante, y a una rubia flacucha y bajita, y piensan: «¿Esas dos?». Supongo que nunca nos habríamos hecho amigas de no haber sido por las ganas que tenía Lou de perderme de vista. Una de las relaciones más importantes de mi vida se la debo al *flyer* de una lavandería. Lou, con apenas veintiún años entonces, servía mesas en un bar del centro de la ciudad, el McGlinty, a la hora de comer y en la *happy hour*, y trabajaba en la taquilla del Trocadero por las noches. Un buen día, la anciana vecina que solía cuidar de mí se murió. Así lo contaba siempre Lou, en un tono amargo a más no poder: «Un buen día va y se muere». Como si la señora Landis lo hubiera hecho a propósito para fastidiarla, lo cual, por cierto, era verdad, ya que Lou carecía de cualquier otra opción para cuidar de una cría. Con mi padre no podía dejarme porque brillaba por su ausencia. Nunca conocí al tipo que la dejó embarazada en el primer curso de secundaria. «Lo tuyo fue una concepción inmaculada. En esencia, soy como la virgen María», decía Lou siempre que le preguntaba por él, convencida de que esa era una explicación suficiente.

Y no lo era, claro. Yo tenía derecho a saber quién era mi padre. Dio igual las veces que le pregunté por el tema, ella nunca dio su brazo a torcer:

«Eres solo mía. Ya está». Punto final. Acabé por resignarme. Su posesividad terca me hacía sentir querida, en un sentido bastante jodido de la palabra, y sofocaba mi furia.

No habría descartado que Lou optara por dejarme sola con un bol de cereales y la puerta de casa bien cerrada, pero, pocos días después de la muerte de la señora Landis, se encontró con el anuncio de Sunshine Kids que había puesto Gigi, un lugar especializado en recoger a los cachorros,

los niños cuyos padres trabajaban en horarios raros o hasta muy entrada la noche.

«Me quedé de piedra cuando aparecimos en casa de los Wilson y vi a todos esos críos negros —me confesó Lou años después—. ¡Eras como un copo de nieve en una mina de carbón! Pensé que a lo mejor os daba por montar un grupo de rap».

No recuerdo haberme percatado de que era la única blanca en el local de Gigi, al menos no al principio; estaba demasiado centrada en Riley, aunque entonces se llamaba Leroya, un nombre que me parecía exótico, como de un perfume. Estaba sentada a la mesa de la cocina y se mordía el labio, concentrada en aprender a escribir su nombre. Llevaba el pelo trenzado, un montón de intrincadas trencitas que yo me moría por tocar. Cuando lo hice, Riley me pegó en la mano y me di cuenta de que había hecho algo malo aunque no sabía muy bien de qué se trataba. Ese día hice todo lo posible para que accediera a jugar conmigo. No paró de darme largas hasta que los otros críos salieron al patio a hacer carreras y, de repente, Riley se me acercó y me retó a una. Ella podía tener las piernas más largas, pero yo sabía que yo era más veloz. Salí disparada por el patio, corriendo a toda velocidad con mis piernecitas flacuchas, y en el último segundo, aminoré la velocidad y ganó Riley, pero no le sentó nada bien. Me acusó de haberla dejado ganar. Lo hice solo porque quería caerle bien. Discutimos, con las caras enrojecidas y los puños apretados, hasta que Gigi apareció con la manguera y nos mojó a las dos con agua helada. «A ver si así se os enfrían los ánimos». Nos dejamos caer al suelo, empapadas y sorprendidas, y luego nos miramos y nos echamos a reír. Fue entonces cuando supimos que seríamos amigas. A pesar de ese inicio tumultuoso nos convertimos en inseparables, las hermanas que las dos siempre habíamos querido tener.

Solo fui a Sunshine Kids unos cuantos años, hasta que Lou decidió que

ya era lo bastante mayor para quedarme sola en casa a la salida del colegio y por las noches. «Así lo hicieron conmigo —me dijo—. Y no he salido tan mal». Luego se rio y yo me reí con ella, porque siempre era mejor seguirle la corriente. Pero para entonces yo ya había escogido a los Wilson como mi familia adoptiva y a Riley como mejor amiga. Los Wilson parecían la familia ideal: cenaban juntos todas las noches sentados a una mesa de verdad, tenían las citas con el dentista y los partidos de fútbol marcados en el calendario de la nevera, y una madre que te leía cuentos de hadas antes de acostarte en lugar de encerrarse en el baño con la *Rolling Stone*. Pese a mi corta edad, comprendí que los Wilson eran una de las mejores cosas que me habían sucedido. Se lo he soltado a Lou muchas veces durante años.

Como esa vez, cuando yo iba al instituto, que acusó a la señora Wilson

de ser una engreída. Sentí una oleada de furia primitiva, la necesidad de enfrentarme a alguien que se atrevía a insultar a mi familia, lo cual resultaba confuso, dada la autora del insulto.

—¡De no ser por los Wilson, a estas alturas yo sería una stripper o una drogadicta! —le grité.

Lou se mantuvo impasible.

—Nunca es tarde para esas cosas, cielo.

Lou debería haber estado tan agradecida a los Wilson como yo, ya que siempre contó con un lugar donde aparcarme para sus escapadas, para los conciertos en Nueva York o Atlantic City por trabajo, o cuando necesitaba un «rato a solas» con un novio nuevo.

Como en el verano de antes de empezar quinto curso, cuando desapareció durante más de dos semanas para seguir a su novio nómada, un tal Blazer, al festival de verano de Milwaukee. Fue el periodo más largo que estuve sin ella, y mis sentimientos cuando pasó a recogerme por la casa de los Wilson fueron tan confusos como siempre. Con la piel bronceada, el pelo aclarado

por el sol y un tatuaje nuevo, una sirena que le recorría todo el antebrazo, Lou estaba tan guapa y tan salvaje como siempre. Nunca se la veía más guapa que cuando reaparecía después de haber estado un tiempo sin mí.

Recogí mis cosas y me monté en el asiento trasero del Ford Escape de Blazer sintiendo que empezaba a dolerme la barriga. Desde el coche, Blazer miró de reojo a la señora Wilson y a Riley, que habían salido al porche a despedirse de mí, y se volvió hacia Lou con cara de asco. «No puedo creerme que dejes a tu niña con ese puñado de negros».

Riley y su madre seguían sonriendo y saludando desde la puerta de su casa, ajenas al comentario, y eso me hizo sentir peor.

Blazer me guiñó el ojo por el espejo retrovisor, abriendo la boca lo justo para que yo pudiera ver la carne rosada de su lengua. Me dieron ganas de escupirle en su pelo grasiento, decirle algo que le hiciera pisar el freno y lanzarme a la calle. «Pedazo de basura blanca».

Lou se limitó a sonreír.

—¿Por qué te afeitas las pelotas, Blazer? Si me haces preguntas idiotas, yo te las haré también. Ocúpate de tus asuntos. Son buena

gente.

Me hundí en el asiento de vinilo roto, muerta de vergüenza por no haber salido en defensa de los Wilson. Fue la primera vez, aunque no la última, que alguien insultaba a la gente de color o hacía alguna broma de mal gusto sobre ellos sin que yo dijera nada, y en esas ocasiones siempre noté que la vergüenza asomaba su horrible cabeza porque sabía que estaba traicionando a Riley con mi silencio.

La vibración del teléfono móvil me da un susto y del sobresalto tiro al suelo la taza, que se hace añicos.

Es demasiado pronto para que Kevin tenga noticias. Sé quién es sin necesidad de mirarlo y, dado que prometí que no hablaría con ella, dejo que salte el buzón de voz. Cuando cojo el teléfono para escuchar el mensaje,

veo que no se trataba de Riley al fin y al cabo, y no sé si lo que siento es alivio o decepción. La voz del mensaje pertenece a mi cuñada, Annie, que habla rápido y susurrando: «Hola, Jen, soy yo. Matt me lo ha contado todo.

No dejo de pensar en ti y de rezar por todos. Llámame. Cuéntanos qué pasa.

Trabajo de noche estos días, pero llama cuando quieras».

A estas alturas es probable que Annie sepa más que yo sobre lo que está pasando ahora. A pesar de sus horarios locos de enfermera de urgencias, se lo monta para estar metida en todos los grupos de AdO (agentes del orden), y en el de EAdO (esposas de los agentes del orden), un grupo cerrado que organiza actividades de voluntariado o grupos de oración, y que se reúne los martes por la noche para beber margaritas y cotillear sobre los horarios absurdos de sus maridos. Son un club, una especie de hermandad. No sé por qué me he mantenido al margen; supongo que notaba demasiada presión para unirme a ellas… Pero ahora desearía no haberlo hecho porque estoy segura de que podría recurrir a alguna de esas mujeres del grupo de Facebook para obtener información de primera mano y apoyo. Sin embargo, aún no me siento preparada para recurrir a ellas, así que opto por escribir un mensaje a Kevin.

Qué está pasando?

Me consta que no va a responder enseguida ni mucho menos —ya me advirtió que esas reuniones podían durar horas—, pero eso no me

impide mirar la pantalla deseando que se ilumine, hasta que la espera se vuelve insoportable. Debería evitar ver las noticias, pero me traslado al salón y pongo el Canal Cinco por pura lealtad, casi esperando ver la cara de Riley a pesar de que ella no sale por las mañanas. Si no fuera por Riley, yo no vería las noticias. Punto final. Ninguna de las esposas de los agentes lo hace. Es

imposible escuchar los reportajes de sucesos cuando tienes a tu hombre en la calle.

Gayle King aparece en la pantalla anunciando que *CBS Morning* continuará en breve. Después de los anuncios, pasan a las noticias locales.

La alegre colega de Riley, Quinn Taylor, aparece en la pantalla con todo el aspecto de lo que, según Riley, fue en el pasado: una reina de la belleza texana.

Pasa un segundo hasta que desentraño el sentido de lo que dice, como si mi cerebro funcionara a cámara lenta.

—Justin Dwyer, de catorce años, sigue en estado crítico en el hospital Jefferson debido a las heridas de bala que recibió ayer tarde por parte de la policía.

¿Catorce años? Siento que caigo por un pozo, la mano que se aferra al brazo del sofá es lo único que me mantiene a salvo en la sala. No es más que un crío. En ningún momento habló Kevin de que la víctima de los disparos fuera un crío.

La cara de un joven negro llena la pantalla. Está en la salita de su casa.

Es guapo, y la separación entre sus paletas frontales le hace parecer más joven de lo que es; sus ojos de color avellana me recuerdan a los de Shaun, el hermano de Riley.

La imagen cambia y muestra a una mujer, la madre, con la cabeza cubierta por un pañuelo que oculta su cara, mientras camina hacia el hospital. Cuando llega a las puertas de vidrio, se detiene con brusquedad, se retira el pañuelo y mira directamente a la cámara. Su cara es la viva imagen del dolor.

—Mi niño está ahí adentro. Por favor, recen por él.

«Su niño». Me llevo la mano a mi enorme barriga.

Tardo un minuto en percatarme de que estoy llorando. No soy de lágrima

fácil. Lou siempre decía que el llanto era como las mascotas y los hombres, inútil y exigente, y tenía por norma no hacerme el menor caso cuando lloraba. A los seis años ya había aprendido que no merecía la pena.

«No mueras, criatura. Por favor, no te mueras».

La voz de Quinn flota por la estancia de nuevo:

—Fuente próximas al departamento de policía han confirmado los nombres de los agentes involucrados en el caso. Se trata de Kevin Murphy y de Travis Cameron.

«No. No. No». La habitación me da vueltas. «Todo el mundo lo sabe».

Cuando suena el timbre, parece que el sonido llegue de muy lejos, como la voz de la tele.

«Por favor, que sea ella. Por favor».

Ando con torpeza, medio mareada, hasta la puerta principal. Tiene que ser Riley, la persona a la que más necesito en un momento como este. El teléfono en la mano vibra al mismo tiempo que vuelve a sonar el timbre de la puerta.

—¡Voy, voy! —grito mientras me limpio los mocos con el dorso de la mano y me la seco en las mallas.

En cuanto abro la puerta, una luz blanca me ciega y me hace retroceder.

Me asalta un aluvión de preguntas.

—¿Qué ha dicho su marido del tiroteo?

—¿Vio una pistola?

—¿Van a presentar cargos contra su marido?

Un hombre blanco de unos cincuenta años con un peinado imposible se separa del grupo de periodistas para subir por el porche y plantarme un micrófono en la cara. Lo aparto de un manotazo y trato de volver adentro, pero uno de los cámaras ya ha metido el pie en el quicio de la puerta.

—¡Estoy embarazada, maldita sea!

Me protejo la barriga con los brazos y empujo con el hombro al hombre que intenta impedir que cierre la puerta. La adrenalina corre por mis venas.

Tengo que calmarme. Esto no puede ser bueno para Pajarito.

—¿Está aquí su marido?

—¿Tiene algo que comentar sobre el tiroteo?

—¿Su marido ha tenido problemas con la comunidad negra antes, durante su trabajo?

Un chaval negro y delgado se abre paso. Lleva una camiseta de Temple y un pin de Black Lives Matter. Es pequeño, pero lo veo cuando me apunta con el iPhone a la cara.

—¿Eres racista?

No contento con eso, repite la pregunta:

—¿Eres racista?

«¿Que si soy racista? ¿Y tú, que no eres más que un crío que escribe en el periódico del colegio sin saber nada de nada, te presentas en mi casa para soltarme semejante barbaridad?». Pienso en Riley, en todas las noches que pasé en la casa de los Wilson ayudando al señor Wilson a ordenar sus cañas de pescar, y frotando los pies de Gigi cuando los juanetes se le

«enfadaban».

—Vete a la mierda. —Me arrepiento en el mismo momento en que lo digo, pero ya no puedo parar—. ¿Qué sabrás tú? Mi mejor amiga, y madrina de mi futuro hijo, es negra. ¿Cómo te atreves a decir algo así, niñato?

Por fin consigo entrar en casa y cerrar la puerta. Apoyo en ella la espalda y me dejo caer hasta quedar hecha un ovillo en el suelo. Fred lame el sudor frío de mis brazos.

Recuerdo que el teléfono vibró antes de que abriera la puerta. Es un mensaje de texto. De Kevin.

Quedamos en el sitio de siempre después del trabajo. Pinta mal.

Tengo los nervios destrozados, como cuerdas de guitarra demasiado tensas, y me cuesta que me respondan los dedos. Por fin consigo escribir dos palabras:

Al í estaré.

Con el pelotón de periodistas acampados en la calle, me veo obligada a escabullirme por el patio trasero y cruzar por el de la señora J. Piso una mierda fosilizada mientras voy en busca de un Uber, a tres calles de distancia. Inspiro el aire por el resquicio de la ventanilla abierta para eludir la abrumadora fragancia a fresa del ambientador, que se mezcla con el olor a cerrado del vehículo. El aire frío en la cara no consigue quitarme las náuseas ni calmarme. Cuando me deja en Kelly Drive, estoy hecha un manojo de nervios.

Me dirijo al «sitio de siempre»: un jardincito de azaleas encajado entre las casitas de muñecas victorianas de Boathouse Row y las apabullantes columnas de color anaranjado del museo de arte. En verano, flores de color fucsia decoran los arbustos como si fueran confeti. Hoy, sin embargo, las ramas están desnudas, grises, retorcidas como los dedos de una anciana.

Una bandada de gansos canadienses que se olvidaron de emigrar mordisquean con desgana restos de basura a orillas del río.

Kevin ha escogido este lugar para que podamos estar solos y, como era de esperar, el sitio está vacío: esta mañana la temperatura descendió por debajo de los cinco grados y está chispeando. Mientras camino por la orilla del río, evoco los recuerdos felices que tenemos de aquí. Como el día en que Kevin se puso de rodillas para declararse.

—Creo que la idea era hincar una sola rodilla —dije riéndome.

—Estoy suplicando —repuso él con una sonrisa boba en la cara.

Kevin no se percató de que hubo un segundo de vacilación, un instante de duda antes de que le concediera mi mano. La proposición no me llegaba por sorpresa, pero sí el pánico súbito que la acompañó. Era el momento en que toda mi vida iba a cambiar, y era más terrorífico de lo que yo había previsto: la permanencia, el para siempre, las otras puertas que se cerraban… Yo no estaba acostumbrada a conseguir lo que quería, y cuando por fin sucedía, cuando llegaba el momento trascendental, lo único que era capaz de sentir era miedo y confusión. Nunca hablé de esa sensación con nadie, ni siquiera con Riley. Y cuando recuerdo el momento en que nos comprometimos o cuento esta historia, me salto la parte de que no

respondí de inmediato. En realidad, no llegué a responder. Me limité a extender la mano para que Kevin me pusiera el delicado anillo de diamantes en el dedo y me convencí de que él creería que mi temblor procedía de la emoción y no del pánico. Ahora vuelvo a temblar, por un motivo distinto, cuando distingo la abultada silueta de Kevin hundida en un banco. Me acerco pensando en lo que voy a decir. «Matasteis a un chico. Disparasteis contra un chaval. Era un niño, un menor».

Sin embargo, en cuanto le veo la cara, pálida e inexpresiva, no soy capaz de decirle nada de eso. No puedo venirme abajo, no puedo atacarlo. Mi única opción es ser la fuerte de los dos.

—Cuéntamelo todo —le digo mientras me siento a su lado.

Como era de esperar, él no contesta enseguida. Me cargo de paciencia y le acaricio la espalda dibujándole despacio un ocho con el dedo.

—Cameron y yo estamos de baja administrativa indefinida mientras dure la investigación.

—Claro.

No me sorprende. Tiene que haber una investigación. Pero ¿qué más?

Respiro hondo preparándome para lo que venga.

—El representante del sindicato me dijo que la cosa se pondría fea, Jen.

Es como si quisieran dar ejemplo con nosotros. Me aseguró que me cubrían las espaldas y bla, bla, bla, pero también que «quería prepararme». Y que debíamos estar listos para «luchar como demonios». Mierda, Jen. Yo no debería cargar con esto. ¡Fue cosa de Cameron! Él no debería haber disparado. Joder, ¡el chaval ni siquiera encajaba con la descripción en lo más mínimo! Y él… lo apuntó y disparó. No paraba de decir: «Ha sido un tiro limpio, ha sido un tiro limpio, ¿verdad, Kevin?».

Kevin se hunde en el banco.

Unos minutos después empieza a hablar de nuevo, y esta vez lo hace cogiéndome de la mano pero sin mirarme: sus ojos observan la corriente caudalosa del río.

—Me han dicho que te ponga en guardia a ti también… Todo

empezará enseguida: las protestas, el acoso de los medios…

No tengo ánimos para hablarle de los periodistas que se han presentado en casa. Para decirle que ha empezado ya.

—Incluso nos enviarán a un experto en medios para hablar con nosotros.

No puedo creerme lo que está pasando.

Silencio. Cuando Kevin toma la palabra de nuevo, su voz no es más que un murmullo.

—¿Acaso soy un monstruo, Jenny? ¿Crees que soy un monstruo?

—Kevin, mírame.

Cuando por fin vuelve la cabeza hacia mí, distingo en su cara el tormento que lo azota por dentro y hago acopio de toda mi convicción para hablar en voz alta y clara. Quiero que sepa que creo en todas y cada una de mis palabras.

—No eres ningún monstruo, Kevin Murphy. Todo esto ha sido un trágico error. Pero tú no eres un monstruo. Y yo voy a estar a tu lado en todo momento, y juntos saldremos de esta. ¿Me oyes? Todo saldrá bien.

Me lo digo a mí misma tanto como a él. Pero no estoy segura de que ninguno de los dos lo crea.

3

Riley

Nunca he oído un sonido más mágico que el del coro Ebenezer de la Iglesia Episcopal Metodista Africana. Abren con una exuberante combinación de góspel, funk y algunas tonadas estilo Broadway que dan al acto un aire más de concierto multitudinario que de servicio religioso. Un mar de túnicas doradas se mecen como banderas agitadas por un viento enérgico mientras las notas del órgano rebotan contra las vidrieras y atraviesan mi cuerpo. El coro nos invita a ponernos todos de pie y yo me levanto. Las piernas se mueven solas y, encantada, me dejo llevar por ese ritmo vigoroso. Hoy la iglesia está llena, unas trescientas personas ocupan todos los rincones de este espacio cavernoso, y la energía que desprenden es palpable. La gente asiente y se balancea, se oyen gritos y murmullos espontáneos. No hace falta que nadie te dé permiso para abrazar a quien tienes a tu lado, para romper a llorar o para cantar en voz alta y orgullosa como si fueras la mismísima Mahalia Jackson.

Hace tiempo que no acudo a la iglesia, pero el júbilo es como montar en bicicleta: nunca se olvida. Por un dichoso momento, me abandonan el estrés o la timidez; solo siento regocijo. Es uno de esos extraños instantes en que comprendo lo que la gente quiere decir cuando afirma que se siente llena del Espíritu Santo. Nunca me he sentido tan cerca de Dios como en este santuario. Cuando era una niña, se me tensaban tanto las tripas de los nervios que pasaba que hasta tenía la sensación de que me ahogaba, y estos bancos relucientes suponían, los domingos por la mañana, una especie de

huida: escapaba de los exámenes y de las notas, de los niños que me llamaban Oreo y me acusaban de hablar como los blancos cuando usaba las palabras del diccionario que mamá me había estado inculcando desde que entré en el jardín de infancia. Es lo que necesito ahora, una vaina que me proteja del mundo exterior, aunque solo sea durante una hora. Un descanso antes de volver a trabajar, a cubrir la historia que me han encargado especialmente, esa que cuenta cómo el marido de mi mejor amiga disparó contra un chico negro desarmado.

Para cuando llegué a la emisora el jueves por la noche, después de tomarme un par de cafés para equilibrar los efectos del vodka, Scotty ya estaba reunido con un grupo de gente en su despacho en torno a una mesa llena de envoltorios del Burger King; en el aire flotaban el olor a frito y los nervios que preceden a una gran historia. En cuanto entré, dirigió su atención hacia mí.

—Te quiero a cargo de esto, Riley.

Debió de notar algo en mi expresión porque su siguiente pregunta fue:

—¿Hay algún problema?

No, claro que no lo había. Yo sabía perfectamente por qué me había elegido de entre todos los reporteros, todos blancos o asiáticos, para cubrir esa historia. Era mía. Tenía que hacerlo, quería hacerlo; podía convertirse en una gran historia, tal vez de alcance nacional.

—No, Scotty, ningún problema.

Mi primera llamada fue a un sargento del distrito Veinticinco cuya confianza me había estado ganando desde que entré en la KYX.

Me devolvió la llamada pasada la medianoche y me confirmó los rumores que corrían: «Que conste que yo no te he dicho nada, pero todo el mundo sabrá sus nombres por la mañana. Kevin Murphy y Travis Cameron».

Cuando Jenny llamó unos minutos después, me quedé helada. Por fin, antes de que saltara el buzón de voz, me encerré en una sala de reuniones.

No sabía qué podía decirle, pero necesitaba saber si estaba bien.

Hablamos apenas dos segundos. Pero anoche, cuando hacía un reportaje en directo del distrito Veintidós, el de Kevin, no pude dejar de imaginarla delante de la tele, nerviosa, mordiéndose con furia el labio inferior, mientras yo hablaba a la cámara: «Si Justin Dwyer no sale del coma, los dos agentes involucrados, Kevin Murphy y Travis Cameron, de aquí, del distrito Veintidós, podrían enfrentarse a una acusación de homicidio».

Jenny volvió a llamarme cuando estaba a punto de entrar en el coche para irme a casa. Claro que lo había visto. Decía que siempre veía mis reportajes. Esa vez no me atreví a contestar. Si cortaba la llamada se daría cuenta, así que dejé que sonara, con la vista puesta en la pantalla, y esperé a que llegara un mensaje que nunca llegó. Me pasé la noche dando vueltas por el piso.

Así que, cuando mi madre llamó anoche, tal y como ha hecho cada sábado desde que regresé a la ciudad, para preguntar si por fin los acompañaría a la iglesia, mi respuesta nos sorprendió a las dos.

—Sí. Allí estaré.

Necesitaba la iglesia. Necesitaba algo.

Mamá se me acerca y me coge de la mano. La suya está caliente y su tacto me recuerda al de una hoja de papel.

—Estoy tan contenta de que mi niña esté aquí.

No siempre es tan fácil complacer a mi madre, y la emoción de haberlo conseguido me hace feliz. Shaun, en cambio, no parece nada contento. Me inclino hacia mi hermano, a espaldas de mamá, mientras ella se balancea al ritmo de la música. Shaun está de pie, rígido y taciturno, como quien está decidido a no dejarse embriagar por la música.

—Me sorprende verte aquí.

Él se encoge de hombros.

—No he venido por gusto. Pero ya sabes, reglas de la casa.

Shaun siempre protesta por el mantra férreo de mi madre: «Mientras vivas bajo mi techo, harás lo que yo diga». Detesta ser un tipo de veintisiete años que vive en casa y odia también todos los errores de su vida que lo han llevado hasta aquí.

Hablamos bajito, pero ella nos oye, por supuesto. Mamá siempre lo oye todo y tiene la última palabra.

—No actúes como si Dios fuera un castigo, chico. Dios es un regalo. Y

por eso estás aquí, para recordarlo.

Se pone a cantar y a dar palmas con mayor ímpetu si cabe, como si así pudiera contagiar a Shaun el espíritu del lugar.

El coro se va callando ante una audiencia entregada y deseosa de escuchar al reverendo Price, quien sube al púlpito de madera de cerezo. La imponente figura de Cristo se cierne sobre él, pero ni siquiera el mismo Jesús puede competir con el reverendo Price. Se le ve divino y exultante, vestido con sus ropajes de color púrpura, que contrastan con su piel negra, y con la cara seria, listo para regalar a su público la palabra de Dios.

—Hace una mañana preciosa para alabar al Señor, ¿verdad?

La voz de barítono del reverendo se eleva hasta las vigas del techo. No ha envejecido nada desde que yo era una niña, aunque sin duda debe de rondar los setenta. Ha dirigido esta iglesia durante más de cuarenta años, y en este tiempo se ha convertido, en la práctica, en el líder de todas las iglesias afroamericanas de Filadelfia.

Papá se queja a veces de que al reverendo le gustan demasiado los focos.

Mi madre le lleva la contraria diciendo que, incluso fuera de la iglesia, él lleva a cabo la labor de Dios, y nadie puede criticarlo por hacerlo ante una

multitud o ante una cámara. Se ha ganado sus medallas como defensor de los derechos civiles y aún conserva en el brazo la cicatriz de los golpes que le dieron con una porra durante el Freedom Summer. Luego mamá nos recuerda que es «amigo» de Obama. Yo no puedo asegurarlo, pero es cierto que Obama vino a visitarlo un domingo durante la campaña de 2012. La gente de aquí lo menciona cada vez que tiene ocasión, y Gigi más que nadie. Al parecer, nuestro futuro presidente elogió su sombrero. Y cuando ella le dijo que debería comprarle uno igual a Michelle, Obama le guiñó el ojo y le dijo que no sabía si su esposa sabría llevarlo con tanto estilo. O eso cuenta la anécdota.

Cuando el reverendo llama a la multitud a aceptar el Espíritu Santo, el teléfono me vibra en el bolsillo.

—Ni se te ocurra —murmura mamá sin apenas despegar los labios.

De repente me siento como si tuviera otra vez siete años y estuviera a punto de ganarme un cachete por no atender a la palabra del Señor. En aquel entonces solía enterrar mi cabeza bajo su axila cuando me regañaba, por vergüenza y también para estar lo más cerca de ella posible. Lucho contra el impulso de volver a hacerlo ahora para recordar la sensación.

Me permito echar un rápido vistazo a la pantalla. Jenny. Otra vez. Ojalá dejara un mensaje. Necesito saber qué va a decir antes de hablar con ella, para saber a qué atenerme. Sobre todo después de que apareciera en televisión gritando que su mejor amiga era negra. En cierto sentido es un cliché ridículo —«¿Yo, racista? Si mis mejores amigos son negros»—, pero en el fondo me molestó. Yo preocupada por ser la que traicionaba nuestra amistad por el hecho de cubrir la historia, y va ella y se escuda en nuestra amistad y en mi «negritud»

para defenderse. Me recordó algo que ella había dicho hace años, algo que dejé correr porque lo estábamos pasando bien y no quise aguar la fiesta. Yo había vuelto por primera vez de la Northwestern

para pasar las vacaciones de Navidad en casa y salimos las dos a tomar unas copas por la Delaware Avenue. Estábamos emocionadas por estar de nuevo juntas después de tanto tiempo sin vernos, la primera vez que sucedía desde que teníamos cinco años. Quería que Jen notase que yo había cambiado: tras tres meses en la universidad, ya me sentía más adulta y más sofisticada.

Pero también me daba miedo que no percibiera ningún cambio, lo cual significaría que, pese a todo, yo era la misma Riley de siempre. Jen estaba demasiado atareada cotilleando sobre dos nuevas amigas, camareras y compañeras de trabajo del Fat Tuesday. Hablaba de esas chicas con el entusiasmo inagotable que dedicaría cualquiera a hablar de un novio nuevo.

«Creen que mola mucho que mi mejor amiga sea negra». Jenny puso los ojos en blanco al decirlo, pero aun así quedó claro que se trataba de una especie de medalla que me convertía en algo parecido a un complemento de moda. ¿Por qué, si no, se molestaba en mencionarlo?

En ese primer semestre yo había conocido a unas cuantas chicas blancas que se morían de ganas de adjudicarse mi amistad, que estaban orgullosas de sí mismas por ir a la universidad y por tener su propia amiga negra, una de esas experiencias que debes vivir el primer año de universidad, como hacerse un tatuaje, follar con un estudiante de último año, conocer a «gente distinta»…

Había estado pensándolo la noche anterior, cuando llamé a Gaby. Ironías de la vida, ella y yo nos habíamos hecho amigas al instante en la universidad al aliarnos frente a «estas chicas blancas», la primera semana de clases. Llevábamos un buen rato en la cola de la librería cuando Gaby me miró e hizo una mueca señalando a la chica que teníamos delante, que se dedicaba a quejarse en voz alta a su madre por teléfono porque creía que

«deberían haberle permitido llevar su coche» y porque a su compañera de cuarto no le gustaban los edredones a juego que había comprado para las

camas y quería hacer las cosas a su manera. Fue lo primero que me dijo Gaby; se acercó a mí y me susurró: «Tía, no puedo con estas chicas blancas con culo plano y papá rico que no paran de lloriquear».

No importaba que Gaby procediera de una de las familias más ricas de Jamaica. Lo afirmó a los cinco minutos, sin tapujos y sin una pizca de humildad. «Oh, sí, estoy forrada, pero no importa. Aquí todos van a pensar que soy una pobre chica isleña». Así fue. Mientras hacíamos la cola, se puso a hablar muy animada sobre su intención de no engordar en América como todos esos turistas que veía descender del barco en Bahía Montego. Desde el principio quedó claro que esa chica tenía opiniones sobre cualquier tema, y me advirtió, orgullosa, que era de las que «decían las cosas a la cara».

Nuestra experiencia universitaria consistió en cuatro años en los que me dijo muchas cosas de mí y me hizo consciente del potencial latente que poseía para convertirme en alguien mucho más guay. Aparecí en la Northwestern como una niñita negra, tímida y empollona de Filadelfia que no sabía nada del sexo, llevaba unos horribles pantalones de algodón (¡con el dobladillo vuelto!) y conocía a un único cantante de reggae, Bob Marley, y Gaby asumió la misión de cambiar todo eso. (Los pantalones de algodón fueron lo primero en desaparecer, mi virginidad fue lo siguiente.) No me importó convertirme en la obra de Gaby. En realidad, me pareció fantástico; estaba encantada de tener a alguien que se ocupara de transformarme en la versión adulta de mí misma. Así que me apoyé en ella desde el primer momento, y ella se convirtió —y es aún— en mi ancla: la persona con la que puedo contar para que me diga cómo me siento incluso cuando yo misma no lo sé con certeza. Es eso lo que esperaba que hiciera cuando la llamé anoche. Gaby soltaba tacos y murmuraba en dialecto mientras yo le iba desgranando el relato completo.

—¿Así que el marido de Jen se cargó a ese crío? Ya estamos otra vez con

esta mierda. ¿Y qué dice ella?

Suspiró en plan dramático cuando le conté que en realidad no había hablado con ella sobre el tema, y le mencioné el comentario que había hecho Jen a la prensa.

—Perdona. ¡No! «¿Mi mejor amiga es negra?» ¿Cómo se le ocurre? Es el mandamiento básico de lo que no se debe hacer. Tienes que llamarla y dejárselo claro, Riley. ¿Cómo es posible que no viera que es un comentario de mierda?

Buena pregunta. Pero no llamé a Jen, como tampoco lo hice aquella vez, hace años. No me salía, y la idea de abrir ese melón me resultaba abrumadora. Solo me alivia que Jen no mencionara mi nombre

delante de la cámara. Si Scotty llegara a saber que soy amiga de la esposa de uno de los polis, me sacaría de la historia. Por un fugaz instante me planteé la posibilidad de decírselo, pero no me vi con ánimos de correr ese riesgo: me jugaba demasiado.

Debería haber previsto que no lograría eludir las referencias al tiroteo durante el sermón, porque, como no podía ser de otra forma, el reverendo Price abre la ceremonia con este tema.

—Nuestro corazón sufre un gran pesar esta mañana. Uno de nuestros hermanos jóvenes se está debatiendo por su vida en el hospital Jefferson. —

Cada sílaba vibra de emoción, conjurando una tristeza que enrarece el aire hasta dejarlo tan denso como el aroma de White Diamond, el perfume preferido de todas las señoras de avanzada edad—. Lo que me ha quedado claro es que la vida de los negros no importa. No importaba en 1719, ni en 1819, ni en 1919, ni tampoco en este nuestro año del Señor de 2019. Está claro que la vida de los negros no importa cuando tenemos a un chiquillo desangrándose en la calle solo por ir caminando a su casa. ¿Qué hacemos?

¿Qué podemos hacer? ¿Qué quiere el Señor que hagamos?

Responde él a su propia pregunta:

—No podemos callarnos. Hablaremos. No dejaremos de hablar. Nos manifestaremos. No dejaremos de manifestarnos. No permitiremos que continúen matando a nuestros hijos por las calles. Exigiremos justicia. Por todos y cada uno de los chicos y chicas que han muerto injustamente.

Michael Brown, Eric Garner, Tamir Rice, Freddie Gray…

Cuenta los nombres con sus nudosos dedos, una letanía que es demasiado larga y atrozmente familiar. Al menos para algunos. Me pregunto quién conserva esos nombres en la memoria, como recordatorio y como advertencia. ¿Lo hace Jen? ¿Sabe alguno de estos nombres? ¿Los lleva en el corazón como hago yo?

—Haremos que nuestras voces se oigan. Exigimos ser tratados con dignidad. Espero que os unáis a nosotros y a nuestros hermanos y hermanas de la ciudad durante la Marcha de la Justicia en honor de Justin. El próximo sábado, en Broad Street. Y, entretanto, solo nos queda rezar por ese chico.

Vamos a rezar con toda nuestra fe para que se salve, ¿verdad? Creo que ahora necesitamos un poco de inspiración, ¿no creéis, feligreses?

Necesitamos algo que nos recuerde la llamada de Dios de convertir la fe en acción, tal y como hizo Él. Por favor, pasemos al versículo 14,2 y leámoslo.

Cojo la vieja Biblia que tengo delante, cuya cubierta de cuero oscuro color burdeos está ya blanda al tacto, y me dispongo a buscar el versículo citado a pesar de que mi atención está muy lejos de allí. Ya estoy pensando en cómo cubriré la marcha que ha mencionado el reverendo y cómo llegaré hasta Tamara Dwyer. Scotty dejó la orden muy clara: «Consigue a la madre, Riley. Necesitamos a la señora Dwyer».

Hasta el momento, Tamara ha hecho solo un comentario, el viernes por la mañana a las puertas del hospital: «Mi niño está ahí adentro. Por favor, recen por él».

Cuando el reverendo nos pide que bajemos la cabeza para la plegaria final, obedezco de manera reflexiva, siguiendo el ritual con el mayor respeto. Ya casi nunca rezo: lo considero algo egoísta e interesado, dada mi frágil relación con Dios y el hecho de que he asistido a la iglesia apenas en un puñado de ocasiones a lo largo de los últimos diez años. La última vez que recé, lo hice sin querer. Fue el otoño pasado, en Birmingham, cuando lloraba a moco tendido en el suelo del cuarto de baño, una estampa patética y atormentada. No es que entonces tuviera mucho derecho a pedirle nada a Dios, pero, llevada por la desesperación, recé de todos modos. Me sorprendo al descubrirme haciéndolo hoy de nuevo, ofreciendo mis más sinceras y fervientes plegarias por Gigi y por Justin. «Por favor, no dejes que muera. Que su nombre no se añada a esa lista».

El coro entona una interpretación entusiasta del «My World Needs You»

de Kirk Franklin, y con ello marca el final de la celebración religiosa.

—Ha sido un sermón precioso —dice mamá mientras desfilamos hacia la puerta uniéndonos a la larga cola.

«Allá vamos». Compongo una sonrisa falsa, ya que soy consciente de que, a pesar de la tragedia que flota en el aire, mi madre quiere presumir de mí hoy que, para variar, voy vestida de domingo y a sus ojos soy la Riley perfecta: notas perfectas, modales perfectos, perfecta formación académica y un trabajo perfecto. Me agoto con solo

pensarlo, pero me preparo mentalmente para esa exhibición: estiro la espalda, me concentro en pronunciar correctamente y me aseguro de mirar a los ojos a quienes me hablan y de interesarme por sus familias. En otras palabras, haré que mamá esté orgullosa de mí, como hago siempre. Estaré a la altura de esa imagen que mi madre transmite con tanto cuidado de que somos una familia modelo, casi como los Huxtable de *La hora de Bill Cosby*, pero con mucho menos dinero. Aunque no se me escapa la ironía que supone tomar a los

Huxtable como ejemplo de éxito de los negros. Miro a mi espalda y veo que Shaun también ha transformado su expresión hosca en una sonrisa educada mientras sigue a mamá por el pasillo central.

Mamá no camina, se desliza, con el sombrero dispuesto sobre el flequillo recién ondulado y la espalda tan erguida que parece cinco centímetros más alta respecto a su verdadera altura, que no sobrepasa el metro treinta y cinco: un pavo real ufano de sí mismo, consciente de la atención de los mirones que llenan la sala. No me cabe duda de que lleva un buen número de compromisos y saludos pegados en la mente como si fueran pósits. Por lo general iría del brazo de mi padre, cotilleando en voz baja, pero él ha tenido que atender una emergencia en el campus de Penn, donde lleva veinte años trabajando de conserje —ingeniero de mantenimiento en la Ivy League, según mi madre—, así que, en vez de chismorreo, opta por señalarme y exclamar en voz alta a cualquiera con quien se cruza:

—Mira a mi niña, que ha venido hoy. Sabes que sale por la tele, ¿verdad?

En las noticias del Canal Cinco. Todas las noches.

No salgo en antena todas las noches, pero no merece la pena corregirla.

El papel que tengo asignado consiste en seguirla sin protestar y sonreír en todo momento. Me llevo la mano a la cabeza para alisarme el pelo, que he planchado esta mañana a conciencia para asistir a la iglesia y para pasar la inspección de mamá. Conservo el recuerdo fugaz de cuando me vestía para ir a la iglesia, y mamá me peinaba con un peine viejo de metal que había calentado en la estufa y que, invariablemente, me quemaba las orejas por muy quieta que estuviera.

Cuando llegamos al vestíbulo, la voz del reverendo Price se impone al murmullo de la multitud.

—¡Vaya, vaya, me gustaría elevar una plegaria por el retorno de la

hija

pródiga! Mirad a quien tengo en la iglesia, a la mismísima Leroya Wilson.

¡Esto sí que es un milagro!

En esta ocasión no me sorprende el uso de «Leroya», y miro hacia mi madre con expresión culpable al recordar lo mal que se lo tomaron mis padres cuando les anuncié, tajantemente, que iba a cambiarme el nombre, y la cara de ofendidos que pusieron. Pero ahora mamá es todo sonrisas, y se la ve radiante, como si estuviera ofreciendo un regalo al reverendo Price.

Al dejarme abrazar por él, vuelvo a sentirme como una niña, como la Leroya que fui. Me alegra que bromee conmigo tal y como solía hacer en el pasado cuando le abrumaba a preguntas sobre por qué Jesús estaba siempre tan blanco en las ilustraciones de los libros.

—La gente necesita verse a sí misma en Jesús, Leroya —me decía entonces—. Cuando lo veas, quizá deberías ver una niña negra lista como el hambre.

El reverendo da un paso atrás, mantiene las manos apoyadas con suavidad en mis brazos como si me sostuviera y, a la vez, me observa con satisfacción.

—Así que ya eres toda una mujer. Y tan guapa como siempre. Casi tanto como tu madre.

Este es otro de los rasgos del reverendo Price: siempre ha sido un adulador.

—Estás haciendo un gran trabajo en las noticias. La obra de Dios. Te veo siempre. ¿No es verdad, Sandra?

—Así es, así es.

Mamá sonríe con tanta fuerza que temo que se le rompa la cara. Shaun se ve pequeño y aburrido. Lejos quedan ya los días en que mis padres aparecían en este mismo vestíbulo presumiendo de su talento en el fútbol, sus goles decisivos, su beca para Temple, su brillante futuro. Mi hermano

pequeño solía proyectar una sombra alargada. Pero eso era antes. Ahora apenas ocupa espacio.

El reverendo Price se inclina hacia mí y baja la voz.

—Así que todo esto tiene algo que ver con Jenny.

Cuando era una niña, Jenny solía acompañarnos a la iglesia. Siempre me embargó una extraña sensación de orgullo de que Jenny pudiera unirse a nosotros, ser una más, sin que le importara nada ser la única blanca del grupo. Resultaba irónico, puesto que era yo la que tenía un montón de experiencia en ser «la única» en innumerables lugares y situaciones, incluido el hecho de terminar en una de las escuelas más blancas de Filadelfia. Pero nunca me había sido fácil; de hecho, muchas noches me acostaba exhausta del esfuerzo que comportaba.

Antes de que pueda pensar en una respuesta, el reverendo Price vuelve a tomar la palabra:

—Ya hablaremos a lo largo de la semana —afirma—. Dios te ha enviado a nuestro lado, Leroya. Y lo ha hecho justo a tiempo. Necesitamos tu voz, tu energía, tu influencia. Ellos protegerán a los suyos. Siempre lo hacen.

Pero esta vez no vamos a dejar que se salgan con la suya. Necesitamos que cuentes nuestra historia. Llama a mi despacho mañana sin falta.

Su tono conspirador no me convence. Soy periodista, no una activista.

Pero, una vez más, puede que necesite su ayuda y sus contactos para llegar a la madre de Justin, y, en cualquier caso, como soy lo bastante mayorcita para no discutirle los detalles aquí, me limito a sonreír.

El reverendo Price toma la mano de mi madre entre las suyas.

—Rezo mucho por tu madre. Y el grupo de oración de las señoras irá al hospital a verla esta tarde. La hermana Marla es una mujer fuerte.

Asentimos en señal de gratitud y mamá ofrece un resumen detallado del estado de Gigi. Entretanto, observo que Shaun se ha ido al otro extremo del

vestíbulo y, con discreción, ha depositado un billete de veinte dólares en el cepillo. Su gesto me conmueve. Me consta que ese billete no le sobra: le di cien pavos la semana pasada para que pudiera pagar la factura del móvil.

—¿Cómo le va? —El reverendo Price ha seguido mi mirada con la suya, y su preocupación es evidente—. ¿A gusto con el trabajo de las

mudanzas?

Después de un año de arduos esfuerzos para que alguien lo contratara, Shaun por fin consiguió un empleo en una empresa local de mudanzas gracias a la intercesión del reverendo Price, que conoce al propietario.

Mamá se yergue un poco más.

—Está bien, sí.

Se apresura a dejarlo claro ante todo el mundo y luego cambia de tema.

Lo hace cada vez que alguien osa mencionar lo que le pasó a Shaun. Es

«asunto nuestro», tan privado como un documento de la Agencia de Seguridad Nacional con el sello de CONFIDENCIAL. Pero tampoco lo discutimos entre nosotros. No hablamos de por qué Shaun vive en casa, ni de su enorme deuda, ni del miedo y el resentimiento que se ha pegado como una sombra a toda la familia.

—Hasta la semana que viene, reverendo —dice mi madre, y noto que se alegra de que nos alejemos de allí.

El aire frío nos corta la cara cuando salimos a la calle; la temperatura ha descendido aún más desde esta mañana, y ahora diciembre parece diciembre, tan gélido y gris como le corresponde. Es un alivio comprobar que las cosas son tal y como deben ser, y por eso no me importa que las orejas se me hielen casi al instante. Mamá se dirige al edificio anexo, donde se celebra una reunión de voluntarias, mientras que Shaun y yo, atendiendo a los buenos modales, nos vemos obligados a quedarnos en la inmensa escalera de piedra, rodeados por gente a la que no he visto en años que se deshace en elogios hacia mí.

—¡Mira lo guapa que estás! Has llegado muy lejos. La señora Sandra está muy orgullosa de ti.

—Te veo todas las noches.

—Eres lo mejor de la tele.

Gozar de ese favor extremo es abrumador.

Shaun se mueve con impaciencia a mi lado mientras la señora Nettle, cuyo olor a alcanfor casi me tumba, me echa un sermón diciéndome

que debería hacer un reportaje sobre el nuevo negocio de su nieto, una barbería móvil que ha instalado en una furgoneta.

La señora Nettle se habría cuidado mucho de hablar conmigo mientras mi madre anduviera cerca, y mucho más de pedirme un favor, ya que ella y mi madre son archienemigas desde que nos vetó la entrada en la Jack and Jill of America, cuando Shaun y yo éramos pequeños. La señora Nettle, descendiente de una de las primeras familias negras que se instalaron en la Main Line, y miembros fundadores de la citada organización en 1938, decidía quién merecía ser admitido en la capilla local por aquel entonces.

Cuando mamá se enteró de que había dicho que ella y papá no tenían un trabajo «lo bastante digno», la respuesta de mi padre fue: «¿A quién le importa? ¿Por qué quieres alternar con esos vanidosos?». Pero el orgullo de mamá nunca se recuperó de ese desdén.

—¿Le importa que le robe a mi hermana, señora Nettle? Voy a invitarla a comer.

Mi hermano apoya su brazo flaco en mis hombros y habla en un tono tan educado que me hace sospechar que mi madre está a la escucha.

—¡Vaya, esto sí que es una noticia! —bromeo, fingiendo estar sorprendida. Luego me vuelvo hacia él y, susurrando, le agradezco que haya acudido en mi auxilio.

—No, en serio, quiero llevarte a comer. Vamos al Monty's Fish Fry. Por

los viejos tiempos.

Han pasado al menos diez años desde la última vez que fui al Monty's, a pesar de que solía ser nuestro restaurante de los domingos: la familia Wilson al completo, arreglados como corresponde para la iglesia, apretujados en una mesa antes de ir al albergue de Broad Street a servir la comida a los veteranos sin hogar. De repente se me antoja el mejor lugar del mundo. El recuerdo de la caballa rebozada y de los platos hondos de macarrones con queso me embriaga por completo.

—Vamos.

En cuanto nos instalamos en torno a la mesa amarilla de formica, con los platos rebosantes de la comida que nos hemos servido en el bufet libre y los dedos aceitosos de picar el pescado frito, me dedico a observar a Shaun en busca de una señal que me indique que está bien.

De todas las preocupaciones que dan vueltas sin parar en mi mente —la salud de Gigi, las finanzas de mis padres, el final de la democracia—, la mayor es la que siento por mi hermanito. Para mí él siempre será eso. Llegó dos días después de mi séptimo cumpleaños y desde ese momento supe que era un regalo para mí, un muñeco vivo. Lo llevaba a todas partes. Invertí mi paga en comprarle sus primeros LEGO y otros juegos de construcción, y cuando decidió que quería licenciarse en arquitectura y diseñar rascacielos, me sentí orgullosa de haber inspirado esa vocación.

«Shaun está bien, cielo. Todo le va a salir bien», me susurra la voz de Gigi al oído.

Ajeno a todo, Shaun rebaña la salsa de su plato.

—¿Lo has oído?

—¿El qué? ¿La música? Sí, es fantástica.

Shaun se pone a chasquear los dedos y a mover la cabeza al ritmo de

«Return of the Mack», que suena a todo volumen en el altavoz situado en uno de los rincones del local.

—Me encanta esta canción, tía, en serio… ¡Los noventa! Esos sí que fueron buenos tiempos.

—¿Rodney King? ¿O. J. Simpson? No es que fuera la mejor década para nosotros. Y además a ti te dio por cortarte el pelo a lo Arsenio Hall, algo a lo que no hace falta volver.

—Va, tía, dime qué década ha sido buena para los negros. Hablo de música, hermana. Biggie. Tupac. Wu-Tang. Y, por cierto, mi corte de pelo era guay. ¿A quién quieres impresionar con esas trenzas?

Le lanzo un trozo de pan de maíz.

—¿Cómo fue ayer la mudanza de Landry?

—No estuvo mal, si te gusta pasarte ocho horas destrozándote la espalda cargando bultos y bajando cinco pisos. La mujer nos miraba con ojos de halcón, como si pensara que íbamos a salir corriendo con una caja llena de su preciosa porcelana. Lo que me mata de verdad es que basta que trabajes con guantes y ropa cómoda para que esa gente te trate como si fueras retrasado. Te juro que me hablaba muy despacio, como si yo solo tuviera dos neuronas en el cerebro. Me

moría de ganas de soltarle: «¿Quieres ver mis notas del insti, hija de puta?». Pero es un sueldo, tía. Y papá y mamá no paran de discutir por la pasta…

—¿Papá aún insiste en que vendan la casa?

A Shaun se le ensombrece la cara y me sabe mal haber sacado el tema.

—Sí. Ella se niega en redondo —añade.

Pues claro, mamá es así. ¿Cómo iba a afrontar la pérdida de nuestro hogar, la casa de la familia durante tres generaciones? El bisabuelo Dash la compró en 1941 con ocho mil dólares que llevó al banco en una bolsa de

papel y entregó a un banquero quien, al verlo, dijo: «¡Mirad a este negro con la bolsa llena de billetes! ¿Cómo has conseguido tanto dinero?».

—¿Te he contado alguna vez que repartía el *Philadelphia Tribune* puerta por puerta con solo cinco años? —Imito a Gigi lo mejor que puedo para aligerar los ánimos.

Él reacciona a la broma con su propia imitación de Gigi:

—Yo fui periodista antes que tú, Leroya.

Gigi nos ha contado esa historia solo unas mil veces. Siendo niña ganaba suficiente dinero para contribuir a la economía familiar con cien dólares.

Bromeaba diciendo que había pagado la puerta principal.

—En cualquier caso, si pierden la casa es por mi culpa. Si no hubieran tenido que ayudarme… —Da un mordisco agresivo a un muslo de pollo como si así liberara el estrés.

El dolor y la culpa que percibo en su tono de voz me parten el corazón.

—No es culpa tuya, Shaun. Venderla siempre fue una cuestión de tiempo.

Dejando a un lado las deudas de Shaun, los impuestos sobre la propiedad estaban por las nubes desde que los blancos que habían huido hacia las afueras cincuenta años atrás querían volver a la ciudad. Incluso con toda la ayuda que yo podía ofrecerles, los sueldos

modestos que cobraban como conserje y directora de un asilo, además de los préstamos que habían pedido para la hipoteca, implicaban que aquella era una causa perdida con un desenlace triste e inevitable.

Percibo la carga que lleva Shaun sobre los hombros, tan pesada como si fuera una remesa de ladrillos. Cada vez que le pregunto cómo está de verdad, me responde lo mismo: «Así son las cosas». Pero está claro que le está pasando factura. Me apresuro a cambiar de tema.

—¿Quedaste con Staci anoche?

Staci, acabado en «i», y Shaun han estado saliendo y cortando desde el

instituto. Debo reconocerle que lo apoyó cuando tuvo que dejar la universidad, pero poco más.

—No, rompimos… otra vez. —Se concentra en untar mantequilla por toda la superficie de una galleta.

—Vaya, lamento oír eso. —Este patético intento de demostrar simpatía no me va a hacer ganar ningún Oscar.

—Venga, vamos, si nunca la has tragado. Crees que es una blanca tontita y que tu hermanito se merece algo mejor.

Jamás nadie ha dicho palabras más ciertas. Staci siempre me ha sacado de quicio, con sus tops de ganchillo minúsculos y su insistencia en hablar a todas horas sobre su dieta vegana. Pero no es tanto por ella en sí misma sino por el hecho de que Shaun siempre ha salido con chicas blancas, una preferencia que ha mantenido desde que era un crío. A los cinco años me habló de la primera chica que le gustaba, una tal Hannah, una cosita menuda y rubia que iba con él al parvulario.

—¿Por qué no te gusta alguna de las niñas negras de tu clase? —le pregunté.

—Las blancas son más guapas —dijo él como si fuera un hecho indiscutible, de sentido común, una conclusión obvia en la que todo el mundo coincidía.

A los doce años, eso me afectaba mucho más. Ya era bastante duro llevar aparatos en los dientes y tener ese acné testarudo en la frente, pero, para colmo, estaban mi pelo y mi piel oscura. ¿Cómo iba a discutir con Shaun si todo lo que me rodeaba, incluido el espejo, le daba la razón? Me llevó años de esfuerzo poder comprender y discutir

con confianza sobre la influencia del patriarcado en los falsos estándares de belleza, y sobre cómo siglos de historia tóxica habían condicionado a los negros para que vieran a las blancas como el premio definitivo, argumentos que he expuesto ante Shaun

muchas veces sin pronunciar en voz alta el que más me duele: si las chicas negras no son lo bastante buenas para mi hermano, ¿dónde me deja eso a mí?

«Mantente alejado de las chicas blancas, ¿me oyes?», le repetía Gigi a Shaun a menudo cuando éramos más jóvenes.

Pero, como Shaun siempre fue igual, intentaba tomárselo a broma. Gigi nunca se rio.

«Hablo en serio. Ándate con ojo», le decía.

—Bueno, a lo mejor conoces a una chica negra guapa —le digo yo ahora, contrarrestando el sarcasmo con una mirada afectuosa—. ¿Qué te parece?

—Hablas como la abuela. Y me taladráis con esa cantinela de la chica negra. A ver, ¿cómo vamos de hipocresía? Como si tú nunca te hubieras tirado al chocolate blanco. —Se ríe—. ¿Y qué pasó con ese tío, ya que estamos? Todos pensábamos que ibais a casaros.

Dos menciones de Corey en cuatro días ya son demasiadas.

—No sigas por ahí.

Shaun no tiene ni idea del papel que desempeñó en el final de mi relación con Corey y no pienso decírselo. Mamá no es la única que prefiere no airear los trapos sucios.

—Vale, vale. ¿Ya has hablado con Jen?

—No. Tengo que llamarla. No sé qué decirle.

—Hostia, resulta muy raro conocer al tipo. Todos esos polis que hacen esas mierdas siempre son tipos anónimos, pero a Kevin lo conozco.

Kevin. Es Kevin, no el agente Murphy. Y lo conocemos. De hecho, sé detalles íntimos de él que no le gustaría nada compartir. Como que ruge como un yeti cuando se corre o que solo puede cagar si se quita del todo los pantalones, o que la baja calidad de su esperma era la causa de que no pudieran tener hijos y que agujereó la pared del

dormitorio de un puñetazo

cuando se enteró de eso. Kevin y yo quizá no seamos amigos, pero existe entre nosotros una intimidad impuesta.

—No sé cómo vas a poder volver a dirigirle la palabra, Rye. Se ha cargado a un crío, hostia. A un chaval negro. ¿Cómo vas a superar eso?

—Justin no ha muerto. Sigue en coma.

—Ese crío no se va a levantar. Lo siento, pero así es. Podemos manifestarnos, rezar y volver a manifestarnos, pero eso no cambiará nada.

Para colmo, no iba armado. Imagínate que la cagas así en otro trabajo.

Imagínate que curras en el McDonald's y sirves unas patatas fritas que has rociado por error con matarratas en lugar de sal, y el cliente se muere delante de tus narices. Nadie dirá que no es un homicidio. Pero esto… Esos polis se cargan a alguien y sus jefes se limitan a decir: «Vaya, ha vuelto a pasar». Todas y cada una de las veces.

Acentúa su punto de vista agitando un hueso de pollo en el aire.

Shaun habla en voz alta, pero no se quedan atrás ni Mark Morrison desde los altavoces ni el bebé que llora en la mesa de al lado, y nadie parece prestarles atención. De todos modos, giro la cabeza como una lechuza para comprobar si alguien le escucha. Mamá siempre nos regañaba si elevábamos el tono en público.

Me dispongo a pedirle que baje la voz, y al momento recuerdo mis propósitos de no convertirme en mi madre y me freno. Me muerdo la lengua a pesar de que mi hermano grita aún más fuerte y más alterado.

—Si un agente de policía dispara contra un chaval negro y ese chaval negro no iba armado, el poli debería ir a la cárcel. Que lo jodan. Ha metido la pata en su trabajo. ¿Recuerdas cuando me despidieron de Kinko's, hace años, por meter el cartucho de color equivocado en la impresora? La impresora se jodió, vale, pero no hubo muertos. Me cago en los tipos que deciden hacerse polis para sacudir a la gente, siempre que sea negra o de

piel morena, y así sentirse poderosos. Y no me refiero específicamente a Kevin, pero sí a muchos otros. Te enteras de sus chats sobre los

«putos negros», o de que dejan sogas en las taquillas y cosas así, ¿y encima los sospechosos somos nosotros? Deberían pasarles un test antirracista antes de admitirlos en el cuerpo. A ver, que si en tu Facebook vamos a encontrarnos con que has publicado bromas sobre los negros diciendo que son monos, o describiéndonos como salvajes o bestias, pues mejor no te presentes, tío.

—Tienes razón. En todo. Es un asco.

—Podría haber sido yo, joder.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes: mal que nos pese, es la pura verdad.

—Tienes que entrevistar a la madre de Justin, Tamara Dwyer —dice Shaun—. Alguien debe contar su historia. Tenemos que sacar a la luz a las madres del movimiento. Las madres conmueven a la gente. Él ha matado al hijo de alguien.

El fervor militante de Shaun siempre logra centrarme.

—Exacto, tengo que conseguir acercarme a ella. Necesito hablar con Tamara.

—Yo puedo ayudarte.

—¿En serio? —Me alivia pensar que no tendré que recurrir al reverendo Price.

—Verás, mi amigo Derek vive por Strawberry Mansion. Conoce a los vecinos. Solía salir con un primo de Justin, Deja. Su padre, Wes, es hermano de Tamara. Son una familia numerosa.

A Justin le dispararon a solo unas manzanas de su casa, en el barrio.

—¿Les hablarás de mí? —Por eso me encanta estar de vuelta en mi ciudad, disfrutar de una red de fuentes a las que puedo acceder con facilidad.

—Claro, te echaré un cable, hermana. Ella no querrá hablar con ninguno de esos periodistas blancos. ¿Quinn Taylor? Esa Nancy Locutora no va a llevarse la entrevista. Es tuya. Ahora deja que me sirva unos cuantos macarrones más.

Shaun le tiene la misma manía a Quinn que yo desde que le conté lo que nos dijo en Halloween.

«Deberíais venir todos a casa —propuso a todo el equipo de las noticias

—. Decoramos toda la calle y vienen niños de toda la ciudad. Sus padres los traen desde el gueto. Es una cucada».

Shaun se levanta para ir a por más comida del bufet. Es un adulto, pero sigue comiendo como un adolescente en pleno crecimiento. También conserva ese mismo aspecto, un aire torpe, como el de un cachorro que aún no se ha desarrollado del todo. Por eso atrae siempre a las chicas: parece alguien a quien querrías salvar. Gigi siempre dice de él que es tierno, y lleva razón.

Alguien se me acerca por la espalda y yo cojo el monedero pensando que se trata de la camarera, que ha venido a llenarnos los vasos con más té helado. Quiero pagar la cuenta mientras Shaun está en el bufet.

—Hola.

No es la camarera.

En cuanto me giro, me encuentro cara a cara con Jenny, quien, una vez más y por un segundo de desconcierto, me parece una absoluta extraña.

Lleva una sudadera gigante de los Phillies que conmemora su triunfo en las Series Mundiales. Sobresale de un abrigo acolchado que se le ha quedado pequeño de cintura. El brillo de su cara ha sido reemplazado por unas marcas de color rojo.

—Los domingos toca misa y Monty's —dice con una sonrisa insegura.

Entre ambas flota una sensación de incomodidad poco familiar.

—Hacía siglos que no venía.

Jen se sonroja. Sus ojos irritados me inducen a pensar que ha estado llorando, pero Jen no llora nunca.

—Shaun puso en Facebook que iba a llevar a su hermana a Monty's.

Tenía que verte. No has respondido a mis llamadas.

No sabría explicar por qué el corazón me late tan deprisa. Tomo aire, pero Shaun aparece antes de que pueda contestar. Al ver a Jenny, casi se le cae el trozo de tarta de manzana del plato.

—Eh… ¿qué tal, Jenny?

—Hola, Shaun.

Ella titubea antes de darle un abrazo. Él se deja abrazar, pero se queda rígido en vez de corresponder con su habitual abrazo de oso.

Está claro que Shaun no sabe qué decirle. Extiende la mano como si fuera a tocarle la barriga y luego se lo piensa mejor.

—Estás enorme. ¿Esperas trillizos o algo así?

Nadie se esfuerza por reírse; el comentario tampoco tenía mucha gracia ni era esa tal vez la intención de mi hermano. Nos miramos como actores en un escenario que se han olvidado del diálogo que deben decir.

Shaun rompe el hechizo haciendo lo que querría hacer yo: marcharse.

—Os dejo con vuestras cosas. Me pillo un Uber para casa, hermana.

Se agacha a darme un beso en la coronilla, como haría un padre en la puerta del colegio, y saluda a Jen. Se aleja unos metros de la mesa y luego se gira.

—Kevin la ha jodido, Jen.

Lo dice tan alto que las cabezas se vuelven hacia nosotros. Luego sale por la puerta.

Jenny acusa el impacto de las palabras de Shaun, y yo también. Pero ¿qué otra cosa se suponía que podía decir o hacer en un momento como este?

¿Coquetear con Jenny, como suele hacer, o soltarle alguna broma tonta sobre el corte de pelo? Ella da la impresión de querer ir a buscarlo, pero se para y se vuelve hacia mí con expresión de impotencia. Me gustaría tocarla, pero no consigo mover la mano.

—¿Podemos hablar, por favor? —No es una pregunta, sino un ruego.

Y a pesar del tornado de emociones que me invade ahora mismo, a pesar de lo que haya hecho Kevin y de las cosas que ella haya dicho o no, solo existe una respuesta a esa petición. La invito a sentarse.

Jen

Las palabras de Shaun me sientan como una patada en el estómago. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no dar media vuelta y salir por la puerta. Ahora veo que venir ha sido un error, pero ya no puedo irme. No puedo hacer otra cosa que sentarme frente a Riley, quien me mira como si yo fuera una extraña, a la espera de que le diga algo, con la expresión tan vacía como un lienzo en blanco. No tengo ni la menor idea de qué decirle.

«¿Lo siento?». Pero ¿qué es lo que debo sentir exactamente, y por qué tengo que disculparme ante Riley?

Por fin, casi por compasión, me pregunta:

—¿Cómo estás?

No sabía con qué me iba a encontrar. Riley no me ha devuelto ni una sola de las llamadas en todo el fin de semana, pero agradezco tanto su preocupación que me aferro a ese destello de esperanza.

—Estoy bien, supongo. Sin embargo…, eso no es lo importante.

Parezco una mártir, y la verdad es que me interesa más hablar de otras cosas. Apoyo las manos sudorosas en la mesa, lista para soltar el discurso que he ensayado unas mil veces mientras venía hacia aquí.

—Mira, Rye, Kevin creía que estaba persiguiendo a un tipo que acababa de disparar contra alguien. Creía que iba armado. Temía por su vida.

Me paro antes de decir que todo fue culpa de Cameron, a pesar de que no albergo la menor duda sobre eso. Él fue el primero en disparar, Kevin no tuvo más remedio que abrir fuego. Cameron no tenía experiencia y metió la

pata. Si Kevin hubiera ido con Ramírez, esto nunca habría sucedido.

Aunque quizá esté siendo demasiado protectora, quiero que Riley lo sepa.

Lo necesito.

Busco algún rastro de comprensión en su cara, intento calibrar la probabilidad de que me diga lo que tanto necesito oír: «Estoy a tu lado».

Distingo una cierta frialdad en sus ojos; dura solo un instante, pero me basta para entender que no son esas las palabras que voy a oír hoy aquí.

—Todo es tan horrible, Rye —consigo decir—. ¿Qué va a ser de él?

—Los médicos dicen que lo operarán mañana para tratar de extraer la última bala y frenar la hemorragia.

Las mejillas me arden de vergüenza. Finjo que me refería a eso, a ese

«él».

—Sí, seguro que se pondrá bien —digo con convicción, o, mejor dicho, con desesperación.

No logro sacarme de la cabeza la foto del chico, no logro dejar de pensar en su madre, sentada a su lado en el hospital, esperando que abra los ojos.

Aún no he visto ni tocado a mi hijo, y ya sé que moriría por él o por ella.

—Esperemos que así sea —dice Riley—. Hay mucha gente rezando por su vida, te lo aseguro.

Me mira mientras lo dice, me mira de verdad, y yo deslizo las manos sobre la mesa sucia hasta casi tocar las suyas, con la esperanza de que haga el gesto de cogerlas. No lo hace.

No hay manera de cambiar de tema con elegancia, de desviar la conversación hacia Kevin y hacia mí, pero no tengo elección. Para eso he venido a Monty's, las cosas como son.

—¿Viste mi llamada perdida anoche?

—Sí. No dejaste ningún mensaje.

—¿Desde cuándo tengo que dejar un mensaje para que me llames?

Riley no contesta. Tengo la impresión de estar en una entrevista de trabajo o en el despacho del director del colegio: una situación entre formal y furtiva. Estoy a merced de su valoración y eso me hace sentir como si intentara correr sobre una pista de duro hielo.

—Bueno, la verdad es que hay algo que quería decirte en persona.

Necesito que me hagas un favor. —Aprieto los puños y respiro hondo —.

Me preguntaba si… Ya sabes cómo son los medios. No te ofendas.

Era una broma, o al menos yo intentaba que lo fuera. Al ver que no se lo toma como tal, me apresuro a seguir hablando.

—He pensado que tal vez podrías hacer un reportaje sobre Kevin, sobre su versión, ¿me entiendes? He visto que cubrías el tema. Podrías hablar con él y así les contaría a los espectadores lo que pasó de verdad.

Kevin y yo ideamos el plan durante el fin de semana, o, mejor dicho, lo hice yo. Él seguía desconfiando de Riley por ser una periodista, y tampoco creía que el departamento le permitiera conceder entrevistas, pero lo convencí de que quizá podría ayudarnos. Merecía la pena intentarlo. Pero Riley tuerce la boca como si acabara de beber algo amargo. Niega con la cabeza incluso antes de responder.

—No… No puedo entrevistar a Kevin. No estaría… bien. Me refiero a que no podría ser objetiva, y ese es precisamente mi trabajo. La objetividad profesional.

Las palabras que murmura son como ruido blanco; es el tono lo que duele, tan distante, tan automático. Se ha puesto la máscara de Riley. Así lo llamo yo cuando se cierra en banda para ocultar sus emociones. Se le da genial. El año pasado, cuando Corey la dejó, o vete a saber qué pasó entre ellos, actuaba como si estuviera perfectamente. Me daba las mismas respuestas cada vez que le preguntaba: «Estoy bien», «No tenía que ser»,

«Nunca fuimos muy en serio». La máscara. Pero yo sé la verdad. Corey le

sentaba bien a Riley. La suavizaba. Y ella no ha amado a ningún otro hombre tanto como a él. Tal vez creyera que podía engañar a todo el mundo con esa indiferencia fingida, pero no a mí.

—Es que… Vale, lo entiendo. No quiero que hagas nada con lo que no te sientas cómoda, Riley, pero esto se está desmadrando… La gente dice cosas terribles de Kevin. Necesitamos que se oiga su voz. Fue un error, un trágico error. Ayudaría a que la gente comprendiera que no es un mal tipo, y no lo es. Al menos eso lo sabes.

Por la cara que pone, se diría que no lo sabe. Al parecer, tengo que

admitir la posibilidad de que Riley considere a mi marido un mal policía o, peor aún, un racista. ¿No pensará eso de verdad? Empiezo a entender lo que pasa: cree que yo debería avergonzarme de mi marido. Y es eso, más que cualquier otra cosa, lo que me hace perder la calma.

—Bueno, deja que te haga una pregunta. ¿Harías esa entrevista si la víctima de Kevin fuera un chico blanco?

—Jen… no… no es eso…

He visto a Riley callarse y ocultarse tras una barrera de silencio; nunca quedarse sin palabras. ¿Por qué he sacado el tema de la raza a colación? No ha importado nunca entre nosotras dos.

Por fin me mira a los ojos.

—No lo sé, Jen. Tal vez sí. —Lo dice como si le costara reconocerlo—.

Pero, bueno, no son los chicos blancos los que suelen recibir disparos accidentales de la policía, ¿no te parece?

Esta vez no hay la menor vacilación: la pregunta sale por su boca y corta el aire como un cuchillo.

—Mira, no quiero convertir esto en una conversación sobre qué vidas importan. La raza no tiene nada que ver, Riley. Te estoy hablando de Kevin.

—¿Cómo puedes siquiera pensar que no es un tema…?

La corto. Odio el cariz que está tomando esta charla. La ira que soplaba en mi interior desde que me senté se ha convertido en una galerna feroz.

Esa es la única razón por la que lo digo:

—Kevin nunca te ha caído bien. Esa es la verdadera razón de tu negativa.

Admítelo.

Ni siquiera sé si lo pienso. Es una idea que acaba de ocurrírseme, y debo decir que pasar al ataque me hace sentir bien. Aunque quizá sea cierta. Tal vez Riley se haya limitado a tolerar a Kevin todos estos años, tal vez no le tenga el menor aprecio y tal vez por eso no quiere echarnos una mano.

Nunca sabré la respuesta porque salgo por la puerta antes de que ella consiga abrir la boca.

Desde que era pequeña me han encantado los espacios estrechos y claustrofóbicos. A veces me refugiaba en el armario de Lou, rodeada de esos aromas familiares a piel sintética y humo de tabaco, y en cierto modo me sentía segura. En estos momentos, el cuarto de baño de la casa de mi suegra es lo más cercano que tengo a mano para esconderme. No se me ocurriría meterme dentro del armario de Cookie.

Sentada en la tapa del váter, repaso la conversación del Monty's intentando encontrarle un sentido. Han pasado cinco días enteros desde que Riley y yo hablamos. Que yo recuerde, nunca habíamos pasado tanto tiempo sin hablar y sin enviarnos mensajes o emails. Respiro hondo. Es lo único que hago estos días: ejercicios respiratorios. Encima del retrete hay una cestita que contiene una mezcla de esencias con olor a canela y aspiro su fragancia con cada inhalación. Contemplo el papel floreado que cubre la pared de enfrente y resisto la tentación de agarrar un trocito que está suelto y arrancarlo todo. Me encantaría hacerlo, destruir al menos algo.

La voz de Cookie llega hasta a mí desde el otro lado del pasillo. No llego a oír lo que dice, solo la cadencia irritante de su discurso, que se ha convertido en la banda sonora de mi vida desde que Kevin y yo nos mudamos a casa de sus padres el viernes pasado, o sea, la noche de después del tiroteo. Esperamos que tanto los reporteros como los manifestantes se abstengan de seguirnos hasta el condado de Buck. Aunque, de vez en cuando, echo un vistazo por la ventana del comedor y temo encontrar una furgoneta de la prensa aparcada cerca. Probablemente sea solo una cuestión de tiempo. Siguen acampados en nuestra casa, a todas horas, esperando que alguien entre o salga para echársele encima como un enjambre de moscas sobre un cadáver. Lo sé porque la vecina de al lado, la señora Jackowski, me mantiene al tanto.

—¿Dónde se ha metido Jenny? ¿Está bien? Tiene que conservar la calma.

La voz de Cookie, alta y clara, llena ahora el cuarto de baño como si esa fuera su maldita intención, que lo es.

Cookie lleva repitiendo esta cantinela toda la semana: según ella, estoy como ausente y no hago lo bastante para ayudar a Kevin. Es evidente que Cookie está proyectando su propia incapacidad sobre mí,

pero eso no me quita las ganas de gritarle: «¿Qué coño quieres que haga? ¡Dímelo y lo haré!».

Sigo debatiéndome a lo bestia entre el subidón maniaco de adrenalina

—«¿Cómo arreglo esto? ¿Qué hago?»— y la apatía absoluta: fingir que todo esto le está pasando a otra persona hasta que ya no consigo seguir fingiendo. Como ahora.

Me lavo la cara con agua fría y tomo aire de nuevo. «Venga, Pajarito, ya estamos», susurro a mi barriga antes de obligarme a salir. Kevin y Frank están exactamente donde los dejé hace una hora: sentados en el banco de

obra de la cocina, una estancia que ahora se ha convertido en el cuartel general de una zona en guerra.

—¡Vaya, estás aquí!

Cookie aparta la vista de la tabla donde estaba cortando el apio y me observa mientras me siento en el banco, al lado de Kevin. Apoyo la cabeza en su hombro y él inclina la suya para que repose sobre la mía. Encajamos como dos piezas de un puzle. Su muslo me roza la pierna, y yo me acerco aún más. Antes, cuando éramos novios o de recién casados, nos tocábamos a todas horas, nuestros cuerpos se atraían como si hubiera magnetismo entre ellos. Pero, con el tiempo, tal vez a partir de que empezáramos a programar el sexo en el calendario, dejamos de buscarnos. Ahora me descubro anhelando el contacto siempre que lo tengo cerca: un apretón en la mano, una caricia en el hombro, lo que sea para afirmar que sigo aquí. Por mucho que Cookie opine lo contrario, lo estoy. Lo intento.

Fred me mira desde la puerta del patio y lanza un aullido patético. No está nada contenta de este exilio en casa de Cookie y Frank, sobre todo porque mi suegra no la deja pasar del patio.

—Julia Sánchez llegará en cualquier momento, ¿recuerdas?

El tono acusador de Cookie me hace aferrarme a la mesa con tanta fuerza que los nudillos se me quedan blancos. Claro que recuerdo que la asesora de prensa contratada por el sindicato llegará en cualquier momento. Cookie lo ha mencionado al menos un centenar de veces, lo cual resulta bastante gracioso porque ignoraba lo que era una asesora de prensa hasta hace dos días y ahora cree que esa mujer, con su varita mágica, logrará que el mundo deje de odiar a su hijo.

—Ya… —le digo.

—No paras de decírnoslo. —Kevin traduce mis pensamientos en palabras. Es otra costumbre que adoptamos desde que nos casamos.

Mi suegra se seca las manos frenética con un trapo de cocina. Cookie siempre parece estar secándose las manos con un trapo; tiene una colección tan grande que raya en lo absurdo.

Ahora mueve uno en el aire.

—No me vendría mal que alguien me echara una mano.

Me mira con intención, algo totalmente innecesario. Ambas sabemos que no se le ocurriría pedir colaboración en las tareas de la cocina a Frank ni a Kevin. Aprendí las reglas hace ya tiempo. Cuando Cookie dice que va a hacer la cena, lo que quiere decir es que «vamos a hacer la cena». Y esa primera persona del plural indica que cualquier mujer que haya en la casa debe correr a ayudarla.

No es que yo fuera una feminista convencida ni nada parecido antes de casarme con Kevin. Al menos no lo era hasta que empecé a frecuentar la casa de los Murphy y me encontré rellenando huevos bajo las estrictas órdenes de Cookie, mientras los hombres —Kevin, Matt y Frank— veían el partido de los Eagles en la salita, que queda a un nivel más bajo, a pesar de que soy la mayor fan de los Eagles de toda esta ridícula casa. ¡Por algo llamo Pajarito a nuestro bebé, por el amor de Dios! Yo estaba en el Linc en 2005 cuando Chad Lewis logró el *touchdown* de dos yardas contra los Falcons que los clasificó para el campeonato de la NFC. Pero nunca he podido sentarme a ver un partido en esta casa. Kevin entra de vez en cuando y me va poniendo al día del marcador mirándome con una cara de pena que viene a decir: «Mi madre es así». Para él es muy fácil decirlo, cuando lo que le toca en el reparto de tareas de Cookie es sentarse delante de la tele con una bolsa de ganchitos.

Me acerco a la encimera y Cookie me señala una bolsa de apio y un cuchillo.

—Tiras de cinco centímetros —ordena, como lo haría un cirujano

sibarita.

Además de a Julia esperamos a Matt y a Annie. Cookie ha exigido que vayamos todos a una; ella se encargará de alimentarnos durante el proceso.

—¿Crees que deberíamos haber invitado también a Brice esta tarde? —

pregunta Cookie antes de contestar a su propia pregunta.

Es famosa por mantener animadas conversaciones consigo misma, y a mí me parece perfecto. Prefiero cortar apio en silencio.

—No, no, supongo que ya nos enteramos de todo con la llamada de ayer.

Tenemos que mantener la calma.

Brice Hugues es el abogado que han contratado los padres de Kevin para representar a su hijo. Kevin arguyó que el abogado del sindicato bastaría, pero Cookie puso el grito en el cielo.

—Necesitas un abogado de verdad —afirmó.

Brice es el hijo de una conocida de Cookie, miembro de su grupo de bridge, y viene «altamente recomendado». No tengo ni idea de si estos elogiosos comentarios proceden de alguien que no sea la propia madre de Brice. No me dio mala impresión en la primera llamada, a pesar de que parecía ir soltando terminología legal sacada de un diccionario solo para impresionarnos. No quiero ni pensar en el dinero que Frank y Cookie se van a gastar con todo esto. Cuando Brice nos comunicó sus tarifas —trescientos dólares la hora y un adelanto de diez mil—, Cookie se quedó muda. Vivir con la pensión de policía jubilado de Frank no deja margen para muchos extras, como por ejemplo un seguro para emergencias legales. Pero no importa. Cookie es capaz de vender lo que haga falta para ayudar a su hijo.

Pese a todos sus defectos, adoro eso de ella.

Durante la llamada nos congregamos todos alrededor del altavoz del maltrecho iPhone de Kevin, colocado en la mesa de la cocina, mientras Brice nos explicaba que la clave de todo radicaba en el chico, Justin, y que

esperábamos que recuperara la consciencia y pudiera contar su versión de los hechos.

—Como ya debéis de saber, lo han trasladado al hospital infantil. Para que reciba mejores cuidados, supongo, aunque también se ha hecho de cara a la galería, para recordarle a todo el mundo que es solo un niño. Y, claro, si al final muere, el tema cambiará radicalmente. La fiscal del

distrito, Sabrina Cowell… No sé si la conocéis, pero es una tía dura, muy ambiciosa. Su plan a largo plazo es una reforma del cuerpo policial, así que… Bueno, es muy probable que presente cargos graves. Asalto con arma letal, homicidio, o incluso asesinato en segundo grado.

«Asesinato». Cookie soltó un respingo y se abanicó con uno de sus trapos. La palabra se instaló en la cocina como si pensara quedarse allí para siempre.

—Mi hijo no es ningún asesino —escupió ella, literalmente además, porque unas gotas de saliva salpicaron la mesa.

—Bueno, confiemos en que el chico sobreviva. Eso mejoraría mucho el asunto —comentó Brice. Su tono era tan sorprendentemente casual que me dieron ganas de entrar en el teléfono y agarrarlo del cuello.

Ese chico podía morir.

—En cualquier caso, todo depende de dos palabras. —Hizo una pausa, y lo imaginé alzando dos dedos carnosos—. Amenaza. Razonable. Para que Kevin y Cameron sean juzgados por ese crimen, la fiscalía tiene que probar que no creyeron que existía una amenaza razonable contra su vida.

Pensasteis que el chico llevaba un arma, ¿no? ¿Temisteis por vuestra vida?

Tal y como formulaba esas preguntas, solo cabía una respuesta posible.

Pero Kevin no abrió la boca.

No me atreví a mirar a Kevin, pero noté que apoyaba su mano en mi pierna por debajo de la mesa de la cocina. La cogí, instándole a contestar.

—Cumplí con lo que marca el protocolo. —Su voz parecía la de un robot.

—Mira, debo decirte que eso no suena muy convincente, Kevin. Eso no funcionará ante un fiscal o un jurado. Necesitamos firmeza.

Kevin volvió a probar, como si recitara un papel.

—Perseguíamos a un delincuente peligroso que iba armado y que ya

había disparado contra alguien. Todo sucedió muy deprisa. Cameron gritó

«¡Va armado!», y abrió fuego. Y en ese segundo mi mente activó el protocolo aprendido de manera automática: disparar para proteger mi vida y la de mi compañero.

—Exacto, exacto. Era una situación peligrosa. Letal. Y pasó muy rápido.

Todo apunta a que sentiste un temor razonable por tu vida. Y hay algo más: da la impresión de que Cameron fue el instigador. Fue él quien creyó ver el arma. Así que, desde un punto de vista técnico, fue Cameron el que disparó al tipo equivocado. A ver, tú no tenías más alternativa que respaldarlo, ¿no es así? Es lo que marca el protocolo, tenías que hacerlo, pero actuaste en función de que Cameron identificó al tipo y declaró que iba armado. Sí, sí, eso podría funcionar…

Era como si estuviera solo, como si estuviera diseñando la defensa al mismo tiempo que hablaba.

—¿Y ese Cameron es un individuo joven, inexperto?

—Recién salido de la academia. Pero no sé si…

—Pues creo que ya tenemos estrategia —prosiguió Brice—. Cameron es el malo aquí. Está verde, desbordado por los acontecimientos. Metió la pata.

Diría que no lo conoces mucho, pero ¿le has oído decir algo en contra de los negros alguna vez? Quizá tenía algún prejuicio. ¿Algún rumor sobre que sea una manzana podrida? ¿Algo por el estilo?

—No lo sé. No hablamos tanto.

Kevin negó con la cabeza. Estaba claro que no le gustaba la dirección que había tomado Brice.

—Vale, vale, ya profundizaremos en eso. Pero, sea como sea, el enfoque podría funcionar. Cameron culpable, tú inocente. Tendrías que testificar, eso sí.

El padre de Kevin se había mantenido en silencio hasta ese momento, de manera que su voz nos sobresaltó a todos.

—¡Ni hablar!

El ictus le había dejado media cara y todo el lado derecho paralizados. A veces, cuando quiere decir algo, le tiembla la mejilla, como si los músculos de la mandíbula se esforzaran por conseguir que la boca cooperara con el cerebro. Kevin me había contado muchas historias sobre los extremados cambios de humor de su padre cuando él era un niño. A ratos podía ser el papá más colega del mundo y pasarse horas jugando al fútbol con los chavales, y en cualquier momento pasar a sacarse el cinturón para zurrar a Kevin por contestarle mal. Pero, desde que lo conozco, Frank siempre me ha parecido un tipo dócil, como un pájaro con las alas cortadas. Sin embargo, en ese momento no lo vi así: estaba encendido y las palabras le salían con más fuerza y fluidez que nunca.

—Eso no va a pasar. Nosotros no traicionamos a los nuestros. Cuando sacamos las pistolas, lo hacemos por una buena razón, y no deberíamos tener que defendernos por proteger las vidas ajenas. No tenéis ni idea de cómo son las cosas ahí afuera. Pasé cuarenta años en el cuerpo. Me han disparado, me han partido la mandíbula de un puñetazo. Un hijo de puta que estaba chalado trató de arrollarme con el coche cuando intentábamos detenerlo por apalear como un salvaje a su mujer embarazada. Cuando pasas suficiente tiempo en las calles, cuando llevas el tiempo suficiente lidiando con criminales, desarrollas unos instintos que no puedes explicar a

nadie. Hacemos lo que sea necesario para protegernos a nosotros y a nuestros compañeros. En el cuerpo hay algo que se llama lealtad, y Kevin nunca se volvería en contra de otro agente. ¿No es verdad, Kevin?

Mi marido me miró en lugar de mirar a su padre.

—Debería decir la verdad.

Vi cómo se le tensaban los músculos de la espalda. Lo único que ha deseado en este mundo es que Frank estuviera orgulloso de él. Para eso básicamente se puso el uniforme.

—Entendido, Frank. —Brice cambió de tono para dirigirse al hombre que, al fin y al cabo, le pagaba las facturas—. Solo se trata de buscar la mejor defensa para su hijo. Y sí, claro que tienes que decir la verdad, Kev, pero siempre existen diferentes versiones, ¿sabes? —Hizo una pausa—.

También debemos tener en cuenta lo que va a mostrar el vídeo.

Yo ya estaba con los nervios a flor de piel con toda esa conversación, pero la mención del vídeo me alteró aún más. ¿Estaba todo grabado? No sabía si eso era bueno o malo, de la misma manera que ignoraba si era bueno o malo que ni Kevin ni Cameron llevaran cámaras corporales. Con las limitaciones del presupuesto del departamento, las van proporcionando con cuentagotas, como los chalecos nuevos, unidad por unidad. A Kevin no le tocaba hasta dentro de varios meses.

—¿Hay un vídeo? —preguntó Kevin, tan asombrado como yo. Resultaba difícil saber cómo se sentía ante eso.

—Sí, sí. —Brice parecía satisfecho de ser él quien nos proporcionara el dato, como si eso significara que estaba ganándose sus absurdos honorarios

—. El paquistaní que tiene la licorería de la esquina instaló cámaras en el callejón después de que alguien intentara entrar en su negocio por la puerta trasera. Lo conseguiré en cuanto me sea posible, y espero que sea antes de que se filtre. Sin una cámara corporal, esto puede ser decisivo. Si aparece

ese vídeo, supongo que sus imágenes mostrarán justo lo que acabas de describirme, ¿no? —preguntó Brice—. Sin sorpresas. Porque, si las hay, necesito saberlas ya.

—Sin sorpresas —repitió Kevin. Parecía un juguete que se está quedando sin pilas.

Aparte de eso, Brice no dio muchos detalles más. Nos habló por encima de los tiempos, pero también dijo que era imposible prever qué pasaría exactamente en cada momento y lo rápido que iría todo. Entretanto, nuestro futuro está suspendido en el aire como si fuera una moneda que alguien ha lanzado a cámara lenta.

Suena el timbre y llega el turno de escuchar lo que podemos y no podemos decir, hacer, esperar o desear en boca de otra persona, una mujer esta vez. Le quito a Kevin un trocito de apio que se le había quedado pegado en uno de sus incisivos mientras Cookie se dirige al recibidor. Nos quedamos en silencio observando las enormes fuentes de verduras y escuchamos el saludo exageradamente entusiasta de mi suegra hacia la mujer que acaba de llegar.

—Mírate…, eres monísima, como una estrella de cine. No esperaba encontrarme a una chica tan guapa. Pasa, pasa.

Mi mirada pasa del padre al hijo. Se parecen mucho, más aún a

medida que pasan los años. El mismo hoyuelo en la barbilla, los ojos de un color gris azulado y el pelo denso, ondulado y oscuro, aunque el de Frank ya está completamente cano. También comparten la misma expresión: de agobio y de agotamiento. Sobre todo Frank. Julia Sánchez entra en la cocina; es una mujer menuda con unos zapatos de tacón vertiginoso. Lleva un traje de chaqueta de rayas y un maletín con pinta de caro, como si se dirigiera a una reunión de accionistas en lugar de a una cocina de barrio empapelada con dibujos de gallos. Cookie la rodea mientras hace las presentaciones, sirve

bebidas y recoloca las fuentes de la mesa una y otra vez. Como de costumbre, ofrece a Kevin una cesta rebosante de patatas chips. Se pasa la vida ofreciéndole aperitivos, como si fuera un niño.

Julia se sienta en el banco, con aspecto de sentirse un tanto abrumada ante esa bienvenida tan intensa. Sin embargo, no le da tiempo a decir más que «Lo siento, sé que estáis pasando por un momento terrible» antes de que se abra la puerta principal y se cuele un vendaval de ruido.

—Ahí está el resto de la familia —explica Cookie mientras Archie, el niño de cuatro años de Matt y Annie, entra en la cocina fingiendo dispararnos a todos con un bazuca de plástico.

Me pregunto si soy la única en captar la ironía del momento y, al percibir la fugaz mueca de Julia, me doy cuenta de que no.

Cookie coge a su nieto en brazos, bazuca incluido, y le da un beso en el cuello como haría una leona con su cachorro. Matt y Annie, mis Murphys favoritos aparte de Kevin, están justo detrás. Saludan a Cookie con un beso y ella se hincha al ser objeto de tanta atención. Nada hace más feliz a Cookie que tener a sus dos hijos en la cocina, aunque sea en unas circunstancias como estas.

Julia espera con paciencia mientras se sirven más bebidas y se acomoda a Archie delante de la tele con una bolsa de gusanitos. Cuando por fin logra tener la atención de todos, apoya las manos en la mesa y empieza:

—Bueno, estoy aquí para ayudaros. Os han lanzado ante la opinión pública, y estoy segura de que todos estáis sufriendo esa atención mediática.

No me cabe duda de que está siendo… difícil.

—Ha sido un completo infierno —dice Cookie retorciéndose las

manos, ya con manchas en la piel.

—Me lo imagino. Y me temo que las cosas irán a peor antes de mejorar.

Tenéis que prepararos a fondo. Sabéis que la historia está alcanzando ya

cobertura nacional. Y los medios locales están ávidos de noticias. ¿Habéis visto esto de hoy?

—Claro —dice Matt refiriéndose a la encuesta lanzada por el *Inquirer* sobre la necesidad de reconstruir desde la base el cuerpo de policía de Filadelfia para erradicar su racismo—. Todos esos gilipollas universitarios opinando sobre polis y armas. Apuesto a que ninguno ha conocido a un policía en su vida.

Julia busca los ojos de Matt con la mirada.

—Sé que todo esto es muy duro. Mi papel aquí consiste en ayudaros a pasar por ello. Lo primero que debéis hacer es desactivar todas vuestras cuentas en las redes sociales. No podéis permitiros el lujo de ofrecer una plataforma a los troles y es mejor que evitéis la tentación de decir nada que pudiera influir en la opinión pública, o empeorarla. La clave está ahí: nada de comentarios públicos. Punto final. Vuestra mejor baza es esperar a que las cosas se extingan por sí solas.

—Lo veo como un sueño imposible que esto se extinga alguna vez —

digo, casi para mis adentros.

Julia me mira con unos ojos cargados de compasión, la misma que me habría gustado ver en los ojos de Riley.

—Lo entiendo. Y no es justo para nadie, pero tanto la prensa como el público han decidido ya que Kevin es culpable. Por desgracia, circula un fuerte sentimiento antipolicial ahora mismo.

—¿Y quién creen que les va a sacar las castañas del fuego la próxima vez que un drogata les robe el bolso de Prada o entre en su chalet? —suelta Matt—. No todos los polis somos unos capullos racistas, pero esa es la conclusión que se saca al ver las noticias, al oír cómo tergiversan las historias a base de medias verdades y titulares explosivos —concluye, y toma un buen sorbo de cerveza.

Annie asiente.

—Recuerdo que, cuando me casé con Matt, me daba corte decirle a la gente que era policía… por todas las opiniones preconcebidas que tendrían sobre él.

—Y ahora protestan contra nosotros como si fuéramos los malos —salta Matt.

—Julia, ¿tenemos que preocuparnos por la protesta de mañana?

¿Podemos hacer algo al respecto? —pregunta Cookie—. Espero que les llueva, que tengan que cancelarlo por un chaparrón. Es absurdo que el alcalde crea que tiene que hablar con ellos. Debería estar del lado de las fuerzas del orden… ¡Al menos mostrarles algún tipo de apoyo, por el amor de Dios! No para de arrodillarse ante ese hatajo de activistas —escupe la palabra como si hablara de asesinos de cachorros—, cuando lo que debería hacer es ponerse del lado de la gente que cumple con su trabajo.

He perdido la cuenta de las veces que Cookie ha soltado esa retahíla de agravios. Se ha empeñado en repetir la cantinela de que el alcalde y el jefe de policía se están rindiendo ante la opinión pública, en lugar de proteger a los agentes en general y a su hijo en particular. El alcalde emitió un comunicado oficial en apoyo del departamento de policía veinticuatro horas después del tiroteo. Un día más tarde, en cuanto empezaron las protestas, lo retiró diciendo que «la ciudad pondría todos los medios a su alcance para asegurar que se hiciera justicia».

—¡Eso se llama traición! —Cookie da un puñetazo en la mesa—. Esa gente intenta convertir a mi hijo en un demonio solo por cumplir con su deber. ¡No pienso tolerarlo!

—Cálmate, cariño. —La mandíbula de Frank inicia ese temblor revelador. Cuando Cookie se exalta, su marido es el único capaz de

tranquilizarla—. Nosotros sabemos la verdad. Kevin hizo lo que tenía que hacer para protegerse a sí mismo y a su compañero.

Las palabras de Frank emergen por la comisura de unos labios caídos, pero, a juzgar por las manchas rojas que invaden aún las mejillas hundidas de Cookie, no logran el efecto deseado.

—¡Exacto! Se protegía a sí mismo. Hay una jungla ahí afuera. Una zona de guerra…, ¿no es así, Frank? Tú te acuerdas. —Repetir esto una y otra vez parece calmarla—. Las calles están llenas de bestias.

Julia no parece en absoluto impresionada por el estallido de Cookie, o al menos lo disimula muy bien. Esa impasibilidad debe de formar parte de las habilidades que hacen de ella una buena profesional.

—Comprendo su frustración, señora Murphy. De verdad. Una de las cosas que debo recordarles es que expresen estas emociones sin duda complejas aquí, en casa, con total libertad. Deben hacerlo y les sentará bien.

Pero no se olviden de ir con mucho cuidado a la hora de escoger con quién comparten esas opiniones y qué palabras usan para hacerlo. Todo lo que digan puede ser tergiversado, y eso es lo último que necesita Kevin.

Julia deja que el consejo penetre en nuestras mentes. Intuyo que no quiere verse obligada a decir algo tan obvio como: «¿Y qué tal si no llama bestias a las personas?». Cuando Cookie asiente con la cabeza, Julia prosigue.

—Hay que tener en cuenta que saldrán a la luz las dos caras de esta historia. Por lo que se refiere a la manifestación, no os lo toméis como algo personal. —Julia usó deliberadamente la palabra «manifestación» en lugar de «protesta»—. La gente se manifiesta por un tema, no por el caso concreto de Kevin.

—Bueno, yo lo veo algo personal. Esa gente quiere enviar a mi hijo a la cárcel solo por cumplir con su trabajo.

—Habrá altercados, eso ya lo sabéis. Hogueras, escaparates rotos, golpes a los caballos de la policía. Eso nos beneficiará —interviene Matt de nuevo.

Nadie le recuerda que la única vez que alguien golpeó a un caballo de la policía en esta ciudad fue un borracho blanco que celebraba la victoria de los Eagles.

—Cierra el pico, Matt, se trata de una concentración pacífica —dice Annie, siempre tan diplomática y tan presta a poner a su marido en su sitio.

Pero él anda demasiado ocupado revoloteando por la cocina. De tal madre, tal hijo.

—Para empezar, ¿tú de qué lado estás, Annie? Y recuerda mis palabras: esa gente siempre está lista para causar altercados. Y lo hacen. Os acordáis de los desórdenes de Ferguson, ¿no? Van a

convertir Broad Street en Ramallah.

Si alguien más vuelve a decir «esa gente» voy a perder los nervios.

Además, apuesto a que Matt no es capaz de localizar Raleigh en un mapa, y menos aún Ramallah.

Intento cruzar mi mirada con la de Kevin, pero él ha cerrado los ojos.

Apoya la cabeza en la pared mientras Matt sigue hablando.

—Marcha por la justicia… ¡Y una mierda! ¿Cómo no lo ven? Le pedisteis que tirara el arma. Él se llevó la mano al bolsillo. Siempre es mejor enfrentarse a un juicio que a un funeral, tío. Si tienes que correr el riesgo, lo corres. Hiciste lo correcto, Kevo. Vas a ser padre. Tu trabajo consiste en seguir vivo.

Me viene a la cabeza un recuerdo del pasado mes de mayo, un caluroso salón de actos de Passyunk donde se celebraba el funeral de un agente llamado Jamal, que había muerto de un disparo durante el fin de semana del Memorial Day cuando se enfrentó a tres tipos que querían entrar por la fuerza en un cajero automático del Navy Yard. No es que Kevin conociera

mucho al tal Jamal, pero la noticia le había causado una honda impresión; sucede con todas las muertes de agentes de policía, dondequiera que sucedan. A mí también me afectó, y lo hace de nuevo al oír las palabras de Matt. «Tu trabajo consiste en seguir vivo». En el funeral de Jamal, los agentes, todos de uniforme, formaban pequeños grupos en un lado del salón, con porte rígido y formal, mientras que los cónyuges, la mayoría esposas, picoteaban de las bandejas de comida mientras se pasaban de mano en mano un sobre con dinero cada vez más abultado, que incluía el billete de cien dólares que Kevin metió en él, una cantidad que no nos sobraba en absoluto. Una de las esposas de la LEO organizó dos semanas de entregas de comida casera para la viuda, Denise, y sus tres hijos, y yo cumplí con mi parte el día que me tocaba con una cazuela de pollo que dejé en su puerta.

No llegué a llamar. No podía soportar verla y pensar que ella sabía que yo volvía a casa, con mi marido. Esa misma noche emprendí la búsqueda de chalecos antibalas.

—Ojalá estuviera de servicio mañana —dice Matt—. Si Annie no tuviera que trabajar, me ofrecería voluntario para hacer horas extra y meter en cintura a esos capullos.

Matt suele patrullar por la zona de Rittenhouse, el barrio más tranquilo de Filadelfia. Los otros polis lo llaman Hollywood, pero, si oyes hablar a Matt, dirías que lucha todos los días contra el ISIS. Mientras lo veo echar chispas, una idea que siempre me ha rondado por la cabeza sin que le prestara mucha atención se materializa con nitidez, como si por fin la hubiera enfocado bien con una cámara: odio a mi cuñado. Él y Kevin están muy unidos, así que aguanto sus tonterías, pero de repente, después de años de tragarme su machismo condescendiente y sus pataletas infantiles, ya no puedo pasar por alto la verdad: Matt es un tipo consentido, inmaduro y arrogante. Y ahora que he dejado entrar en mi mente ese pensamiento, la

puerta se cierra y ya no voy a poder negarlo. Me pregunto, y no es la primera vez, por qué una chica como Annie —encantadora, divertida y lista

— sigue casada con ese hombre. Pero llevan juntos desde que eran críos, y en ese tiempo Annie ha dejado la bebida, ha perdido a sus padres, ha tenido un hijo y sufrido un aborto. Para ella, Matt ha sido siempre su roca, su compañero, a pesar de que se comporta como un gilipollas con el resto del mundo.

—Que te den, Matt.

Lo digo en voz muy baja y no me produce la misma satisfacción que si se lo soltara a la cara. Vuelvo a tener diez años: estoy sentada en el asiento trasero del coche de Blazer cuando aquel paleto insultó a Riley y a la señora Sandra sin que yo me atreviera a protestar.

Annie sí tiene algo que decir.

—A veces puedes ser un auténtico capullo, Matt, ¿lo sabes?

Y yo la aplaudo en secreto.

—Parad, por favor. Tenemos visita. —Cookie lanza cuchillos con la mirada hacia los dos.

Julia mueve una mano en el aire para disipar las preocupaciones, y veo el inmenso anillo de diamantes que lleva: un pedrusco centelleante en un dedo ridículamente fino. Oculto las manos debajo de la mesa para que no se vea el mío, del tamaño de una astilla.

Cookie se inclina hacia Julia como si fuera a hacerle una confidencia.

—Escucha, conocemos a una periodista. ¿No te parecería adecuado

que entrevistara a Kevin para que la gente pudiera ver que es un buen chico? Es una amiga de la familia, Riley Wilson.

Era inevitable. Aun así, me descoloca que la mencione, y sobre todo que se apropie de Riley cuando apenas se conocen. De hecho, fue ante esta misma mesa donde Cookie trató de convencerme de que renunciara a Riley

como dama de honor. Se me acercó mientras ojeábamos revistas de vestidos y accesorios para novias, con el aliento oliéndole a chardonnay, y me dijo:

«¿Estás segura de que quieres que Riley sea tu dama de honor? Tú y Annie os lleváis tan bien… Y significaría mucho para ella. ¿No me digas que no estaría preciosa allí arriba, junto al altar, contigo? Al fin y al cabo, va a ser parte de la familia».

Fue un enfoque astuto, pero yo sabía bien de qué iba la historia. Riley intentó explicarme este delirio mental una vez: nunca podías estar segura de si la raza tenía algo que ver o no, así que tú siempre tenías que sospechar («¿Es porque soy negra?»). Y en ese momento lo vi claro: en la cabeza de Cookie, las fotos quedarían mejor si salía Annie.

—¿Eres amiga de Riley Wilson? ¿Ella es la «amiga negra»? —Julia se vuelve hacia mí al ver cómo encajan las piezas.

—Su mejor amiga —remata Cookie.

La simple mención del nombre de Riley me enciende por dentro. Riley no concederá esa entrevista ni por asomo, pero no le he contado a nadie lo que pasó en el Monty's ni que no hemos vuelto a hablar desde ese día. Y

mucho menos a Cookie. Todos me miran, a la espera de una respuesta.

No puedo mentir ni escurrir el bulto, por mucho que quiera hacerlo.

—Bueno…, no creo que Riley entreviste a Kevin.

—Pues no sé por qué no. ¿Y una entrevista contigo, Jen? —Cookie se aplaude a sí misma, como si hubiera encontrado la solución mágica—.

Podrías contar tu versión de la historia.

—No creo que sea buena idea, señora Murphy —interviene Julia, antes de que yo pueda responder—. Jen no es el centro de la historia.

Es un mal prisma.

—Mal prisma. Bah.

—Sí, no quiero ni imaginar la de memes de lloronas blancas que saldrían

a partir de eso —dice Annie, ganándose una mirada desaprobadora de Cookie.

—¿Qué diablos es un meme? —pregunta ella.

—Da igual, mamá, el tema es que Jen no pinta nada. Ni siquiera teniendo en cuenta su conexión con Riley.

Lanzo a Annie una mirada de agradecimiento.

Matt se levanta con brusquedad, sale de la cocina, baja a la salita y sube el volumen del partido de los Sixers como si quisiera anunciar que la reunión ha terminado.

—Tampoco importa —grita desde allí—. Todo saldrá bien. No necesitamos una entrevista con Riley ni con otro de esos vampiros de la prensa. Ni que fueran a juzgar a Kevin, joder. Estas investigaciones son un puro paripé. Un poli nunca va a la cárcel.

—Eso era verdad —lo interrumpe Julia—. Aunque las cosas están cambiando. La opinión pública está en contra vuestra. Nuestro objetivo es protegeros, pero necesitamos vuestra colaboración.

Mira el reloj sin disimulo.

—Creo que, de momento, ya hemos abordado todos los puntos. Estaré en contacto con vosotros a medida que las cosas avancen. Entretanto, podéis llamarme o escribirme a cualquier hora, de día o de noche. Recordad: lo más importante es permanecer callado. Si alguien de los medios se pone en contacto con vosotros, me lo remitís.

Deja una tarjeta sobre la mesa, el anillo vuelve a brillar, y luego se vuelve hacia mí.

—¿Me acompañas a la puerta, Jen?

Al menos me sirve de excusa para salir de la cocina. Sigo a Julia por el pasillo como si fuera un perrito. Ojalá pudiera irme con ella. Podríamos ver

una peli o deambular por el centro comercial, y podría fingir que mi vida es distinta durante unas cuantas horas.

Julie se detiene en la puerta y apoya una mano en mi brazo.

—Por favor, no hables con tu amiga Riley sobre este caso. Estoy segura de que crees que puedes confiar en ella, pero con la gente nunca se sabe.

Se equivoca. Conozco bien a Riley y le confiaría mi vida.

Me limito a asentir, y Julia hace una pausa, titubeando sobre si decir lo que siguiente.

—Tengo que preguntártelo. ¿Riley tiene alguna información sobre Kevin que pudiera usar en tu contra?

—¿A qué te refieres?

—Pues a cosas que le hayas confesado hace tiempo, como amiga, sobre Kevin o sobre su trabajo. Algún lío en el que se haya metido…

Incluso mientras digo «Por supuesto que no», mi mente se pone en marcha. ¿Hay algo? La verdad es que apenas sé nada sobre los entresijos del trabajo de Kevin. Siempre se ha frenado cuando empieza contarme algo:

«No importa», «No debería…», «No ha sido para tanto». Hubo una noche en que nos emborrachamos y él empezó a hablarme sobre un par de polis que amenazaban a la gente con arrestarla por cosas tan nimias como cruzar la calle sin mirar, apostar o saltarse una señal de tráfico, para así sacarles pasta.

—Hizo que le entregara todo el dinero que llevaba en la cartera y una bolsa de hierba de la guantera, y lo dejó marchar —me dijo—. Lo llamó

«propina compensatoria».

A la mañana siguiente, Kevin estaba horrorizado por habérmelo comentado.

—Nunca le digas a nadie que te lo he contado, ¿vale? Debo tener la boca cerrada.

—Soy tu esposa, Kev. Puedes contármelo todo.

—Las cosas no funcionan así, Jenny. Lo que pasa en el trabajo, ahí se queda. Mi padre siempre lo decía, y yo nunca lo entendí hasta que fui poli, pero ahora le veo mucho sentido. No por el tipo que robó la hierba. Ese es un gilipollas. Pero a veces no nos queda más remedio que saltarnos las normas, sobre todo las de ese fiscal nuevo, para cumplir con nuestro trabajo. Nadie más que un poli entiende la clase de cosas que vemos, ni a los desgraciados a los que intentamos ayudar todos los días. Nos atizan, nos disparan, nos amenazan con matarnos o matar a nuestra familia, y se supone que debemos conformarnos con leerles sus derechos y darles un abrazo. No funciona así. Nunca funciona así. Hay cosas que joden y a veces nos vemos obligados a tomar medidas. Si otro poli te cubre, tienes que convencerte de que también tú le cubres a él, porque, si no, la alternativa es desconfiar de todo el mundo.

Me repetí muchas veces que Kevin nunca se comportaría como uno de esos polis capullos. Y, además, aunque le hubiera dicho algo a Riley, ella nunca… Entonces nace en mí un puntito de duda. Es culpa de Julia. Quiero que se marche. Necesito cerrar la puerta y dejarla fuera, a ella y a su delirante manera de pensar. Riley puede ser distante o distraída a veces, pero nunca, nunca me traicionaría. No existen demasiadas verdades fundamentales en la vida, pero esta es una de ellas. Si no me creo eso, ya no sé en qué creer.

Kevin ya no está en la cocina cuando vuelvo. Annie está haciendo solitarios con una vieja baraja de cartas que, por alguna razón inexplicable, siempre está encima de la mesa. La tensión se palpa en el aire. Flota hacia mí como el olor de la comida en mal estado.

—¿Pasa algo?

—Le decía a Cookie que el hecho de que los polis siempre se libren no

implica necesariamente que esté bien —dice Annie mientras añade otra hilera de cartas a las que ya tiene dispuestas en la mesa.

—Estás hablando de tu cuñado.

Cookie la mira de reojo desde la pila, donde está lavando los platos.

Annie puede decir cosas a Cookie que yo nunca sería capaz de decirle porque creció en su misma calle, a seis casas de distancia exactamente.

Cookie la conoce desde que llevaba pañales.

«Conozco a la pequeña Annabel Myers desde que mojaba las bragas», fue la frase que abrió el discurso de Cookie en la boda de Annie y Matt. Y

en ese momento mi cuñada se dirigió a mí y me susurró al oído: «Ya, porque me daba tanto miedo que me meé encima».

—No estoy hablando de Kevin. Lo decía en general. Sabes que en el hospital tuvimos unas clases para tomar consciencia de ese sesgo. «Sesgo inconsciente», lo llaman. Como una enfermera blanca que no presta atención a las quejas de dolor de una paciente negra, o que la juzga por tener sobrepeso. Todos hacemos y pensamos esas cosas de manera inconsciente. Yo me di cuenta de que soy mucho más simpática con las cajeras negras porque tengo la sensación de que les caigo mal, y de que las llamo «niña» o «cielo».

—Eso son chorradas —salta Cookie—. Ahora todo lo relacionan con la raza. ¡Acusan de racismo a cualquiera! Estoy hasta las narices. A veces las cosas pasan porque sí, nada más.

Recuerdo que Annie me habló de esas clases. Estábamos tomando algo en el restaurante japonés donde solíamos quedar cada mes para ponernos al día y, sobre todo, criticar a Cookie. Dijo que habían realizado una actividad en la que el monitor les preguntaba qué se les ocurría cuando pensaban en la raza. Al parecer, una de las enfermeras, una chica blanca llamada

Stephanie que a menudo comparte turno con Annie, había soltado: «Me siento afortunada por no ser negra».

—¿Te lo imaginas? —dijo Annie horrorizada, soplando indignada sobre el caldo caliente.

Meneé la cabeza para expresar lo asombrada que estaba, pero la verdad era que podía imaginarme a mí misma pensando algo parecido. Incluso podía habérseme cruzado ese pensamiento por la cabeza, fugaz, como una sombra oscura. No tenía intención de admitirlo ante unos extraños o ante mi cuñada. Ni siquiera ante mí misma. Era demasiado horroroso. ¿Y si Riley se enteraba alguna vez de que yo pensaba cosas así?

Annie deja las cartas y mira hacia Cookie.

—Lo único que digo es: ¿Kevin habría estado tan asustado ante un chico de catorce años blanco? ¿Le hubiera disparado?

El aire se evapora como si la propia estancia contuviera la respiración.

¿Cómo se atreve a formular esa pregunta, la única que ni siquiera yo puedo hacerle a mi marido? Las palabras que Riley pronunció en Monty's vuelven a mí: «Pero, bueno, no son los chicos blancos los que suelen recibir disparos accidentales de la policía, ¿no te parece?».

—¡Cierra la maldita boca, Annie! —grita Matt desde la salita.

—Esa lengua —advierte Cookie, como si decir «maldita» fuera lo peor que está pasando aquí.

—¿Dónde está Kevin? —Miro hacia la sala y observo el lugar que ocupaba en el sofá al lado de Matt, ahora vacío, con la secreta esperanza de que no haya oído ni una palabra de esta conversación.

—Me parece que está en el cuarto de baño —dice Annie.

—Ni se te ocurra decir eso delante de él, Annie. Por favor —le ruego.

Mi cuñada asiente con la cabeza. Quiere a Kevin como a un hermano y nunca le haría daño.

Voy en busca de mi marido y lo encuentro en el pasillo, saliendo del cuarto de baño.

—¡Mira esto!

La expresión de su cara, normalmente amable, se transforma en un gesto de incredulidad y luego de algo aún más feo: ira. Me pone el teléfono en la cara.

Es un pantallazo de Twitter, una viñeta con el dibujo de un cuerpo negro en el suelo rodeado de polis que lo amenazan con ametralladoras gigantescas. Alguien ha puesto la cara de Kevin a uno de los polis con Photoshop. Sobre sus cabezas hay una frase escrita en grandes letras de imprenta: LOS ASESINOS DEBEN ESTAR ENTRE REJAS.

—Acaban de decirnos que no miremos cosas así, Kevin. Tienes que alejarte de todo eso. No te va a ayudar en nada.

Se golpea la cabeza contra la pared del pasillo varias veces. La fila de fotos familiares tiembla: Cookie vestida de novia, una réplica del vestido que llevó la princesa Diana pero aún más grande y más vistoso, cuatro generaciones de Murphys de uniforme, retratos

escolares: Kevin con un corte de pelo a tazón, Matt con una de esas coletas de rata que se llevaban hace años.

Kevin le habla a la pared:

—Soy un buen poli. No soy ningún capullo. Y, digan lo que digan, no soy racista. Con todo lo que he hecho por la gente…

—Lo sé, Kevin, lo sé. —Le acaricio el pelo con los dedos.

Es el momento en que he visto a Kevin más emocionado desde que empezó todo esto. Oír cómo se rompe me resulta un alivio, mejor que el

«estoy bien» de rigor que me ha estado soltando hasta ahora.

Cuando empezamos a salir, me encantaba que Kevin fuera tan callado; le confería un aura de misterio. Suponía un reto intentar que se abriera, que

expresara sus ideas o sus sentimientos, y a día de hoy no ha cambiado mucho. En eso se parece a Riley. Los dos te exigen un esfuerzo. Decidí que yo era la única persona en el mundo capaz de lograrlo, y cada una de sus revelaciones —la primera vez que encontró un cadáver durante su turno, la noche que pasó en urgencias con un bebé cuya madre estaba puestísima de oxicodona— me las he tomado como una victoria. A veces, mientras desayunábamos, o cuando salíamos a correr, o incluso a través de la puerta del lavabo mientras cagaba, yo le preguntaba: «¿En qué estás pensando?».

«Eh…, en nada», solía ser su respuesta, pero ese diálogo se convirtió en una costumbre entre ambos.

Lo pruebo ahora:

—¿En qué piensas?

Él suspira y vuelve a golpearse la cabeza.

—No estoy de humor para jueguecitos, Jen.

Lo miro con toda la paciencia del mundo. Suele funcionar.

—Vale, está bien. Pues pienso en el bebé. Pienso en que no quiero estar en la cárcel cuando des a luz.

Eso es lo que me pasa por querer que sea honesto y franco conmigo.

—Eso ni lo digas.

—Tú preguntaste.

—Mira, siéntelo.

Cojo la mano de Kevin y la apoyo en la barriga, donde Pajarito no para de dar patadas.

—Querrás decir siéntela. —Kevin sonríe. Es un gesto mínimo, pero me aferro a ese fugaz mohín de sus labios como un niño se abraza a su peluche favorito.

Kevin ha estado convencido desde el principio de que será una niña. Sin embargo, yo sé que es un niño. La otra noche soñé con él. Lo colocaba en

mi pecho, y él me miraba con los ojos muy abiertos. Eran de un color marrón verdoso, como los de Justin Dwyer. Entonces me desperté, invadida por las náuseas. Me obligué a cerrar los ojos y recé para que los de mi niño fueran de un aburrido marrón barro, como los míos.

—Pronto lo sabremos.

Demasiado pronto. Estoy lista para cuando el embarazo llegue a su fin, aunque sé que todo es más fácil mientras el niño esté dentro de mí. No puedo tener un hijo en medio de este lío, de este caos.

De golpe, me siento cansada.

—Voy a echarme un rato. ¿Por qué no vas a ver el partido con Matt?

Intenta relajarte un rato, ¿vale? Y nada de Twitter. —Le doy un beso en la mejilla, mis labios rozan su barba incipiente. No se ha afeitado desde el día del tiroteo.

Pese a que el resto de la casa huele como una tienda de velas, la habitación de Kevin aún conserva el aroma de un preadolescente. Hay un viejo acuario que solía alojar a una serpiente llamada Hoagie, y a su lado una caja llena de cromos amarillos y un puñado de CD. El de arriba, el *Nevermind* de Nirvana, me llama la atención, y lo pongo en el viejo aparato estéreo mientras contemplo al bebé rollizo de la tapa.

Come as you are, as you were

As I want you to be

Apenas me acuerdo de cepillarme los dientes por la mañana o dónde he dejado las llaves, pero todas y cada una de las palabras de la letra de esta canción vienen a mi mente como si volviera a tener catorce años.

Las estrellas que siguen pegadas al techo, con su brillo opaco, son como docenas de ojos que me observan mientras me tumbo en el áspero edredón que cubre la cama. No puedo con todo: nuestra vida nunca volverá a ser la

misma. Tengo que recordármelo una y otra vez. Los últimos cinco años han sido muy difíciles, con los abortos, los fracasos a la hora de concebir, el pánico abrumador ante la idea de que nunca iba a ser madre. Pasé muchos ratos así, tumbada, mirando al techo, pensando que lo peor que podía ocurrirme era no tener un hijo. Era como conducir por una autopista que se fundía en la nada. Esa sería mi vida: sin hijos, sin estudios, sin un trabajo decente… Nada. En esas noches largas y oscuras solía negociar con el universo: «Si me concedes esto, ya no volveré a pedirte nada». Y funcionó, me quedé embarazada. Lo peor había terminado. Pero ahora eso me parece una estupidez. Estaba tan centrada en una cosa que no me quedaba tiempo para plantearme todas las demás que podían ir mal. Como el hecho de que mi marido tuviera que pasar el resto de su vida en la cárcel, o los juicios que nos arruinarían, a mí, a mis hijos, y a los hijos de mis hijos. Y ese pobre chaval. Cada vez que lo pienso, acabo volviendo a ese pobre chico y recuerdo lo que ha hecho mi marido. ¿Seré capaz algún día de mirar a Kevin sin pensar en ese crío?

Busco el polvoriento mando a distancia en la mesita para reproducir de nuevo la canción, pero en su lugar mi mano se topa con el móvil, que yace allí abandonado desde esta mañana. Ha pasado un montón de tiempo desde la última vez que experimenté esa emoción desesperada por recibir una llamada o un mensaje de un chico, y sin embargo ahora me embarga la misma sensación de impaciencia. ¿Habrá dicho algo Riley? Pero cuando miro, el único mensaje que me espera es de Lou.

Sigues en casa, niña?

No importa que su mensaje sea más adecuado para alguien que está en cama con la gripe. Al menos se ha molestado en preguntar. Ya es algo.

Cierro el mensaje y paso a mi aplicación sobre el embarazo favorita, la

que te revela la talla del bebé semana tras semana. A las treinta

semanas, nuestro bebé es del tamaño de una jícama. Busco qué es una jícama, reconfortada al evadirme hacia ese mundo de verduras y frutas. Me ayuda a imaginar el grupo de células que crece dentro de mi barriga. Los tamaños de mora y de ciruela ya han quedado atrás. Busco los siguientes como quien lee el futuro: calabacín, piña, calabaza, y luego bebé.

Me duermo y sueño con vegetales.

Podrían haber pasado minutos o quizá horas cuando Kevin irrumpe en la habitación. Su voz, su tono alterado, me arranca de un sueño profundo y extraño.

—Jen, Jenny.

Kevin intenta hablar, pero se atraganta con las palabras y solo emite un sonido ahogado.

—Ha muerto, Jenny —dice por fin—. Justin ha muerto.

5

Riley

Gigi abre y cierra los ojos tras unos párpados finos como el papel. Es el único movimiento que hace. Le paso una toallita húmeda por las mejillas, de piel tan suave que se diría que pertenecen a un bebé y no a una anciana de ochenta y nueve años.

Me satisface sumergirme por unos momentos en este acto simple de cuidar a Gigi, sobre todo si tengo en cuenta todo lo que ha hecho por mí a lo largo de los años: enseñarme con paciencia a jugar al ajedrez, coserme el disfraz de Halloween, darme clases de natación manteniendo la cabeza fuera del agua para no estropearse el peinado, pintarme las uñas de los pies de color fucsia, incluso cuando mamá me lo prohibió porque lo consideraba un tono vulgar.

No me basta con este detalle de la toallita. Haría cualquier cosa —andar sobre brasas, donar uno de mis órganos o hasta mi último céntimo— si eso sirviera de algo. Pero no hay nada que hacer. Ayer los médicos nos dijeron que está demasiado débil para soportar la diálisis, que de todas maneras tampoco estaba dando ningún resultado. En esencia, se está envenenando con su propia sangre con cada día que pasa. Nos insinuaron que ya no le quedan meses de vida, sino semanas. Todos estamos pidiendo tiempo desesperadamente: una Navidad más. «Danos una Navidad más, Dios, por favor. Solo una».

A primera hora de la mañana se respira una gran paz en la pequeña habitación del hospital. El televisor que cuelga en un rincón está puesto sin

sonido. Levanto la vista y veo mi cara en la pantalla. Otro anuncio de treinta segundos de la entrevista en directo que mantendré esta tarde con Tamara Dwyer, que se emitirá al final del programa de las cinco. En la faja de la parte inferior de la pantalla pone: EL DOLOR DE UNA MADRE. La cadena se ha volcado en la promoción, y cada vez que veo el anuncio, mi ansiedad aumenta un par de grados porque ni siquiera ahora tengo la certeza de que la entrevista vaya a realizarse. Cambio a la CNN. La noticia de la muerte de Justin ha llegado a todas las cadenas por cable. El hashtag #JusticiaxJustin ya es tendencia en Twitter.

Además de los ronquidos suaves de Gigi, oigo risas que proceden del cuarto de las enfermeras. El eco de sus conversaciones triviales flota por el pasillo hasta entrar en las habitaciones de aquellos que acompañan a sus seres queridos en sus últimos días. Esta mañana el

tema es el bebé recién nacido de una familia real.

Ayer oí que una de las enfermeras se quejaba de la sobreabundancia de flores en esta habitación, como si eso fuera algo irritante. No puedo negar que los ramos enviados por las amigas de Gigi de la parroquia están invadiendo el lugar y ocupando todas las superficies, y que su denso aroma se te pega en la ropa, pero nadie tiene valor para tirarlos. Aunque Gigi nunca ha sido mucho de flores.

«Deberían estar en el campo y no en un jarrón», rezongó más de una vez.

Ajusto un poco la puerta para sofocar el ruido. Con las persianas bajadas, la habitación, un espacio liminal, está a oscuras. En este sentido, los hospitales recuerdan a los casinos: son inmunes al clima y al paso del tiempo. Solo existe el aquí y el ahora. El titular dice: MUERE EL

ADOLESCENTE DESARMADO QUE FUE ABATIDO POR LA POLICÍA DE FILADELFIA.

Veo cómo la presentadora mueve los labios y el gesto triste que le hace al copresentador, un hombre negro que acaba de lanzar su propio programa en

esa misma cadena, un espacio centrado en temas de raza y política. Es probable que estén desgranando las mismas estadísticas tristes que yo he encontrado: «Filadelfia es el quinto estado en homicidios de personas negras. Los chicos negros son diez veces más susceptibles que los blancos de morir por impactos de bala. Mil personas al año mueren por causa de disparos de la policía en todo el país». Y ahora uno más: Justin, un chico inocente de tan solo catorce años.

Acababa de llegar a casa anoche cuando me enteré. En cuestión de segundos recibí dos mensajes: uno de Scotty —«El crío la ha palmado»— y otro de mi confidente en el hospital, que me había estado manteniendo al tanto de los sucesivos pronósticos. Me tumbé en el sofá al borde de las lágrimas, como si Justin fuera mi hermano. Tal vez porque en realidad podría haber sido mi hermano el que se desangrara en plena calle.

El teléfono me anunció un nuevo mensaje de Scotty, apenas diez minutos después del anterior:

Espero que la entrevista siga en pie. Averígualo. Tienes que hacerla.

Era una muestra de desconsideración llamar a los Dwyer en un momento así, pero, por duro que fuera, necesitaba saber si la entrevista iba a llevarse a cabo. Y para ello tenía que ponerme en contacto con el tío de Justin, el hermano de Tamara. Wes se había erigido en el enlace de la familia con los medios, un papel que le había caído del cielo y que, a juzgar por la ansiedad de su voz cuando hablamos de la entrevista, claramente lo sobrepasaba.

Intentaba encontrar las palabras adecuadas para escribirle un mensaje a Wes cuando el teléfono volvió a vibrar. Pensé que se trataría de Scotty, pero el número que apareció en la pantalla era el de Wes, y las primeras palabras que distinguí mientras tecleaba como una loca fueron: «Lo siento». Ya estaba diseñando la respuesta cuando leí el mensaje completo.

Lo siento. Creo que Tamara no se encuentra con ánimos para la entrevista. Quiere hacerla, pero está deshecha. Supongo que lo entiendes.

«No, no, no…» era cuanto podía pensar mientras me esforzaba por encontrar una respuesta que resultara educada y considerada, y que ocultara a la vez mi desesperación. Si pudiera hablar cara a cara con Wes, podría convencerlo de lo importante que era esto. Recuerdo aquella vez, en Joplin, cuando convencí a unos padres destrozados de que salieran en antena horas después del asesinato de su hija a manos de su novio. Con veinticuatro años recién cumplidos, yo era un poco mayor que la chica, y me sentí sucia incluso mientras intentaba persuadirlos. Pero lo hicieron. Y la entrevista supuso el disparo de salida de una colecta que logró recaudar cincuenta millones de dólares para las víctimas de violencia de género en todo el país.

Mientras escribía a Wes, me recordé que, por insistentes que podamos parecer, lo que hacemos puede servir para cambiar las cosas.

Lo entiendo y lamento mucho vuestra pérdida. Todo el equipo de la KYX os acompaña en el sentimiento. ¿Podríamos quedar mañana un momento para hablarlo en persona? Donde te vaya bien.

Lo envié y me pasé un buen rato mirando el teléfono cada treinta segundos, a la espera de una respuesta. Me dije que los nervios y la ansiedad que sentía eran completamente nobles, en absoluto egoístas. La entrevista era importante para Tamara, y para la comunidad, a pesar de que la exclusiva también impulsaría mi carrera y podría ayudarme a dar un paso más hacia la silla de presentadora.

Cuando el teléfono vibró, una hora más tarde, casi me disloqué un hombro para cogerlo.

Ok. Puedes venir a la funeraria, Morgan e Hijos, en la cal e Girard? He de estar al í a las

11, así que podríamos quedar antes. Va bien 10.30?

Se abría ahí una ventana, una grieta, un resquicio por el que colarme. Era consciente de que si habían accedido a la entrevista era más que nada gracias al reverendo Price. La primera vez que hablé con Tamara, su voz era tan suave que apenas se la oía, sofocada por los pitidos y los zumbidos de las máquinas que mantenían a Justin con vida… hasta que dejaron de hacerlo. La imaginé con una mano en el teléfono y la otra acariciando la frente de su hijo inconsciente.

—Gracias por atender mi llamada. Soy Riley Wilson, reportera de…

—Sé quién eres. Te he visto por la tele. Y el reverendo Price me ha hablado de ti. Me dijo que eras buena gente. ¿Eres de aquí?

—Sí, del nordeste. Cerca de donde estaba el Roger's Diner.

—Vaya, me encantaba ese sitio. Servían los mejores calamares de por aquí. —La voz de Tamara adoptó un tono más ligero.

—Soy la encargada de esta historia, señora Dwyer, y…

—Llámame Tamara.

—De acuerdo, Tamara. Lo que te está pasando, a ti y a tu familia, es…

una tragedia. Y tienes mi total garantía de que le haremos justicia. Quiero que sepas que…

—El pastor dijo que podía confiar en ti —me interrumpió de nuevo, muy amable—, así que le haré caso, pero deja que hable antes con mi hermano Wes.

Era evidente que el reverendo Price no le había hablado de Jenny. No se le ocurriría hacerlo, claro, ni a mí tampoco. Los dos queremos que yo lleve esta historia. Me sacudí la sensación de incomodidad que me envolvió como una película pegajosa cuando Tamara dijo que podía confiar en mí.

Con Scotty siento la misma aprensión, la de no estar siendo completamente honesta. Aún la tengo. La carta de renuncia que

escribí para

mi antiguo jefe. No sé por qué la guardo: tal vez porque me recuerda que a veces las plegarias son atendidas. Necesitaba salir de Birmingham. Se suponía que allí mi carrera daría un gran salto, que entraría en el mercado de las cincuenta más top después de años en empresas menores. Sin embargo, en cuanto llegué a la ciudad, tuve la sensación de que había cometido un error. Estaba plagado de banderas confederadas: en las casas, en los coches, en los edificios, en los monumentos de bronce erigidos a mayor gloria de señores blancos y en los tours de las plantaciones. Me tomé como un mal presagio el hecho de ver a un recién nacido vestido con un pelele con las iniciales de «Make America Great Again». Y el grafiti gigantesco que había en el bloque contiguo al que yo vivía, que decía: SI NO

TE GUSTA CÓMO HACEMOS LAS COSAS, VETE A TU PAÍS. Llevaba solo cuarenta y ocho horas en la ciudad, pero me pareció un buen consejo, aunque esa no fuera precisamente la intención de quien lo escribió.

Las cosas no mejoraron cuando me enteré de que era una de las dos únicas personas negras del canal de noticias, y de que la otra era un cámara que estaba a punto de jubilarse después de cuarenta años en una empresa en la que había empezado como mozo de los recados del propietario.

Cuando el director de informativos me llevó a comer para entrevistarme

—y después de que se creyera en la obligación de explicarme lo que era un *croque monsieur*—, me dijo: «Necesitamos a alguien como tú». Supuse que se refería a alguien trabajador, con talento y con recursos propios. Más adelante me di cuenta de que mi contratación tenía más que ver con el hecho de que la empresa madre de la cadena había instaurado una cuota para la diversidad, y yo era su aportación. Sobre todo si Harold se jubilaba.

De manera que no debería haberme sorprendido oírlo quejarse de mí por teléfono. Yo había rechazado ocuparme de una historia, con el máximo respeto, y él hizo un comentario sobre mi «actitud» y luego me llamó

«creída». Y ahí estaba, su significado era tan claro como la mampara de vidrio que rodeaba su despacho, a través de la cual a veces me miraba furioso por no demostrar más agradecimiento ante el hecho de

que me hubieran dado un empleo en «su» cadena. Así que opté por callarme y echar mano de la paciencia y la gratitud, pasar un tiempo allí y largarme en cuanto me saliera algo mejor, pero las cosas fueron a peor.

Informé de una historia que me pareció conmovedora, sobre una mujer que había encontrado un bebé abandonado e intentaba adoptarlo. La mujer era negra y el bebé era blanco. Debería haber previsto los comentarios online, o haber evitado mirarlos, algo que tengo la buena costumbre de hacer. Pero ese día los leí, y cada uno era peor que el anterior, de lo más horrible que he visto nunca.

Una negra de mierda no sabrá educar a un bebé blanco.

El niño estaría mejor muerto.

Y por supuesto:

Riley Wilson es un simio asqueroso que no merece estar en nuestra televisión.

Incluso esos viejos insultos dolían: el odio no tiene por qué ser inspirado para herirte. Tenía doce años la primera vez que me llamaron «negra de mierda». A pesar de que Ryan DiNucci, el niño de séptimo que dejó la nota en mi taquilla, lo escribió mal, el dibujo de un mono que acompañaba al mensaje era de sobra elocuente. Arrugué el papel, lo tiré a la basura y nunca se lo dije a nadie. No hice lo mismo con todos esos comentarios. Pero siguieron reconcomiéndome, y más porque eran la guinda de todo lo ocurrido el otoño anterior, lo de Shaun y luego lo de Corey: todo

amenazaba con consumirme. Apenas lograba conservar la compostura delante de mis compañeros. No sé qué era peor, si los comentarios en sí o el hecho de que, cuando me refería a ellos, mis colegas los desdeñaran poniendo los ojos en blanco y ofreciendo ese consejo tan útil: «Pasa de esos idiotas».

Habían pasado varios años desde mi último brote de depresión, tiempo suficiente para que yo creyera que tal vez no se repetiría, pero me equivocaba. Esa noche noté los primeros síntomas, como el picor de garganta que precede a una gripe. Las tripas se me retorcían, los pensamientos obsesivos daban vueltas en mi cabeza en forma de susurros que podían convertirse en gritos: «¿Qué sentido tiene? No estás hecha para este sitio. Eres una impostora. Nunca serás lo bastante buena».

Me bebí una botella entera de vino, escribí la carta de renuncia y me pasé la semana siguiente haciendo acopio de valor para entregarla. Quizá si pudiera salir de Alabama, alejarme de aquella educación empalagosa que enmascaraba un racismo cotidiano, de los recuerdos de Corey y de un empleo sin perspectivas, me pondría bien. Fue el momento en que me descubrí arrodillada sobre las baldosas, hablándole a Dios y pidiéndole un milagro. Y, os lo creáis o no, el milagro sucedió. A finales de esa semana, sin previo aviso, Scotty llamó. Había sido compañero de estudios en la Northwestern. Habíamos seguido en contacto desde que nos conocimos en un evento de la universidad poco después de licenciarnos. Dijo que quería contratarme para la KYX y que había un puesto libre.

La vida no te concede demasiados milagros ni demasiadas segundas oportunidades, así que me prometí que aprovecharía esta al máximo.

Tampoco es que le esté mintiendo a nadie sobre mi amistad con Jenny, y no la negaría si alguien me preguntara sin ambages. Omitir esa información me parece una actitud defendible, aunque sea con pinzas. Todo podría salir a la

luz, claro, y esa posibilidad me aterra, pero ¿acaso tengo elección? Además, no he hablado con Jen desde que nos vimos en el Monty's la semana pasada y no sé cuándo volveremos a encontrarnos.

Intento recordar la última vez que me enfadé de verdad con ella, cuánto tiempo hemos llegado a estar sin hablarnos. En una ocasión, en el instituto, me llamó «mojigata» y no me dirigió la palabra en una semana porque me negué a encubrir su viaje a Nueva York para encontrarse con un tipo al que solo conocía por las redes sociales; o aquellos primeros meses después de su boda con Kevin, cuando tuve la sensación de que nuestros caminos tomaban direcciones distintas. Pero, de algún modo, siempre acabábamos reencontrándonos, los altibajos de nuestra amistad se equilibraban como un balancín. Tal vez la distancia, vivir todos estos años en ciudades distintas, nos ha ayudado: los intercambios de mensajes y mis visitas anuales no han dado pie a demasiados dramas, más allá de sus piques si no le devuelvo una llamada enseguida o del malhumor que me entra cuando tengo la sensación de que irrumpe en mi vida a todas horas. Pero nunca ha habido nada serio, nada remotamente parecido a esa acusación a gritos de que odio a su marido. Ni al hecho de pedirme un favor que podría poner en jaque mi trabajo y, para colmo, soltar eso de que «la raza no tiene nada que ver».

«¿Me tomas el pelo? La raza siempre tiene algo que ver, Jen». Eso es

lo que habría querido gritarle. Ella quizá pueda permitirse el lujo de fingir que no es así, pero yo no. Su ingenuidad era asombrosa. O, peor aún, ¿de verdad era así de tonta? ¿Y cómo no me había dado cuenta antes? Hubo un tiempo en que pensé que no podría conocer a otro ser humano mejor que Jenny, pero es posible que ella haya cambiado sin que yo me dé cuenta. O quizá sí.

Jen está distinta estos días. Solía soñar con viajar por el mundo, pero cuando el año pasado le propuse irnos a la India, ella se negó aduciendo que podía ser peligroso. Antes coleccionaba amigos como quien colecciona

bufandas, gente moderna e interesante que conocía en los festivales de música, mientras que ahora su vida social se reduce a las esposas de los compañeros de trabajo de Kevin. Antes tenía un hábito nada despreciable de robar en las tiendas, y ahora estaba casada con un poli, ¡por el amor de Dios! En los días buenos, lo achaco a la madurez: así son las cosas cuando uno se acomoda, evoluciona, y sus sueños y deseos se vuelven más conservadores. En los días malos, le echo la culpa a Kevin: ha cambiado a Jen, ha empequeñecido su mundo, la ha vuelto más retraída y menos curiosa. En los días pésimos pienso si, después de veinticinco años, sigo conociéndola como creía. Y viceversa.

Dada esta espiral, es un alivio que Gigi abra despacio los ojos, empañados por las cataratas, y pose la mirada en mí mientras sus labios secos se abren en una sonrisa.

—Ha venido mi niña.

—Estoy aquí, Gigi. Lamento no haber podido verte más veces esta semana. Ha sido de locos.

—Estás aquí ahora, y eso es lo que cuenta.

Gigi se molesta cuando alguien se ocupa de ella, así que retiro la toallita y me instalo en la silla que hay al lado de la cama.

—¿Cómo estás, Leroya?

Mi abuela nunca me llamará Riley. Después de que me lo cambiara, me pasé un mes entero sin contestarle cuando usaba mi nombre auténtico, un acto de desafío infantil, una protesta tan vergonzosa como fútil.

«Deja que te diga algo: tus padres te bautizaron como Leroya en honor

a mi querido y difunto marido, y es así como pienso llamarte. Y punto», dijo Gigi. Ahí se acabó la discusión.

—Olvídate de mí. ¿Cómo estás tú?

—Bueno, ya lo ves, estos huesos viejos han tenido días mejores. Pero

también peores. —Levanta la vista por encima de mi hombro para ver la tele—. La manifestación es hoy, ¿no? ¿La que hacen por ese chico? ¿Y tu entrevista?

Está al tanto de todo.

—Sí, es esta tarde. Y luego se supone que me sentaré con Tamara, su madre, justo después. —Eso espero, al menos. Miro el reloj de la pared para ver cuánto tiempo me queda antes de la cita con Wes.

—¿Cómo está el chico? Se llama Jesse, ¿no? ¿Cómo va? No está en este hospital. Lo tienen en el CHOP. Pregunté si estaba aquí. Me habría gustado verlo, me habría gustado sostenerle la mano.

La idea de que mi abuela vaya en silla de ruedas hasta la habitación de un chico al que ni siquiera conoce para agarrarlo de la mano cuando no puede ni levantarse para ir al cuarto de baño me llega al alma.

—Se llama Justin, y…

—¿Qué, niña? Dime, ¿qué ha pasado?

—Ha muerto. Falleció ayer.

Gigi cierra los ojos y se queda en silencio durante unos largos instantes.

Entonces se le escapa una lágrima que cae en la almohada. No es la única: pronto la siguen muchas más.

Me acerco a su cuerpecillo frágil, invadida por la emoción.

—Lo sé, abuela. Es muy triste. Murió mientras dormía. —Intento consolarla—. No sufrió.

No tengo la menor idea de si eso es verdad, pero lo digo de todos modos.

Por la tranquilidad de Gigi y también por la mía. Es lo que quiero

creer, aunque nadie sabe cómo se sentía el chico en ese momento. O cuando yacía tumbado en el asfalto frío, desangrándose. ¿Supo que iba a morir? ¿Llamó llorando a su madre? Es una imagen que no me quito de la cabeza: Justin llamando a su madre, rogándole que acuda.

Gigi estira una mano salpicada de manchas y se seca las lágrimas.

—Continúan matándonos, ¿verdad?

¿Qué puedo decirle a eso? Me siento perdida. Quizá necesitemos un poco de luz. Me dispongo a descorrer las cortinas. Un rayo dorado se cuela entre la tela. Ella me detiene.

—No, déjalas corridas. Déjalas como están.

Vuelvo a sentarme en el borde de la cama.

—Es horrible. Lo sé. No puedo decir otra cosa.

Dios, ¿de verdad no se me ocurre nada mejor que estos tópicos vacíos?

—No puedo creerlo. No puedo creer que Kevin matara a ese chico.

—Lo sé, Gigi. Yo tampoco.

—Mató a ese niño. —Gigi se debate en la misma lucha, lo dice en voz alta, lo procesa, intenta discernir cómo se siente y lo que significa—. Como a Jimmy —añade en voz baja.

¿Ahora está confundiéndose de nombre?

—¿Quién es Jimmy, abuela?

—Lo dejaron colgando de un árbol, con el cuerpo lleno de agujeros.

Sigo sin entenderlo, pero la imagen conjura al instante un miedo frío.

Saca la mano de debajo de la sábana para coger la mía, como si necesitara un apoyo para no caerse.

—Jimmy era el primogénito de mi tía Mabel. ¿Recuerdas a la tía Mabel, la hermana mayor de mi madre?

Sí, más o menos. Recuerdo a una anciana insoportable con la que coincidí alguna vez cuando yo era una niña. Siempre tenía un caramelo en la boca y solía señalarse la mejilla, arrugada como una uva pasa, y decirme:

«Ven a darme un beso». Yo me resistía, hasta que mamá me daba un empujón en la espalda que venía a decir: «Hazlo o ya verás».

—Jimmy era mi primo. El hijo mayor de Mabel. Once años me llevaba.

Dios, yo lo adoraba. Le encantaba ser carpintero y a veces me dejaba ayudarlo en el taller. Por las tardes íbamos a pescar. Nos pasábamos horas frente al arroyo aunque nunca pescamos nada. Yo era feliz solo con que me dejara acompañarlo.

Esboza una sonrisa amable y cargada de nostalgia.

—Jimmy tenía solo diecisiete o dieciocho años, era aún un tontorrón que no sabía nada de la vida. Bueno, algo sabía, pero fue demasiado tonto para contenerse. Empezó a salir con una chica blanca de la ciudad, la hija de Roger Wilcox. Un día los pillé besándose en el taller. Me dio una bolita de menta a cambio de que tuviera la boca cerrada. Y eso hice, nunca se lo conté a nadie. Pero Roger los encontró una tarde; dijeron que había violado a la chica y se llevaron a Jimmy a la cárcel.

Sé a ciencia cierta cómo acaba esta historia. Ahora soy yo quien aprieta los dedos de Gigi entre los míos. Los aflojo para no hacerle daño.

—Esa noche intentaron ir a verlo, mis padres, la tía Mabel y el tío Donny, pero no los dejaron. El sheriff no se lo permitió. Nuestros padres se propusieron recaudar dinero para conseguir un abogado, un buen abogado de color de Montgomery que alguien conocía, pero…

Un ataque de tos seca la deja sin aliento. Cojo el vaso de agua y le acerco la pajita a los labios. Gigi tarda unos minutos en recuperarse del todo, o tal vez en reunir las fuerzas necesarias para contarme el resto.

—Esa misma noche se lo llevaron. Sin más. —Ahora está llorando a lágrima viva.

—Ya está bien, abuela.

—No, no está bien. —Sus palabras gotean ira. Sé que no va dirigida hacia mí sino a todo lo demás. A todas las cosas que no están bien—. Roger y sus amigos lo arrastraron por toda la ciudad. Le hicieron cosas horribles.

Horribles.

No necesito oír los horripilantes detalles; puede ahorrárnoslos a las dos porque ya me los imagino. Guardo un vivo recuerdo de un momento de mi infancia en que vi por casualidad un ejemplar de la revista *Jet* de 1955 en cuya cubierta aparecía el cuerpo mutilado de Emmett Till. La encontré en un cajón del escritorio de mi padre, oculta como si fuera un recuerdo valioso. La cara de Till, amoratada e irreconocible, la carne sembrada de cardenales de un intenso color púrpura y los ojos reducidos a dos rajas hinchadas. Nadie habría dicho que era un chaval, apenas unos años mayor que yo en aquel entonces; la paliza salvaje y el posterior ahogamiento lo habían desfigurado de una manera espantosa. No conseguí olvidarme de la foto ni del artículo. Lo leí una y otra vez, como si pudiera encontrar ahí una respuesta a la pregunta que más ofendía a mi mente joven: «¿Por qué nos odian tanto?».

Cuando, años después, en la clase de sociales de sexto, durante la semana obligatoria dedicada a los movimientos en favor de los derechos civiles —

siempre en febrero, por supuesto—, me enteré de que los blancos que habían linchado a Emmett Till fueron absueltos, me hundí en la silla, estupefacta. No podía creer cómo había sido tan ingenua, ni lo asombrada que me quedé al saberlo, como si se me hubiera escapado alguna verdad esencial, como si debiera haberlo tenido claro desde el principio.

La semana anterior, cuando tocamos el tema de la esclavitud, la maestra evitó mirarme durante todo el tiempo —a mí y a todos los alumnos negros

— y describió los horrores de esa práctica en un tono cantarín que no era el habitual. La señora Trager procedía de Nueva York, donde había estudiado un máster en Barnard. Tenía una beca para estar un año de prácticas como maestra en una escuela pública de un distrito de Filadelfia, y aunque se le notaba que se esforzaba por hacerse la simpática, a mí me caía bien.

Mientras hablaba, yo no paraba de tomar apuntes en el cuaderno («el

caso de Dred Scott», «el ferrocarril subterráneo», «la ruta de los esclavos»), con la esperanza de eludir las miradas incómodas de mis compañeros de clase blancos, incluidas las de Jenny. Sabía que ella tampoco lo entendería.

¿Por qué me sentía tan tímida y avergonzada si no era yo quien había hecho algo malo? Acababa de despertar a una realidad nauseabunda: no importaban nada mis buenas notas, ni las actividades extraescolares, ni mi dicción perfecta, ni lo devota y bien educada que era. Nada de eso borraría el hecho de que existía gente dispuesta a odiarme. Me pesaba la cabeza y la apoyé en la mesa, para aliviar toda esa carga. En ese momento, escondida en el oscuro pliegue del codo, lo que deseaba más que nada en el mundo era ser linda, blanca y rubia, preciosa para todo el mundo. Quería ser Jenny.

Cuando Gigi empieza a hablar de nuevo, noto un nudo en la garganta.

—Padre quería ir a bajar el cadáver de Jimmy del árbol, pero todos le dijeron que era muy peligroso. Quedarnos ya era peligroso para nosotros.

Recuerdo a los adultos sentados en torno a la mesa. Nadie sabía qué hacer.

Todos tenían tanto miedo…, y cuando eres niño no hay nada peor que ver a los adultos aterrados. Nadie se preocupó de mandarnos a la cama, de manera que estuvimos levantados toda la noche. Hicimos las maletas con lo que pudimos meter en ellas y partimos; mi padre y mi tío al volante de sus respectivos coches, y nosotros y nuestras cosas en la parte de atrás.

Viajamos hasta Filadelfia sin parar ni para ir al baño. La tía Mabel lloró durante todo el trayecto. Es lo que más recuerdo. Y que nadie podía consolarla. Nadie lo intentaba, la verdad. Ya nunca fue la misma. Una no se recupera de algo así. De perder a un hijo… Sobre todo de esa manera tan cruel. ¿Me acercas un pañuelo?

Obedezco de un salto, contenta de poder hacer algo. Ojalá no hubiera sabido esta historia. Me siento de nuevo como en sexto. Quiero poner los brazos encima del pupitre y esconder la cara.

—No entiendo por qué nunca nos lo contaste, Gigi.

—¿Para qué? Madre me dijo que debíamos intentar olvidarlo. Dolía demasiado. Era más fácil no volver a pronunciar su nombre, el de Jimmy, y bloquear el dolor. Es mejor cerrarlo a cal y canto, como un cuarto al que no vuelves a entrar. Y la vergüenza. Todos teníamos mucha. ¿No te parece raro? Nos sentíamos mal a pesar de que fueron ellos los que lo colgaron y lo dejaron ahí hasta que murió. Y él no había violado a la chica.

Gigi se lleva el pañuelo de papel a los ojos.

—Por Dios santo, él la amaba.

«Tienes que mantenerte alejado de esas chicas blancas, ¿me oyes?». La de veces que Gigi le había dicho eso a Shaun. Para ella se trataba de una cuestión de vida o muerte: alguien a quien quería había muerto por enamorarse de una mujer blanca. Un miedo así te persigue para toda la vida.

Pienso en Shaun y en Staci, en todas las Stacis que la precedieron. Siento descargas de adrenalina en cada fibra de mi cuerpo, como si reaccionara a una amenaza difusa al pensar en el peligro que corren los hombres como mi padre y mi hermano en este mundo. Pero, más allá de eso, en lo más hondo, subyace un rumor oscuro, un dolor sombrío, un trauma ancestral que vive dentro de mí. Por otro lado, lo más probable es que actualmente Roger Wilcox tenga nietos que se mueven por la vida sanos y salvos. Me pregunto si saben lo que hizo su abuelo, o si son ajenos al hecho de que ese dulce ancianito al que recuerdan por las propinas que les daba por Navidad o por coquetear con la enfermera de la residencia fue un asesino despiadado.

—¿Sabes qué fue de ellos? ¿De Roger Wilcox? ¿De la chica?

Supongo que ya habrán muerto todos, y también me pregunto algo más:

¿cómo diablos han podido vivir con eso?

Gigi se limita a menear la cabeza, sin fuerzas.

—Ni siquiera sabemos qué fue de Jimmy. Me refiero a dónde lo

pusieron. Cuando nos fuimos, Mabel declaró que no volvería a pisar ese estado hasta que muriera. Quería que la enterraran cerca de su hijo, a pesar de que no sabía exactamente dónde estaba el cadáver. El tío Donny decía lo mismo. Murió antes de que nacieras. Estoy pensando que también a mí me gustaría descansar allí.

—Abuela, no es momento de…

Me corta con una simple mirada. Un «ni lo intentes» tan claro que me obliga a desistir. Es lo único que puedo darle.

—Quiero que me entierren con la familia. Con ellos. Lo haréis, ¿verdad?

Y que llevéis las cenizas del abuelo Leroy y las echéis sobre mi tumba para que también esté allí. Dios sabe por qué ese hombre quiso que lo incineraran. Yo quiero volver a la tierra; el polvo al polvo, como Jesús. En el lugar donde nací. A veces hay que volver a casa. Prométeme que me llevaréis allí.

—Lo haremos. Te lo prometo. —Mi corazón está a punto de estallar.

—Y cuando hables con la mamá de ese chico, dile que yo cuidaré de él.

No tardaré en verlo. Yo me ocuparé de su niño. Yo y Jimmy. Lo acogeremos.

Gigi se recuesta en la cama como si acabara de resolver un problema acuciante. O tal vez el peso de la historia le haya quitado algo esencial, como ha hecho conmigo. No conocí a mi primo Jimmy, no había oído hablar de él hasta hace cinco minutos, y sin embargo Gigi ha estado cargando con este dolor durante años y años. Y la tía Mabel…, perder un hijo así. ¿Cuántas Mabel ha habido? ¿Cuántas Tamara?

Me enfurece que algunos estén tan empeñados en creer que el racismo está enterrado bajo capas y capas de historia. «Eso son cosas del pasado», dicen, pero no es así. Bastaría con que un árbitro de béisbol rascara la capa superficial del puesto base para encontrarlo. Es solo que, muy a menudo, el

trauma, el precio que pagamos por ello, permanece oculto generación tras generación. Gigi guardó ese secreto horrible, presumiblemente para protegernos de una verdad horrible, y yo misma he guardado mis propios secretos, víctima de una vergüenza parecida.

Me da la impresión de que Gigi se ha dormido, pero abre los ojos y mira al techo.

—Quiero que el mundo sea un lugar mejor, cielo. Tenemos que lograr que lo sea.

La toallita está helada ya. La cojo de todos modos para secarme las marcas de las lágrimas. Gigi se ha adormecido. Le doy un beso en la frente, suave como la seda. Tengo que irme, me quedan solo veinte minutos para llegar a la cita con Wes, pero no logro moverme: estoy pendiente de la respiración constante de Gigi. Cuando por fin me separo y llego a la puerta, oigo la voz de mi abuela.

—Dile a Jenny que venga a verme. Lo demás me da igual. Quiero ver a mi petardo.

Cuando me doy la vuelta, Gigi está dormida. Pero lo he oído. Lo sé.

La historia de Jimmy se me pega como un perfume mientras recorro la ciudad para verme con Wes. Ha sacudido algo que ya estaba dentro de mí, noto que mis emociones se agitan como copos de nieve falsa en una bola de cristal. Debo calmarme, concentrarme en lo que tengo que decirle a Wes.

No le he contado a Scotty que la entrevista peligra. Con suerte no tendré que hacerlo.

Dejo el coche en el pequeño aparcamiento de la funeraria Morgan e Hijos. Wes ya está allí, sentado en los escalones de la entrada, a la sombra de un toldo de color verde oscuro. Está bastante igual que en las fotos; es una versión mayor y más musculosa de Justin: piel clara, pecas en la nariz, dientes separados, y los ojos de un sorprendente tono castaño que vira hacia

marrón o hacia verde según el ángulo. Lleva puestos unos auriculares Beat gigantes y mueve la cabeza al ritmo de la música.

Cuando levanta la vista, se los quita y dice mi nombre como si fuéramos primos segundos en lugar de dos extraños.

—¡Riley Wilson!

Me siento a su lado en la escalera; el asfalto está frío como un témpano de hielo.

—¿Has visto *Hamilton* alguna vez?

—No, ojalá. Quería llevar a mi abuela a verlo cuando el musical vino a Filadelfia las Navidades pasadas, pero no logré encontrar entradas.

—Me pasó lo mismo. Me puse en la cola a las seis de la mañana, pero los intermediarios las compraron todas y las revendieron a un precio imposible.

Justo estaba escuchando eso, la banda sonora.

Mira los auriculares como si quisiera volver a ponérselos para aislarse del mundo. No lo culpo.

—No puedo dejar de escucharlo. Justin y yo nos sabíamos las letras de

todas las canciones. Montamos todo un número con «The Room Where It Happens». En serio, ¡lo hicimos! —Se calla para revivir el recuerdo —.

Justin lo colgó en TikTok o en ChatSnap, no lo sé. Me lo enseñó, pero no sabría encontrarlo… Tampoco creo que pudiera verlo, de todos modos; me dolería demasiado. Verlo a él silbando, riendo. A ese chico le encantaba actuar: no paraba de repetir estribillos, de escribir poemas…

Wes baja la cabeza y parece extrañarse al ver la taza de café que tiene al lado, cuando la sorpresa debería ser el hecho de estar sentado allí y por qué.

—Te estoy pegando la chapa sin tan siquiera haberte ofrecido un café. —

Me tiende un vaso de cartón hirviendo—. Me paré en ese sitio que han abierto en la esquina. Un café de seis pavos debería llevar al menos una

galleta, pero este es solo cafeína. No me irá mal. No he dormido mucho. No sabía cómo te gustaba, así que…

Saca del bolsillo una serie de sobrecitos de azúcar y sacarina, y una de esas cápsulas con leche. No puedo creer que se haya tomado la molestia de traerme un café, y menos aún todos los complementos. Pero agradezco notar el vaso caliente en las manos y el subidón que da la cafeína. Le añado la leche y el azúcar.

—Así me gusta a mí también. Suave y dulce —dice él—. Al contrario que las mujeres, por cierto.

Su carcajada me hace reír a mí también; agradezco que me ponga las cosas fáciles. Enseguida se para y cambia el gesto.

—¿Cómo puedo estar riéndome? Es curioso que puedas estar pasando por unos momentos horribles y de golpe, por un segundo, no puedas evitar que algo te haga gracia y te olvides del resto. Luego te sientes mucho peor, claro. ¿Tiene eso algún sentido? Algunas mañanas me despierto y todo me viene a la cabeza. Justin ya no está. No está, y a la vez está en todas partes.

En todos los medios. ¿Has visto lo último? No paran de poner esa absurda foto suya con un porro en la mano. Como si eso fuera una gran exclusiva.

«El adolescente que fuma hierba». ¡Menudo titular! ¿Y por eso merecía morir? Lo más irónico es que a él ni siquiera le gustaba; decía que le entraban paranoias. Solo fumaba para encajar con sus colegas. Era un completo friki, ¿y quieren hacerlo pasar por una especie de drogata peligroso? ¿O por un traficante? —Vuelve la risa, pero esta vez con un regusto ácido—. Por favor, eso ya es el colmo, Justin vendiendo hierba por las calles. A ver, hablamos de un chico que le puso Neil a su hámster en honor de un científico famoso. Pero sí, claro, tiene que ser un pandillero,

¿no? ¿Acaso no lo somos todos? Menuda mierda. —Menea la cabeza —. Y

no digo que no haya un montón de niñatos que van por el mal camino, pero

te aseguro que ese no era el caso de Justin. De hecho, me preocupaba por lo contrario. A veces era demasiado blando. Y este mundo no está hecho para los blandengues, ya lo sabes. Yo quería protegerlo. Y fallé. Así de sencillo.

Fallé.

Agacha tanto la cabeza que el humo del café le empaña las gafas.

—Hiciste lo que pudiste. No podías saber que sucedería algo así.

Wes me lanza una mirada cargada de intención.

—No me vengas con cuentos, señorita. Todos sabíamos que algo así podía suceder. A mí la poli me ha parado una docena de veces. No era mucho mayor que Justin cuando un par de agentes me tiraron al suelo y casi me sacaron el hombro de sitio. Se acabó el baloncesto para mí. Pero entonces nadie hablaba de ello. No se grababan vídeos. Se lo conté a Justin.

Le dije que, si alguna vez lo paraban, se callara y obedeciera. Pero no tuvo ocasión de hacerlo. Se la negaron.

—Mi padre le dio la misma charla a mi hermano. Y mi hermano…, bueno, ha tenido sus más y sus menos con la policía. —Casi le cuento a Wes todos los líos en los que se ha metido Shaun, el infierno por el que ha pasado, pero no lo hago. Lo último que le hace falta es escuchar mis problemas—. ¿Cómo está Tamara?

Es una pregunta ridícula —¿cómo va a estar Tamara sino destrozada?

—, pero la hago de corazón. Él levanta la cabeza tan despacio como el sol al amanecer.

—No está bien. Cuando la he sacado del depósito no paraba de gritar. Me duele ver a mi hermana pasar por esto. Primero su marido. Luego su hijo.

No está bien. Si no hubiera renunciado a Dios hace tiempo, lo haría ahora, seguro. Ojalá pudiera convencerla de que coma algo. No ha probado bocado desde que Justin ingresó en el hospital. Ha perdido siete kilos, y no es que le sobrara ninguno precisamente. Si sigue así, se va a consumir.

Me gustaría tocarlo, tocar a este hombre que está sentado a mi lado como si Dios lo hubiera traicionado y que se siente incapaz de ayudar a su hermana pequeña. Pero mantengo las manos en mi regazo. Estar rozándonos con la cadera ya es lo bastante íntimo.

—He estado esta mañana en el hospital con Gigi, mi abuela. El riñón ya no le funciona y se está muriendo. Me ha dicho que a su primo lo lincharon cuando ella era una niña. Yo no sabía nada de eso.

No estoy segura de por qué se lo cuento.

Wes se vuelve hacia mí.

—Joder, tía, eso es horrendo. Lo siento mucho, Riley.

—No sé por qué… No lo conocí. Ni siquiera había oído hablar de él.

Pero me ha afectado mucho.

—Pues claro. Parece el cuento de nunca acabar, ¿no crees?

Es más una afirmación que una pregunta, así que me abstengo de contestar. En su lugar, busco el teléfono en el bolso. Me arriesgo a parecer maleducada, pero merecerá la pena. Wes está absorto en sus pensamientos de todos modos, hasta que oye la voz de Justin. He puesto el vídeo del rap.

Lo encontré investigando a Justin. He pasado horas en sus redes sociales, inmersa en ellas como un cazador en busca de su presa. Por eso sabía ya lo del hámster en honor de Neil deGrasse Tyson, y que murió el año pasado porque se escapó de la jaula y acabó atrapado debajo de la nevera.

—¿Es…? —Me quita el teléfono de las manos como si en él se encontrara el elixir de la vida, lo cual, en cierto sentido, es así.

El reflejo del teléfono capta las lágrimas que se han formado bajo sus ojos. Me preocupa haber cometido un error, pero veo que también sonríe.

Mueve la cabeza al ritmo del rap, al ritmo de los recuerdos. Ve el vídeo entero, de tres minutos, sin apartar la mirada.

—Por eso quiero entrevistar a Tamara —digo en cuanto acaba la canción

—. Para que podamos reforzar la idea de que Justin era un chico dulce y educado, que adoraba a sus mascotas, a Hamilton y a su tío favorito. La gente debe saber lo que ella ha perdido, lo que habéis perdido todos, y lo que está en juego ahora mismo para toda la comunidad.

—Bueno, si la hace alguien, querríamos que fueras tú. Eres distinta de todos los demás reporteros y productores que nos persiguen. Tipos blancos que nos ofrecen habitaciones de hotel y viajes a Nueva York como si hubiéramos ganado el puto gordo de la lotería. Que nos dicen que sienten nuestro dolor. Ya, Charlotte, claro, Becky, apuesto a que sabéis exactamente cómo es esto. No tienen ni idea de qué es «nuestro dolor», y nunca la tendrán.

Reconozco bien esa ira en su voz. Es una ira que ha estado hirviendo en mi interior los últimos días, una ira que no había experimentado antes y con la que no sé muy bien qué hacer. Prefiero mantener las emociones dentro de lo previsible y de lo reservado. Ahora mismo las cosas son demasiado personales, demasiado crudas. ¿Cómo voy a ser objetiva si estoy así de alterada? Debo canalizar estas emociones, lograr que me sirvan de impulso para realizar mi trabajo. «Quiero que el mundo sea un lugar mejor, cielo».

Las palabras de Gigi vuelven a mí.

—Quiero darle a tu hermana la oportunidad de hablar de todo eso. Quiero que cuente cómo era el auténtico Justin, para que la gente conozca a su hijo, para que sean testigos de su dolor y así lleguen a compartirlo.

Se produce una pausa larga, y Wes cierra los ojos, como si estuviera solo.

No sé qué hacer, salvo esperar.

—Habría cumplido quince años la semana que viene, ¿sabes? Conseguí comprar unas entradas para los Sixers en la tercera fila. Me costaron un riñón. Ya no irá. Ni siquiera llegó a saber que iría. Iba a ser una sorpresa, y ahora no sé si es peor que no lo supiera o que sí. Estoy diciendo tonterías,

pero no puedo evitar preguntarme si debería habérselo contado. Al menos habría tenido algo bueno que esperar en sus últimos días.

Las manos de Wes se cierran hasta convertirse en dos puños. Esta vez sí que estiro la mano y envuelvo uno de sus puños, que se relaja un poco al sentir el contacto.

—Tuvo la suerte de contar con un gran tío.

—Lo intenté, Riley. Intenté estar siempre a su lado. Enseñarle a sobrevivir en este mundo. Apoyarlo cuando su padre murió.

—Lo hiciste. Lo hiciste.

Le acaricio el puño. Ya ni siquiera me importa la entrevista; en este momento solo quiero suavizar su dolor.

—Eres una buena persona, Riley Wilson. Lo noto. Ven hoy. Hagamos la entrevista. Puedo convencer a Tamara. Creo que es el paso adecuado. Pero trátala con delicadeza, ¿vale?

En lugar del alivio y la emoción que debería sentir al haber salvado la entrevista, me invade el desánimo. Le digo a Wes lo agradecida que estoy y que volveré a verlo dentro de unas horas, y luego me levanto. Él se mete en la funeraria para elegir el ataúd.

En cada semáforo del camino que me lleva a Strawberry Mansion, me miro en el retrovisor, me arreglo los rizos. Me recoloco en el asiento y aliso las arrugas del vestido. Tenía previsto ponerme uno de un color dorado oscuro.

Lo compré esta semana especialmente para la entrevista, pero con la muerte de Justin ya no me pareció adecuado. Así que, cuando llegué a casa después de la charla con Wes, me puse este vestido negro que lleva siglos en mi armario. No suelo vestir de negro ante la cámara. Sin embargo, esta vez lo consideraba el color apropiado.

A medida que me acerco al barrio de Tamara, la hojarasca que alfombra las calles de Kelly Drive da paso a las tiendas sórdidas y a los terrenos vacíos, invadidos por maleza y basura. Paso ante un buen

número de sinagogas abandonadas, raras en esta zona de la ciudad donde la mayoría de los residentes son negros. Son los vestigios del rico enclave judío que fue tiempo atrás, antes de que los blancos se marcharan del barrio y empezara la decadencia urbana. En uno de los muros de ladrillo desmoronados aparece un mural que está a medias, el retrato de una mujer negra con un recién nacido en los brazos. Reduzco la velocidad para observarlo bien. La mujer está pintada en colores brillantes; el bebé es apenas un trazo débil, como un pensamiento que espera entrar en el mundo.

En el siguiente semáforo busco en el teléfono el vídeo de la marcha que se desarrolla ahora mismo por toda la ciudad. La KYX tiene un equipo cubriéndola online, y les pedí que me enviaran las tomas que usaremos como fondo para el reportaje de esta noche. Descargo los vídeos cortos que me han mandado y tengo la impresión de que la pantalla vibra con la energía de la multitud. Tenemos tres cámaras situadas en distintos puntos.

Los vídeos muestran imágenes desde todas ellas: un plano corto del inicio de la marcha, donde el reverendo Price, con la calva brillando bajo el sol, avanza con varios líderes de la comunidad. Van todos cogidos del brazo, y entre ellos distingo a una mujer. Tardo un momento en identificarla. Es Rashanda Montgomery. Su hija, discapacitada mental, recibió un disparo de un agente de la policía de Carolina del Norte el año pasado. Lleva una camiseta con las siglas MDM de «Madres del Movimiento», con la cara de su hija estampada debajo.

Hay también un plano aéreo de la multitud que camina detrás del reverendo Price: una masa de gente, jóvenes, viejos, blancos, negros, que serpentea por Broad Street hasta alcanzar al menos diez manzanas.

Sospechaba que el seguimiento sería masivo, ya que los activistas de la ciudad llevaban toda la semana doblando las campanas, inundando la ciudad de adhesivos y pancartas. Y, sin duda, muchos han decidido asistir después de que anoche se enteraran de la muerte de Justin. Hace un tiempo perfecto: el activismo siempre resulta más fácil bajo un cielo despejado y con una temperatura amable.

Busco a mi familia, aunque sé que no tiene mucho sentido, dada la inmensa cantidad de gente. Anoche, durante la cena en casa de mis padres, Shaun y yo discutimos sobre su asistencia a la manifestación. Se supone que es una protesta pacífica, pero no sería la primera vez que las cosas se ponen feas. Si algo se va de madre, el primero al que

perseguirá la policía es al tipo negro de casi dos metros que lleva una camiseta con la imagen del jugador de futbol americano y activista Colin Kaepernick de rodillas.

—No merece la pena correr el riesgo. Si te arrestan, estás jodido —le dije.

—¿Protestar por los derechos civiles no merece la pena? —me espetó —.

¿Te estás oyendo? No pienso perderme esto.

—No puedes ir.

—En primer lugar, soy mayorcito. Ya no puedes decirme lo que tengo que hacer. Esta es la diferencia entre tú y yo, hermanita. A mí no me van a asustar. No me escondo. Me van a ver y me van a oír.

—Iremos todos juntos. Como una familia —intervino mi padre—. Y tu hermana tiene razón, las cosas podrían calentarse ahí fuera. Sabes que siempre hay unos cuantos jóvenes alborotadores dispuestos a liarla en cualquier momento. Yo viví los altercados del 64, los gases lacrimógenos y toda la historia. Lo único que esperaba era que eso mejorara las cosas, pero aquí estamos, cincuenta años después, y lo único que ha cambiado es la música. Os juro que es como si estuviéramos atrapados en una maldita noria

de la que no podemos bajar —dijo mi padre, antes de darle un buen mordisco a la tarta de melocotón.

Me llega un mensaje de Shaun al móvil. Ha enviado una selfi de la marcha: está con mis padres, delante del ayuntamiento.

Me alivia ver que la gente se comporta pacíficamente, sus rostros denotan convicción y propósito. Aun así, mi sentido crítico no cesa. «Lo único que ha cambiado es la música». Todas las señales y los cánticos, la gente que se manifiesta solo para colgarlo en redes, ¿de qué sirve todo esto?

¿Cuántas marchas ha habido ya? ¿Cuántas veces hemos pedido justicia?

¿Cuántos juicios se han celebrado? ¿A cuántos «debates nacionales» sobre la raza hemos asistido? Aunque, al mismo tiempo, quizá eso ya sea algo.

Nadie se había manifestado por Jimmy en su momento, nadie había exigido justicia. Al contrario, el terror perseguía a nuestra familia, la había paralizado y silenciado durante décadas. Así que tal vez todas estas marchas y protestas sirvan de algo. Al menos dejan claro que ya no seremos invisibles, que ya no tenemos miedo, que no pensamos ceder. Y eso ya es algo. De hecho, quizá eso lo sea todo.

No hay mucho tráfico en esta parte de la ciudad y llego a casa de Tamara antes de lo previsto. Así que, después de aparcar el coche, doy un rodeo y paso por el callejón, el que queda detrás de la licorería, el que recorría Justin para volver del colegio. Esperaba que fuera más amenazador, pero es solo un pasaje estrecho y oscuro. Un montón de velas y de tarjetas de condolencia, entre peluches viejos y manojos de flores, conforman un altar improvisado. Estoy sola y miro a derecha e izquierda, imagino que me doy la vuelta y veo el cañón de un revólver. Abro la boca y grito: grito por Justin y por Jimmy. Casi espero ver llegar a los polis, pero el único testigo de este momento de locura es un gato callejero con la cola cortada que se frota contra el muro de piedra. Recorro el camino que Justin no llegó a

terminar ese día, esforzándome por leer los números de las casas. Cuando veo la bicicleta en el porche, una Huffy de color azul, tirada en el suelo junto a unos escalones de hormigón, sé que he llegado a la que buscaba.

Mientras subo al porche de los Dwyer, poso la mirada en la bici: la que Justin ya no volverá a usar. Tamara abre la puerta antes de que llegue a llamar. Lleva una gorra roja de los Phillies con manchas de sudor seco en la visera.

—Hola, soy Riley.

Extiendo la mano para saludarla al mismo tiempo que ella da un paso adelante para abrazarme, y luego cambiamos los papeles: ella me tiende la mano, yo avanzo, y acabamos riéndonos en medio de esa danza torpe.

—Soy mucho de abrazos —dice ella, y por fin me da uno que dura más de lo que yo esperaba.

A pesar de que Wes me había advertido, no estoy preparada para notar los huesos a través de la piel. Ella se aparta y me invita a pasar al salón.

Tienen las persianas bajadas, así que la estancia se encuentra a oscuras.

Tardo un poco en darme cuenta de que los sillones y las sillas están ocupados. Hay tres adolescentes sentados en el suelo, viendo un vídeo sin sonido en un móvil.

Se respira tristeza en toda la sala.

—Ella es Riley Wilson, de las noticias —me presenta Tamara—. Riley, ellos son de por aquí. El barrio entero ha estado viniendo a hacerme compañía. Hoy hay menos gente debido a la manifestación.

—Acabo de ver unas imágenes. Es un gran homenaje a Justin.

—Ojalá hubiera tenido ánimos para asistir. Pero no, era demasiado: ser el centro de atención, notar las miradas de todo el mundo… Me habría venido abajo.

Wes se levanta de un gran butacón que hay en un rincón y que me

recuerda mucho al de Gigi. No vacila en acercarse a darme un abrazo.

—Riley, ¡cuánto tiempo! —bromea.

Me dejo acoger por aquellos brazos fuertes, apoyo la mejilla en su pecho.

Ahora mismo, entre sus brazos, la conexión entre ambos se vuelve más intensa, como si nos conociéramos de toda la vida.

—¿Quieres beber algo? —propone Tamara—. ¿Agua? ¿Coca-Cola?

Tenemos un montón de comida; la gente no ha parado de traerla. Así que sírvete tú misma.

Ya me siento como una intrusa, solo me faltaría servirme un plato de judías verdes.

—Estoy bien, gracias.

Tamara va hacia la cocina, abre la puerta de la nevera y la cierra de nuevo sin sacar nada. Se pasa las manos por los tejanos y mira a su alrededor como si no supiera muy bien qué hacer conmigo ahora que estoy aquí. Wes, que sigue a su hermana de cerca, apoya las manos en sus hombros.

—Tómatelo con calma, hermana. No tienes por qué hacerlo ahora mismo si no te ves preparada.

—No, no, puedo hacerlo.

Wes se vuelve hacia mí.

—¿Quieres ver la habitación de Justin? Podemos grabar la entrevista allí si quieres.

Asiento con la cabeza y los sigo por el pasillo. De la puerta cuelga una de esas placas de matrícula de Pensilvania personalizadas, con el nombre de Justin grabado. Tamara respira hondo y luego abre la puerta. Entra en el cuarto y se sienta en la cama. Está cubierta con una manta de cuadros. Coge la almohada y se la acerca a la cara.

—Entro aquí a todas horas para oler su almohada. ¿Cuánto tiempo crees que se conservará su olor?

—No vamos a lavarla. —Wes se inclina a olerla también.

Observo el cuarto: en los estantes veo figuras de dinosaurios a medio terminar; hay un póster icónico, y se diría que eterno, de Tupac, el rapero, colgado encima de la cama y apoyado en ella el estuche de un trombón; distingo un roñoso ejemplar de *De ratones y de hombres* puesto bocabajo en el escritorio, cerca de una pecera pequeña donde un pez dorado nada en círculos perezosos. Hay calcetines sueltos por el suelo. Ya parece un sepulcro.

Los ojos enrojecidos de Tamara están fijos en el pez. No me mira cuando habla.

—No podría haber sobrevivido la semana pasada sin este hombre, sin mi hermano. Wes estaba conmigo en el hospital cuando por fin dejamos que Justin se fuera… Cuando les dije que apagaran el interruptor.

—No pude quedarme allí cuando lo hicieron, cuando lo desconectaron —

admite Wes.

—Estaba allí sola cuando murió mi niño. Y luego no sabía cómo marcharme. Me acosté en la cama y lo estreché en mis brazos hasta que exhaló su último aliento.

Tamara tiembla y se agarra a su hermano como si él fuera su tabla de salvación. Luego me mira, como si acabara de recordar que estoy aquí, de pie en el umbral, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Tienes hijos?

—No —respondo, intentando que esa negación no suene cortante.

Siempre que me hacen esa pregunta, algo que sucede a todas horas, tengo la impresión de que mi respuesta puede malinterpretarse. Espero que no piense que soy incapaz de entender su pérdida, aunque supongo que en parte es así.

—Yo solo tengo uno. —Lo dice como si Justin estuviera aquí, como si no

hubiera muerto: pensamiento positivo, el poder del lenguaje para mantenerlo vivo—. Es lo mejor que tendré nunca.

—Ojalá lo hubiera conocido. —Encontrar las palabras adecuadas es como intentar agarrar el aire.

Suena el timbre y Tamara se sobresalta.

—Nadie llama al timbre. Será mejor que vaya a ver quién es. Enseguida vuelvo.

Wes va tras ella, como si no soportara la idea de dejarla sola.

Es demasiado temprano para que sea la gente de mi equipo; lo más probable es que sea una vecina cargada con otro guiso. Oigo que Tamara murmura algo entre dientes mientras se aleja por el pasillo, algo que tiene la cadencia y el tono de una plegaria.

Sola en el cuarto de Justin, la sensación de ser una intrusa aumenta. Sigo en la puerta y diseño mentalmente la logística de la entrevista. Puedo sentarme en la silla del escritorio, delante de la ventana, y Tamara en el borde de la cama, con Bart, el cámara, colocado justo donde estoy ahora.

Necesitaremos colgar algunas luces en el armario, pero no me parece un mal escenario: es íntimo y personal. Me siento tan aliviada al constatar que la puesta en escena funciona que tardo unos segundos en extrañarme del rumbo que han tomado mis pensamientos.

Avanzo hacia la silla del escritorio con timidez, para probar cómo se ven las cosas desde allí. El móvil vibra. Cuando veo el nombre en la pantalla, no puedo evitar mirar a mi espalda: me preocupa que Tamara haya vuelto y vea el nombre de Jenny por encima de mi hombro. Tupac me observa como uno de esos retratos renacentistas,

siguiendo con sus ojos cada uno de mis movimientos.

Me resulta una transgresión terrorífica leer el mensaje, siendo de quien

es, en esta habitación. Pero la curiosidad me puede. Tras comprobar de nuevo que no hay nadie cerca, abro el mensaje.

Estoy tan triste por Justin. No quería decir lo que dije. Tengo la impresión de que estamos peleadas. No quiero pelearme contigo.

¿Estamos peleadas? No exactamente. No estoy enfadada con Jenny. O

quizá sí. No lo sé. Tengo que aclarar mis sentimientos antes de hablar con ella, pero no puedo perder el tiempo con eso ahora mismo. Necesito que su nombre desaparezca de la pantalla del móvil. Ya le contestaré luego, desde otro sitio. Desde cualquier otro sitio. Vuelvo a mirar a Tupac y cojo el libro del escritorio. Recuerdo que también leí *De ratones y de hombres* en noveno curso. Lo abro por donde se había quedado Justin y ojeo un par de párrafos. George y Lenny acaban de llegar a la granja, llenos de sueños. El destino de Lenny se cierne sobre la escena. Me sobresalto al ver a Tamara delante y el libro se me cae al suelo.

—Le estaba gustando mucho ese libro. Le advertí que era una historia triste. Como no la terminó, no podrá saberlo. Es una suerte en cierto sentido, supongo. —Lo recoge del suelo y lo devuelve a su sitio, en el escritorio—. Necesito tu consejo sobre qué ponerme…

—Claro, pero vístete con lo que estés más cómoda.

Ella acaricia con el dedo la visera de la gorra.

—¿Era de Justin? —pregunto.

—Sí, era su favorita. ¿Puedo llevarla puesta durante la entrevista?

—Bueno, quizá sería mejor que la tuvieras en la falda.

—Venga, acompáñame hasta mi armario.

La cómoda de Tamara está llena de fotos enmarcadas y me detengo a mirarlas una por una. La mayoría son de Justin: con un suéter enorme de los Eagles cuando era un bebé o vestido de comunión a los ocho años. Wes y

un Justin ya adolescente en un partido de los Sixers, con sudaderas a

juego y haciéndole muecas a la cámara. Tal vez sea la última foto que se sacaron juntos.

También hay muchas fotos de su marido. Está claro de dónde sacó Justin los hoyuelos de las mejillas: su padre tenía exactamente el mismo, en el lado izquierdo. Fruto de mis investigaciones sé que su padre era uno de esos mensajeros que van en bicicleta, y que murió arrollado por un coche en el centro mientras hacía una entrega. Tamara se fija en que estoy mirando la foto y se me acerca.

—Es Darrell. Mi marido. Me cuesta creer que lleve ya cuatro años muerto. Eso era lo peor que me había pasado nunca. Ni siquiera me cabía en la cabeza que pudiera suceder algo aún peor. Y mírame ahora. Aunque es una bendición que Dee no esté aquí para ver esto. Lo he pensado mucho estos días. No habría sobrevivido a la pérdida de su único hijo. Nunca pensé que daría las gracias por su muerte, pero al menos se ha librado de esto.

Me pregunto cuántas tragedias puede soportar una mujer.

Tamara se sienta en la cama doble, que está tan cerca de la pared que la puerta del armario no se abre del todo.

—No paro de pensar que tal vez debería haber pasado más tiempo en casa. Tal vez esto no habría pasado. Trabajaba doble turno en el almacén de Amazon de Bucks County para así ahorrar un poco. Justin y yo íbamos a viajar a Florida. Nunca ha subido en un avión. Y ya no subirá nunca.

Me acerco a Tamara con torpeza y decido tomarme la libertad de sentarme en esa cama pulcramente hecha, a su lado, aunque resulte un gesto demasiado íntimo. Ojalá volviera Wes, pero está hablando con alguien en el comedor.

—Eso es lo que me desespera, lo que me deja helada. Cuando empiezo a pensar en todo lo que Justin quería hacer y en todas las cosas que se ha

perdido… Si estuviera vivo, habría ido a esa marcha con una pancarta enorme y habría gritado más que ninguno de sus amigos. Él veía el bien en el mundo. No era más que un crío, pero sé que habría cambiado las cosas si hubiera tenido ocasión de hacerlo.

—Quizá todavía la tiene —digo, tanto para Tamara como para mí misma.

Tamara y yo nos dedicamos a sacar ropa del armario, agradecidas por la distracción pasajera que supone tener una misión en la que concentrarnos.

Nos decidimos por un bonito vestido marinero que le queda un poco grande pero le sienta bien.

Cinco minutos antes de la emisión, estamos en los lugares asignados de la habitación de Justin, cara a cara, mientras a nuestro alrededor no para el ajetreo de las pruebas de sonido y los ajustes de luz. Tamara se ahueca el pelo con gesto inseguro y sostiene en las manos la gorra de Justin que le cubría la cabeza hace un momento. El pelo corto la favorece: se parece un poco a Halle Berry y desprende un cierto glamour espontáneo, a pesar de que sus ojos sean dos pozos de tristeza sin fondo.

—Estoy nerviosa —admite Tamara—. Con toda esta gente mirando…

—No te preocupes, saldrá bien. Solo te preguntaré sobre Justin. Lo único que tienes que hacer es hablar de él, ¿de acuerdo?

—Eso puedo hacerlo —contesta, bajito pero decidida.

La sala de control me comunica al oído el inicio de la cuenta atrás para dar comienzo a la emisión. Siento los nervios previos al gran momento, como si alguien estuviera a punto de echarme un cubo de agua helada por la cabeza. Me inclino un poco hacia delante, muevo los dedos de los pies enfundados en las medias.

A través del auricular me llega la voz ronca de Candace, que describe los momentos álgidos de la manifestación del día de hoy. Imagino las imágenes que emiten de fondo, las que he visto antes en el coche. Intercalan un breve

corte del discurso del reverendo Price: más enfático de lo habitual, impregnado del tono nostálgico que requieren las elegías. Candace retoma la palabra para anunciar la entrevista exclusiva de la KYX con la madre de la víctima.

Me dan la entrada desde la sala de control: «Estás en el aire».

Tamara y yo nos miramos a los ojos. Le dedico un fugaz gesto de asentimiento para infundirle seguridad: «Te veo, estoy aquí».

—Gracias por acompañarnos esta noche, señora Dwyer. Apreciamos mucho que haya accedido a vernos en un día como hoy, cuando ha

transcurrido tan poco tiempo desde la pérdida de Justin. ¿Cómo se encuentra?

—Tan bien como se puede estar, supongo. Es un día difícil. Ayuda ver a tanta gente manifestándose por Justin. Me hace sentir bien saber que la gente exige justicia para mi hijo.

—¿Y qué opina usted de la justicia? Las estadísticas y los precedentes demuestran que los policías pocas veces se enfrentan a un juicio por esta clase de incidentes.

—Eso no está bien. Deberían recibir su castigo. Deben ser castigados. Mi hijo no hizo nada malo. Nada. Y fue asesinado. Hay que hacer algo para evitar que se repita una y otra vez.

En mi mente aparece la imagen de un hombre colgado de un árbol, rodeado de una turba de gente furiosa. Tartamudeo al formular la siguiente pregunta:

—Y… y… ¿qué debería hacerse?

—Quiero ver encerrados a los agentes que han matado a mi hijo. Para el resto de sus días. Justin no tendrá una vida. ¿Por qué ellos sí?

«Los agentes. Kevin».

—Vayamos a la noche del tiroteo. ¿Cómo se enteró de lo que le había

sucedido a Justin?

—Los muchachos del barrio vinieron corriendo a decírmelo. Siempre entraban en casa sin llamar. Llegué a donde estaba él antes que la ambulancia, pero no me dejaron acercarme. Yo necesitaba ver a mi niño.

Necesitaba tocarlo. Les grité que me dejaran estar a su lado, pero no me hicieron caso. Tampoco me permitieron subir a la ambulancia. Ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto.

La entrevista tiene un tiempo limitado. Dispongo de cinco minutos y medio exactamente. Aun así, hago una pausa para que la audiencia procese lo que acaba de oír: una madre a la que se le prohíbe tocar a su hijo. Tamara sujeta con tanta fuerza la gorra que la visera está doblada por la mitad.

—Háble me de su hijo. ¿Cómo era?

—Era un buen chico. Sé que hay gente que preferiría que fuera una especie de drogadicto o un niño perfecto. Justin era un estudiante magnífico y apenas se metía en líos. Pero toda esa historia de que salía en el cuadro de honor… Parece que quieran decir que era uno de los «buenos». Su muerte sería igual de injusta si hubiera estado saltándose una clase. Sí, un par de veces se fumó un porro, ¿y qué? ¿Por eso es un mal crío y merece morir?

No, él no merecía morir.

—Bueno, cuéntenos más cosas de su hijo, aparte de que era un buen estudiante. ¿Qué le gustaría que nuestros televidentes supieran de Justin?

Tamara da la impresión de no saber cómo resumir todo lo que tiene que decir de su hijo en pocas palabras. Su mirada recorre la habitación como si intentara asimilar así todo lo que era.

—Mira, hay una cosa: nunca mató a una hormiga. Ni siquiera las pisaba.

Se desviaba para dejarlas pasar. Y su comida favorita eran las alitas de pollo. Cuando era un bebé le olían fatal los pies. Yo solía llevármelos a la boca y besar sus deditos. La primera palabra que dijo fue «cuac». Llamaba

«cuac» a las palomas, y no le corregimos. ¿Cómo iba a distinguir los patos de las palomas un niño de ciudad como él?

Sonríe y se pone seria de nuevo, como si se arrepintiera por haber hecho algo malo.

—Mi labor con él aún no había terminado. —Ahora habla en voz más baja y espero que el micrófono sea capaz de captar sus palabras—. Me quedaban tantas cosas que enseñarle, que decirle… Ya no podré hacerlo.

Sus ojos brillan bajo la luz de los focos.

Se produce una pausa. Estoy a punto de llenarla con otra pregunta cuando de repente Tamara se me acerca y me coge la mano; la aprieta con tanta fuerza que temo que el dolor se me note en la cara.

—¿Puedo rezar por él?

Me quedo helada: me ha pillado por sorpresa y sé que estamos en el

aire.

Tamara empieza a llorar en silencio e inclina la cabeza; su voz se oye mejor, porque le habla directamente al micro que lleva prendido del vestido.

—Dios, necesito perdón en el corazón y gracia en el alma.

Mientras le pide fuerzas a Dios, noto que los ojos se me llenan de lágrimas. Me aferro a su mano.

—Por favor, Señor, ayúdame a perdonar a los hombres que le han hecho esto a mi hijo.

Yo repito en silencio la plegaria de Tamara: «Por favor, ayúdame a perdonar».

6

Jen

Los cristales rotos crujen bajo mis zapatillas deportivas. Los escaparates siguen cubiertos con tablas de madera, y sus dueños están desesperados por evitar otra noche de violencia. Alguien ha pintado BLACK LIVES MATTER en la ventana del Sephora. El BLACK ha sido tachado y sustituido por ALL.

Parece una zona de guerra: un quiosco quemado, cinta amarilla de la policía por todas partes, buzones volcados. La marcha pacífica se puso fea en cuanto anocheció. Y todo por mi marido. La ciudad entera está sufriendo y al borde del caos, es una olla en ebullición que solo se enfriará cuando se haga justicia, sea lo que sea eso. Las proclamas de «¡Encerradlos!» de los manifestantes aún resuenan en mis oídos.

Mientras recorro las escasas manzanas hasta la consulta de mi doctora como si fuera una fugitiva, me persigue la idea de que toda la gente con la que me cruzo me observa, me evalúa y me juzga. Incluso me siento expuesta en la breve distancia que separa el aparcamiento de la puerta de casa. Apenas he pisado la calle en los diez días que han pasado desde el tiroteo, y esta es la primera vez que lo hago desde la manifestación, que tuvo lugar hace tres días, y desde esa entrevista, esa dolorosa entrevista.

Me veo reflejada en las puertas del ascensor: el cabello sucio, la sudadera roñosa debajo de un abrigo acolchado lleno de manchas que ni siquiera puedo abrocharme, unas mallas viejas que me hacen bolsas en el culo.

Tengo una pinta horrible. En este momento mi aspecto es un punto negativo. Si alguien me viera ahora mismo, me sacara una foto y la enviara

al *Daily News*, solo cabría un titular: LA ESPOSA CUTRE DEL POLI ASESINO. Lo dirían así y la imagen valdría más que mil palabras. «Claro que el poli es racista —pensarían los lectores—. Mira qué pintas lleva su mujer».

Noto el impacto de la soledad cuando entro en una sala de espera llena de parejas. Esta mañana, mientras yo estoy aquí, mi marido se encuentra en una sesión de terapia. El departamento exigió una sesión obligatoria después del tiroteo pero le ofreció también la posibilidad de seguir viendo al doctor Washington de manera voluntaria.

Matt no se ahorró sus mofas.

—Vas a ver al mago —bromeó. Así llaman los polis a cualquier psiquiatra: el mago—. No te pierdas en Oz, Dorothy.

Pero Kevin nos sorprendió a todos aceptando la oferta sin pensárselo. No me cuenta nada al respecto, claro. Solo me queda la esperanza de que allí consiga abrirse un poco. Me dijo que intentaría venir hoy, pero mejor lo espero sentada. Nadie más podía acompañarme. Annie tiene turno en el hospital y no se me ocurriría pedirle que buscara a alguien para que la reemplazara. Cookie está de canguro de Archie porque, por alguna razón, la guardería cierra hoy, y Frank acude como voluntario a la Asociación de Veteranos todos los martes por la mañana.

La recepcionista habitual no está. Su sustituta es una chica negra más joven, que lleva unas trenzas largas y gruesas y un collar de piedras gigantes. En una situación normal elogiaría su abalorio, le preguntaría dónde lo compró y le hablaría de la chica del Etsy que vende anillos del mismo estilo. Pero no lo hago. Apenas levanto la vista cuando le entrego la tarjeta del seguro y el permiso de conducir. Los coge sin sonreír y entorna los ojos al examinar el carnet. Cambio mi peso de un pie a otro a la espera de si reconoce el nombre, me insulta y me dice que soy la mujer de un asesino. Pero se limita a devolvérmelo con una sonrisa amable en la cara.

—Ya no se parece mucho a la mujer de la foto del carnet de conducir.

—Me he cortado el pelo. Y he engordado un poco. —Señalo la barriga.

—El embarazo le sienta bien. Y el corte también.

Ante su amabilidad inesperada, me dan ganas de pedirle que me acompañe al interior de la consulta para sujetarme la mano.

Busco el rincón más recóndito de la sala, en el extremo más alejado. Saco el móvil del bolso para no tener que establecer contacto visual con nadie.

Ya tengo once llamadas perdidas. Todas de números desconocidos o que no están entre mis contactos. Son periodistas… o algo peor. Todo se ha desmadrado desde la entrevista. En las últimas veinticuatro horas he recibido múltiples mensajes de chiflados diciendo que Kevin debería arder en el infierno por lo que hizo, o que deberían quitarnos al bebé. Y luego está la mujer que susurró: «A lo mejor lo entenderías si te mataran al niño».

Tras esa llamada me prometí no atender ni una más. Borro todo lo que

no provenga de un número conocido.

Busco el vídeo con el dedo índice y lo vuelvo a poner. No sé por qué lo hago: es como si no dejara de girar la cabeza para ver un coche accidentado.

El contador de la esquina indica que la entrevista de Riley con Tamara ha tenido 437.322 visionados desde que se emitió el sábado por la noche. Yo he añadido al menos una docena. La cara de Riley, del tamaño de mi pulgar, ocupa la pantalla. La veo asentir mientras Tamara Dwyer pide que los agentes que dispararon contra su hijo sean enviados a la cárcel «para el resto de sus días».

Paso rápido algunos segundos en busca de otro plano corto de Riley: los ojos vidriosos, la manera en que agarra con fuerza la mano de Tamara. Si lo hiciera cualquier otro reportero, pensaría que está actuando ante las cámaras, pero se trata de Riley, y estoy segura de que lo siente; eso es lo que la hace tan buena en su trabajo. Se preocupa de verdad. Riley se ve tan

genuinamente dolida que me dan ganas de meterme en la pantalla del teléfono para consolarla, a ella y a la pobre madre también. Entonces recuerdo: el hombre del que están hablando de encerrar para lo que le queda de vida es mi marido.

Pero si Riley solo está cumpliendo con su cometido, ¿por qué me siento como si me hubiera apuñalado por la espalda cada vez que veo el vídeo?

¿Por qué percibo que Riley ha elegido bando?

«Estamos bien», me escribió Riley ayer, dos días enteros desde que le mandé aquel mensaje en el que le decía que no quería pelear con ella, cuando ya casi ni esperaba tener de nuevo noticias suyas. Es obviamente falso, y por eso no le he contestado. Además, tras esa entrevista, ¿qué podía decirle? ¿«Gracias por convertir a mi marido en un monstruo»?

Por muy traicionada que me sintiera al ver esa entrevista sesgada, no pude evitar defender a Riley delante de los Murphy cuando se emitió el programa. «Se limita a hacer su trabajo» fue mi débil excusa mientras la veíamos en directo en la pantalla supergigante del saloncito. Que sintiera la necesidad de abogar por Riley me cabreó aún más.

La voz de Matt retumbó por la sala, haciendo temblar las figuritas de

porcelana de Cookie.

—¿Me tomas el pelo? Esa zorra negra sabe perfectamente lo que hace.

—¡No la llames así! —le espeté.

Kevin se puso de pie con tanta brusquedad que las latas de cerveza se tambalearon en la mesita.

—Es una traidora. Ella me conoce, Jen, y aun así ¿se presta a esto?

Salió hecho una fiera por la puerta del patio hacia la noche helada. Matt se unió a él; ambos pasearon y vapearon durante horas, hasta mucho después de que yo me acostara.

¿Riley conoce de verdad a Kevin? Ni siquiera yo conozco a mi marido

ahora mismo. Antes de casarnos, pasamos por la formación prenupcial en la parroquia de Saint Matthew, por insistencia de Cookie. El padre Mike, que había bautizado a Kevin, nos miró desde el otro lado de su sólida mesa de cerezo y nos pidió que le contáramos el reto más difícil al que habíamos tenido que enfrentarnos hasta el momento como pareja. Estaba serio a más no poder, pero eso no evitó nuestras risitas nerviosas. Teníamos veinticinco años. Llevábamos solo un año saliendo. La vida se reducía a sexo en sitios estrambóticos y mensajes guarros.

Me resultaba difícil imaginar que Kevin pudiera no hacerme feliz en algún momento. Intenté pensar en escenarios que desembocaran en una ruptura y me quedé en blanco. Kevin no me engañaría, nunca me pegaría, nunca me dejaría. Tenía un buen empleo. Mantendría a nuestra familia.

Supongo que todo el mundo cree esas mismas cosas el día de su boda, pero con Kevin eran más una realidad que un deseo. Yo construía una vida sobre la base de todas esas certezas.

El padre Mike nos dejó con lo que, según él, era el mejor consejo que podía darnos:

—Intentad no dejar de amaros el uno al otro el mismo día. —A continuación soltó una carcajada atípica en él—. O, mejor dicho, intentad no empezar a odiaros el uno al otro el mismo día.

En ese momento me sonó ridículo. Nunca podría odiar a Kevin. Sin embargo, cuando no conseguía quedarme embarazada, el consejo del

padre Mike cobró un nuevo significado. Por aquel entonces me convertí en la peor esposa del mundo: malhumorada, voluble, propensa a quejarse durante un buen rato. A veces le echaba la culpa a las hormonas; la verdad es que era desgraciada y lo descargaba todo sobre Kevin simplemente porque estaba allí, cual esponja capaz de absorber mi hostilidad. Soportó mis arranques como un árbol que se mantiene en pie durante un huracán. Conservó la

calma, incluso durante la peor pelea que hemos tenido en todos estos años, la pasada Nochebuena, cuando llegué a casa con el cheque de Riley en el bolsillo. Se lo planté ante los ojos con aire triunfal, feliz, lista para llamar a la clínica en cuanto abriera sus puertas después de las Navidades. Kevin contempló el cheque con evidente disgusto y me pidió que lo devolviera.

—¡No quiero estar en deuda con ella! —gritó.

Yo debería haber previsto su reacción. No es que sea un gran fan de Riley, ni siquiera en los mejores momentos. Él se cree que lo disimula, pero Kevin es un libro abierto. Así que cuando dice cosas como «Riley se cree la hostia, ¿no?» o «Siempre haces lo que Riley te dice», yo finjo que no las oigo. Son solo celos. Él quiere ser la persona más importante de mi vida, y lo es, pero Riley ocupa un honroso segundo puesto, un escenario que no hace felices a ninguno de los dos.

Y yo no tenía la menor intención de devolver el dinero. Lo dejé bien claro mediante una batería de gritos ensordecedores. Me odio al recordar lo que le dije antes de salir del dormitorio: «Quizá lo que debería hacer es divorciarme y tener un hijo por mi cuenta. Al fin y al cabo, no soy yo la que tiene el puto problema». Solamente puedo disculpar mi arrebato achacándolo a que el anhelo de tener hijos era tan feroz, tan desesperado, que me consumía. Me cambió; era como estar poseída. La vieja Jen, la misma que se sentó en el despacho del padre Mike con los ojos rebosantes de amor, nunca habría pronunciado esas palabras.

Durante toda mi vida ha existido una vocecilla dentro de mí que me recuerda que es mejor no desear demasiadas cosas. Solía quejarme a Lou de que era una injusticia no tener padre, o ropa nueva, o una madre que asistiera a los eventos escolares. «La vida no es justa. Acostúmbrate», me ladraba ella. Y lo acepté. Pero un bebé, un hijo sano, me parecía un deseo de lo más razonable. No podía conseguir un padre, o una madre nueva, pero

seguro que podría hacer un bebé. Cuanto más se resignaba Kevin a

que eso no sucediera, más decidida me sentía yo a conseguirlo. Incluso si el dinero de Riley no bastaba y me tocaba pedir otra tarjeta de crédito para abonar la diferencia. Incluso a pesar de que odiaba transmitirle a Riley la idea de que Kevin me había fallado, en cierto sentido. Lo único que importaba era que ese dinero me daba una oportunidad más, y en ese ciclo, a Dios gracias, nuestras plegarias no cayeron en saco roto. Pero una parte de mí siempre se preguntará: «¿Y si no hubiera sido así? ¿Habría sobrevivido nuestro matrimonio si no me hubiera quedado embarazada? ¿Habría sobrevivido yo?».

Kevin estuvo a mi lado mientras yo sufría, y merece que le corresponda con mi paciencia ahora que atraviesa el peor momento de su vida. Aunque no sea una tarea fácil, sobre todo cuando se encierra en sí mismo, adopta un aire hosco y bebe más de la cuenta. Hay momentos en que me siento tentada a repetirle lo que Cookie me dijo: «Tenéis que salir de esta juntos».

Anoche, sin ir más lejos, otro artículo del *Inquirer* lo puso como loco.

Tamara había hecho unas declaraciones al periódico invitándolos intencionadamente a él y a Travis al funeral de Justin, previsto para el sábado. «Quiero que vean lo que hicieron».

—¡Ya sé lo que hice! —gritó él—. ¿Acaso creen que no lo sé?

Después estuvo perorando sobre las implicaciones de esa invitación («¿Qué pretende, convertirlo en un espectáculo?») y luego empezó a plantearse si debía asistir, lo cual era una idea terrible. Acabó cayendo en la más absoluta autocompasión: «Estoy tan harto de todo esto que preferiría haber sido yo quien recibiera el disparo. Ojalá hubiera sido yo».

Vuelvo a mirar la pantalla del móvil: la cara de Riley aparece congelada porque el vídeo está en pausa. «¿Cómo has podido hacerlo? —pienso. Y

luego—: ¿Dónde estás? Te necesito». Susurro la última frase como quien

pide un deseo al aire, antes de guardar el teléfono en el bolso. Echo un vistazo a la sala de espera. Durante muchos años detesté estar cerca de mujeres embarazadas o de parejas con niños. La envidia me corroía. Ahora suspiro por tenerlas cerca, pese a que no me apetece nada interactuar con ellas. «Miradme. Ya formo parte del club».

Pero el miedo no se me ha ido del todo. Empiezo a imaginar las mil y

una posibilidades terribles, dolorosos escenarios que dibujo en mi cabeza con todo lujo de detalles, uno tras otro. Me imagino tumbada sobre la sábana de papel rugoso, en la mesa de vinilo, con las rodillas dobladas, mientras una enfermera sonriente extiende el gel frío sobre mi barriga y agita esa varilla que parece un juguete erótico. La sonrisa de la enfermera se disipa y se convierte en un mohín de inquietud. Se apresura a apartar todo el instrumental y me dice que espere mientras va a avisar a la doctora. Cuando esta entra, coge la varilla, la frota contra mi piel y luego me mira por encima de mi barriga hinchada.

«No hay latido. El bebé ha muerto».

Me obligo a descartar esas lúgubres ensoñaciones y observo a la pareja que se da la mano en el rincón de enfrente. La mujer lleva un elegante vestido de lana de esa tienda carísima de ropa premamá que me bombardea con anuncios en Instagram. Su marido lleva unos de los mocasines más caros que he visto nunca, y sin duda volverá enseguida a su trabajo en un importante bufete de abogados, al que solo falta cuando tiene que acompañar a su esposa al médico. Empiezo a fantasear sobre sus vidas perfectas cuando una voz conocida resuena por la sala de espera.

—¡No había visto nunca tantas barrigas juntas!

«¿En serio?».

Ahí está Lou, bebiendo con fruición de un vaso de plástico, vestida con unos tejanos negros descoloridos y una sudadera de los Eagles, fina, negra y

con capucha, a pesar de que fuera hace un frío que pela. En los pies lleva las destrozadas botas Dr. Martens que tiene desde antes de que yo naciera.

Cuando tenía doce años, le pedí unas iguales y Lou me las compró por Navidad. No me di cuenta de que eran de imitación hasta que el pespunte amarillo empezó a desprenderse de las suelas a las pocas semanas de usarlas.

—¿Qué haces aquí, Lou?

Ni se me pasó por la cabeza pedirle que me acompañara. Cuando repasé la lista de posibles acompañantes, mi madre ni siquiera se me había ocurrido.

—¿Cómo sabías que hoy tenía médico?

Lou se sienta y rodea mis hombros con un brazo, como dándome una especie de abrazo raro, y me llega una mezcla de olores sofocante: café, humo de cigarrillos, perfume rancio. El aroma familiar *eau de Lou* me transporta directamente al suelo de su armario.

—Kevin me ha llamado para decírmelo.

Tardo solo un segundo en discernir por qué Kevin no lo había mencionado: quiso ahorrarme el disgusto por si, al final, ella no se presentaba.

—Esta mañana tenía el turno de primera hora, así que no me costaba nada pasar por aquí.

Por supuesto, Lou hacía cualquier cosa siempre y cuando no se estropearan sus planes. Lleva solo dos minutos aquí y ya noto la mandíbula apretada por la tensión.

—¿Has trabajado en el bar esta mañana? Son las diez y media.

—El bar lleva un mes cerrado. Ya te lo había dicho. Se quemó. Tienen que reformar todo el primer piso. Dicen que ha sido por culpa del aceite, pero podría tratarse de un incendio judío…

—¿De qué?

—Ya sabes. Cuando la gente quema algo para cobrar el seguro.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie más la ha oído.

—Aparte de que es ofensivo, Lou, los dueños del bar ni siquiera son judíos. Son irlandeses.

Lou se encoge de hombros.

—Bueno, lo llaman así. Espero que vuelvan a abrir. Muchos bares de toda la vida están pasando a ser para hípsters. Ya ni siquiera abren a las siete de la mañana… ¿Qué digo? No abren hasta las siete de la tarde. Hay gente que necesita una copa cuando se levanta, ¿sabes? En fin, como estoy sin curro hasta que terminen de organizarlo todo, he empezado a conducir un Uber. ¿No te lo dije? ¡Es genial! Conoces a un montón de gente interesante. Como hoy: acabo de llevar a una pareja al aeropuerto. Indios.

De la India, de esos con turbantes, no con plumas. —Se señala la frente con el dedo índice—. Fue un matrimonio concertado y llevan

treinta años juntos. A lo mejor debería haber tenido yo uno de esos. Él trabaja en el negocio de los diamantes y los rubíes. Ella dirige un orfanato. Les dije que mi hija estaba embarazada pero que quiere más hijos. Les pedí el email para ti. Quizá puedas pasarte por allí y escoger uno de esos niños morenitos la próxima vez.

—No entiendo por qué te contaron todo eso.

—Vamos, he estado detrás de una barra durante treinta años. La gente me cuenta cosas. —Me toca la barriga con la punta del dedo.

—¡Ay! —Hago ademán de apartarme a pesar de que no me ha dolido.

—Te estás poniendo enorme.

—Gracias.

Observo a mi madre, fijándome en la capa de arrugas que le cubre la cara. Apenas ha cumplido los cincuenta, pero tantos años de fumadora

empedernida y de tomar el sol en la playa embadurnada en aceite se están cobrando su precio. Ahora sacude su propia barriga.

—Luego cuesta un huevo perder ese peso. Más de lo que crees. Contigo engordé nueve kilos y aún no me los he quitado de encima.

Como suele sucederme con Lou, me muero de vergüenza. Miro a mi alrededor y compruebo, aliviada, que nadie parece estar prestándole atención. La pareja de oro se ha ido ya; supongo que los habrán llamado.

Pueden dar las gracias por haberse ahorrado este pequeño espectáculo.

—Lo único que digo es que vayas con ojo si no quieres que Kevin se largue con otra como esta… —Lou coge un ejemplar de la revista *People* y señala la imagen de cubierta, que no es otra que Kim Kardashian en biquini.

A Lou le encantan las Kardashian.

Por suerte, la enfermera, Rita, me llama justo al instante. Lou nos sigue como una niña que acompañase a su madre de compras.

—¡Oh, mira esos bebés! —dice Lou, parándose delante de las fotos de recién nacidos que cuelgan de unas cuerdas con pinzas de la ropa por todo el pasillo—. Jesús, todos estos bebés son mestizos. No veo ni un

solo crío blanco. Ah, allí hay uno. —Señala a una bebé de carita arrugada llamada Maddy, que lleva un reluciente lazo de color rosa en la cabeza para que se note que es una niña—. Es verdad lo que dicen, me refiero a eso de que algún día todos seremos del mismo color. Un montón de críos mulatos. Será chulo. Como si tú y Riley hubierais salido bolleras y os hubierais quedado con uno de esos bebés mestizos para que se pareciera a las dos.

Lou me da un codazo y suelta una carcajada.

Rita se incomoda, pero Lou no se da ni cuenta.

Después de tomarme la tensión en cuanto entramos, Rita nos deja en la consulta a la espera de que llegue la doctora. Empiezo a desnudarme para

ponerme la áspera bata, y soy extrañamente consciente de que mi madre me está viendo desnuda. Se ha sentado en la silla de plástico del rincón.

—A propósito de Riley, ¿hablas con ella? —pregunta mientras me esfuerzo por atarme el cinturón de la bata.

—De vez en cuando.

—¿Viste la entrevista?

—¿Tú qué crees, Lou?

—La madre, pobre mujer… Riley estaba preciosa, sin embargo. Esa piel.

Te juro que mataría por una piel así, ¿tú no? Deberías pedirle consejo. —Se da unas palmaditas en sus flácidas mejillas.

¿De verdad estamos hablando de esto? ¿No se le ocurre otro tema más importante? ¿Consejos de belleza?

—Bueno, por preciosa que saliera Riley con su piel perfecta, comprendes que esa entrevista no nos favorece, ¿verdad, Lou? ¿O es que no te enteras de nada? —Estoy casi gritando; la paciente del cuarto contiguo debe de estar oyéndome a través de estas paredes de papel.

—Pero Riley solo estaba haciendo su trabajo. Está en la tele. Tiene que interpretar su papel. Como Kim y Khloe.

—¿En serio? Riley no es actriz, y las Kardashian tampoco, ya que estamos.

—Oh, sí que lo son. Esas chicas deberían ganar un Oscar por lo que hacen. Y Riley tiene que hacer lo que le digan en ese trabajo suyo tan pijo si quiere seguir cobrando el pastizal que le pagan.

—Es mi mejor amiga. Debería preocuparse por mí.

—Mira, adoro a Riley, pero no es que hayáis estado muy unidas estos últimos quince años. Ahora sois distintas. Los ricos no piensan en la gente como nosotros.

—¡Riley no es rica! Además, Lou, a lo mejor deberías preocuparte de mí,

tu hija. ¿Y si me preguntas cómo estoy?

Al menos debo reconocer que Lou parece compungida.

—Ya te lo he preguntado.

—No, no lo has hecho.

—Vale. ¿Cómo estás?

—Bien. Solo que desearía que Kevin pudiera estar hoy aquí. —«En lugar de tener que aguantarte», añado para mis adentros. Y, por supuesto, no estoy nada bien, pero no he confiado nunca en mi madre y este no es el mejor momento para cambiar de hábitos.

—Ya que lo dices, ¿dónde está?

—Tenía… reuniones.

No le doy más detalles. No tiene sentido molestarse en involucrar a Lou más de la cuenta, y me imagino cuál sería su reacción si le contara que Kevin tenía hora con un «cometarros», como ella los llama. Para Lou, lo único más ridículo e inútil que la terapia son los cigarrillos electrónicos.

—Bueno, lo que está claro es que necesitáis a un buen abogado.

Contratad a uno de esos chicos que se anuncian en las vallas de la Noventa y cinco. Ojalá yo pudiera ofreceros algo de dinero.

Lou alza una de sus cejas. Siempre se las depila hasta reducirlas a una

línea arqueada y fina que parece que la haya dibujado un ilustrador satánico.

—No pasa nada. Cookie y Frank corren con los gastos.

El comentario le va a escocer y eso me reporta una pequeña descarga de satisfacción. Desde que Kevin y yo nos casamos, Lou se ha enzarzado en una extraña competición con Cookie que se manifiesta a través de puñaladas pasivo-agresivas. A Lou no le gusta perder en nada, aunque tampoco se ha molestado nunca en esforzarse para ganar.

—Vale. Pues estupendo. Estoy segura de que todo este lío se aclarará.

La conversación languidece hasta desaparecer, así que nos quedamos ahí sentadas atentas al tictac del reloj. ¿Qué clase de persona no encuentra nada que decirle a su propia madre? Me invade un sentimiento de decepción. Mi madre debería estar emocionada dándome consejos y haciendo planes. La primavera pasada, cuando le dije que estaba encinta, lo único que dijo fue:

«Bueno, a ver si esta vez lo conservas, nena. A lo mejor eso no es para ti».

—Estos médicos se lo toman con calma, ¿eh? —Lou coge la carpeta que Rita ha dejado sobre la mesa.

—No creo que debamos mirarlo. —No tengo la menor idea de si lo que estoy diciendo es verdad, pero me lo parece.

—Vaya, pues no veo por qué no. Son tus informes médicos. Tienes derecho a saber lo que pone, ¿no? A ver… —Sostiene el papel lejos de la cara, como si le costara leerlo—. El niño Murphy. Es mono.

Lou me enseña una ecografía y sigue hablando ajena a todo. Y yo lo único que oigo es la sangre latiendo en mis oídos.

«Niño».

«Niño».

«Niño».

—¡Por Dios, Lou!

—¡Mierda! —Lou cae en la cuenta de lo que ha hecho y tiene la decencia de mostrarse avergonzada—. Yo no…

—¿No recordabas que queríamos que el sexo del bebé fuera una sorpresa?

Una oleada de ira pura y perfecta brota de mis tripas y sube hasta mi cabeza con tanta fuerza que podría hacerla estallar. De todas las putadas que me ha hecho Lou, esta tal vez sea la peor. Ha arruinado lo que se suponía que sería uno de los mejores momentos de mi vida, una de las pocas esperanzas alegres a las que puedo aferrarme en estos momentos.

—Lo siento. No he caído…

No puedo oír ni una palabra más. La mando callar levantando la mano y me apoyo en la mesa para procesar la noticia. «Voy a tener un niño».

Al principio, a Riley y a mí nos gustaba Jackson, Jack, que es más corto, en caso de que fuera varón. Si era niña, Adeline, o Addy. Pero Kevin solo ha tenido un nombre en mente en caso de que fuera niño: Chase. Y, de repente, en ese momento, no puedo imaginarlo con ningún otro.

Saber que es un chico, que es Chase, lo convierte en algo real de una manera nueva y aterradora, y las posibilidades más terribles acuden a mi cabeza en tropel. Por suerte, alguien llama a la puerta y la doctora Wu, con su afable eficiencia y su aire decidido, entra en la consulta.

—Hola… —dice en tono vacilante. Es obvio que percibe la tensión. Mira a Lou, sin saber cuál es la relación que nos une.

—Hola, doctora Wu. Le presento a mi madre, Louise. Kevin tenía una reunión.

Es imposible que la doctora Wu ignore lo que pasa con Kevin, pero su expresión no deja traslucir nada. Le tiende la mano a Lou y le da la enhorabuena.

—¿Es su primer nieto?

—Sí. ¡Gracias a Dios! ¡Un niño!

La doctora Wu me mira desconcertada. Sabe que eso debía ser una sorpresa.

—Mi madre ha mirado el expediente. Se ha cargado el momento.

—¿Que me lo he cargado? Venga ya, el bebé sigue ahí. —Lou habla

como una adolescente a la defensiva—. Y así puedes hacer planes. Las sorpresas están sobrevaloradas, te lo digo yo. Tú fuiste una sorpresa y me pasé tres días llorando.

La doctora Wu deja escapar una risa amable y luego traslada toda su

atención hacia mí, como si yo fuera lo único que le importa. Por eso me encanta mi médico: te mira a los ojos y te habla como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, como si no hubiera otras cuarenta mujeres como tú en la sala de espera.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta ahora.

«A punto de matar a la madre que me parió». Pero me lo callo.

—Es un niño —digo en cambio, como si informara yo a la doctora Wu.

—Sí, al parecer eso ya no es ningún secreto. Así es. —Parece alegrarse de verdad—. Repasemos cómo va todo y veamos qué tal está el niño ahí adentro.

Saca el brazalete para medir la tensión.

—Rita acaba de tomármela.

—Ya lo sé. Solo quería volver a comprobarla.

Observo a la doctora mientras ella controla los números y la banda que me rodea el brazo me aprieta más y más. Juro que la veo fruncir las cejas cuando la retira despacio y saca la cinta métrica. Abre la bata para acceder a mi barriga surcada de venas, deja un extremo de la cinta debajo de mis tetas y la desliza hasta el final de la barriga para medir el crecimiento del útero, el crecimiento del bebé. Antes de quedarme embarazada pensaba que me harían una ecografía en cada revisión, que vería cada dos por tres el interior del útero y al bebé moviéndose, pero a la hora de la verdad han sido escasas y distantes en el tiempo. Me pregunto si me habrían hecho más si tuviera un seguro médico mejor, pero no le veo sentido a decirlo en voz alta.

—Veamos el latido del corazón.

Hay un fruncimiento de cejas. Ahora estoy segura. La doctora Wu no se muestra tan animada como de costumbre. Paso de imaginar lo peor a rezar por que todo esté bien. «Por favor, por favor…». Cierro los ojos mientras la doctora me pone el gel en la barriga.

—¿Demasiado frío? —La doctora Wu malinterpreta mi expresión.

—No, está bien.

«No hay latido. Ya está. El bebé ha muerto. Mi bebé ha muerto, y eso es exactamente lo que nos merecemos. Venganza. Karma. Justicia».

«Perdona. Perdona. Perdona».

La sala está en silencio salvo por el retumbar de mi propio corazón; el ruido del ajetreo que hay fuera de la consulta se desvanece.

Busco a Lou con la mirada para que me anime. Mi madre está tecleando en el móvil, ajena a las señales que indican que algo va mal.

Y entonces lo oigo: ese bum, bum adorable, el sonido de un caballo de carreras que se acerca al galope a la meta.

El corazón de Pajarito, de Chase, está tan fuerte como siempre. Intento concentrarme en el ritmo acompasado, prestar atención al momento.

—Está vivo.

La doctora Wu parece perpleja, y me percato de que lo he dicho en voz alta. «Está vivo».

—Claro que lo está. Se está desarrollando bien.

La doctora Wu me acompañó en todos los abortos, de manera que entiende que necesito seguridad y se muestra paciente conmigo. Incluso la consideraría una amiga si fuera posible una relación de este tipo con la profesional de la medicina cuyo conocimiento del funcionamiento interno de tu vagina es tan íntimo.

La doctora se acerca; sigue sentada en la banqueta y nuestras rodillas casi se rozan.

—¿Cómo te encuentras, Jen? ¿Cómo te sientes de verdad? —Su voz está cargada de inquietud.

—Cansada.

—¿Duermes bien?

—No mucho.

—Y has sufrido más estrés del habitual —dice la doctora Wu, y suena

más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí.

—Voy a ser franca contigo, pero no quiero que te asustes.

—Hemos oído el latido. —Tengo la sensación de que mil agujas se me clavan en la piel—. Es… está fuerte.

Chase está fuerte.

La doctora me coge la mano.

—Sí, él sí. Estoy más preocupada por ti, Jenny. Tienes la tensión alta, y las manos y los pies hinchados. ¿Te has dado cuenta?

Asiento con la cabeza.

—¿Y sabes lo que significa eso?

Sí. He buscado en Google todos los síntomas posibles del embarazo para averiguar lo que es bueno, malo o neutro. Estoy al tanto de todos los males y todos los desastres.

—Tengo preeclampsia.

—Bueno, eso aún no lo sabemos. Pero me preocupa. Y me preocupa lo bastante como para que quiera comprobar algunas cosas más. Tal vez necesitemos que guardes reposo en cama durante el resto del embarazo. Tal como estás, el bebé podría nacer prematuro. Y no queremos que eso ocurra.

Queremos que llegue hasta las treinta y seis semanas al menos, de manera que mantenlo ahí bien a gustito hasta entonces. ¿De acuerdo?

—¿Es por el estrés? ¿El estrés tiene la culpa? —Incluso formular la pregunta acelera el latido de mi corazón. Es un círculo vicioso, estresarse por tener estrés.

—No necesariamente. A veces es genético. A veces pasa sin más, pero sin duda el estrés puede contribuir. Aumenta la presión sanguínea y a veces

puede generar otros problemas. —La doctora Wu se levanta y empieza a buscar en los estantes—. Voy a inyectarte una dosis de esteroides que ayudará a que los pulmones del bebé se desarrollen más rápido. Por si acaso.

Hay una mancha marrón, de humedad, en el techo. Me concentro en ella intentando decidir si se parece más a una palmera o a una piña mientras la doctora Wu me clava la aguja en la parte carnosa del antebrazo. Sigo mosqueada con mi madre, pero también desearía que se acercase a la camilla y me acariciase la frente como hacía Gigi cuando estaba enferma.

Pero Lou no es de caricias, nunca lo ha sido. Al menos no conmigo. La doctora Wu debe de notar mi necesidad de consuelo humano, porque, tras ponerme la inyección, desliza la mano por mi pelo, apartándolo de la cara.

—Seguiremos controlando esto de cerca, ¿de acuerdo? Voy a enviarte a radiología para una ecografía. Deberían poder atenderte en una hora. ¿Tu madre se queda contigo?

Miramos las dos a Lou: su piel pálida se ve más blanca que nunca ahora que se le pide que haga algo.

—Sí, puedo quedarme.

La doctora Wu asiente con la cabeza en señal de aprobación.

—Te dejo para que te vistas. Rita volverá con el volante para la ecografía y entonces podréis bajar.

Cuando la doctora abre la puerta, distingo a esa mujer tan guapa de la sala de espera saliendo del cuarto de baño aún vestida con la bata de papel, y con la cara llena de churretones de rímel negro. Al cruzar mi mirada con la suya, tengo la impresión de que hoy la que ha tenido suerte soy yo.

Lou me acerca la ropa.

—No es justo. Que tengas que pasar por todo este estrés ahora que estás embarazada.

—Ya. Bueno, eso es lo que siempre me dijiste, ¿no, Lou? Que la vida no es justa.

Lou no responde mientras me visto. Pero es verdad: nada de todo esto es justo. No he hecho nada mal. He leído todos los libros, he hecho todos los ridículos ejercicios respiratorios, he tomado todas las vitaminas. Me he esforzado tanto, lo he deseado con tantísimo… Y ahora que he llegado hasta aquí no voy a permitir que me lo quiten. Me viene a la cabeza el catálogo de tamaños: calabacín, piña, calabaza

y luego… el bebé.

—Mira, es Riley.

Casi pierdo el equilibrio y me caigo con una pierna metida en los tejanos.

—¿De qué hablas?

—Tu móvil, acaba de sonar. Mira.

Lou me lo coloca delante de los ojos. Le da igual que no le corresponda a ella mirar mi teléfono.

Ahí está, en medio de la pantalla: Riley. La última persona de la que esperaba tener noticias. Acabo de vestirme antes de abrir el mensaje con los dedos húmedos.

Eh, tengo anotado en el calendario que hoy te tocaba revisión. Espero que esté todo bien.

—¿Y qué? ¿Qué dice? —pregunta Lou.

—Nada. Venga, vamos.

El mensaje de Riley y el hecho de que ella tenga anotadas mis citas con la doctora en el calendario suponen una sorpresa. Una sorpresa agradable.

Riley me habría acompañado hoy, en otras circunstancias, claro. Y entonces

¿por qué estoy molesta? «Espero que esté todo bien». Pues no lo está.

Tengo los niveles de estrés por las nubes y eso no es bueno para el bebé, y tú te has puesto del lado de la gente que quiere enchironar a su padre.

—¿Te encuentras bien?

Lou trota para seguirme porque me dirijo al ascensor casi corriendo.

—No, Lou, no estoy bien. ¿No has oído lo que ha dicho la doctora?

Podría tener preeclampsia. Y eso es peligroso, ¿sabes? —le grito, y mi voz llena todo el pasillo.

Una mujer que espera el ascensor me mira como si yo estuviera loca. Sé que debería sentirme avergonzada, pero no lo estoy, ni tampoco me siento mal cuando Lou da un paso atrás, como un perro apaleado.

—¿Qué es eso? —pregunto al ver algo en la mano de Lou. Mi madre levanta en el aire una ecografía—. ¿Qué coño…? ¿La has robado del expediente?

Lou sonríe.

—¿Qué pasa? La quería. A ti no se te ha ocurrido regalarme una. Es mi nieto.

Contempla la foto con tal adoración que me dejo embargar por una sensación de esperanza fugaz. ¿Es posible, de verdad existe la posibilidad de que Lou sea mejor abuela que madre? Me enfado conmigo misma por dejar siquiera que esa esperanza se cuele en mi corazón.

—Dámela.

Extiendo la mano y Lou deposita la fotografía en ella. Repaso las sombras oscuras con el dedo. Ahora que sé buscarla, ya puedo verle la colita.

«Chase».

«Chase».

«Chase».

Es a la vez un mantra y una oración.

7

Riley

Hay un chico en ese ataúd.

A pesar de la fotografía de tamaño póster de Justin, colocada en un caballete detrás del féretro, resulta casi imposible creer que ahí dentro haya un niño, un cuerpecillo atrapado en una caja de madera, a punto de ser enterrado bajo capas y capas de tierra.

He intentado encontrarle el sentido discurso tras discurso. Levanto la vista para ver los ojos de Justin en la foto. En esta sale más natural que en el retrato oficial del colegio que Tamara entregó a los medios: esa en la que, para aparentar seriedad y madurez, no deja que le asome una sonrisa a los labios. Aquí lleva el pelo más largo, casi al estilo afro, y se le ve espontáneo, feliz, con una sonrisa adorable que muestra el hueco entre las dos paletas. Como me sucede con el ataúd, no soporto mirar la fotografía durante mucho tiempo, ni hacia la sala llena de caras de dolor. La única opción que me queda es fijar la vista en mi regazo. Según el programa, el siguiente en hablar, que ahora camina hacia el estrado, será el último. Es un chico, algo más joven que Justin. Lo reconozco de haberlo visto en la salita de Tamara. Sube los cuatro escalones que llevan hasta el escenario y se acerca al atril que se alza delante del féretro. Con voz temblorosa se presenta como Malik, un primo de Justin.

—Tiene muchos primos, pero yo soy su favorito.

Se ríe, nervioso, tras ese chiste sin duda preparado de antemano, y se

produce una leve risilla por toda la sala; cientos de asistentes se alegran de poder agarrarse a un momento de ligereza.

—No sé qué decir… Así que voy a leer un poema que Justin escribió para la clase de lengua.

Alisa una hoja de papel sobre el atril con una mano y luego con la otra.

Estira la espalda hasta crecer unos centímetros. La voz le tiembla cuando empieza a leer de nuevo:

¿Qué ves cuando me ves?

¿Ya has decidido quién puedo ser?

Podrías conocerme mejor si te esforzaras un poco.

Podrías ver cómo soy por dentro.

Estoy hecho de sangre, huesos, y también músculos.

Así que ¿cómo puedes decir que soy menos que tú?

Tengo muchos sueños, incluso a mi edad.

Déjame ser libre, no me tengas en cautividad.

Y verás hasta dónde puedo llegar.

Me muerdo la lengua cuando Malik se quiebra en el último verso, escrito por un chico que proclamaba con orgullo su fe en el futuro y a quien se lo habían robado de una manera tan cruel. «Y verás hasta dónde puedo llegar». Ahora sí miro a mi alrededor, a las caras contraídas por el llanto, y fijo los ojos en Tamara. La madre de Justin agarra un pañuelo de papel con el puño cerrado. Aparte de ese detalle, mantiene la vista al frente y se muestra impasible, estoica. Conozco esa mirada. La he visto en la cara de Gigi y en muchas de las otras señoras de la iglesia, a veces incluso en mi propia madre: la mirada de unas mujeres que han soportado numerosos golpes brutales, cuyas cicatrices se han endurecido hasta convertirse en una coraza de resolución férrea. «Ahora ya no sirve de nada llorar». ¿Cuántas veces me ha dicho Gigi esta frase, después de que perdiera una carrera o hubiera sufrido una decepción con un noviete? ¿No ha sido ese el mantra de

las mujeres negras durante generaciones? ¿Qué elección tenemos ya salvo seguir con él?

Veo que Malik va de camino a su asiento, secándose una lágrima furtiva con la mano, y tengo que respirar hondo ante esa visión desoladora. Camina hasta Tamara y prácticamente se deja caer en su regazo en busca de un abrazo, dejando un reguero de lágrimas en su blusa. Wes rodea con el brazo el cuerpo frágil de su hermana. Los Dwyer están sentados en primera fila, muy cerca unos de otros: se dan la mano, se apoyan en el hombro, se cogen del brazo. Sería agradable sentir el consuelo de un brazo fuerte como el de Wes o tener una mano a la que aferrarse. Shaun tenía previsto acompañarme, pero al final le surgió un trabajo en la empresa de mudanzas al que no pudo negarse. El reverendo Price es la otra persona conocida a la que esperaba ver. Sin embargo, en esta ocasión había cedido el puesto al sacerdote de la parroquia de la familia, que está presidiendo el

funeral.

Me recuerdo que he venido a trabajar y tomo unas notas en el móvil. La última frase del poema será el inicio ideal para el reportaje de esta noche.

Añado una nota para los redactores y me pongo a hacer una lista mental de otras imágenes de fondo que puedan funcionar. Me es más fácil actuar de periodista que de asistente a un funeral. Centrarme en mi trabajo me ayuda a apartar de mí ese complicado dolor. Estar aquí supone un privilegio.

Tamara me ha permitido asistir, y quiero ser merecedora de tal honor. Al principio, ella quería una breve ceremonia privada, y aunque soy capaz de hacer cualquier cosa por una historia, convencer a una madre destrozada de que autorizara un equipo de cámaras en el funeral de su hijo habría sido ir demasiado lejos. Luego, hace unos días, cuando la llamé para preguntarle si necesitaba algo —juro que mis motivos eran puros—, me preguntó si habría alguna diferencia si la gente veía el funeral, si lo abría al público.

—¿Recordarán a Justin? ¿Al menos durante un poco más de tiempo? —

quería saber—. Todos los hashtags, las pancartas y las camisetas.

¡Camisetas! Aprecio el apoyo, pero ya ni siquiera parece que sea por Justin

—prosiguió Tamara—. Esa violencia, los disturbios, los incendios… Él no habría querido nada de eso.

Un grupo de manifestantes se ha congregado todas las noches en las escaleras del museo de arte, y esta mañana se ha producido otra marcha espontánea por Broad Street en honor del funeral. Esta vez no ha habido altercados, pero las exigencias de que la policía responda de sus actos están creciendo a medida que aumenta la tensión. Tamara tiene razón: ahora todo esto ya ha sobrepasado a Justin.

—Tal vez hacerla partícipe del funeral ayude a que la gente se calme. Tal vez ayude a que volvamos a centrarnos en Justin.

—Sí. Tengo la impresión de que la ciudad entera está de luto y creo que apreciará la oportunidad de acompañaros en el duelo. La historia de Justin ha captado la atención de los habitantes de Filadelfia y de los de fuera de aquí, y todo el mundo quiere unirse a la familia para

honrarlo. Tu hijo no es una víctima más —le dije—. Es Justin, y es importante que el público lo vea así para que puedan preocuparse de él como individuo. La única manera de que se produzca el cambio es que la gente se preocupe.

Al fin y al cabo, a la gente le resulta sencillo aburrirse de estos titulares hasta el punto de desconectar de ellos. «Sí, sí, ha muerto otro chico negro.

¿Y este de dónde era? ¿De Saint Louis? ¿De Baltimore?».

No pude evitar añadir lo siguiente:

—Me sentiría muy honrada de cubrir el funeral, si te parece bien.

Al final, Tamara decidió abrir el funeral al público. Unos días más tarde llegó a hacer una declaración pública en la que invitaba tanto a Kevin como a Travis Cameron, pero no me cabía en la cabeza que ninguno de los dos se atreviera a dar la cara. Me desconcertaba el motivo de esa invitación.

¿Quería hacerlos sufrir? ¿Obligarlos a pasar por una especie de escarnio público? Pese al hecho de que su presencia daría para un buen programa de televisión, me alivia ver que han tenido el sentido común de no presentarse, y supongo que a Tamara también.

Yo era la única periodista autorizada a acceder al interior, junto con Bart, el cámara. Scotty tuvo la decencia de felicitarme en voz alta cuando le di la noticia, y, durante la reunión, Candace Dyson me brindó un «Buen trabajo, chica» con más amabilidad de la que me había mostrado nunca desde que entré en la KYX. Resultaba bastante inapropiado celebrar el acceso al funeral de un niño, pero, en este negocio, los triunfos profesionales suelen andar de la mano con las tragedias ajenas. El logro era el logro, y acababas acostumbrándote a los tonos grises. Uno de mis antiguos jefes solía bromear diciendo: «Detrás de cada premio Peabody, hay un genocidio».

Para acomodar a la multitud, la familia trasladó la ceremonia religiosa de la funeraria local del barrio al polideportivo del instituto de secundaria de Strawberry Mansion, donde Justin había empezado a cursar noveno curso en septiembre. Estamos a sábado, y el equipo de baloncesto jugará en casa esta noche; sus zapatillas deportivas correrán por los suelos encerados, los bancos se llenarán de animadores y en el aire flotarán aromas de palomitas y de Coca-Cola con sabor a cereza. El aspecto de la sala cambiará por completo: dejará de ser el lugar donde yace un chico en un ataúd, en el medio de

la pista, justo sobre la foca, el emblema del equipo.

La banda de música del colegio, en la que Justin tocaba el trombón, se halla en el escenario. Tocan una versión instrumental del «Rise Up» de Andra Day. Tres jóvenes, inseguros y serios, se alinean a un lado del ataúd, y Malik, Wes y otro hombre lo hacen al otro. Alzan el féretro, pero no son lo bastante fuertes para sostenerlo a la misma altura mientras desfilan por la alfombra roja que han colocado sobre el brillante suelo del gimnasio,

formando un pasillo entre las hileras de sillas plegables. Los chicos, ya casi tan altos como los adultos, están a punto de dejar atrás la adolescencia, igual que Justin. Chicos negros que pronto serán hombres negros, un rito de iniciación sembrado de peligros. Muy pronto estos chiquillos amables darán miedo y serán vistos como una posible amenaza, como intrusos en lugares a los que, para mucha gente, ellos no pertenecen, como personas que deben ser interrogadas, detenidas o incluso asesinadas, solo por el color de su piel.

Nadie pide a los asistentes que se levanten. Lo hacemos por propia iniciativa y observamos cómo el ataúd avanza por ese pasillo improvisado hasta el coche fúnebre que espera a las puertas del polideportivo. Cuando pasa a pocos metros de mí, me contengo para no extender el brazo y tocar la madera pulida. Wes lo ve y me dedica un saludo solemne con la cabeza. Le respondo de la misma manera, con la esperanza de que, con solo ese segundo de contacto visual, haya podido comunicarle todo lo que me pesa en el corazón.

Tamara avanza detrás del ataúd, con la cabeza baja, como si necesitara toda la fuerza del mundo para poner un pie delante del otro. Un grupito de parientes y amigos íntimos irán al entierro de Justin, en el cementerio de Laurel Hill: lejos de los focos y de los medios, un momento de paz para despedirse de él.

Bart viene detrás de mí, con la pesada cámara apoyada en su hombro fuerte.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Grabaremos un plano general de la gente y primeros planos de algunas caras, si puedes. Y ya estaríamos.

Empiezo a imaginar el reportaje mentalmente: un plano de Malik para empezar, seguido de otro más general para dejar constancia de la multitud congregada aquí, y del ataúd avanzando por el pasillo. Corte a un plano

corto de Tamara. Mientras reviso las escenas en la cabeza, asegurándome de que no nos hemos dejado nada, levanto la vista hacia los asistentes: un mar de espaldas que discurre despacio hacia las dobles puertas de la salida.

Una mujer blanca que lleva grandes gafas oscuras camina deprisa por la pared del fondo. Lleva el pelo recogido en una coleta.

No puede ser. No puede ser ella. Parpadeo varias veces para aclararme la vista. Es ella. Conozco esos andares. No hay ninguna duda: se trata de Jen.

¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Me ha visto durante el funeral?

La costumbre de toda una vida me lleva a ir tras ella. Me obligo a pararme. ¿Y si Bart me viera hablando con Jen y empezara a hacer preguntas? O, aún peor, ¿y si me viera Tamara?

Me constaba que ni Kevin ni Travis tendrían el valor de aparecer por aquí, pero la posibilidad de que lo hiciera Jen ni siquiera se me había ocurrido. Pasada la sorpresa inicial, no sé muy bien cómo tomármelo. Por un lado, supongo que es razonable, e incluso bonito, que quiera presentar sus respetos. También es un acto muy valiente: si los asistentes, en su mayoría de raza negra, tuvieran la menor idea de que ella está aquí, las cosas podrían «ponerse feas», como diría Gigi. Por otro lado, no puedo quitarme de encima la sensación molesta de que Jen está fuera de lugar.

Intento ahuyentar ese pensamiento antes de que arraigue en mí, pero ahí está: «Este no es tu sitio».

Me fijo en su espalda mientras camina por el pasillo. Justo cuando está a punto de llegar a las puertas, se da la vuelta, se levanta las gafas de sol y me mira, como si todo este tiempo hubiera sabido exactamente dónde encontrarme. Sus ojos están enrojecidos, hundidos, vacíos. Nos quedamos mirándonos durante un momento que se prolonga más de la cuenta. Hasta que Jen levanta la mano, como si saludara. Ha salido por la puerta antes de que yo haya decidido si devolverle o no el saludo.

Dos días más tarde, la imagen de Jen en el funeral, su aspecto angustiado, todavía me persigue. Se cuela entre las imágenes del ataúd y de manos oscuras que sujetan asas doradas, entre los dedos de Tamara aferrados a un pañuelo de papel arrugado. Pero tengo que quitármela de la cabeza, tengo que concentrarme en lo que toca.

Cuando veo la casa, más bien dicho, la enorme mansión, la recuerdo. La pared deslumbrante de piedra blanca y los dos leones de hierro que flanquean la puerta principal. De niña, cuando veníamos en Halloween, me daban miedo. Mis padres nos llevaban hasta Rittenhouse cediendo a los ruegos de Shaun y míos, ya que nos habían dicho que en ese barrio se daban los mejores caramelos: Snickers enteros. Incluso corría el rumor de que allí la gente daba dinero en metálico.

Un montón de años después, paso entre los leones y subo la escalinata de mármol. Ya no voy disfrazada de periodista sino que lo soy. No conocía a la familia que vivía antes aquí, ni sé si ahora será la misma. Lo único que me consta es que esta es la casa de una persona escandalosamente rica.

—Disculpe, señorita, ¿podría coger mi chaqueta?

Apenas he dado dos pasos en el interior y, como sigo distraída observando el papel de las paredes, que parece de auténtico pelo de poni, sin mencionar el Basquiat que hay colgado al fondo del vestíbulo, no caigo en lo que me está diciendo ese hombre.

Me vuelvo y me encuentro con que un tipo blanco de mi edad, vestido con una camiseta de un vivo color rosa y americana, me está entregando su abrigo. Por fin lo entiendo.

—¿Perdón? —Me lo quedo mirando para obligarlo a admitir su error.

—Lo siento. Pensé que trabajaba usted aquí. No quería… Mierda. Lo siento mucho. Es por su ropa.

Sí, me he quitado el abrigo y llevo pantalones negros y un jersey del

mismo color. Pero no, no es por la ropa.

—No pasa nada —le digo—. Soy periodista.

¿Por qué le digo que no pasa nada? ¿Por qué me justifico por estar en esta sala? Porque quiero que se largue. Quiero que este momento incómodo se termine de una puta vez para así poder continuar con lo que he venido a hacer. Él vuelve a disculparse y enseguida se une a la multitud de gente bien vestida que se ha congregado en un salón que es cuatro veces mayor que todo mi piso, e infinitamente más lujoso. Cojo un vaso de agua con gas de una bandeja. El champán sería mejor —me ayudaría a no volver la cabeza a todas horas y a no salir por la puerta para regresar a mi casa a refugiarme en mi cama—, pero nunca

bebo mientras trabajo. Sin duda relajaría un poco la tensión del momento, las cosas como son, y en los últimos tiempos esa tensión me acecha a todas horas. Me siento al borde del abismo, acechada por pensamientos sombríos que son como manos que desean arrastrarme hacia ese terreno de arenas movedizas. Esta es siempre la parte más terrorífica de la depresión, el momento de pánico en el que piensas que, si consigues mantenerte firme y no dejarte llevar por ella, todo irá bien. El miedo a la caída es mucho mayor que el que sientes cuando estás en el fondo, porque, una vez te has dejado caer, cuando te sumerges en la oscuridad, la rendición absoluta te provoca un cierto alivio. Es más fácil que la lucha. Pero aún me siento con fuerzas para alejarme del borde. Por eso me he obligado a salir a correr todas las mañanas, por eso he vuelto a ir a la iglesia esta semana, para satisfacción y sorpresa de mi madre.

Echo un vistazo a la sala. No es mi idea de pasarlo bien: un pijo acto benéfico con un puñado de ricachones haciendo su buena obra del trimestre.

Pero la ayudante de Sabrina Cowell insistió en que era el único hueco en su agenda de esta semana y si quería tener un cara a cara de cinco minutos con la fiscal del distrito, no me quedaba otra que pasarme por aquí. Y yo tenía la

imperiosa necesidad de plantarme frente a la mujer a la que iba a proponer un encuentro en directo. Tras el impacto de mi entrevista con Tamara, llevada por la emoción, se me ocurrió comentar en la reunión del noticiario que tenía la vista puesta en una entrevista con la nueva y flamante fiscal de la ciudad. Cuando Scotty me dijo «A por ello», pasó de idea a orden antes siquiera de que hubiera cerrado la boca.

—¿Riley? —Oigo mi nombre a la vez que noto dos golpecitos en la espalda—. Soy Amina, la jefa de gabinete de la fiscal del distrito. ¿Has tenido algún problema para entrar?

La joven tiene el cuerpecillo y la energía de un ruiseñor, mueve la cabeza a ambos lados, pendiente de lo que pasa mientras teclea un mensaje en su iPhone y habla conmigo.

—Ninguno —miento, tragándome la microagresión como he hecho un millar de veces.

—Gracias por encontrar tiempo para venir. La agenda de Sabrina está hasta los topes ahora mismo.

No tanto como para que no pueda pasearse despacio por la sala tal y como hace ahora, por lo que veo, saludando y comiendo canapés con la élite financiera de Filadelfia, que será clave para financiar su campaña hacia la alcaldía, si los rumores que circulan son ciertos.

Amina sigue tecleando en el móvil con la misma rapidez con que habla.

—Voy a presentar a Sabrina y a compartir su historia. Cuando termine, ella dará un discurso de unos diez minutos. Estrechará manos, se sacará selfis, recogerá algunos cheques, y luego podrá dedicar unos minutos a hablar contigo.

—¿Sabe que estoy aquí?

Por primera vez desde que empezó la conversación, Amina levanta la vista del móvil.

—La fiscal Cowell lo sabe todo.

Me tomo otro vaso de agua con gas mientras Amina va hacia la parte delantera de la sala y agarra el micrófono. Después de darle dos golpecitos para probar el sonido, empieza a hablar.

—Cuando me gradué en Georgetown, hace cinco años, mi intención era quedarme en Washington DC para colaborar en *The Hill*. Sin embargo, en cuanto oí hablar de Sabrina Cowell, supe que quería trabajar para ella. Así que le escribí una carta, como si fuera una fan enfervorecida, contándole lo mucho que admiraba su carrera, y ella me dijo: «Bueno, entonces únete a mi equipo». Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, así que gracias, Sabrina, por jugártela con una completa extraña que se coló en tu bandeja de entrada. —Se detiene un instante para que la gente se ría—. Muchos de los que estáis aquí esta noche conocéis ya la historia de mi jefa, pero, como es muy buena, volveré a contarla. Sabrina Cowell creció aquí mismo, en Filadelfia, en las Casas Tasker. Fue al Instituto Masterman, recibió una beca completa para Tulane y luego para la facultad de Derecho de Penn. Se convirtió en una de las socias más jóvenes, la primera mujer negra en conseguirlo, del prestigioso bufete Johnston Caruthers. Pero la vida de empresa no la satisfacía. Demasiado dinero, demasiado poco tiempo. Todos lo entendéis, ¿verdad?

Se oye un murmullo de aprobación entre los asistentes.

—Pasó a trabajar en Gardner y Jones, donde llevó proyectos gratuitos de derechos civiles contra el cuerpo de policía con una tenacidad

incansable.

Pero… tampoco era suficiente. En esta ciudad, el cambio solo se produce si lo provocas desde dentro. Y ella retó a la vieja guardia, emprendió una dura carrera y los sacó de sus cómodos asientos. Por favor, demos la bienvenida a la fiscal del distrito de Filadelfia, Sabrina Cowell.

Sabrina recorre los pocos pasos que la separan de su ayudante y coge el

micro de sus manos después de lo que parece ser un abrazo auténtico. El silencio se apodera de la sala mientras nos acercamos a ella. Queda claro, antes de que diga una sola palabra, que es una de esas personas que desprende una energía especial, que es magnética y atrayente, cualidades que caracterizan a un gran político… o a un líder religioso.

Me quedo prendada del cabello de Sabrina, porque, más que cabello, es una fuerza de la naturaleza. Un halo inmenso de rizos naturales. Si no hubiera empezado a plancharme el pelo en octavo curso, si no me hubiera vuelto adicta a los productos que lo estiran y a mi cita en la peluquería cada doce semanas sin falta, querría tener un pelo como el suyo. También me encantaría atreverme a usar ese mismo lápiz de labios de color magenta, por mucho que mamá me haya repetido mil veces que es un color de golfas.

Sabrina contempla al público antes de empezar a hablar.

—Hay mucha gente que ignora que mi abuela limpiaba casas por aquí.

En esta misma calle. Dios, quizá esta misma casa. ¿Y quién habría pensado que un día su nieta estaría aquí, cobrando por ello, sin sacarle el polvo a ninguno de estos dichosos objetos? —Pausa—. Yo no, desde luego.

»A todo el mundo le encanta la historia que Amina acaba de contaros. La niña pobre del barrio que logra progresar. Es el todopoderoso mito de la excepcionalidad que adoran todos aquellos a los que les gusta constatar las grandes oportunidades que ofrece América. Si esa negrita lo hizo, todo el mundo puede conseguirlo. Así que, si alguien no lo hace, no lo logra, la culpa es solo suya. No importan los prejuicios sistémicos que hay contra ciertas personas —contra la gente de color, contra los pobres—, ni todas las barreras y desventajas que mantienen el campo de juego de esta ciudad y de este país tan equilibrado como un balancín con un yunque en un lado y el sueño americano en el otro. Tenemos que mover ese yunque, chicos. Para

eso quería ser fiscal del distrito y para eso me estoy planteando la posibilidad de optar a la alcaldía.

Hace una pausa mientras la gente aplaude, y el tipo que quería darme el abrigo silba con fuerza.

—Todos y cada uno de vosotros queréis que las cosas cambien —

continúa Sabrina—. Os consideráis adalides de la justicia social, ¿verdad?

De otro modo no habríais pagado quinientos dólares para estar esta noche aquí. Algo que os agradezco, por cierto. —Su risa es profunda, ronca—.

Pero, por importante que sea votar, son los cambios personales y la toma de conciencia los que importan también. Queréis equilibrar ese campo del que os hablaba, bien, pero ¿estáis dispuestos a admitir hasta qué punto os beneficiáis de la supremacía blanca? ¿De que los sistemas sociales, políticos y legislativos del país hayan sido diseñados y conservados por los blancos? ¿De que sigan anclados en la idea del poder blanco, lo cual os permite avanzar con confianza en la vida, sintiéndoos seguros, libres y respetados? ¿De que, como blancos, se os asocia de manera automática a todo lo que es bueno, decente y normal, y de que esos valores, los vuestros, se han constituido en la vara de medir que deben usar todos los demás? Un millar de novelas, de películas y de lecciones escolares os han transmitido que esa era la verdad, y han logrado que esa concepción del mundo se instalara en vuestras almas. No ha sido culpa vuestra, lo admito. Pero lo que hagáis a partir de ahora sí que lo es. ¿Cómo vais a luchar contra esa mentira? ¿Qué estáis dispuestos a sacrificar? ¿Qué arriesgaréis? ¿Vais a mandar a los niños al colegio público del barrio? ¿Alquilaréis vuestra casa a una familia negra? ¿Contrataréis a más jovencitas de piel oscura con rizos para puestos de ejecutivos junior? Porque vuestras buenas intenciones, vuestras camisetas reivindicativas, vuestras mochilas con el lema «Black

Lives Matter» y vuestros clubes de lectura sobre la justicia racial no van a acabar con eso.

Desde su posición en la sala, contempla a la audiencia y deja que reine entre ella un silencio incómodo.

Pasa más de una hora antes de que Sabrina pueda liberarse de las garras de sus admiradores. Me pierdo al buscar el cuarto de baño y me descubro echándole un vistazo a la cocina: fuera había un par de caras

negras, incluyendo la mía, pero aquí, aquí hay docenas de negros sirviendo y fregando platos que me sonríen con afabilidad. Deambulo de vuelta hacia el salón, a punto de desistir, cuando aparece Amina, me coge del codo y me conduce hasta una tranquila biblioteca que hay al otro lado del pasillo, donde Sabrina ya se ha puesto cómoda en uno de los butacones de piel. Me instalo en otro, frente a ella, en esa salita de luz tenue forrada de madera, y tengo la impresión de que en cualquier momento encenderemos los puros y conversaremos sobre nuestros hándicaps de golf.

—Encantada de conocerte, Riley Wilson. ¿Por qué querías hablar conmigo esta noche?

Su tono brusco y formal resulta intimidante. Demasiado para la complicidad entre chicas negras que había esperado establecer con ella, bajo el hashtag #BlackGirlMagic.

—Bueno, acabo de empezar en la KYX…

—Sé quién eres, Riley. Te veo en antena. Eres una buena periodista. Pero

¿qué puedo hacer por ti exactamente?

—Me alegro de que lo pienses. Entonces sabrás que he sido la principal informadora de la historia de Justin Dwyer. —Cuando asiente con la cabeza, prosigo, y voy directa al grano. También yo puedo hacerlo—: Quiero entrevistarte. Sería un especial, como el que hice con Tamara Dwyer.

—Lo vi. Fue estremecedor.

—Su historia, la historia de Justin, el tiroteo, está aflorando las profundas divisiones de nuestra comunidad. No quiero que se pierda en el fragor de la actualidad. Se trata de un momento trascendente. Las cosas tienen que cambiar.

Sabrina se muestra de acuerdo.

—Bueno, estoy contigo en eso. Como acabas de oír, soy muy prorreformas. Y ya sabes que a los blancos les gusta que los regañen. Se lo toman como una penitencia racial o algo parecido. Siempre les da la impresión de que aprenden algo, pero lo único que quieren es seguir aprendiendo… —Pone los ojos en blanco—. Como si así se lograra algo.

Esperemos que al menos les sirva para abrir los talonarios…

Se calla un momento y luego me mira con fijeza.

—Antes de tomar una decisión sobre esa entrevista, tengo una pregunta para ti.

—¿Sí?

—¿Desde cuándo eres amiga de Jennifer Murphy?

Debería haberme preparado mejor para algo así, que alguien averiguara nuestra relación. Incluso una somera búsqueda por internet la revela. Antes de ir a ver a Tamara, escribí en Google «Jennifer Murphy y Riley Wilson» a ver qué salía. Había una foto antigua de las dos enseñando nuestras medallas en las colonias de Penn. Pero Facebook era otra historia: en el perfil de Jen había un montón de fotos de las dos, más que en el mío, porque básicamente lo uso solo para temas profesionales. Fue un alivio que desactivara su cuenta unos días después del tiroteo. Luego me sentí mal por el hecho de experimentar ese alivio. La culpa me invade como si me hubieran pillado cometiendo una fechoría. Y si Sabrina lo descubrió así de rápido, Scotty también podría hacerlo. Incluso con mi talento excepcional

para la negación, puedo ver que se trata de una simple cuestión de tiempo.

Y entonces ¿qué?

Pienso con rapidez y me decido por un encogimiento de hombros, que viene a decir que tampoco es para tanto, ya que en Filadelfia nos conocemos todos, lo que en parte es verdad. Al fin y al cabo, es una ciudad donde la gente te pregunta a qué colegio fuiste antes de a qué te dedicas.

—Jen y yo crecimos en el mismo barrio —digo con cautela.

Antes del tiroteo, habría dicho que nos conocíamos desde que éramos niñas y que nos criamos juntas en el nordeste de la ciudad. Pero eso era antes. «Antes. Antes. Antes».

—Hummm, pues, para ti, trabajar en esta historia debe de ser… —

Sabrina enarca una ceja perfilada a la perfección mientras busca la palabra idónea—. ¿Peliagudo?

Casi me echo a reír. «Peliagudo», es una manera de decirlo.

—En realidad apenas he hablado con Jenny desde el… desde el incidente.

—¿Desde el asesinato de Justin?

—Sí —respondo. Y pese a que la elección de sus palabras refleja una provocación obvia, no puedo decir que no sea verdad.

Amina aparece en la puerta, se mira el reloj y levanta cinco dedos. Estoy segura de que ha recibido instrucciones de Sabrina para proporcionarle una vía de escape.

—Creo que está bastante claro que vas a ser la próxima alcaldesa. —

Como no dispongo de demasiado tiempo para alcanzar un trato, paso a los elogios, una táctica vergonzosa—. Esa gente estaba encantada contigo. Y es el momento justo. La ciudad te necesita para reformar las cosas.

—Ya que lo dices, ¿no te parece escandaloso que sigamos aún con el

mismo discurso de las primeras veces? La primera fiscal de distrito negra de la ciudad. La primera alcaldesa negra.

—Sería fantástico, un cambio radical. Pero sé que es un camino arduo.

Tu campaña para la fiscalía del distrito fue brutal. Todos esos editoriales que te calificaban de inestable y poco cualificada, que cuestionaban tu

«idoneidad» para el cargo.

—No sabes de la misa la mitad. Siguieron llamándome malhumorada y sedienta de poder. ¡Como si eso fuera un insulto! ¡Claro que estoy de mal humor! Y sí, tengo sed de poder. ¿Qué tiene de malo? ¿No se dan cuenta de que no puedo cambiar nada sin poder? ¿Sin el poder de repensar y actualizar de una maldita vez nuestras agotadas políticas, nuestra manera de hacer las cosas, nuestras fuerzas del orden, para acercarnos siquiera un poco a donde deberíamos estar? Si yo fuera un hombre, me aplaudirían por ello.

Por eso mi filosofía es QHUHB.

—No voy a intentar descifrarlo.

—«¿Qué haría un hombre blanco?».

—Ja, ja, me encanta.

—Hablando en serio: un hombre blanco entraría en este despacho, en una sala de reuniones o donde sea, convencido de que tiene el deber, y el poder, de cambiar las cosas; en definitiva, de hacer historia, de ocupar un cargo.

Bueno, pues yo también.

Si tuviera la mitad de confianza en mí misma que Sabrina, ya estaría en el programa *Today*. Nada de hombres blancos… A partir de ahora mi lema sería: «¿Qué haría Sabrina Cowell?».

—De verdad te lo digo, ha llegado el momento de que empiece un nuevo día. No podemos seguir anclados en las mismas formas de siempre. Ya no.

No mientras yo esté aquí. Existe en nuestra sociedad una combinación peligrosa: agentes armados que ostentan todo el poder, que al mismo tiempo

se sienten superiores a aquellos a quienes sirven. Que ven a los nuestros como a personas a las que controlar y registrar, en lugar de como a ciudadanos que merecen protección y ayuda. La policía aborda de manera distinta a blancos y a negros; a menudo trata a estos últimos con menos humanidad, menos preocupación, menos humildad. Es un hecho innegable, aunque algunos no quieran verlo. Ya sabemos cómo va. Mientras ocupe este cargo, quiero que nuestro sistema judicial se impregne de una cultura de humanidad, y eso significa apartar del servicio a los agentes que no lo hacen y redistribuir parte de los fondos hacia los departamentos que pueden proporcionar los servicios que nuestras comunidades necesitan.

Pienso en el agente de Nueva York que saltó a los titulares hace seis meses por el mensaje de texto que envió a su supervisor comunicándole que un sospechoso negro había muerto en sus manos durante un arresto. «No se ha perdido gran cosa», había escrito. Hablando de falta de humanidad…

—No se puede disparar contra un adolescente desarmado y esperar que no haya consecuencias. Hasta que la gente no se haga a la idea de eso, tendremos policías con demasiada tendencia a actuar como señores feudales. No podemos permitir que sigan muriendo niños, hombres o mujeres inocentes. Punto final. El precio es demasiado alto.

—Sabrina se detiene—. Sé que estamos hablando de tu amiga en este caso. ¿Has decidido de qué lado estás, Riley?

—Estoy del lado de la justicia. Y es exactamente por eso por lo que deberías concederme la entrevista. ¿Lo harás?

—Te suena el móvil —dice Sabrina.

Cuando voy a apagarlo, veo que es Shaun, que casi nunca prefiere llamar a escribir un mensaje. Algo pasa. Me apresuro a apretar el botón verde. En cuanto escucho su voz, temblorosa por la angustia, fantaseo con la idea infantil de que, si cuelgo, lo que me está diciendo no será verdad.

8

Jen

La nieve cae formando capas tan densas como el engrudo que cubren el coche; los limpiaparabrisas tienen la batalla perdida contra la primera tormenta de la temporada, que llega después de varios días de partes meteorológicos alarmantes. El hombre del tiempo de Action News, Hurricane Schwartz, empezó a usar el nombre de «Nievegedón» en sus histéricos pronósticos, en los que aconsejaba a los residentes de toda el área de Filadelfia que se parapetaran en casa y se mantuvieran alejados de las carreteras. Al parecer, todo el mundo le ha hecho caso. Todo el mundo menos yo.

Noto las manos húmedas al volante. Cada vez que aprieto el pedal del freno, el coche derrapa por culpa de lo resbaladizo de la calzada. No he conducido con un tiempo así de malo desde hace más de una década, desde aquella vez que fui a Chicago a recoger a Riley durante las vacaciones de invierno en su primer año en la Northwestern. Me moría de ganas de ir a visitarla a la universidad y el coche era más barato que el avión. Así que me metí en mi Camry de diez años y me lancé a la carretera, pero en cuanto me alcanzó la tormenta de nieve en la autopista, no tuve más remedio que pararme a la altura de Pittsburgh.

No tenía más opciones que esperar a que amainara en un motel barato.

Estaba segura de que estaba lleno de chinches. Pero aquel trayecto infernal se desvaneció de mi mente en cuanto a vi a Riley esperándome en el dormitorio del colegio mayor: con la cara lavada, el pelo recogido en un

moño lacio y vestida con una sudadera amarilla de la Escuela de Periodismo Medill, parecía la imagen perfecta para un folleto de promoción de la universidad. En ese momento, mi pelo daba asco y llevaba la ropa llena de migas de los Doritos que había ido engullendo durante los últimos treinta kilómetros. Me lancé a sus brazos, a pesar de los Doritos y demás.

Ese año Riley era consejera para residentes, y eso le daba opción a tener una habitación individual que también parecía sacada de un folleto: un póster enmarcado de la noche estrellada de Van Gogh, un minibar de color rosa brillante, un collage de fotos lleno de gente a la que yo no conocía.

Si Riley se percató de mi malhumor durante la entusiasta visita guiada

por el hermoso campus nevado o durante la comida en un restaurante especializado en sushi («¿Ahora come sushi?»), no lo demostró. Mientras yo me peleaba con los palillos, me preguntó adónde quería ir esa noche. Las opciones eran una fiesta en la Kappa Alpha Psi (una hermandad negra, según me dijo) o el karaoke con algunos amigos suyos del periódico de la universidad. Nos arreglamos en el sucio cuarto de baño comunitario, entonadas con un cartón de vino, fingiendo que sabíamos marcar bien los pómulos. Parecía el prólogo de una noche épica. Hasta que Riley me anunció que Gabrielle vendría con nosotras. Aunque no nos conocíamos, yo estaba convencida de que a esa Gaby, la misma de la que Riley hablaba a todas horas como si se tratara de una celebridad, yo no le caía bien. Era una bobada, pero a veces estaba convencida de que Riley había avanzado en la vida y de que Gaby era mi reemplazo, y de que las dos se dedicaban a ponerme verde. O, aun peor, ni siquiera me mencionaban. Pero si Gabrielle me odiaba, no lo demostró en ningún momento. Aun así, esa noche me esforcé en sacar todas las anécdotas compartidas, nuestros mejores recuerdos y bromas entre ella y yo, para dejarle claro a Gabrielle que Riley era mía.

En el pequeño karaoke coreano que había cerca del campus, con sus luces estroboscópicas parpadeando y una gran bola de espejos suspendida sobre el escenario, Riley y yo destrozamos «Shoop», «Since U Been Gone»

y nuestro clásico fetiche: «Real Love». Era curioso comprobar lo mucho que se había soltado Riley: cantaba, se reía, incluso movía las caderas contra un chico de su clase de Introducción a la Psicología. Se la veía con tanta confianza, tan segura de sí misma, ahora que había salido al mundo y se había convertido en lo que suele llamarse una alumna modelo: editora del periódico de la universidad, miembro de la lista del decano, tesorera de su clase. Eso me hacía cuestionarme cómo me vería Riley ahora. ¿Una fracasada que no había seguido estudiando? ¿Alguien a quien dejaba atrás?

Odiaba esas dudas y me fui metiendo chupito tras chupito de algo llamado Wild Willie para disiparlas, hasta que por fin mi talante pasó de la suspicacia al sentimentalismo. Cuando Riley salió a cantar «I Wanna Dance with Somebody», con una mano en el aire y un combinado rosa de vodka en la otra, salí a bailar con ella y nuestros cuerpos sudorosos se acompasaron.

—Siempre seremos amigas, ¿verdad? —le grité al oído.

Me miró como si yo estuviera chiflada.

—Claro, boba.

Apenas lograba oír sus palabras debido a la música, pero sé que dijo eso.

Luego me cogió del brazo para que la mirara, se llevó el dedo a la ceja izquierda y tiró de mí para acercarme a ella mientras el bajo retumbaba como un corazón desbocado.

Al día siguiente desperté con un dolor de cabeza inhumano, pegada a Riley en la cama doble, y contemplé el calendario que tenía sobre la mesita: los cuadrados llenos de entregas, citas, exámenes y planes. Pensé que esa podría haber sido mi vida. Que debería haber sido mi vida. Intenté echar la culpa de la amargura a la resaca, pero sé que se trataba de otra cosa, de algo

más feo: eran celos. Riley estaba disfrutando de la vida mientras yo servía mesas en el Olive Garden, de donde salía oliendo a ajo y cada día más gorda gracias a que tenía acceso ilimitado a los palitos.

No me ayudó en nada que, cada vez que Riley me presentaba a alguien, lo primero que me preguntara fuera a qué universidad iba, y que lo único que yo pudiera decir fuese un «Bueno, no estoy estudiando», intentando que no sonara como una defensa. No iba admitir que también había abandonado la secundaria.

Sus reacciones de sorpresa e incomodidad eran humillantes, como si les acabara de confesar que no tenía zapatos. Todos esos chavales asumían que la universidad era la conclusión obvia, tan necesaria como respirar. Ni siquiera se les había pasado por la cabeza que Riley tuviera una amiga que no asistiera a la facultad. Recuerdo el día que las dos fuimos a Drexel. Creo que me pasé horas mirando las fotos del folleto de bienvenida: me imaginaba tumbada en la hierba, riéndome con mis amigos o trabajando con un flamante portátil forrado de adhesivos chulos. Riley y yo iríamos juntas a todas partes. Y luego disfrutaría de la expresión de orgullo de Lou cuando ella me viera en la ceremonia de graduación, con toga y birrete, y me felicitara por ser la primera de la familia en obtener un título universitario.

Sin embargo, cuando le di la carta de admisión y los documentos para pedir la beca, Lou entrecerró los ojos y dijo: «No me fío de los bancos. No vamos a pedir dinero porque no quiero que el Gobierno se entere de lo que gano.

Por eso mismo no declaro mis rentas. No voy a dejar que esos imbéciles se gasten la pasta que he ganado yo con mi esfuerzo. Se

siente».

Fingí que solo solicitaba el ingreso para ver qué pasaba sin que me importara mucho el resultado. Y fingí una alegría mayor que la que sentía de verdad cuando Riley recibió una beca tras otra, tres en total, contra las cero que me ofrecieron a mí, a pesar de que teníamos la misma media del

instituto, hacíamos los mismos tiempos y habíamos ganado las mismas medallas. Cuando Riley decidió ir a la Northwestern, lo celebré con los Wilson, en su casa, con un bizcocho y un gran arco de globos blancos y morados, pero en la boca notaba el sabor de la amargura, tan intenso como la cobertura de fresa del pastel, cada vez que pensaba que también yo podría haber obtenido una beca y haber ido a la universidad si hubiera sido negra como mi mejor amiga. Luego me odiaba por pensar así. Riley se había esforzado mucho, más que yo, más que nadie. Y se merecía que le pasaran cosas buenas. Se lo merecía todo.

Últimamente me pasa cada dos por tres: me vienen a la cabeza recuerdos al azar de Riley, cosas en las que no había pensado desde hacía años. Para colmo, en la radio ponen «I Wanna Dance with Somebody». La apago, acallando a Whitney Houston de golpe. Ahora solo se oye el rumor sereno de la nieve que cae alrededor del coche, interrumpido por el rítmico batir de los limpiaparabrisas. El coche vuelve a derrapar cuando freno en un semáforo de la carretera vacía y me maldigo por lo estúpida que he sido al salir de casa de mis suegros con este tiempo, pero es que la caja de fotos está en casa, y la necesito para terminar el regalo de Kevin, un álbum, a tiempo para Navidad. En casa de Cookie tengo todo lo demás, y me repito una y otra vez que es un detalle bonito y nada cursi, el regalo más lógico cuando no puedes permitirte comprar uno de verdad. Me falta solo un pago para el chaleco antibalas de Kevin, y podría haberlo efectuado ya, pero ahora mismo no tiene mucho sentido, con él en casa y su carrera en el aire.

Las ruedas giran cuando acelero, buscando aferrarse al pavimento, y Chase da un vuelco en mi interior como si quisiera recordarme los riesgos de mi imprudencia. Si Kevin supiera que circulo por la carretera con este tiempo, perdería los nervios: ha visto demasiados accidentes mortales. Me escabullí de la casa cuando todo el mundo dormía aún. Kevin había mantenido una

conversación de una hora por FaceTime con Ramírez antes de acostarse, atendiendo a mis ruegos y súplicas para que, por fin,

llamara a su viejo amigo. Ramírez ha llamado dos veces al día desde el tiroteo, a veces más, pero Kevin lo ha estado evitando.

—No puedo soportar la idea de hablar con él, Jenny —me decía—. No paro de pensar que, si no se hubiera mudado, no habría acabado de pareja con Cameron y nada de esto habría pasado. No puedo echarle la culpa por irse. Es de locos, pero…

Anoche, cuando llamó Ramírez, le planté el teléfono en los morros.

—Habla con él. Te quiere. —Necesitaba que el humor de Kevin fuera responsabilidad de alguien más y pensé que lo animaría, pero el resultado fue completamente contraproducente.

—Ramírez no ha parado de preguntarme cómo pasó todo, como si yo no lo hubiera contado ya unas mil veces.

Estaba muy disgustado por algo que le había dicho Ramírez, pero no quiso contarme de qué se trataba. Cuando patrullaban juntos todos los días, a veces discutían como dos viejos que van de pesca, pero yo no recordaba haberlos visto nunca enfadados. Kevin me dejó con la palabra en la boca y se fue al sótano a jugar con la consola, y para cuando me fui ya se había dormido en el raído futón que tienen ahí abajo.

Piso el freno para aminorar la velocidad y el coche patina de nuevo, sumiéndome en una nueva oleada de temor. «Ya has llegado demasiado lejos para dar la vuelta». Además, a estas horas de la noche, en mitad de una tormenta de nieve, debe de ser el único momento en que puedo entrar en mi propia casa sin que me acosen la prensa ni los manifestantes. Incluso pasadas tres semanas, sigue acampado ahí un grupo de periodistas tercos, que no pierden la esperanza de plantarnos un micrófono en los morros, y manifestantes que se distraen tirando huevos contra la puerta. La señora J

sigue enviándome mensajes para pasar el parte, que ahora incluye también las quejas del resto de los vecinos de la calle.

«Por favor, pídales disculpas», fue lo único que pude contestar. ¿Qué otra cosa podía decir? Nuestros vecinos también nos odian. «Bienvenidos al club».

Apago los faros cuando entro en el callejón y avanzo a oscuras. La calle respira una extraña quietud, solo se ven algunas luces encendidas aquí y allá. Me siento lo bastante a salvo como para entrar en casa. Aun así, el corazón me late más deprisa cuando me acerco a la puerta

con las llaves en la mano. Entre el barrigón y las botas de nieve, que me aprietan en los tobillos, camino con la gracia de una morsa con tacones, pero avanzo con la máxima rapidez y sigilo, como una ladrona entrando en mi propia casa sin hacer ruido.

Al pisar el primer escalón del porche veo las marcas de yema seca pegadas a la puerta principal, que es de color negro. Cuando meto la llave en la cerradura y doy un paso adelante, algo blando se me engancha en la bota. Es una bolsa de plástico que ha sido arrastrada por la tormenta. Sé perfectamente de qué se trata sin necesidad de tocarlo: alguien nos ha dejado una bolsa de mierda humana en la puerta de casa.

Ahogo las náuseas y abro la puerta, que se atasca contra una montaña de correo, en su mayoría facturas, algunos catálogos y ofertas de los supermercados. Me agacho con torpeza para recogerlo y suelto un gemido.

Agacharse se ha convertido en un reto de tal calibre que cualquier cosa que se cae al suelo puedo darla por perdida. Voy de puntillas hacia la cocina sin pararme a pensar por qué ando como una intrusa en una casa vacía. ¿Acaso tengo miedo de despertar a los fantasmas de nuestra vida anterior?

Dejo caer la montaña de correo encima de la mesa y el ruido me sobresalta. Enciendo la luz que hay encima del horno en lugar de la del

techo. No hay razón para comunicar a los vecinos que he vuelto después de todo este tiempo. En el suelo aún quedan restos de la taza que tenía en las manos la mañana después del tiroteo. Las margaritas de la mesa están marchitas.

Miro el libro del curso de agente inmobiliario, que sigue en la encimera, cubierto de una fina capa de polvo. El examen está previsto para dentro de una semana. Ya he decidido no presentarme: ahora parece una bobada.

Tampoco le dije a nadie que iba a probar suerte, salvo a Kevin. Esperaba a que pasara, a que lo pasara, para dar la noticia. Riley estaría tan orgullosa de mí, y quizá incluso un poco asombrada. Aún recuerdo la expresión de su cara cuando le dije que dejaba el trabajo. Ahí sí que no preveía que me juzgara. No es que me muera de ganas de ser una mamá a tiempo completo; en realidad no tengo elección. Hicimos números, y la guardería costaba más que mi salario, o sea

que, si yo siguiera trabajando, nos costaría dinero.

Pero ahora tendré que buscarme la vida. Debo estar preparada para mantener a mi familia, pase lo que pase.

Arrastro el cubo de la basura hasta la nevera y la abro conteniendo la respiración ante la peste a comida podrida que me espera. Vierto la leche agria en la pila, tiro el cartón a la basura. Voy hacia la mesa, cojo las flores marchitas y también las tiro; luego llevo el jarrón hasta la pila y vacío esa agua espesa y sucia. Una punzada de dolor en la espalda me dobla por la mitad, y me tengo que agarrar al borde de la encimera. Es solo un calambre, pero cada vez son más frecuentes. Me duele todo a la vez. Tengo las tetas doloridas como si me las hubieran aplastado con una prensa; noto un pinzamiento en las lumbares y una molestia constante se me ha instalado en las caderas. Al menos la presión arterial va mejor. En cuanto salí de la consulta de la doctora, fui directa a Walgreens y me compré un aparato para

medir la tensión. Ahora me la tomo de una manera obsesiva, al menos una docena de veces al día.

Cuando el dolor remite, me dejo caer en una silla y reviso el correo. No sé por qué me molesto si sé perfectamente lo que hay dentro de ese montón de sobres: demandas de dinero furiosas, escritas con tinta roja. Nos cortarán la luz si no abonamos la factura pronto. Debemos diez de los grandes a la clínica de fertilidad y tenemos las tarjetas de crédito al descubierto. Por ahora, Kevin mantiene el seguro médico a pesar de estar de baja, pero si pasa algo antes del parto y perdemos ese seguro… Me presiono las sienes con los dedos, con fuerza, para bloquear esa idea.

La pila de facturas me recuerda que nunca nos libraremos de las deudas; ascienden a 36.460 dólares, una cantidad que centellea en mi cerebro como un rótulo de neón. Mentí a Riley cuando le dije que eran treinta mil, y me mentí a mí misma con la excusa de redondear la cifra. Además, llegados a cierto punto, ya ni siquiera importa. Es como un foso de dos metros: ¿qué importan dos centímetros de más cuando intentas salir?

Tiro las facturas a la basura una por una. Preferiría prenderles fuego y ver que todos esos números absurdos se convierten en humo. Me decido por la basura, sin tan siquiera abrirlas, porque qué más da… Volverán a mandarlas de todos modos. Bajo las facturas aparecen dos sobres en blanco, con el nombre de Kevin escrito a mano. Al menos no pedirán dinero.

Probablemente sean algo peor.

Rompo el sobre con el dedo y me hago una pequeña herida. Me llevo el dedo a la boca para chuparme la sangre y examino la hoja de papel que había dentro. Tardo unos segundos en reconocer lo que tengo ante mis ojos: es una foto de un ataúd, el de Justin Dwyer, y unas palabras escritas encima: ASESINO DE NIÑOS. Suelto el papel como si quemara.

Ver la foto es casi tan desolador como fue presenciarlo en directo. Asistir

al funeral es una de las cosas más terribles que he hecho en mi vida. Ni siquiera estoy segura de por qué me obligué a ir. ¿Para torturarme? ¿Para pedir disculpas? ¿Para demostrar algo? Pero ¿qué demostraba con eso? No lo sé. Quizá pensé que se lo debía, a él y a su madre. Les debía el reconocimiento de lo que había sucedido a pesar de que ni yo ni nadie podía borrarlo. Kevin no podía asistir, eso era obvio, pero nadie pensó tampoco que yo debiera hacerlo.

—Por el amor de Dios —había dicho Cookie—, ¿a santo de qué?

De nada. A santo de nada. Mi presencia no nos devolvería al chico. No devolvería las balas a la pistola de mi marido. Pero fui de todos modos.

En ese mar de gente, Riley fue la primera persona a la que vi; la nuca de Riley, mejor dicho. Mantuve la mirada fija en su moño francés durante todo el funeral para así evitar establecer contacto visual con las personas de mi alrededor. Las pocas caras que vi mostraban ira o dolor.

Cuando el tío del chico salió a hablar, distinguí una furia franca en sus ojos.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —Su tono de voz era tan desesperado que me pareció que hablaba conmigo y tuve que apartar la mirada.

La mujer negra de mediana edad que estaba sentada junto a mí en la última fila gemía como si se hubiera roto la cadera.

—¿Cuándo dejarán de matar a nuestros chicos? —decía.

Eran casi las mismas palabras que una de las esposas de la LEO, una chica blanca, había dicho en el funeral de Jamal: «¿Cuándo acabará

esto?

¿Cuándo serán las calles un lugar seguro para nuestros chicos?». Las mismas calles, distintos chicos.

Durante el funeral, cada vez que veía a Riley mirando a Tamara, triste y angustiada, me sentía como si alguien me apuñalara con una daga. Sé que

es injusto, horrible, mezquino incluso, pero a veces es más fácil enfadarse.

Es más fácil permitirme pensar: «Que te den, Riley».

Al final de la ceremonia religiosa, mientras salía, emocionalmente agotada, sentí unos ojos clavados en la nuca. Por un momento tuve la patética esperanza de que ella me llamaría, de que tal vez podríamos charlar unos minutos, aunque sé que era una estupidez por mi parte, incluso peligroso, en más de un sentido. Había esperado ver al menos una expresión de afecto en el semblante de mi amiga, pero cuando me volví y levanté una mano para saludarla, como diciéndole hola y adiós a la vez, solo me encontré con un lienzo en blanco, con una máscara.

Cojo la foto del féretro y la rompo por la mitad despacio una vez, y luego otra. La rompo con furia hasta que de ella solo quedan pedazos muy pequeños, que caen a mis pies como los copos de nieve del exterior. Cuando termino, voy a por el otro sobre, preparada para destrozar algo más. ¿Qué será esta vez? ¿Una amenaza de muerte? ¿Ántrax? Me sorprende encontrar un talón al portador a nombre de Kevin, de algo llamado la Orden de los Caballeros, por un importe de diez mil dólares. Debo de estar teniendo visiones. Lo levanto en el aire, me lo acerco a los ojos y veo la cifra con claridad: 10.000 $. La nota es una línea manuscrita: Nosotros cuidamos de los nuestros.

¿Quién cojones son esos tipos? Escribo «Orden de los Caballeros» en Google y me aparece una página con una descripción confusa, pero las imágenes (una calavera sobre la bandera confederada) y su definición («buena gente que lucha para preservar la cultura blanca occidental») me dicen todo lo que necesito saber.

Estoy a punto de clicar en el apartado «Nuestra historia» cuando en la pantalla me salta una notificación de Instagram.

El hecho de haber mantenido la cuenta de Instagram es un secreto. Julia Sánchez dejó muy claro que debíamos desactivar todos los perfiles de las redes sociales. Y tiene sentido protegerse del

equivalente online a la mierda en la puerta. Borré mi cuenta de Facebook después de que se llenara de insultos. Annie dice que debería haberla conservado, aunque fuera solo con el fin de seguir conectada con el grupo de las esposas de policías y así recibir su apoyo, pero nunca he sido muy activa en ese grupo, la verdad. Lo último que posteé fueron unas fotos de Kevin, vestido de uniforme, cuando se unió al cuerpo. Annie me ha estado mandando pantallazos de los mensajes, y me gusta leerlos. Una mujer llamada Barb, a la que conocí en una salida del grupo el año pasado, escribió: «Dios hizo que las esposas de los policías fueran mujeres fuertes, ya lo sabéis. Si Él no nos creyera capaces de soportarlo, nos habría dado por maridos a contables o dentistas.

Pero Él nos dio polis a ti y a mí porque sabía que estaríamos a la altura.

Cuando los otros hombres se alejan del peligro, los nuestros van hacia él. Y

nosotras con ellos. Todas nosotras estamos a tu lado, Jennifer». Pero las pocas veces que entré antes de borrar la cuenta, me encontré con algunos mensajes que me hicieron sentir incómoda. Como el de una chica, que decía: «Eh, o están con nosotros o están contra nosotros, y, no es por nada, pero somos nosotros los que llevamos las armas».

Sin embargo, por alguna razón no logro dejar Instagram. Estas últimas semanas, de vez en cuando, por lo general en plena noche, me he obligado a echar un vistazo. Siento el mismo dolor que si me apretara un cardenal cuando leo las interminables filípicas contra la policía, o miro las fotos de familias felices posando en playas absurdamente paradisiacas, o veo los anuncios de extensiones que me hacen añorar mi pelo largo… El mismo mix esquizoide de siempre, terrible y a la vez adictivo. Es un puñado de basura, como si todos compitieran con todos para superarse en *likes*. Si tan

solo consiguiéramos ceñirnos a la estricta realidad… Por ejemplo, ¿qué pasaría si hubiera ahora mismo una foto mía, con los ojos enrojecidos, el pelo hecho un desastre y una frase que dijera: «Me rindo. Somos monstruos»? ¿Cuántos *likes* me llevaría? No puedo evitar mirar. «No lo hagas», me digo a mí misma, incluso cuando la aplicación se abre en la pantalla.

Me desplazo hasta la foto más reciente y me sobreviene esa sensación de aturdimiento que surge cuando ves a alguien fuera de contexto, a tu profe en el supermercado o a tu doctora en un lavabo público. Sé

que conozco a esa persona, pero no logro ubicarla. Es una foto en blanco y negro de los años sesenta: una mujer negra frente a un coche antiguo, vestida con guantes blancos y un bonete.

Gigi.

Pero Gigi no está en Instagram. De hecho, una de sus frases favoritas es:

«¿Por qué los llaman teléfonos inteligentes si lo único que hacen es atontarte?». Paso a la siguiente foto, tomada en su ochenta y cinco cumpleaños; lo sé porque estaba allí. Gigi recibiendo a su corte, como una reina, sentada en la vieja butaca granate que sacamos al minúsculo patio de los Wilson. La foto me recuerda cuánto la echo de menos. Tengo que encontrar la manera de acercarme al hospital. Entonces veo el comentario de Shaun:

«Descansa en paz, Gigi».

«No, no, no. No es posible». En cuanto se aclare esto, iré a verla al hospital. Ella me acariciará la barriga y me dirá el futuro del bebé. Cierro los ojos intentando asimilar la noticia: primero, que Gigi está muerta, y luego que haya tenido que enterarme a través de Instagram. Cojo el teléfono y empiezo a revisar las llamadas perdidas y los mensajes de texto. Tal vez

no haya atendido a una llamada de Riley o de la señora Wilson, o no haya visto un wasap de Shaun… o algo. No hay nada. Nada aparte de la habitual lista de números desconocidos. Nadie se ha molestado en comunicarme la muerte de Gigi. El hecho es devastador, casi tanto como la muerte en sí misma.

Vuelvo a la primera foto y la contemplo durante un rato. Gigi está apoyada en el coche, pavoneándose, con la expresión de quien ha descubierto los secretos de la vida y tal vez, con un poco de suerte, esté dispuesto a compartirlos contigo. Empiezo a sumergirme en los recuerdos.

No paran de venir: todas esas noches en que no podía dormir y me bajaba de la cama de Riley para ir a encontrarme con Gigi, otra insomne crónica, sentada en la butaca mientras tejía una bufanda o veía una peli antigua.

«¿Cómo está mi pequeño petardo? ¿Tampoco puede dormir?», decía cuando me acurrucaba en su regazo, a la espera de que me contara una de sus historias. Mis favoritas eran las de sus «años mozos»,

cuando vivió en Harlem unos cuantos años y consiguió un empleo vendiendo cigarrillos en un club de jazz llamado Bill's Place, y casi se casó con un boxeador profesional de nombre Z. Pero entonces conoció a su primo Leroy, que había ido de visita desde Tennessee. Leroy le sonrió, mostrándole un espacio entre los dientes «ancho como el East River», y le dijo que en Kingsport no había mujeres como ella. El resto ya era historia.

«Me arrastró hacia él como una aspiradora. No sé qué me dio», decía Gigi.

Al que sí le dieron, literalmente, fue a Leroy: Z le rompió la nariz. Nunca volvió a ser recta, pero, según Gigi, él siempre dijo que había merecido la pena. ¿Existía algo con más glamour que la imagen de una joven Gigi trabajando en un club nocturno, saliendo de juerga con Leroy a beber martinis en bares llenos de humo? Para mí, no.

Fue en Gigi, y solo en ella, en quien confié cuando uno de los novios de Lou me subió a su regazo, deslizó sus repugnantes manos por debajo de mi camiseta y me preguntó si era una «niña buena» y si me gustaba que me tocasen. La escena me había dejado con una sensación confusa y sucia por todo el cuerpo.

«Hay hombres que no son buenos, cielo. Otros sí. Tenemos que protegernos las unas a las otras de los malos, porque, si no, nadie lo hará —

me susurró Gigi mientras me mecía con suavidad—. Así que, si ese hombre vuelve a tocarte, Dios no lo quiera, iré a casa de tu madre y a él le daré una paliza que no olvidará nunca. Díselo, ¿me has oído?».

Así que la siguiente vez que vino a hacerme cosquillas, lo miré directamente a sus maliciosos ojos y le dije: «Le he dicho a mi abuela que eres un hombre malo. Será mejor que no me toques. O te vas a enterar».

Nunca me había sentido tan poderosa, a pesar de que él se rio en mi cara.

Pero nunca volvió a tocarme.

Algunas noches Gigi y yo nos metíamos en la cocina a oscuras y nos dedicábamos a comer lonchas de queso y de embutido. O la convencía para que me preparara sus célebres torrijas especiales: rebanadas de pan blanco fritas en mantequilla, espolvoreadas con azúcar moreno y canela, con trocitos de beicon. De repente, eso es lo que más me

apetece del mundo.

Muero por comerme una. Me dirijo a la nevera, rogando que dentro haya lo que necesito.

Gracias a Dios. Tengo media barra de pan blanco congelado. Ni siquiera recuerdo haberlo comprado ni haberlo metido ahí, pero está, lo cual supone casi un milagro. También hay mantequilla y azúcar de sobra. Le hacía galletas a Kevin para los turnos de vigilancia en los partidos de los Eagles; así las horas extra le resultaban un poco más llevaderas.

Mientras cocino, Gigi sigue aquí conmigo, diciéndome que debo comer

más para no parecer un saco de huesos. El pan chisporrotea en la sartén y le añado otra cucharada de mantequilla por encima, tal y como habría hecho Gigi. En cuanto se tuesta por los bordes, lo saco del fuego antes de que se queme y le echo las cucharaditas de azúcar y de canela. No tengo beicon, así que lo comeré tal cual. La mantequilla se me escurre entre los dedos y me mancha el suéter cuando me meto el pan en la boca y dejo que el sabor dulce descienda por mi garganta como si fuera el jarabe para la tos.

Debo averiguar cuándo se celebrará el funeral. Este fin de semana, seguramente. Cojo el móvil y al tocar la pantalla con mis dedos sucios la dejo llena de huellas. Gigi me dijo una vez que quería que la enterraran en Alabama. ¿Puedo comprar un billete? ¿Me dejaría volar la doctora Wu?

Abro una página de viajes en el móvil y hago una búsqueda rápida. Mil quinientos dólares por un vuelo y ni siquiera es directo. El cheque de la Orden de los Caballeros parece brillar encima de la mesa. Diez mil dólares cubrirían el billete de avión, y bastantes cosas más. Pero no puedo usarlo.

No somos esa gente.

La imposibilidad de asistir al funeral no deja de ser un alivio, en cierto sentido. Significa que no tengo que enfrentarme a la verdadera pregunta, que ahora mismo me resulta casi insoportable: ¿sería bienvenida? Al fin y al cabo, nadie me ha informado de su muerte. ¿Están enfadados conmigo también? ¿Todo el mundo lo está? En el Instagram de Shaun había fotos de los Wilson en la manifestación por Justin. El señor Wilson llevaba una pancarta con la frase: PODRÍA HABER SIDO MI HIJO. La de Shaun decía: EL

SILENCIO DE LOS BLANCOS ES VIOLENCIA. He estado dándole vueltas a eso. «El silencio de los blancos es violencia». He vuelto a pensar en Blazer. ¿Cómo pude quedarme callada cuando llamó a los Wilson «negros de mierda»?

¿Por qué nunca le llamo la atención a Matt cuando habla de «esa gente», ni a Cookie cuando los calificó de bestias? ¿Mi silencio era tan malo como sus

insultos? Siempre he intentado que los Wilson me quisieran. Cuando me quedaba a dormir en su casa, me esforzaba por caerle bien a Sandra: lavaba con esmero todos los platos que había usado, doblaba el saco de dormir por las mañanas con el mayor esmero. Incluso me ofrecía voluntaria para realizar las tareas del fin de semana. No había nada mejor que levantarse un sábado por la mañana y ver dibujos animados en la mesa de la cocina, y que, cuando la señora Wilson comentaba el plan del día, Shaun dijera:

«Jenny también viene, ¿verdad?». Incluso aunque a Sandra no siempre le entusiasmara la idea de arrastrar a una niña blanca de rodillas despellejadas a la fuente o al zoo… Pero yo formaba parte de la familia, ¿no? Vale, sí, tal vez no haya ido a visitarlos desde Nochebuena, y tampoco me he acercado al hospital porque he estado hecha polvo… Y quizá se me han pasado algunos cumpleaños y otros festivos, pero eso no borra todo lo anterior. Sin embargo, aquí estoy, como un perro abandonado en la puerta porque sus dueños se han mudado a un sitio nuevo muy bonito que no admite mascotas.

No sé qué hacer. ¿Debería comentar algo en el post de Shaun? ¿Escribir un mensaje a Riley? Abro nuestro intercambio de wasaps y veo su último mensaje, en el que me preguntaba por mi cita de las treinta semanas con la doctora. Estaba demasiado cabreada por su entrevista con Tamara para responderle, pero ahora puedo encontrar las palabras. No debería costarme tanto. Voy subiendo por la pantalla y veo que la cadena de mensajes es larguísima, una estela de burbujitas blancas y azules. Quizá nunca llegue al final, o al principio. La secuencia es una auténtica cápsula en el tiempo de todos los aspectos de nuestra vida: la prueba evidente de nuestra amistad, nuestra cercanía, nuestra conexión. A lo largo de los años, Riley me ha decepcionado a veces, o me he sentido frustrada con ella, pero nunca, hasta ahora, me había roto el corazón. Solo con mirar el teléfono ya me duele. Me

dan ganas de tirarlo por la ventana. Opto por apagarlo del todo, con la idea de apagar así un mundo de malas noticias y recuerdos agridulces.

Quizá no vuelva a encenderlo nunca.

Oigo un rumor fuera e, instintivamente, me agacho y avanzo despacio hacia la parte trasera de la casa. El ruido es más bien un golpeteo que quizá solo existe en mi imaginación. Me dirijo hacia la puerta del patio. Las cortinas están corridas. Me paro a escuchar, aún agachada, y lo oigo de nuevo, esta vez con más fuerza. Me atrevo a descorrer un poco la cortina de la puerta del patio. Hay una silueta oscura a menos de un metro de la puerta de cristal. Grito tan fuerte que la puerta retumba.

—Soy yo, cielo.

Los rasgos de ese extraño se convierten en los de la señora J, enfundada en un anorak largo y con su escandaloso perrito bajo el brazo. Unos mechones pelirrojos sobresalen de la capucha forrada de borreguito que lleva bien ajustada a la cara.

—Estaba despierta viendo a Jimmy Fallon, vi luz y supuse que eras tú —

dice la señora J mientras le abro la puerta.

Con ella entra una corriente de aire frío, aunque al parecer ya ha dejado de nevar. Debería aprovechar el momento para salir pitando hacia casa de Cookie. La señora J me entrega una cajita.

—La dejaron en casa los de UPS. La abrí. Por si acaso…

Ninguna de las dos se siente obligada a terminar esa frase. Levanto las solapas de la caja y miro dentro. Pulcramente doblado sobre una capa de papel de seda aparece el bodi de bebé que compré cuando lo vi a mitad de precio en uno de los blogs para mamás que sigo. La tela es tan blanca y suave como un conejito recién nacido. En la parte delantera pone «¡Hola, mundo!» con unas letras divertidas. Se me había olvidado por completo.

Enciendo la luz del porche para mostrárselo a la señora J y al mismo

tiempo, sin querer, acciono el interruptor del patio. El adorable bodi se cae al suelo cuando veo lo que hay detrás de mi vecina.

En la valla del patio, la misma que construyeron Kevin y Matt durante un fin de semana, alguien ha escrito en letras enormes, y con pintura roja que gotea como si fuera sangre, la palabra ASESINO.

La señora J ni siquiera se vuelve para ver la valla. Se limita a mirarme con compasión.

—Ya he llamado a mi nieto. Bobby, ¿te acuerdas de él? Este fin de semana vendrá a pintarla.

No consigo articular palabra.

—No te preocupes, Jenny. La pintaremos y la dejaremos como nueva. —

La señora J me empuja hacia dentro con amabilidad—. Venga, entremos, que aquí fuera hace frío.

Dejo que me lleve a la cocina.

—Voy a prepararte una taza de té. Todo saldrá bien. ¿Me oyes, Jenny?

Todo va a salir bien.

Pero no es así. Nada va bien. Nada podrá ir bien después de esto. Nada está bien después de que seas la razón por la que alguien ya no está vivo en este mundo. Amo a mi marido y juré estar a su lado para lo bueno y para lo malo, pero nunca se me ocurrió que esa parte mala incluyera que mi hijo se criara con un hombre que ha matado a un crío.

No, señora J, ya nada volverá a estar bien.

Riley

Que el dolor sea tan físico, tan tangible, es una sorpresa. Pesa mucho, tanto como la bolsa que llevo colgada al hombro y que dejo caer al suelo, con determinación, delante del mostrador de Hertz. La chica del mostrador, que parece recién salida del instituto, tiene el pelo rosa brillante y lleva encima un deslumbrante gorro de Santa Claus. Se ha dibujado corazones en la chapita con su nombre: Tiffany. Antes de que abra la boca, ya intuyo que Tiffany va a ser demasiado para mí: demasiado vivaz, demasiado alegre.

—Hola, señora.

«¿Señora?». Nadie me ha llamado así desde que me fui de Birmingham.

—¡Oh, Dios mío! ¡Adoro ese color de uñas! ¿Ha tenido un buen vuelo?

¡No me diga que no hace un día precioso!

Cada una de sus frases es una exclamación. No sé cómo corresponder a esa bienvenida tan abrumadora.

—Sí, hace calor —respondo, esforzándome por mostrar entusiasmo.

Por suerte, mientras comprueba mi reserva se dedica a charlar con su compañera del mostrador de al lado: una repipi mujer blanca mayor que ella, con el cabello de un color gris azulado, que está ayudando a un tipo negro que va vestido de pies a cabeza con el equipamiento de los Miami Dolphins.

Lucho contra las ganas de mirar el reloj o de dar golpecitos de impaciencia en el mostrador mientras Tiffany relata con todo lujo de detalles las peripecias de su sábado por la noche. Por fuera, esbozo una

sonrisa falsa; por dentro, estoy gritando: «¡Me importa un rábano! ¿Te crees que a alguien le importa eso? Alguien derramó vino en tu bolso nuevo de pija… ¡Menuda tragedia! Mi abuela murió hace seis días, Tiffany. Está muerta. Muerta».

El fan de los Dolphins me mira con cara de compadecerse. Da un paso hacia mí, acercándose lo suficiente como para que pueda ver las cicatrices que dejó el acné en su mentón y notar el olor a humo de puro que desprende su chaqueta azul y naranja. Cuando abre la boca

para hablar, percibo también el olor de más de una cerveza.

—Eh, ¿puede indicarme cómo llegar al memorial de los linchamientos?

—me pregunta con voz cansina arrastrando las palabras.

La señora que lo atiende, la mujer mayor, interviene, seguramente para escapar del parloteo de Tiffany.

—Creo que se refiere al Monumento Nacional para la Paz y la Justicia —

lo corrige, con un inconfundible tono de condescendencia.

—Sí, bueno, lo mismo da —replica él, mirándome de reojo con una expresión que dice: «Estos blancos…».

La mujer saca un mapa grande y un bolígrafo de plástico.

—Se lo señalo aquí. Queda muy cerca. A unos quince minutos.

—Me han dicho que es impresionante —dice el hombre.

La mujer asiente sin convicción. Es obvio que no lo ha visitado nunca.

Ni siquiera el dolor evita mi impulso natural de llenar el silencio, de hacer que la gente que me rodea se sienta cómoda en todo momento.

—He leído mucho sobre él. Tanto del monumento como del Museo del Legado, que queda cerca. Tienen que ser magníficos.

—Bueno, pues ya que está aquí, debería comprobarlo —dice él—. Me llamo Willie, por cierto.

Me tiende la mano.

—Encantada de conocerlo. —No le digo mi nombre cuando me estrecha la mano con demasiado vigor.

Willie me lleva al menos dos décadas, y percibo un aire de flirteo en su tono que me hace pensar que piensa invitarme a ir con él. Genial, mi único ligue en años es un hombre que podría ser mi padre y que quiere llevarme a un museo dedicado al terror racial.

—Oh, tengo mucha prisa. Debo llegar a Perote.

No sé muy bien por qué me molesto en decir el nombre de un punto del mapa del que nadie ha oído hablar como si se tratara de Nueva York.

—Nunca había oído hablar de ese sitio. ¿Dónde está?

—Es una ciudad pequeña, si se la puede llamar así, a una hora de aquí en dirección sur.

Deseo que Tiffany se dé prisa y termine con los papeles para así poder escapar. Me había olvidado de este rasgo del sur: el parloteo incesante que multiplica por dos el tiempo que dedicas a cada recado e interacción. Por supuesto, ahora Willie se vuelve hacia mí y se mete en nuestra charla sin la menor vacilación.

—¿Y qué te trae por aquí?

Es una pregunta razonable, incluso previsible, pero me cuesta articular la respuesta.

—Bueno, en realidad voy al entierro de mi abuela.

El tono distendido se va al traste y todo el mundo me mira ahora con lástima. Lo bueno es que, al introducir el tema de la muerte, a lo mejor Tiffany me da las llaves de una maldita vez.

—Ah, vaya, la acompaño en el sentimiento —dice Willie con genuina compasión—. Mi madre murió el mes pasado. Es…, bueno, es duro.

Se me tensa la espalda cuando se vuelve hacia mí. Siento un miedo irracional de que vaya a abrazarme. Luego me siento mal por hacerle una

cobra y me obligo a intervenir de nuevo en la conversación. Él asiente con la cabeza y me dice que sea fuerte mientras camina hacia la salida.

«Sé fuerte». Dios sabe que lo intento.

Sus palabras me devuelven a la noche en que Gigi murió. Fue lo mismo que dijo mamá cuando nos reunimos en torno a la cama de mi abuela.

«Tenemos que ser fuertes. Tenemos que ser fuertes». Los médicos habían estabilizado a Gigi después de que sufriera un infarto. Estaba inconsciente pero su aspecto era tranquilo. Casi no dirías que sus

órganos se estaban apagando, a pesar de que el médico nos había explicado que era exactamente eso lo que pasaba. Llegué al hospital a tiempo, algo que agradeceré siempre. A mi llegada, la primera persona que vi fue a mi padre, que contemplaba una máquina de bebidas sin hacer nada.

—¿Papá?

Se sobresaltó un poco, y volvió a la realidad.

—Oh, cariño, ven aquí.

Me estrechó entre sus brazos. En el cristal de la máquina nos vi reflejados, y comprobé lo mucho que nos parecemos: los mismos ojos redondos, la misma frente despejada, la misma tristeza.

—¿Cómo lo llevas, papá?

—Estoy bien. Es de tu madre de quien hay que preocuparse. Sabes que esto… esto es el final, ¿verdad?

Me miró con solemnidad. Quería que estuviera preparada. Si hay algo que mi padre quiere siempre es que esté preparada para cualquier cosa que me suceda en la vida.

Pero no estaba preparada para eso, para perder a Gigi. Asentí de todos modos. Sabía que era lo que él necesitaba oír.

—¿Y mamá qué tal está?

—Bueno, ya sabes cómo es. No para de pedir cosas imposibles… a las

pobres enfermeras y a Jesús. Habla de milagros. Intento que se haga a la idea de que debe dejar que Gigi se vaya, aunque sé que es más fácil decirlo que hacerlo. Debería agradecer que sea un final tan tranquilo.

La expresión de su cara me hizo preguntarme si estaría pensando en sus padres. Habían muerto antes de que yo naciera, cuando viajaban de Baltimore a Filadelfia en un autocar Greyhound que se estrelló. «Un minuto estás aquí, y al siguiente ya no», decía siempre papá. La pequeña indemnización del accidente sirvió para financiar parte de mi educación, y eso me hace sentir conectada con esos abuelos a los que nunca llegué a conocer.

Me eché hacia atrás a regañadientes para que me soltara.

—Deberíamos entrar. Quiero… Supongo que quiero decirle adiós.

Era lo último que quería hacer.

Y ahora estamos aquí, a punto de enterrar a Gigi al atardecer, y de nuevo es lo último que querría hacer.

Miró el reloj. Son las once. Si salgo enseguida, aún dispondré de mucho tiempo antes del entierro. Puedo dedicar una hora a visitar el monumento.

El hombre tenía razón en algo: si estoy aquí, ¿por qué no ir? ¿Qué otra cosa se puede hacer en Montgomery?

Para cuando Tiffany me hace entrega de la carpeta con los papeles y de las llaves del coche básico que he alquilado, ya he decidido hacer esa visita.

Escribo un mensaje a Shaun para informar a la familia de que llegaré un poco más tarde de lo previsto. Tengo ganas de estar con los míos, pero el monumento tira de mí con una fuerza que no puedo explicar ni eludir.

«Jimmy».

En cuanto entro en el aparcamiento me invade una sensación de temor y de reverencia, como si el asfalto fuera terreno sagrado. A medida que me acerco a la entrada noto que me falta el aire, casi como si tuviera miedo,

que lo tengo: temo cómo me afectará este lugar. Ya me siento frágil, como si me moviera por el mundo con una herida abierta.

«No luches contra las lágrimas». No he derramado ni una desde la muerte de Gigi, a pesar de que llorar sea exactamente lo que necesito. Quizá eso explica el peso que he estado cargando sobre los hombros, todas las lágrimas reprimidas.

Me acerco a una placa que hay cerca de la entrada y me quedo detrás de una señora blanca y robusta que lee la inscripción con una mano en la boca y una mueca de aprensión en la cara. Debo adelantarla antes de que me mire, busque en mí algún tipo de apoyo o diga algo como «¡Qué horror!», y me vea obligada a consolarla. Las palabras de la placa también me han causado un gran impacto.

En nombre de los ahorcados y los apaleados.

De los fusilados, ahogados y quemados.

De los torturados, atormentados y aterrorizados.

De aquellos que fueron abandonados por la ley.

Os recordaremos.

Un niño de cuatro o cinco años corre hacia mí; lleva una camiseta con la frase «Soy el mejor sueño de mis antepasados». Sus risas resuenan en el aire, tan bienvenidas como inoportunas. Aparte de él, el resto de los visitantes mantiene un silencio reverencial.

Me dirijo al pabellón de enormes columnas rojas que ascienden hasta el techo. En cada una de ellas aparecen grabados los nombres de las víctimas, miles y miles de víctimas de linchamientos, condado tras condado. El peso insoportable de las piedras, de la historia, del sufrimiento de mis ancestros, se transforma en dolor. Un grupo de gente, una visita organizada probablemente, avanza junta pero sin hablar, como si el asombro no les

dejara articular palabra al toparse cara a cara con tantas atrocidades, presentadas con absoluta honestidad.

Distingo a Willie: cabizbajo, con la barbilla casi apoyada en el pecho. Me acerco a él y veo que caen lágrimas por sus mejillas. Sin poder siquiera detenerme, llego hasta él y me quedo a su lado, hombro con hombro, en un momento de comunión silenciosa. Algo en la presencia de este hombre, en el hecho de no estar sola aquí, me reconforta.

—Mi abuelo —dice él por fin—. William Franklin. Así se llamaba.

Señala con su largo dedo la inscripción de la piedra rojiza. Hay otros cuatro nombres. Cinco hombres torturados y ejecutados.

Susurro los nombres para mis adentros, y añado otro: «Jimmy». No sé si Willie tiene algo más que decir y decido esperar a que lo haga. Cuando por fin habla, tengo que acercarme aún más para oírlo.

—Fue en el 44. El abuelo acababa de volver de la guerra. Luchó con la Noventa y dos en Italia. Había abierto una pequeña tienda en la ciudad, las cosas le iban bien. La guerra le dio cierta dignidad, ¿sabes? Pero a los chicos blancos eso no les gustó mucho. Sobre todo cuando empezó a hacerles la competencia. Una noche se presentaron allí unos cuantos.

Golpearon a mi abuela Thelma en la cabeza cuando les increpó. Estaba embarazada de mi madre. El abuelo aún no lo sabía porque

ella había preferido esperar a estar del todo segura. La dejaron allí, sangrando en el suelo, mientras arrasaban el lugar. Se bebieron unas botellas de licor que tenía mi abuelo y luego lo sacaron a él a rastras de la casa. La abuela dice que hablaban de darle una lección, pero él les plantó cara. Así que le dispararon. Lo mataron en su propio patio, como si fuera un perro. —Se apresura a coger aire, como quien quiere sofocar un sollozo, antes de llegar a la última parte—: Ni siquiera supo que iba a tener una hija.

No estoy segura de cuándo le he cogido de la mano, pero la tengo entre

las mías cuando deja de hablar. Para mi sorpresa, el gesto me parece el más natural del mundo.

Hay una parte de mí que quiere hablarle de Jimmy. Pero no puedo. Es demasiado. Este aire que nos rodea, ya denso, no necesita que le añada más tragedias. Willie me aprieta los dedos como si supiera que el lugar significa mucho para mí también. Sin cruzar palabra, avanzamos sobre ese suelo impoluto, sobre esa hierba verde neón, bajo un sol radiante, una bola de fuego que destaca en un fondo azul; todo ello, un escenario incongruente con la historia de sangre y dolor que nos rodea. Resulta difícil imaginar que linchaban a la gente en días brillantes y hermosos como este, aunque seguramente sí.

—Willie. Llevas su nombre. —Acabo de caer en eso.

—Sí, todo un legado, supongo. —Su tono es agridulce—. ¿Y tú? No me has dicho cómo te llamas.

—Riley. Riley Wilson.

Podría decirle que también yo llevo el nombre de un pariente, pero eso requeriría demasiadas explicaciones.

—Pues ha sido un placer conocerte, Riley. Me alegro de que me hicieras compañía hoy, cariño.

Una sonrisa asoma a mis labios por primera vez en todo el día. Este hombre me recuerda a mi padre, alguien que llama «cariño» a todas las mujeres menores de cuarenta y no parece entenderme cuando intento explicarle que eso ya no es apropiado.

Su defensa: «No digas tonterías. La gente no debería ser tan sensible. Es un término afectuoso». Y desde luego así suena cuando lo oigo en boca de este hombre, reconfortante como un baño caliente.

Willie se suena la nariz con un pañuelo amarillento que ha sacado de las profundidades de los bolsillos del abrigo.

—Hoy he venido en honor a mi madre. Me parecía que se lo debía. Ella siempre quiso venir y nunca llegó a hacerlo.

Lo entiendo la mar de bien. Ambos estamos aquí por otra persona y por nosotros mismos y, por raro que parezca, en mi caso también por él. Willie mira al suelo. Tengo la aterradora sensación de que tal vez nunca vuelva a ver a este hombre, de que nuestra amistad se resumirá a este intercambio breve y dulce, como una tormenta de verano.

—¿Podría darle un abrazo, señorita?

Abro los brazos a modo de respuesta y él me estrecha contra su cuerpo.

Estamos delante de una estatua de acero que muestra a unos seres humanos encadenados. Cuando nos separamos, Willie se toma un momento para mirar la escultura; su mirada se posa en la figura de una mujer con un bebé en brazos que lleva una pesada cadena de hierro alrededor del cuello.

—Vaya mundo. —Menea la cabeza y se marcha por el sendero.

El eco de sus palabras perdura mientras se aleja. «Vaya mundo».

No dispongo de mucho tiempo, y emocionalmente ya no puedo más, pero decido parar un momento en el Museo del Legado, al otro lado de la calle.

Necesito ver esos tarros sobre los cuales he leído, llenos de la tierra de todos los puntos de América donde se sabe que se cometió un linchamiento.

Cada uno de ellos lleva una etiqueta con un nombre y una fecha, para conmemorar a esas víctimas ignoradas por la historia. Es un homenaje sencillo y poderoso, una forma de honrar su vida y de asegurarse de que la gente no se olvide con facilidad de este legado violento, del precio que hubo que pagar.

A Jimmy también lo lincharon en esta tierra. Y aunque nunca sabremos el lugar exacto, sus restos se encuentran en algún punto de este estado. Su nombre, la tierra manchada con su sangre, debe tener su lugar en algún estante. Nosotros, o al menos yo, debemos recordarlo. Por Gigi.

Voy deprisa hacia el aparcamiento, pero la distancia hasta el coche se me hace ahora más larga que antes, como si la historia me demorase. Lo primero que hago es buscar en la mochila si la caja sigue ahí, al fondo de todo. He sido una tonta al dejarla en el coche. Respiro aliviada cuando palpo la suavidad del vinilo, saco la caja de la bolsa y la abro. Colocados sobre un cojín de terciopelo rojo están el collar y el brazalete de perlas.

«¡Perlas auténticas!», subrayó Gigi cuando me las regaló.

Fue el día después de que me contara lo de Jimmy. Gigi había dado instrucciones a mi madre para que fuera a vaciar una caja de seguridad de la que nadie sabíamos nada y llevara su contenido al hospital. En dicha caja, mamá encontró una bolsa que contenía el joyero con las perlas, acciones viejas de la Pan Am, un puñado de cartas del abuelo Leroy y, lo más curioso, unos tres mil dólares en billetes pequeños.

—¿Te dedicabas a hacer la calle, Gigi? —bromeó Shaun.

Mamá le dio una colleja a pesar de que Gigi no pilló la broma.

En cambio, nos recordó por enésima vez que no debíamos guardar todo el dinero en los bancos.

—¿Que son demasiado grandes para hundirse? ¡Ya, seguro! Tendríais que ir haciéndoos un rinconcito poco a poco y buscaros un nidito donde esconderlo.

Luego me dio la caja con las perlas y un par de notas escritas con letra temblorosa. Las he leído las dos, incluso la que no iba dirigida a mí. Y por supuesto que cumpliré con el deseo de Gigi de darle la pulsera a Jen. Algún día. Pero ahora mismo todo se ha vuelto… ¿Cómo lo describió Sabrina?

Peliagudo.

La noche de la muerte de Gigi llamé a Jen desde el único rincón del vestíbulo del hospital donde había cobertura. Sentada en uno de los bancos, lo intenté una y otra vez, aun sabiendo que era en vano. Era obvio que tenía

el móvil apagado. Estaba tan ansiosa por oír su voz… Solo quería llorar con ella, que añoráramos a Gigi juntas, y quizá pedirle que viniera a casa y se acostara conmigo, que me contara alguna anécdota divertida de Gigi que pudiera recordar. El resto no importaba. Sin

embargo, Jen no contestó, y no fui capaz de transmitir la noticia dejando un mensaje de voz. Debía encontrar otro momento de calma para hablar con ella, uno en el que pudiera romper a llorar. Pero el momento no ha llegado: los planes para el funeral han convertido la semana en una locura. No obstante, lo haré.

Quiero hacerlo. Necesito darle la pulsera. La caja emite un sonoro clic al cerrarse. La coloco con cuidado en el asiento del copiloto como si se tratara de un talismán, un acompañante, como si fuera la propia Gigi.

Lo único que quiero es volver a oír la voz de mi abuela. No la he oído desde que nos dedicó sus últimas palabras, en un susurro ronco, el día antes de su muerte, la última vez que la vi consciente: «Eres una buena chica, Leroya, pero tienes que dejarte ayudar por los demás. No vas a ganar ningún concurso por hacerlo todo sola». Debería haber sabido que aquello era el adiós. Y resulta una ironía demasiado cruel que, tras el fallecimiento de Gigi, su voz también haya dejado de perseguirme. Es como si se hubiera ido dos veces.

«Vuelve, abuela, te necesito. No consigo oírte». Aguardo otro minuto antes de poner en marcha el coche y encender la radio. Suena «River», de Leon Bridges, una canción que Gigi adoraba. Decido tomármelo como un mensaje.

La carretera 82, con sus vallas publicitarias de fuegos artificiales y sus sex shops, pasa a toda velocidad cuando pongo el coche a más de cien por hora, ansiosa por reunirme con la familia. De vez en cuando, durante el trayecto hasta Perote, noto un ligero olor al tabaco de Willie pegado a la ropa y lo encuentro extrañamente reconfortante.

Salgo de la autopista y me doy cuenta de que necesito ir al baño. Las gasolineras escasean en las carreteras secundarias, más vacías, que conforman el resto del camino. Carreteras que dan miedo.

En los últimos años, cada vez que emprendo un viaje parecido, me viene a la cabeza el caso de Sandra Bland, y lo fácil que resultaría acabar como ella por no poner el intermitente o por llevar una luz trasera rota. Miro cada dos por tres por el retrovisor, respeto el límite de velocidad, conduzco con cuidado y con prudencia, y molesta por tener que ser tan cuidadosa y tan prudente.

Freno al ver un par de viejos surtidores de gasolina. Parecen reliquias de otra época, y lo son. Hay un cartel antiguo apoyado en los tanques que anuncia que allí sirven Coca-Cola. Junto a las puertas de la pequeña tienda hay dos tipos blancos sentados en sendas sillas

plegables. Uno con una melena rubia hasta los hombros, el otro con el pelo recién rapado, que deja a la vista un cuero cabelludo lleno de cicatrices y sembrado de bultos.

Intento evaluar la situación, calcular el riesgo potencial, pero, después de seis meses en Filadelfia, mi radar para detectar chulos está oxidado, y tener la vejiga a punto de estallar no me ayuda a pensar con frialdad. Tengo que arriesgarme. Como no hay un aparcamiento señalizado, paro el coche en mitad del terreno, a pocos metros de donde están los hombres. El calvo me mira de reojo, se levanta y avanza rápidamente hacia el coche.

—¿Necesitas gasolina? —pregunta a través de la ventanilla cerrada, y gira la mano en el aire para indicarme que debería bajarla, lo cual, en otras circunstancias, sería gracioso porque no he visto un coche con ventanillas a manivela desde hace siglos.

—Solo ir al lavabo —digo, bajando la ventanilla solo un poco. La aguja me indica que llevo medio depósito. Papá siempre me ha aconsejado que lo rellene antes de que pase de la mitad. «Nunca sabes cuándo tendrás ocasión

de llenarlo», decía siempre—. En realidad, sí. Lleno, por favor. De gasolina normal.

—El lavabo está detrás. Rooster tiene la llave.

Si desapareciera detrás de esta gasolinera, ¿alguien sabría qué ha sido de mí? Soy una presa fácil, una mujer sola en una carretera desolada, un titular trágico en potencia. Incluso mis viejos colegas de Birmingham quizá se animaran a cubrir la noticia.

Rooster escupe restos de tabaco en el suelo antes de darme una espátula de metal, de esas que se usan para dar la vuelta a las tortitas, de la que pende una cuerda cochambrosa con la llave.

—Los lavabos están ahí detrás. Disculpe por la cadena. No funciona muy bien.

Ahogo una arcada al meterme en un lavabo del tamaño de un armario. La cadena no funciona en absoluto y el retrete se encuentra a punto de desbordarse. No es que quiera añadir leña al fuego, pero ¿qué opción tengo?

Cuando vuelvo hacia la parte delantera de la tienda, me encuentro a Rooster en mitad del camino, delante del coche. Se me encoge el

estómago.

«Ya está».

Da un paso hacia mí cortándome el paso, y ni siquiera me queda tiempo para pensar hacia dónde salgo corriendo o para recordar lo que aprendí en aquella única clase de defensa personal que hice en la facultad antes de que extienda la mano.

—¿Puede darme la llave, por favor? Me estoy meando —refunfuña—. Le hemos limpiado los cristales, espero que no le importe.

Detrás de Rooster, veo que el calvo está pasando una esponja mojada por el parabrisas.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el tipo.

—Sí, sí. Estoy bien. —El alivio pasa a remordimiento.

—¿Hacia dónde va?

—A Perote.

—Le quedan menos de dos kilómetros. Bienvenida.

Tal y como se me anunció, apenas un minuto después veo la señal de PEROTE BULLOCK COUNTY. Paso por los restos desolados de lo que en tiempos pudo ser una calle principal animada, ahora desierta, donde quedan una tienda de ultramarinos, la oficina de correos, la iglesia de los blancos, la iglesia de los negros, un restaurante, la comisaría de policía, la biblioteca y el ayuntamiento. La ciudad no es ni acogedora ni amenazante, solo deprimente. Calles vacías, edificios en ruinas, quietud en el aire, el recuerdo de que también las ciudades, como las personas, envejecen y mueren. Se respira una cierta inevitabilidad, la constatación de que los mejores años vienen y van, y de que la vida se desplaza hacia otros sitios mientras este pueblo fantasma yace abandonado como un trasto cubierto de polvo. Ni siquiera desprende una débil nostalgia; solo una sensación de vida, de oportunidad y de haber dejado atrás su mejor momento. No hay cobertura para el móvil, aunque tuve la precaución de imprimirme las indicaciones antes de salir de Filadelfia. Ya me suponía que sería difícil. El icono del teléfono deja claro que hay cero conexión. Salirme así del mundo civilizado me pone nerviosa, e imagino el montón de llamadas, emails y noticias que me perderé en las próximas veinticuatro horas. ¿Y si Scotty necesita hablar conmigo? Esta desconexión absoluta es algo así como que te falta un miembro del

cuerpo. Pero poco puedo hacer para remediarlo, y la situación tiene también su lado positivo: una excitante sensación de libertad.

Las indicaciones impresas no me sirven de mucho porque las calles no están bien señalizadas. Me quedo pillada en lo que parece ser un estrecho callejón sin salida, rodeada por ambos lados de densos matojos y montículos de hormigas rojas hasta la altura de la rodilla. En mi mente veo

caballos al galope, túnicas blancas, cruces ardiendo. No me gustaría estar aquí al anochecer, eso sin duda.

Busco la casa avanzando muy despacio. Según el plano, está más allá del camino. Cuando por fin la veo, tengo la impresión de que la he descubierto por accidente, o que ha sido ella la que ha decidido encontrarme.

Hay varios coches aparcados sin orden ni concierto en un terreno lleno de maleza, basura y grava al que, siendo muy generosos, podríamos llamar patio. El inmenso vehículo del tío Rod los sobrepasa a todos. Es más grande que la propia casa.

Contemplo la modesta cabaña de ladrillos que mi bisabuelo Dash construyó, según la leyenda familiar, con sus propias manos, lo cual podría explicar por qué está ligeramente inclinada hacia un lado. Me resulta increíble que Gigi conservara esta propiedad durante tanto tiempo, pese a haber venido solo una vez, para el entierro de la tía Mabel. La alquilaba a cazadores durante la temporada de caza de venado y usaba el poco dinero que sacaba para «darse caprichos», que consistían en pagar la televisión por cable y comprarse zapatillas nuevas. Creo que guardaba parte de ese dinero en una bolsa de basura. Sin embargo, el lugar lleva años vacío. Son cuatro habitaciones minúsculas y un cuarto de baño sobre un par de acres de tierra, pero era suyo y Gigi estaba orgullosa de tenerlo. Decía que poseer un trozo de tierra te hacía ser alguien, o al menos sentirte como si lo fueras. Y nadie podía quitártelo…, al menos en teoría. Tengo que sacarme de la cabeza la idea de que mis padres van a perder su casa. Con un drama me basta.

La barandilla tiembla cuando subo los escalones desiguales del porche que llevan hasta la entrada. La puerta está abierta y todos están reunidos en el salón.

No veía al tío Rod desde que era una niña. Él y mamá no se llevan muy bien desde que tuvieron una discusión después del entierro del

abuelo Leroy

sobre algo de lo que nadie habla nunca. Cuando se acerca a abrazarme, el olor a tabaco de pipa me devuelve de repente a la escuela primaria. Es la única persona a la que he visto fumar con una pipa de las de verdad, como si fuera un Sherlock Holmes negro.

Doy abrazos rápidos a la tía Rose y a dos de mis primas, unas gemelas de poco más de veinte años a las que prácticamente no conozco, que enseguida vuelven a concentrarse en sus móviles.

Shaun me da un vaso de vino.

—Toma, te lo he guardado. Es lo único que queda, y no podemos comprar más por culpa de las dichosas leyes de por aquí, que impiden abrir los domingos. Así que será mejor que te lo bebas.

El vino sabe a vinagre, pero eso no me impide darle tres sorbos rápidos.

—¿Dónde están papá y mamá?

—Papá se adelantó hacia el cementerio para asegurarse de que todo va bien. Las limusinas vendrán a recogernos en veinte minutos. —Shaun me mira de arriba abajo—. Ya puedes ir arreglándote. Con esas mallas no puedes ir. Y ya te imaginarás dónde está mamá —añade, señalando hacia la cocina.

—¿Se ha puesto a limpiar?

Ya sé la respuesta. Los hábitos de limpieza de mi madre son legendarios.

Cuando éramos niños, Shaun y yo teníamos una lista de tareas larga como el brazo. En los dieciocho años que viví bajo su techo, nunca dejó un plato sin lavar antes de acostarse, y ahora yo tampoco puedo hacerlo. Una vez lo intenté. Dejé el bol del helado en la pila porque, como la mujer adulta que soy, puedo hacerlo sin más. ¡Qué sensación de libertad! Pero una hora después estaba tan inquieta que me levanté a fregarlo a la una de la madrugada.

Tenía ocho años cuando mi madre me explicó por primera vez que los

blancos suelen pensar que los negros somos sucios. Lo recuerdo con nitidez porque fue la primera noche que venía una amiga a dormir a casa —aparte de Jen, que por aquel entonces ya casi podía decirse que

vivía con nosotros

—: Abigail, de la clase de ballet. Yo sentía devoción por aquella niña de largas coletas castañas que llevaba una mochila con su nombre escrito con cristalitos brillantes. Para la preparación, mamá y yo nos pasamos el día entero limpiando. Cuando me dio esa explicación, mi madre estaba de rodillas atacando con furia los rincones del suelo de la cocina, y para mí no tuvo el menor sentido porque nuestra casa olía siempre a amoniaco y a limón. Aprendí a pasar el aspirador casi antes que a andar. No mucho después, me dejaron por fin ir a pasar la noche a casa de Jen por primera y única vez. Pensé en lo que había dicho mi madre en cuanto reparé en la capa de mugre de la bañera y en los cojines del sofá llenos de migas.

—Los gérmenes os sientan bien —dijo Lou al ver mi cara de desolación

—. Mira a Jenny. Nunca está enferma.

Cuando llegó la hora de bañarnos, no encontraba la esponja. Le pedí una a Jen y ella me dijo que no las usaban. Mi madre siempre había dejado claro que la esponja era imprescindible para mantener tus partes íntimas «limpias como una patena».

Todo ello me dejó muy confusa respecto a quién era limpio y quién era sucio, y a cómo se decidían estas cosas.

Y ahora aquí está mamá, con su mejor vestido negro, un delantal roto a la cintura, la cabeza metida en la alacena, y limpiando con vigor.

—¿Mamá?

Cuando saca la cabeza, uno de los rulos se le engancha en la puerta de la alacena.

—¡Mi niña! —Tira el estropajo y me estrecha entre sus brazos—. No sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar. Se me ha hecho un poco tarde, lo siento.

—Qué va, nena. Llegas justo a tiempo. Justo a tiempo. Mira, pásame ese rollo de papel de cocina.

Vuelve a coger el estropajo al instante, y por primera vez se me ocurre que la manía de limpiar de mi madre tiene algo en común con la mía de salir a correr: es una manera de sentir que controla el entorno, o al

menos la ilusión de que ejerce ese control.

—¿Cómo estás, mamá? —Tampoco la he visto llorar aún.

—Bueno, ya sabes, estoy bien. Bien. Pero quiero dejar limpia esta birria de cocina. A lo mejor al final nos decidimos a vender este sitio. Tu padre se ha adelantado y ha salido hacia el cementerio. Le he dicho que compre flores. Dios sabe de dónde va a sacarlas, pero ya se las apañará. Ese hombre siempre se espabila, las cosas como son.

—Vale. ¿Te ayudo en algo?

—No, no, tú ve a prepararte. —Mamá me despide agitando en la mano un trozo de papel de cocina.

La dejo entregada a su tarea y voy a ponerme el mismo vestido negro que llevé al entierro de Justin. Estos últimos días he llevado demasiados vestidos negros. Luego me pongo el collar de perlas y le doy vueltas al delicado cordón hasta que la perla central, que es un poco mayor que las otras, queda exactamente en su sitio, justo en el centro. Estoy lista y, a la vez, no lo estoy.

En el asiento trasero de un Cadillac cupé de los setenta, con los muslos pegados al ajado asiento de cuero, vuelvo a acariciar las perlas. Me paro cuando mamá me mira, no sea que me regañe por no estarme quieta.

—Te quedan muy bien —me dice, y mira de nuevo por la ventanilla mientras va girando la alianza de boda que lleva en el dedo anular. Si tuviéramos esa clase de relación, ahora mismo le cogería la mano.

Por fin, tras serpentear por una serie de caminos vecinales, subimos hasta un campo pequeño. Unas verjas de hierro forjado enmarcan un cartelito que anuncia que estamos en el cementerio «de color», que se remonta al año 1800. Mi padre está al lado del pastor de la iglesia del pueblo, en un claro.

No lo conocemos en persona. Su familia es de Perote desde hace décadas y conocía a Gigi y a sus padres. Mi padre y el pastor quedan a contraluz bajo el sol de poniente, erguidos, orgullosos y solemnes, con las manos cruzadas.

Me recuerda a una foto de Gordon Parks. Quiero correr hacia papá, como hacía cuando era pequeña, y que él me levante en el aire y me haga girar.

Aunque eso fue antes de que limpiar miles de retretes lo dejara con un dolor de lumbares permanente. En lugar de eso, me recibe con un fuerte abrazo.

Nos congregamos en torno al ataúd. Sobre él yace un ramo de flores; son flores silvestres. Mi padre debe de haberlas cogido en este mismo campo y las ha dispuesto con cuidado sobre la brillante superficie de caoba. Se notan restos de tierra rojiza en sus zapatos. Siento que va a estallarme el corazón al imaginarlo agachado, con lo mal que tiene la espalda, arrancando las flores.

He intentado evitar mirar hacia el ataúd, tal y como hice en el entierro de Justin. Pero ahí está, a un metro y medio de distancia. Cerrado, aunque me consta que mi abuela yace ahí dentro, vestida con la ropa que ella habría elegido: su sombrero favorito, un vestido de flores, los mejores guantes de seda. Imaginarla encerrada allí me hace estremecer. Pero es el foso, el enorme agujero excavado en la tierra, lo que provoca que me tiemblen las rodillas. Shaun me coge del brazo.

—Lo sé, hermanita. Lo sé.

El tío Rod y su familia se hallan a un lado del pastor; Shaun, mis padres y yo en el otro. Formamos una fila apretada. El pastor aguarda a que mamá le indique con un gesto que puede proceder. Shaun me coge con más fuerza.

El pastor empieza a recitar los salmos. Su voz, más aguda que la del reverendo Price, es clara, potente, y resuena en el imponente anillo de cipreses que nos rodea. Mamá me ha pedido que lea un poema. Cuando el pastor termina, saco el trozo de papel doblado, humedecido por el sudor, del bolsillo del vestido. Me tiemblan las manos, y no puedo evitar pensar en el primo de Justin, Malik. El poema, «On a New Year's Eve», de June Jordan, era uno de los favoritos de Gigi.

«No termino de entenderlo, pero te remueve por dentro, ¿no crees?», me dijo una vez.

Así era. Así es.

Me invade una repentina inseguridad, incluso timidez, a pesar de hallarme junto a mi familia. Carraspeo y empiezo a leer:

— *La infinitud no me interesa, ya no…*

Uso el tono de locutora porque imaginarme delante de una cámara me facilita las cosas. Leo más despacio la última línea, a propósito. Si

nunca dejara de leer, quizá no llegaríamos a la parte en que tenemos que meter a Gigi en ese agujero.

— *Todo lo que nos es querido desaparece… todo lo que nos es querido desaparece*.

No puedo prolongarlo más. He llegado al final.

Mamá me da un abrazo.

—Ha sido precioso, Leroya. Precioso.

Por una vez, esa vuelta a mi nombre parece de lo más adecuada.

Recupero mi lugar en el círculo. El pastor espanta las moscas y recita el versículo 3, 19 del Génesis, «Porque polvo eres y en polvo te convertirás», y nos invita a inclinar la cabeza.

Tras un momento de silencio, el pastor nos pregunta si alguien quiere decir unas palabras.

Solo se oye el rumor de los árboles, hasta que Shaun dice en voz alta:

—Oiga, pastor, ¿usted sabe por qué está feliz la escoba?

El pobre hombre parece confundido, pero yo ya me he echado a reír.

—¡Porque «ba-rriendo»! —suelto a grito pelado.

Dios, a Gigi le encantaban estas adivinanzas estúpidas. Las sabía a centenares, y te las contaba hasta aburrir.

Papá se suma a la idea.

—Pero, hijo, ¿acaso sabes qué le dijo una piedra a otra?

—Pues no, papá, no lo sé.

Es mentira; Shaun debe de haber oído el chiste unas quinientas veces.

Gigi volvió a contárnoslo en el hospital la semana pasada, en cuanto tuvo fuerzas para hacerlo.

—«¡Qué vida más dura!».

Volvemos la mirada hacia mi madre, a la espera de su aportación.

—Oh, ya basta. No es el momento.

Mantiene la vista fija en el ataúd. Se produce una pausa larga mientras pensamos qué hacer, pero de repente se oye la voz de mamá, que sigue mirando hacia el féretro como si estuviera hablando con su madre.

—¿Qué le dijo un fideo a otro? —No espera a que nadie le dé una respuesta—. «¡Oye, mi cuerpo pide salsa!».

Y entonces se echa a reír; se ríe tanto que se le saltan las lágrimas.

—¡Dios, los chistes de esa mujer eran los peores que he oído en mi vida!

Ahora ya nos estamos riendo todos. Al principio, el pobre reverendo parece consternado, pero al final se rinde, como un profesor sustituto que ha perdido el control de la clase.

Me llevo las manos a la cara y descubro que tengo las mejillas húmedas.

Se me han saltado lágrimas, que caen como gotas de lluvia; como las de mi madre, son de felicidad, o al menos son una mezcla de felicidad y tristeza.

Pienso en Gigi, que nos mira desde arriba y nos ve a todos juntos, partiéndonos de risa en un campo de Alabama en este cálido día de diciembre, y sé que es exactamente lo que habría querido.

No paramos de contar chistes de Gigi en toda la noche. Incluso se relaja la tensión entre mamá y el tío Rod. Sin embargo, nadie tienta demasiado a la suerte. Apenas una hora después del entierro, mi tío y mis primas se retiran porque tienen previsto salir a primera hora hacia Memphis, así que nos quedamos solo nosotros cuatro.

Papá ha sacado un poco de leña del patio trasero, la suficiente para encender un pequeño fuego en la chimenea, y ha puesto un viejo disco de Sam Cooke en el tocadiscos del salón. Shaun ha encontrado una botella polvorienta de whisky casero en un armario. Incluso mamá bebe. Yo cometo el error de olerlo antes de probarlo, y el aroma me quema en la nariz.

—Por Dios, ¿esto qué es?

—Lo que solían hacer por aquí cuando no encontraban nada mejor.

Shaun se encoge de hombros y apura lo que le queda en el vaso.

—No sé si deberíamos tomárnoslo.

—No seas remilgada. Bebe y calla.

Contengo la respiración y me lo tomo de un trago. El brebaje parece estar hecho a base de dos ingredientes: gasolina y corteza de árbol. Incluso después de tomarme el resto de una Coca-Cola medio caliente para hacerlo desaparecer, noto el horrible sabor pegado a la lengua.

Sigo enjuagándome la boca con la Coca-Cola cuando mamá vuelve a la mesa con una caja de cartón llena de álbumes de fotos.

—Mirad lo que he encontrado mientras limpiaba el armario del pasillo.

Hay uno de cubiertas de piel, tan vieja y seca que se ha cuarteado como un paisaje desértico. Al fondo de la caja hay recortes de periódico y recetas.

Cojo una tarjeta de bordes arrugados donde se detallan en cursiva los ingredientes y los pasos para hacer pastel de ruibarbo.

—¿Puedo quedármela?

—¿Perdona? ¿Para qué la quieres? ¿Cuándo fue la última vez que encendiste la cocina de tu piso? —bromea Shaun.

Tiene parte de razón. Creo que no me he puesto delante de los fogones en toda mi vida, pero, de repente, cocinar esta receta es importante para mí. No importa que, por no saber, ni siquiera tengo claro qué aspecto tiene el ruibarbo: pienso preparar este pastel en Navidad. El por qué me invade la necesidad de convertirme en una aprendiza de Carla Hall escapa a mi comprensión, pero deseo encontrar la manera de seguir conectada a Gigi.

¿Cuántas veces la he visto con los brazos salpicados de harina blanca, amasando o mirando de reojo el aceite usado que guardaba en un viejo tarro de salsa de tomate que siempre estaba detrás de la cocina? ¿Cuántas veces había suspirado yo de exasperación mientras ella me decía, medio en broma: «Ven y aprende a cocinar si quieres encontrar a un hombre como Dios manda»? ¿Cuántas veces había suspirado ella ante mis discursos pretenciosos sobre el patriarcado? «No hay nada malo en querer a un hombre, niña».

«Y, maridos aparte, la cocina es historia —me dijo una vez mientras hacía galletas—. Yo, mi mamá, y antes también la suya, llevamos

décadas haciendo estas mismas galletas. Eso supone un vínculo, que lo sepas. No es gran cosa, un poco de harina, agua, una pizca de sal…, pero era lo que teníamos, y ahora es un legado, una alianza».

Ella siempre decía que sentía el espíritu de sus ancestros y que mantenía conversaciones enteras con ellos cuando estaba nerviosa por algo o siempre que andaba por la cocina. Amasar galletas, enharinar los muslos de pollo o rellenar empanadas eran acciones que la hacían sentirse cerca de quienes la

precedieron. Tal vez a mí me pase lo mismo: que me conecte con ellas, con Gigi.

Hablando de legados, papá abre los viejos álbumes, cuyas páginas crujen como si se lamentaran de que alguien perturbara su reposo. Vemos a Gigi en la primera foto. Debe de tener unos cinco años, lleva un vestido de encaje blanco y muchas trencitas en la cabeza; su sonrisa traviesa revela que le faltan dos dientes.

A su lado, agarrándola por los hombros, se encuentra un adolescente desgarbado, vestido con unos pantalones de color marrón y una camiseta blanca que deja ver unos brazos fuertes. La foto está tomada delante de esta casa, que se ve exactamente igual que ahora.

Mamá le da la vuelta a la foto y lee la inscripción del dorso: «Marla y Jimmy, 1935». Me lanzo sobre la foto con avidez. Jimmy lleva un sombrero de fieltro con una pluma. Tiene la nariz torcida, como si se la hubieran roto y no se hubiera curado del todo. Eso no lo hace menos guapo, la verdad, más bien al contrario.

Paso el dedo por encima de la foto como si pudiera retroceder en el tiempo.

—¿Quién es ese Jimmy? —pregunta Shaun.

—El primo de la abuela —salto yo—. Es horrible. Lo…

Mamá levanta una mano para acallarme y suspira hacia el interior de su vaso.

—En otro momento. En otro momento.

Tiene razón. Esta noche toca hablar de Gigi y buscar recuerdos alegres. Y

eso es lo que hacemos. Shaun rememora el día en que Gigi lo

persiguió por toda la casa con la zapatilla porque había grabado encima de un episodio de *Hospital General* que ella no había visto, mientras picoteamos de la comida que mamá ha conseguido apañar con las escasas opciones que ofrecía la

diminuta tienda del pueblo: un asado que está sorprendentemente tierno, un gran pote de hojas de nabo y un pan de maíz muy tostado.

—Lo único que necesitamos son torrijas especiales —digo yo—. ¿Quién las hace?

La pregunta me alegra y luego me entristece. Nadie amaba esas torrijas tanto como Jenny. Me toco la pulsera de perlas que llevo en la muñeca. Me he cambiado de ropa y he devuelto el collar a su estuche. Aún llevo el brazalete.

—¿Cuándo se lo piensas dar? —pregunta mamá.

—Esta semana, cuando volvamos. —Lo digo aun sin saber si es verdad.

—¿Qué os pasa a vosotras dos?

—Venga, mamá, ya sabes lo que está pasando.

—No, no lo sé, Riley, así que tendrás que explicármelo con tus palabras.

Lo dice en el mismo tono que usaba cuando yo era apenas un bebé y pedía caramelos sin hablar.

Y ese es el problema. Me faltan las palabras. Es difícil resumir, y mucho más describir, lo que nos está sucediendo: este desencuentro extraño y silencioso. Cuánto más tiempo pasa sin que hablemos, más raro se vuelve todo, como si estuviéramos metidas en una pelea invisible de la que ninguna de las dos sabe las reglas.

Un profundo ronquido nos llega desde el sillón donde se ha acomodado mi padre.

—Os dejo para que habléis —dice Shaun.

Se despide de mi madre y de mí con un beso, y luego se mete en el cuartito del fondo. Yo estoy agotada del viaje y de la tristeza del día, pero me apetece quedarme sentada con mi madre ante esta mesa de linóleo llena de migas y de vasos vacíos. Mamá debe de estar más que

achispada porque no le veo la menor intención de retirar los platos. Pienso en la mejor manera

de explicarle lo que me pasa con Jen, pero ella ya ha cambiado de tema.

Tiene los ojos un poco vidriosos, ya sea por la pena o por el alcohol.

—Le había comprado una bufanda a Gigi para Navidad —dice en voz baja—. Tenía la esperanza de que aguantara hasta entonces. Ya sabía que, en cualquier caso, no duraría mucho más, y me dije que podríamos enterrarla con la bufanda, pero luego, cuando lo pensé, ya no quise dársela.

—Rompe una servilleta de papel en varias tiras—. Debería habérsela dado.

—¿La has traído?

—No, la he dejado en casa. Está en una caja, en el estante superior del armario. A lo mejor te la pones tú. Te quedaría bien. Tú y tu abuela tenéis el mismo tono, como de coco tostado. Ella siempre lo decía cuando eras un bebé.

—Ya me la quedo yo. Ponla en el árbol de Navidad y fingiré que es una sorpresa.

Mamá suspira.

—La bufanda no importa mucho, cielo. Lo que importa es que no podemos esperar. Hay muchas cosas que me gustaría haberle dicho a tu abuela antes de que muriera. Ahora me pregunto por qué esperamos siempre a decir las cosas. Es una estupidez. Esperar para decirle a alguien que lo queremos o que estamos enfadadas. Kevin hizo algo horrible, eso es verdad; hay un chico muerto y va a tener que vivir con eso en su conciencia. No soy yo quien debe decidir qué castigo merece, eso le corresponde a Dios. Pero Jenny no es Kevin. Esa chica te quiere, y a veces tenemos que tragarnos el orgullo y dar el paso. Incluso cuando no sabemos qué decir y nos asusta meter la pata y complicar más las cosas. No importa si no sabes cómo abordar un tema. Lo que importa es que lo intentes.

Cuanto más tiempo dejas pasar, más fácil resulta quedarse en silencio, y es en ese silencio donde el rencor se hace fuerte y se pudre.

Se calla y, con aire distraído, da un sorbo a ese líquido marrón.

—Ya sé que soy una hipócrita por decirte esto. No soy el mejor ejemplo.

No le he dirigido la palabra a mi propio hermano durante mucho tiempo. ¿Y

sabes por qué?

Mi madre suelta una especie de carcajada aguda.

—¡Pues ni siquiera me acuerdo! Esa es la pura verdad. ¿No me digas que no es ridículo? Sé que nos enfadamos y nos dijimos cosas terribles, y que luego esperamos a que el otro se arrepintiera y se disculpara. Así han ido pasando los años. Y ahora nos encontramos aquí, ante la tumba de nuestra madre, como dos extraños. No quiero que eso os pase a ti y a Jenny.

Vuelve a callarse. En lugar de tomar otro sorbo, mira a través de la ventana de la cocina, hacia la noche oscura. Aguardo, en parte asombrada por el giro que ha tomado la velada. ¿Se debe a la pena por la pérdida de su madre? ¿Al efecto del whisky casero? Mamá y yo no tenemos conversaciones íntimas. Estamos ante una mujer que se limitó a dejarme en la cama un folleto sobre «los cambios de tu cuerpo» cuando yo tenía doce años.

—Te diré algo. Siempre he querido tener una amistad como la tuya con Jenny. Si te digo la verdad, siempre he sentido un pelín de celos. Contar con alguien así es algo especial. A ver, tu padre puede ser un pesado a veces, pero Dios sabe que es mi mejor amigo. —Calla para mirar a papá, que duerme en el sofá, con una rara muestra de ternura y afecto—. Sin embargo, no es lo mismo que tener una amiga. Habéis estado juntas desde que erais un par de retacos. Os habéis pintado las uñas juntas, os habéis contado secretos, os habéis escapado de casa… Ya, no creas que no me enteraba. Yo no he tenido nada de eso con nadie.

El colmo de un día, o de un mes, tan surrealista era ver a mi madre sincerarse así, confesar que estuvo celosa. ¿De mí? Nunca fui una de esas

chicas que deseaba tener a su madre como amiga para hablar con ella de ropa y de chicos, de los que ella se habría reído en cualquier caso. «Yo estoy aquí para ser tu madre, no tu amiguita», decía siempre. De todos modos, yo ya tenía a mi mejor amiga. Pero compartir este momento con mamá, ahora que está triste por la suya, despierta algo en mí: curiosidad por saber cómo es ella, por conocerla más como

mujer, el deseo de mantener una relación distinta. Siempre ha sido tan distante, tan severa, tan empeñada en educarnos bien…, como si eso le impidiera dejar espacio para un lado más tierno. Pero ¿y si ella hubiera bajado más la guardia y yo hubiera alcanzado a ver ese otro lado, el lado que no es inmune a los sentimientos?

Tal vez nuestra relación habría sido completamente distinta. Quizá sea posible ahora que he vuelto a la ciudad por primera vez desde que tenía dieciocho años; podríamos ir a comer y charlar, como hacen las madres e hijas en la tele. Va contra todo lo que sé de Sandra Wilson y contra más de treinta años de historia, pero al recordar el momento de dar sepultura a Gigi, hace apenas cinco horas, no puedo evitar pensar que mi madre tampoco vivirá para siempre, y eso hace que mi decisión sea más firme. Quiero conocer de verdad a mi madre antes de que sea demasiado tarde.

—Lo único que te digo es que no deis por sentada vuestra amistad.

Tenéis algo especial, y toda una historia detrás. Eso debería contar para algo. Odiaría que tuvierais que esperar a que sucediera algo terrible para volver a encontraros y entonces lamentaros de todo el tiempo que habéis desperdiciado. Al fin y al cabo, ya ha sucedido algo terrible. Gigi ha muerto, y por mucho que podamos decir de Jenny, esa chica quería a Gigi como si fuera su abuela, y me entristece imaginarla llorando sola sin un alma con quien hablar de ella. Y también tú necesitas hablar.

Así es. Quiero hablar con Jenny. Quiero llamarla ahora mismo para decirle: «No sé qué hacer ahora que Gigi no está, Poni. Nunca he sentido

tanto una pérdida. No sé cómo vivir en el mundo sin ella». Y ella me contestaría: «Ya nos apañaremos, Puff. Nunca dejaremos de hablar de ella».

No sé por qué me da por sacar nuestros viejos apodos. Poni y Puff. Es como si me aferrara a los hilos que nos unieron a Jenny y a mí hace tiempo con la esperanza de que resistan. Pero es casi la una de la madrugada, ya no son horas de llamar. Se lo comento a mi madre.

—Vaya, no había caído en la cuenta de que era tan tarde —dice ella —.

Hay que acostarse. Pero llámala mañana. En cuanto te despiertes. No te pongas excusas. Siempre te guardas las cosas para ti, Riley. Te juro que por eso sufrías tanto estreñimiento cuando eras niña. Imagínate

hasta qué punto que el doctor Lexington me dijo que te iría mejor un psicólogo que un laxante. Le contesté que a quien necesitabas era a Jesús… ¡Pero es que hasta con Él levantabas un muro de piedra! Siempre dándole vueltas a todo, intentando buscarle explicaciones… A veces no hay que explicar las cosas.

A veces simplemente hay que soltarlas. No puedes dejarlas de lado y fingir que no están pasando. Como ahora con Jenny. ¿Quién sabe qué va a ser de vosotras en adelante? Me gustaría pensar que encontraréis la manera de arreglarlo. No sé cómo. También a mí me cuesta. Cuando pienso en Kevin apretando el gatillo… —Se calla y menea la cabeza—. Pero al mismo tiempo creo que debe tener la oportunidad de explicarse, igual que Jenny.

En el mundo siempre han pasado cosas malas, sobre todo a los que son como nosotros, pero no podemos cerrarnos en banda cada vez. No nos queda más remedio que seguir empujando. Lo mismo puede decirse de ti y de Jenny: tenéis que hablar y ver qué sale de ahí. Intenta que ella entienda el dolor que sientes y por qué lo sientes. Pero una cosa está clara: cerrarte en banda y dejarla a ella fuera no os va a reportar nada bueno a ninguna de las dos.

Dejando a un lado las embarazosas referencias a mi estreñimiento

infantil, sé que mamá tiene parte de razón.

Suelta un bostezo tan enorme que puedo verle la campanilla.

—¿Me traes mis cosas para la noche?

Voy hasta su maleta y saco el mismo pañuelo de seda estampado con flores con el que mi madre se cubre el pelo desde antes de que yo naciera, y el tarro gigante de Noxzema. Me coloco detrás de ella y le pongo el pañuelo cubriendo sus rizos flojos, intentando no fijarme en que el pelo empieza a clarearle. Ella abre el tarro de crema, coge una buena cantidad y se la extiende por la cara. Ese olor, el picor que me provoca en la nariz, siempre me recordará a mi madre.

—La echo de menos.

Me sale así, y no estoy segura de si me refiero a Jenny o a Gigi, pero el dolor es lo bastante fuerte para abarcarlas a las dos.

Mamá suspira y me acaricia la mejilla; lleva en la mano la calidez del fuego.

—También yo, cielo. Ella te quería con locura, y yo también.

Se despide de mí con un beso en la coronilla.

Cuando oigo el rumor de sus zapatillas alejándose por el pasillo, caigo en la cuenta de que no he llegado a hablarle de mis visitas al monumento y al museo. Vuelvo a sentarme y presto atención al zumbido silencioso que me rodea: los ronquidos de papá, el crepitar del fuego. De repente siento una gran paz y quietud dentro de mí. Ojalá pudiera embotellar este sentimiento.

Y eso me recuerda la promesa que hice en el museo. La tierra, el homenaje.

Impulsada por el alcohol, el azúcar y la pena, rebusco en los enmohecidos armarios hasta que encuentro un tarro de mermelada.

Una luna casi llena ilumina el patio indicándome el camino mientras ando, descalza, hasta donde empiezan los árboles. El aire es distinto al de Filadelfia. Huele a almizcle, a campo, a leña quemada y a tierra húmeda.

Me agacho y hundo las manos en la tierra para coger un puñado de tierra rocosa, dejando que me manche los dedos y se me meta bajo las uñas. Unas motas manchan la pulsera de perlas, se enganchan en el cierre. Hundo las manos una y otra vez. No pienso parar hasta que el tarro esté lleno.

Jen

22 de diciembre 18:07

De: jaybird2002@yahoo.com

Para: rwilson@gmail.com

Riley:

Se me hace raro escribirte un mensaje para esto. Un email también, pero l evo l amándote toda la semana y siempre me salta el buzón de voz. Tengo la impresión de que la única manera de saber de ti ahora mismo es curioseando en el Instagram de Shaun.

Siento mucho lo de Gigi. Estoy muy triste. Aún no puedo creer que ya no esté. Tampoco puedo creer que no l egara a despedirme de el a. Quería ir al hospital a verla, pero luego…

luego pasó todo. Pero de verdad que no entiendo por qué no me l amaste. Tengo la impresión de que me estás apartando de tu vida. Tal vez no sea así, pero no puedo evitarlo.

Y me duele, porque sabes que Gigi también fue una abuela para mí. Bueno, no como para vosotros, ya entiendo que no es lo mismo, pero el a fue lo más parecido a una abuela que he tenido, y tú sabes perfectamente cuánto quería a esa mujer. Me habría gustado mucho ir al funeral. Miré los bil etes de avión. Aunque no me quisieras al í, yo quería ir a presentar mis respetos, pero eran demasiado caros. ¿Cómo fue? Por favor, dime que la enterrasteis con el sombrero violeta. Recuerdo que me contó que iba a ponérselo el día que saludó al presidente Obama y también cuando él fue a la iglesia aquel a vez. ¡Luego hablan de hormigueos! Dios, cuánto la echo de menos.

¿Y sabes a quién también echo de menos? A ti, Riley. A ti. Lamento todas las razones por las que estás disgustada conmigo y lamento si he hecho algo para disgustarte.

Besos,

J

P.D.: Hice torrijas especiales. No eran tan buenas como las de Gigi. No me creo que no

volvamos a comer las suyas nunca más.

23 de diciembre 7:13

De: rwilson@gmail.com

Para: jaybird2002@yahoo.com

Jenny, ¡claro que te l amé por lo de Gigi! Te l amé desde el hospital esa misma noche, al menos cinco veces, y debías de tener el teléfono apagado. Quería hablar contigo, oír tu voz… No quise comunicarte la noticia dejándote un mensaje. Y luego, luego todo fue de locos, entre el funeral, el trabajo y las vacaciones. Pero no está bien. Lo siento. Yo también estoy destrozada por lo de Gigi. Tomo la salida para ir al hospital sin darme cuenta… y luego me acuerdo de que ya no está. El entierro fue bonito, duro, hermoso y terrible, como lo son todos. Y sí, la enterramos con el sombrero de color violeta y su vestido favorito, el del estampado de lilas. Una de las últimas cosas que me dijo fue: «Asegúrate de ponerme guapa, ¿me oyes? Quiero estar guapa para conocer a Jesús». Y lo estaba. Se la veía… en paz. Conseguí l egar a tiempo; murió dándome la mano. Te juro que sonreía. Como si el a y Jesús ya hubieran empezado a intimar. Ver que estaba lista para irse lo puso más fácil.

Incluso lo dijo varias veces esa misma semana: «Ya me toca ir pasando al otro lado». Éramos nosotros los que no estábamos listos… Nunca lo íbamos a estar.

Aunque no hemos hablado demasiado últimamente, he pensado mucho en ti, Jen. Te lo juro. Y me sabe mal si no te lo he sabido transmitir, porque soy consciente del estrés que has pasado. Que hemos pasado, porque a mí también me ha afectado mucho. No sé cómo explicarlo, porque no conocía a Justin ni a los Dwyer, pero su muerte me ha afectado como si hubiera sido la de un familiar. Quizá porque podría haber sido alguien de mi familia, Jenny.

Podría haber sido Shaun.

Es todo tan duro… y raro. No me resulta fácil cubrir esta historia, ser objetiva cuando tú eres parte de el a, ver los hechos desde ambos

lados, pero intento hacerlo lo mejor que sé.

Tengo algo para ti… de parte de Gigi. Dime cuándo te va bien quedar para que te lo dé.

24 de diciembre 12:48

De: jaybird2002@yahoo.com

Para: rwilson@gmail.com

Ahora me acuerdo: apagué el teléfono la noche que murió Gigi. Había ido a mi casa (¿he l egado a contarte que Kevin y yo nos instalamos en casa de mis suegros para evitar la

persecución de la prensa?) y me encontré una bolsa l ena de mierda en el umbral, y habían pintado la palabra ASESINO en la verja. Me quedé hecha polvo y solo quería aislarme del mundo. Y eso es solo la punta del iceberg. Ojalá pudieras ver todos los mensajes de odio que nos l egan. Los horribles troles de las redes sociales. ¿Has visto lo que dicen de nosotros? Las primeras cuatrocientas veces que te l aman cerda racista duele, pero luego ya pasas…

Riley, no sé a qué te refieres cuando hablas de ver el tema desde ambos lados. Y, si los hay, ¿tú no deberías estar en el mío?

Me siento fatal por lo que pasó. Dios, no te imaginas lo mal que me siento. Estuve en el funeral, ya lo sabes. Sé que lo sabes porque me viste al í. Para mí era importante presentar mis respetos, porque yo también estoy destrozada. Por la madre de Justin, esa pobre mujer…

Pero también por Kevin. Él no quería que esto pasara, y eso lo sabes, Riley. No me digas que no.

Esta mañana me he levantado antes que nadie y me he encontrado a Cookie haciendo pan de Navidad. Y antes de que pudiera reaccionar, la tenía abrazándome, deshecha en lágrimas, diciendo que tenemos que lograr que esta Navidad sea perfecta porque podría ser la última que Kevin pasa con nosotros durante mucho tiempo. Estaba tan hecha polvo que me he arrepentido de lo mucho que la he criticado siempre. Pero ya no sé por quién estoy más preocupada, si por el a, por Kevin o… por nosotras.

25 de diciembre 00:12

De: rwilson@gmail.com

Para: jaybird2002@yahoo.com

No te preocupes por nosotras, Jenny. Hablaremos. Pronto.

Siento que estés recibiendo tantos mensajes desagradables por las redes. Son asquerosos.

Créeme, sé de lo que hablo. Cada santo día me l egan comentarios a la página de la emisora sobre mis horribles rizos, o diciéndome que no debería ir de rojo, de violeta o de azul. Pero es aún peor cuando me l aman simia fea o dicen que debería volverme a África, yo y mis labios de negra.

Tampoco son nada nuevo. Hace un rato estuve echando un vistazo a los álbumes de fotos del colegio. Mamá me puso una caja delante de los morros y me dijo que empezara a l evarme lo que tengo en su casa. La están preparando para venderla, así que supongo que mañana será la última Navidad que pasaremos aquí. Es raro sentir nostalgia por algo que todavía existe. Pero la siento.

En cualquier caso, empecé a leer las cosas que los otros alumnos me escribieron al terminar el último curso. ¡Tú l enaste toda la contracubierta! Y me encontré con una nota de

Ryan DiNucci. ¿Lo recuerdas? Llevaba un corte de pelo de lo más ridículo, al estilo de los Backstreet Boys. Me escribió: «Buena suerte en la universidad. Algún día serás famosa». Lo que era bastante absurdo porque, cuando íbamos a séptimo, me dejó una nota en la taquil a diciendo «Te crees que eres la hostia, negra de mierda».

Y eso es lo que quería decirte: la gente siempre te pondrá verde y tienes que vivir con eso. Aguanta. Y disfruta de la Navidad, ¿vale?

De hecho, acabo de darme cuenta de que ya es Navidad. ¿Recuerdas lo que decíamos siempre en las fiestas de pijamas? «Nos hemos quedado despiertas hasta mañana». Feliz Navidad, Jenny.

Besos,

R

25 de diciembre 15:02

De: jaybird2002@yahoo.com

Para: rwilson@gmail.com

Estoy intentando pasar una feliz Navidad, lo que de momento significa que estoy escondida en el sótano con los niños para tener un momento a solas. Hay demasiada gente en esta casa. Todas las tías y tíos y primos han venido de Scranton. En la familia de Kevin se reproducen como conejos. Lou también está aquí, y se emborrachó tanto de ponche anoche que le dijo a Cookie que su corte de pelo parecía una lámpara. Las cosas aún estaban tensas esta mañana, mientras abríamos los regalos, pero Lou le dio a Cookie una toal a con la cara de Dol y Parton y Cookie literalmente la abrazó. Nunca pensé que l egaría a ver algo así. Me sentí muy boba regalándole a Kevin el álbum de recortes que le hice porque no podía permitirme un regalo de verdad, pero creo que le encantó. Luego Mat le regaló una bonita cartera de piel con sus iniciales grabadas y la inscripción «Hermanos de armas» y Kevin se quedó ensimismado toda la mañana.

¿Por qué no me contaste lo de Ryan DiNucci cuando pasó? Le habría dado un guantazo en tu nombre. ¿Y por qué no me habías dicho que te insultan en las redes? Yo te lo cuento todo de mi vida. No entiendo por qué me ocultas esas cosas.

Tengo muchas ganas de quedar contigo. ¿Qué tal la semana que viene, cuando habríamos celebrado la fiesta por el bebé? Que se ha cancelado, por cierto. Creo que Cookie iba a l amarte para decírtelo, pero supongo que no hace falta. No quedaría bien. Estoy decepcionada, pero tengo tantas ganas de verlo, Riley. No te imaginas cuántas.

25 de diciembre 16:12

De: rwilson@gmail.com

Para: jaybird2002@yahoo.com

Espera. ¿Has dicho verlo? ¿Es un chico?

25 de diciembre 20:20

De: jaybird2002@yahoo.com

Para: rwilson@gmail.com

Oh, mierda… ¡Sí! Es un chico. No se lo he dicho a nadie. Tal vez sea una chorrada, pero me gusta tener un secreto. Algo que solo sé yo. Ni siquiera se lo he dicho a Kevin. No le digas nada a nadie.

Las cosas mejorarán pronto. Tengo que convencerme de el o. Van a acabar la investigación y a absolver a Kevin. Fue una tragedia horrible, pero él no hizo más que seguir el protocolo que le enseñaron en la instrucción. Nuestra vida volverá a ser como antes. Vendrás a cenar a casa, con Kevin y conmigo, y todo esto quedará atrás.

26 de diciembre 23:20

De: rwilson@gmail.com

Para: jaybird2002@yahoo.com

¿Que las cosas volverán a ser como antes? Por Dios, Jenny, hay un chico inocente muerto. ¿Y

Kevin y Travis Cameron podrán seguir con su vida como si no hubiera pasado nada? No sé cómo eres capaz de sentarte con tu marido a comer hamburguesas y actuar como si no tuviera importancia. La tiene. Y el hecho de que no lo veas…

Riley

El último email que escribí para Jen lleva días en la carpeta de borradores, sin enviar. Me pide a gritos que lo mande. Lo mismo sucede con otros diez borradores que he escrito desde entonces, algunos más largos, otros más sentidos, uno que constaba solo de una frase: «¿Qué coño dices, Jenny?».

Pero cada vez que voy a darle a enviar, me paro. Me digo que es porque un email no deja de ser una manera de escurrir el bulto. Me digo que es porque no quiero complicar más las cosas. Me digo que ahora mismo no tengo tiempo para lidiar con la ruptura y que es más fácil eludirla. Me digo que estoy siendo generosa y que le estoy concediendo espacio. Me digo que lo mejor es dejar pasar el tiempo, que lo difumina todo, y que en algún momento las cosas volverán a ser como antes con más o menos diferencias.

De todas las excusas, esta última es la mentira más gorda. Las cosas no pueden volver a ser como antes porque estoy demasiado enfadada. El último mensaje, esa actitud optimista por parte de Jen, como si ella y Kevin pudieran echar tierra sobre el niño muerto y seguir adelante, ha roto algo en mi interior. A ver, ya entiendo que ella no quiere que su marido vaya a la cárcel; quiere recuperar su vida normal. Y yo también se lo deseo. O, mejor dicho, debería deseárselo. Quiero desearlo. Pero hay una parte de mí, profunda y visceral, que no puede olvidar la muerte de un niño inocente. Tal vez fuera un trágico accidente, pero eso no los exime de las consecuencias.

¿No era esa una de las primeras lecciones que nos enseñaban en los Sunshine Kids? Justicia. O la versión más dura que me inculcaron en la

escuela dominical: ojo por ojo. Alguien debe pagar. Kevin debería pagar. La sensación de estar traicionando a mi amiga me corta la respiración.

Pero Kevin no va a pagar. En realidad, ni él ni nadie. Tengo los hechos en la pantalla, delante de mí, cuando cierro el correo. He estado investigando para el reportaje de esta noche, recabando datos sobre las acusaciones y condenas a agentes del orden. Son sorprendentes, y confirman una verdad que todos ya sabíamos: los policías casi nunca son procesados ni condenados por disparar mientras están de servicio. Siempre hay una defensa, una razón, una justificación, un muro de lealtad o un tecnicismo legal detrás del que ocultarse. Siempre hay

algo. Lo que diré esta noche subraya estos hechos: desde 2005, ciento diez agentes de policía se han enfrentado a cargos de homicidio o asesinato por disparos en actos de servicio; de ellos, solo cuarenta y dos fueron juzgados, a menudo con cargos menores, el típico tirón de orejas. Se me revuelven las tripas al enviar el texto al departamento de gráficos para que aparezca en pantalla durante la emisión de esta noche.

Suena el teléfono justo cuando intentaba decidir si tengo tiempo de huir del correo, de la investigación y de mis sentimientos para ir corriendo a la máquina de snacks antes de la reunión de la tarde. Mi cuerpo pide a gritos una bolsa de Cheetos. Total, nadie me llama nunca al teléfono del trabajo, todo el mundo usa el móvil; en realidad, solo tres personas tienen este número. Así que, de alguna manera, sé que es Gaby antes de descolgar, y también sé que estará mosqueada conmigo.

—¡Ya era hora! Sabía que te pillaría en el trabajo. Joder, tía, ¿qué tiene que hacer una para que devuelvas las llamadas? Te he llamado mil veces.

—Lo sé, lo siento, Gabs. Ha sido de locos.

Me entran ganas de llorar con solo oír su voz. No he hablado con ella desde poco antes del funeral de Gigi. Se iba de crucero con la familia

durante las vacaciones de Navidad y no quería molestarla con mis mierdas mientras ella navegaba hacia islas lejanas que la mayoría de la gente no verá nunca.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido la Navidad? ¿Recibiste mis flores?

—Sí, gracias.

Era literalmente el ramo de flores más enorme que he visto nunca.

—¿Te quedas por allí? ¿Qué planes tienes para Nochevieja?

—Pues… ¿darme un atracón de episodios de *Super Soul Sunday*?

La verdad es que me he ofrecido voluntaria para trabajar mañana por la noche porque no tengo nada mejor que hacer, pero, si se lo digo, me caerá otra bronca por trabajar demasiado.

—Una dosis de Oprah nunca va mal, las cosas como son, pero suena bastante triste. Te noto triste.

—Estoy bien, concentrada.

—¿Quién, tú? —Gabrielle se ríe.

Pero no estoy de humor para sarcasmos.

—Venga, hablemos en serio, ¿qué te pasa, tía? Has estado fatal. Me preocupas.

Bajo la voz, aunque la sala está llena de gente atareada y nadie me presta atención.

—Ya, Gabs. Es que… no sé, creo que estoy cabreada con el mundo ahora mismo. Es algo que ha ido creciendo… Todo lo que me pasó en Birmingham, más negros muertos en la calle, un presidente cuyos mensajes discriminatorios encubiertos son tan descarados que pueden oírse desde el espacio exterior. Estoy harta y a punto de estallar. Como si de repente fuera más consciente que nunca de todas las injusticias del mundo. Y cada vez me cuesta más pasar página, buscar la manera de evitar este cabreo

constante. Incluso me enfadé con Gigi por morirse. O quizá con Dios, por llevársela. Ni siquiera lo sé.

Puedo descargar parte de esta ira en Gaby, como si dejara en el suelo un bulto pesado para sacudir un poco los brazos antes de recogerlo otra vez.

—Mierda, Rye, lo siento. Son muchas cosas. No te faltan razones para estar cabreada. Bueno, no con Gigi; esa mujer era un tesoro nacional y tuvo una vida larga. Pero te entiendo. En cuanto a todo lo demás… Sí, claro. En fin, que tal vez ya sea hora de que te enfades, de que lo saques todo. Quizá no te has enfadado lo suficiente hasta ahora.

Quizá sea eso. Quizá todas las estrategias que he aprendido, de las que me he enorgullecido incluso, para que no me afectaran ciertas cosas, para hacer caso omiso de comentarios malintencionados en el trabajo y de los profesores que me acusaban de copiar cuando mis exámenes eran muy buenos, para superar todo lo que ha pasado con Shaun, han acabado cobrándose su precio. Siempre he intentado aceptar las cosas como son, a lo Booker T. Washington. Trabajar mucho, destacar, ser respetable… era lo que se suponía que debíamos hacer. Era la única manera de sobrevivir en un mundo donde tú no dictabas las reglas, en un partido diseñado para que perdieras tú. Pero no se trataba de un juego, sino de supervivencia. Y para sobrevivir no podías enfadarte mucho, ni disgustarte demasiado, ni mostrarte muy exigente, porque

todo eso conllevaría consecuencias…

Perder un empleo, perder la cabeza o, peor aún, perder la vida. Era un mensaje que había calado en mi interior, y permanecía allí como un nudo en el estómago.

Me llega un recuerdo: un día, después de ver un documental sobre el Domingo Sangriento, me volví hacia mi padre y le pregunté: «¿Cómo pudisteis soportarlo?». Él me entendió: la opresión impuesta por las leyes Jim Crow, todas las humillaciones que había experimentado al crecer en la

Georgia rural, como beber de fuentes solo para negros, no dirigir la mirada a ningún blanco con el que se cruzara, que lo llamaran «chico» o cosas peores. Mi padre se quedó en silencio un momento, con las manos apoyadas en la barriga y una franja de piel asomando por encima de la cintura del pantalón.

«Hay cosas que no se pueden cambiar, cielo. Los blancos se comportarán como blancos, y puedes sentirte ofendido y enfadado todo el tiempo con ellos, y dejar que ese rencor te devore. Mucha gente lo hace, ¿y quién puede culparlos? Pero también puedes optar por controlar lo único que está a tu alcance: tu cabeza. Tú decides. "No, no voy a dejar que acaben conmigo.

No voy a amargarme, voy a ser mejor…". Y mejor no solo en el sentido de trabajar más. También en tu carácter, en la capacidad de desafiarlos con tu alegría hagan lo que hagan. Eso es lo que tu mamá y yo hemos intentado inculcaros».

Pero ¿cuál es el sentido de aspirar a más, de ser la excepción a la regla, la anomalía? ¿Qué sentido tiene destacar cuando toda tu comunidad está luchando, incapaz de tomarse un respiro, soportando que la opresión les pise el cuello hasta cortarles la respiración?

Gaby inspira profundamente. Adivino que se prepara para contarme algo de ella, uno de sus pasatiempos favoritos.

—Mira, creo que necesitas hablar con Jen. Ya sabes que no es santo de mi devoción, pero respeto la amistad que tenéis y estoy segura de que, si hablarais cara a cara… Intenta explicarle cómo te sientes. Debes confiar en que, en cierto sentido, ella te entenderá. Y si no lo hace…, bueno, entonces es que no es la amiga que creías tener.

Tal vez por eso tengo una carpeta llena de correos sin enviar. Al fin y al cabo, lo que me da miedo es que Jen no lo entienda. Quizá siempre

he tenido ese miedo. Por eso no le conté lo de la nota de Ryan en la taquilla, ni

lo de Birmingham, ni siquiera lo que pasó con Shaun el año pasado. Ella podría escucharme, pero no entenderlo de verdad. Y quizá no deba enfadarme por eso, pero me molesta. ¿Por qué no hemos hablado más sobre temas raciales? Gaby y yo hablamos del tema casi todos los días, sobre todo de las putadas que salen en las noticias o que nos suceden a diario. Por ejemplo, hemos criticado mil veces a los capullos que siempre nos toman por la dependienta de cualquier tienda del centro comercial. Pero también es verdad que con Jen abordo otros temas que pocas veces comparto con Gaby, como mis problemas de ansiedad, la depresión, o mi sensación de no encajar en ningún sitio. Además, Jenny y yo nos conocimos cuando éramos niñas, durante ese periodo, breve y fugaz, en que los niños no tienen color.

No hablábamos de temas raciales a los cinco, diez o quince años, y ahora…

nos falta práctica. Así que ya no sé si es más una cuestión de voluntad o de costumbre. Lo cual me lleva a otra pregunta más desoladora: ¿y si, al final, siempre habrá una parte de mí a la que ella no tendrá acceso debido a nuestras experiencias previas? Es como si una grieta minúscula entre las dos se hubiera ido ensanchando hasta hacerse enorme y nuestra amistad corriera el riesgo de despeñarse por ella.

—¿Y qué quieres que le diga, Gaby? ¿Que lo que ha hecho su marido me parece imperdonable? ¿Que es parte de la cadena de racismo sistémico que mata a hombres como mi padre o mi hermano? ¿Que si no ve que el problema de fondo es la raza es que no se entera de nada?

El nudo en el estómago se me retuerce ante la posibilidad de tener que explicárselo.

—Bueno, sí. Eso para empezar. ¿Cómo puedes llamarla amiga si no podéis ser sinceras la una con la otra? Te lo diré muy claro, mal que me pese: llevas años esquivando el conflicto con ella. Mira, yo tengo una sola amiga blanca. Ya sabes quién es, Kate, del trabajo. En realidad es más una

conocida con la que voy a comer, pero, aun así, no me corto a la hora de decirle lo que pasa. Y también le llamo la atención. Como la semana pasada, por ejemplo, cuando dijo que nuestra otra compañera, Lakeisha, estaba teniendo un comportamiento muy «de gueto» en una

reunión. «Oh, oh, Katie, bonita, vamos a tener una charla, tú y yo». Quizá yo me paso de rosca… No, no me contestes, yo soy así. En resumen: deberías tener la libertad de decirle a Jen lo que quieras. Necesitas sacarte ese peso de encima cuanto antes.

—Tienes razón, Gab. Mi madre me dijo lo mismo. Ahora solo me falta encontrar el momento.

—Esa es la historia de tu vida, chica.

—Hablando del tema, llego tarde a una reunión. Tengo que irme.

Adiós a mi antojo de ganchitos. Cojo el cuaderno y salgo pitando hacia la sala de reuniones. Llego tres minutos tarde y Scotty me fulmina con la mirada, pero no para de hablar.

—Vale, ¿quién se encarga de los Mummers?

La misma idiotez de cada año. Los Mummers son un hatajo de viejos blancos xenófobos que se pintan las caras de negro, marrón o rojo, y se visten con ropas de mujer para desfilar por la ciudad el día de Año Nuevo.

Shaun me reenvió un enlace esta mañana, un editorial de Ernest Owens que apareció en la revista *Philly* de hace un par de años, con el titular: ¿QUERÉIS

ACABAR CON LA FALTA DE DIVERSIDAD DE LOS MUMMERS? PUES LLAMADLO «EL

DESFILE DEL LEGADO BLANCO».

No pienso ofrecerme para eso, y a Scotty ni siquiera se le ocurre mirar en mi dirección. Con todo lo que ha pasado este año, cabría pensar que cancelarían el desfile, pero hasta el momento el alcalde se ha limitado a emitir una severa advertencia hacia los Mummers, exigiéndoles que se comporten mejor que nunca… si no quieren problemas.

Mi teléfono vibra. Estamos en una redacción, así que nadie pestañea

siquiera. Cuando veo de quién se trata, salto disparada hacia la puerta al tiempo que indico por señas a Scotty que debo atender la llamada. Estará encantado de que lo haya hecho cuando se entere de que era Sabrina Cowell, quien, con un poco de suerte, llama para decir que acepta la entrevista conmigo. Scotty lo ha estado preguntando un día

sí y otro también. No la he visto desde la noche del evento. Tampoco recuerdo haberle dado mi número, pero no me sorprende que haya conseguido hacerse con él.

—Hola, soy Riley.

—Hola, Riley. Soy Sabrina.

—Oh, hola, Sabrina. ¿Cómo va…?

—Escucha, el departamento de investigación ha completado el informe sobre el tiroteo y nos lo ha rebotado. Vamos a procesar a Kevin Murphy y a Travis Cameron. —Hace una pausa—. Mi plan es presentar el caso ante el gran jurado la semana que viene. La acusación será asesinato en primer grado. Ojo, no creo que el gran jurado lo admita, pero lanza un mensaje en sí mismo.

Sus palabras me causan tal impacto que tengo que apoyarme en la pared del pasillo. Una parte de mí lo veía venir, pero había otra que pensaba que Kevin podía escabullirse entre las grietas del sistema judicial como lo han hecho tantos otros antes que él. O que al menos se enfrentaría a un cargo menor, el clásico tirón de orejas.

Y en mi cabeza surge la imagen de Jenny.

Yo pedí enterarme de esto. Lo deseaba. Le hice la pelota a Sabrina para que me pasara la información, y ahora detesto tenerla en mi poder.

—¿Riley?

—Sí, estoy aquí.

—Tenemos información adicional sobre el agente Murphy… —Su pausa

parece durar una eternidad—. Podría ser… menos culpable que Cameron.

«Menos culpable». El corazón se me acelera.

—¿Qué información?

Llevo semanas presionando a mi fuente en la comisaría del distrito para conseguir la exclusiva de los informes policiales, pero dada la repercusión y la importancia del caso, mis esfuerzos no han dado el menor fruto.

—No puedo decírtelo ahora. Lo que sí te digo es que mi único objetivo aquí es hacer justicia, hacer justicia para la familia de Justin. Me conformaría con castigar al agente que sea más culpable, sobre todo si tenemos pruebas que lo justifiquen y lo dejen claro delante de la opinión pública. De hecho, lo veríamos como una victoria para los Dwyer, sobre todo si eso evita que Tamara Dwyer tenga que enfrentarse a un juicio donde le tocaría revivir lo que le ha pasado a su hijo y soportar toda la atención mediática. Pero eso implica que el agente Murphy testifique contra su compañero. Quiero que cada agente de la policía de Filadelfia entienda que es responsable de sus actos, pero que, en un sentido más amplio, también lo son a la hora de preservar la credibilidad y el prestigio de todo el departamento. Se acabaron las coartadas, se acabó eso de poner la otra mejilla, se acabó esa lealtad ciega. Cada uno de los agentes debe exigir el máximo de los demás, y eso implica honestidad y transparencia de arriba abajo. También implica que mandamos un mensaje claro a los agentes que no cooperen. A la luz de lo que hablamos y de tu «peliaguda» posición en relación al caso, quería ponerte al tanto.

Me pregunto el porqué. ¿Por mi amistad con Jen? Hace semanas que no la veo, y no influyo para nada en las decisiones de Kevin. Si eso es lo que Sabrina busca, va mal encaminada.

—De acuerdo —me limito a decir.

—En parte, también quería que lo supieras porque estoy considerando la

posibilidad de concederte la entrevista para cuando se anuncien los cargos.

No va a ser un caso fácil, y presentar la historia de la manera correcta puede ser decisivo.

—¿A qué te refieres con «presentar la historia»?

—Sabes tan bien como yo que la opinión pública pesa tanto como cualquier juicio. Tampoco tengo que decirte que estos casos son difíciles para la acusación: la ley favorece a los polis, y eso es algo que debemos cambiar. Quiero una condena. Quiero justicia para los Dwyer, y tengo una estrategia para conseguirlo. Pero también busco que la gente ejerza presión y esté pendiente del caso. Quiero que todos los miembros del jurado y todos los ciudadanos de Filadelfia entiendan bien lo que está en juego, quiero que entiendan el cómo y el porqué de las reformas que planteo, que planteamos, para esta ciudad.

Y aquí entras tú.

En otras palabras, para Sabrina soy el escalón hacia su pedestal. Está bien, no es la primera persona que intenta manipular a los medios para sus fines y saca la cabeza para que le den los focos. No habría llegado hasta aquí si no lo hubiera hecho. Aun así, el trasfondo egoísta y la idea de usar el caso como medio para un fin me hacen dudar: ¿Sabrina busca justicia para Justin o para sí misma? Aunque este razonamiento se acerca demasiado a cuestionar mis propias motivaciones.

—Entretanto, esto debe quedar entre nosotras. Si no conseguimos que la acusación salga adelante, no quiero que el público sepa que lo intentamos y fracasamos. No sería bueno ni para la oficina del fiscal, ni para los Dwyer, ni para la ciudad de Filadelfia. Hay demasiadas cosas en juego. Las calles son un polvorín. No quiero ser yo quien prenda la mecha.

—De acuerdo. No diré nada de todo esto, Sabrina.

Sea lo que sea esta puesta al día, también es una prueba de confianza.

«¿De qué lado estás?».

—Perfecto. Seguimos en contacto —dice Sabrina, y luego cuelga.

Aún no estoy segura de a qué está jugando, pero tengo claro que desconozco las reglas del juego. Si quedarme callada implica lograr la entrevista, le seguiré el juego. Pero hay cuatro palabras que no se me van de la cabeza: «asesinato en primer grado».

Digiero el peso del secreto como si fuera una piedra que va bajando despacio y luego, bum, se aposenta allí, formando parte de mí. Antes de apartarme el teléfono de la oreja, oigo a Scotty gritando mi nombre. «¿Qué pasa ahora?». Bart se acerca al trote con un plátano en las manos, como siempre.

—Eh, tenemos un accidente grave en la 676. Scotty quiere que vayamos ya.

La voz de Scotty resuena en la sala de reuniones.

—¡Riley, ven ahora mismo! Te quiero la primera en la escena. Prepárate para salir en directo en el momento cumbre del programa.

Cojo todo lo que necesito, tan eficaz como un bombero que acude a

apagar un incendio. Abrigo, sombrero, tacones, el estuche de maquillaje; en menos de cuatro minutos estoy subida a la furgoneta. Bart arranca el coche antes de que haya cerrado la puerta y luego pisa el acelerador como un piloto de carreras, su vocación frustrada; conduce a toda leche por calles vecinales para evitar así los atascos de la autopista, hasta que nos acercamos al lugar del accidente.

Con más de una década en la sección de noticias locales, he cubierto un buen número de accidentes y escenas del crimen; he tenido mi ración de sangre, tripas y cadáveres. Resulta fácil endurecerse frente a todo eso, tan fácil que a veces me preocupa. Mientras nos acercamos a la maraña de metal retorcido, reparo en las manchas de sangre en el asfalto, en la zapatilla de tenis de color azul que yace en la carretera, solo una, en el olor

acre a aceite hirviendo y goma quemada. Intento concentrarme en recabar información sobre los hechos a partir de las declaraciones de los agentes que hay en el área. Me alegra ver a Pete entre ellos. Nuestros caminos profesionales se han cruzado varias veces. Con sus veintiún años, tiene más pinta de niño disfrazado que de un auténtico poli. Los espectadores de Joplin debieron de haber pensado lo mismo de mí a esa edad, cuando me veían en sus pantallas: una cría vestida de presentadora. Es increíble que alguien nos tome en serio en nuestros primeros empleos; es el equivalente profesional de andar por casa con los zapatos de tacón de tu madre.

Los polis no son muy de mi agrado, pero Pete me cae bien, y el sentimiento parece ser mutuo. Siempre se muestra dispuesto a ayudar, a diferencia de otros que he conocido, que prefieren guardarse toda la información y hacerme pagar con esfuerzo cada mínimo dato. Pete me dice que hay dos personas muertas y otras dos de camino al hospital. Los paramédicos están trabajando con una mujer que yace inconsciente en el asfalto, exponiendo ante todos su sujetador viejo y una barriga considerable. Luego me llega un sonido al que tengo que prestar atención, un llanto histérico.

—¿Es un bebé? —pregunto a Pete.

Su mirada se posa en la ambulancia.

—Sí. Tres años, lo llevan ahora al hospital. Pero está bien. Iba atado en la sillita del coche, que se soltó pero lo mantuvo sujeto. Solo está asustado. Y

esa es su madre. —Señala a la mujer tendida en la carretera—.

Pronóstico reservado. El otro conductor, que va de camino al hospital, puede que esté borracho. Pero no puedes informar de eso hasta que me confirmen que puedo decirlo.

—¿Lo harán antes de que salgamos en antena?

—¿Cuánto falta?

—¿Unos cinco minutos?

—Lo intento.

Salgo corriendo hacia la furgoneta para retocarme el maquillaje y para que me pongan el micro mientras voy poniendo al día a Scotty.

—La sangre mola, como suelen decir. Conectamos contigo a las 17.03 o 17.04.

Ya está vociferando órdenes a alguien antes de colgar.

Faltan cinco minutos para la conexión, tiempo suficiente para revisar el correo. Luego me paso cuatro minutos y medio arrepintiéndome de haberlo hecho.

—Tiene que ser una puta broma.

No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que Bart levanta la cabeza sorprendido.

—Riley Wilson diciendo tacos. Vaya. ¿Qué pasa?

—Nada, nada, todo bien.

Tiro del pañuelo que llevo al cuello, que de repente noto como si me ahogara. Me lo arranco y abro la puerta de la furgoneta. Lanzo el móvil al asiento del copiloto como si acabara de darme una descarga eléctrica. A lo mejor, cuando vuelva a cogerlo, el mensaje habrá desaparecido. Será una broma que me ha jugado la mente. Ese nombre se habrá borrado de la bandeja de entrada.

«Corey».

Acepté que no volvería a ponerse en contacto conmigo. ¿Por qué iba a hacerlo? Y esa intuición se acentuó cuando me quedó claro que él había pasado página. Hace un par de meses me metí en su página de Facebook.

Había más de una foto de él acompañado de una chica, que era la clase de mujer con la que yo siempre lo había imaginado: de un estilo entre artístico

y bohemio, a juzgar por los vestidos de campesina y el corte de pelo asimétrico; alegre, blanca. Todo lo que yo no sería nunca.

¿A qué venía eso ahora? ¿Habrían cortado? ¿Habría visto quizá la entrevista con Tamara? ¿O tal vez le pasaba algo? ¿Y si tenía cáncer, o necesitaba un riñón? Por un momento me permito considerar una posibilidad mucho más peligrosa: «¿Y si nunca ha dejado de estar enamorado de mí?».

—Hora de que empiece el espectáculo —dice Bart, con un profundo suspiro.

—No seas bruto, Bart. —Pero no puedo evitar sonreír.

Supone al mismo tiempo una bendición y una maldición que las conexiones en directo no se paren por nadie. Cierro la furgoneta dejando el móvil dentro y me olvido del email. Intento alisarme el flequillo chafándolo contra la frente con las manos, y me miro por última vez en el retrovisor para asegurarme de que voy bien maquillada. Es un milagro: se me ve serena y seria; el temblor de rodillas me delataría, pero queda fuera de plano.

Cuando me estoy colocando ante la cámara, Pete me hace una seña: el pulgar alzado significa que puedo informar del conductor borracho.

Estos reportajes en directo pueden ser estimulantes o agotadores.

Después de todos estos años, he aprendido a aislarme de todo y concentrarme solo en la pequeña lente que tengo a tres metros. Salgo a escena y lo único que importa es que sea capaz de recitar mi papel, tal y como hago ahora en cuanto adopto la posición —el micro firme en la mano enguantada, la vista al frente, la espalda recta y una mirada cálida— y empiezo a soltar los detalles más morbosos y trágicos del accidente después de que Ben me dé la entrada. La sección se acaba en menos de tres minutos.

Por el auricular oigo que Chip y Candace pasan a un incendio en una casa de Point Breeze. Mi trabajo aquí ha terminado.

No me permito mirar el móvil durante todo el viaje de regreso a la emisora aunque dura el doble, dado que ahora Bart no se salta el límite de velocidad. Tampoco lo miro cuando estoy en el camerino

quitándome el maquillaje. Sigue hundido al fondo de mi mochila mientras vuelvo a pie a casa. Por el camino empieza a llover, el frío arrecia, y no me molesto en cubrirme la cabeza. El paraguas, el tiempo, mi pelo…, todo es irrelevante.

Ya en casa me pongo las mallas, como si fuera una tarde cualquiera. El teléfono yace en la encimera mientras me preparo un vodka con tónica; alargo el proceso tanto como puedo y hasta me entretengo en cortar una rodaja de un limón que agonizaba en la nevera. En este momento mi expectación se ha convertido en una especie de frenesí eufórico. Supone una tortura exquisita retrasar lo inevitable, especular sobre lo que Corey me habrá dicho; me parece mucho mejor que descubrirlo.

Dejo que el vodka surta su efecto mientras nuestros tres años de relación van proyectándose en mi mente como si fueran un cortometraje. De hecho, el principio fue bastante de película, incluida una súbita tormenta inesperada. Yo estaba en Chicago para asistir a una conferencia de la National Association of Black Journalists. Durante una de las pausas, salí del hotel y recorrí unas cuantas manzanas para comprarme una pasta en una panadería de la Michigan Avenue que todos habían estado poniendo por las nubes. Unas nubes que de repente descargaron y me pillaron a la intemperie y sin un paraguas, una auténtica catástrofe teniendo en cuenta lo que había pagado en la peluquería y la mesa a la que debía asistir en veinte minutos, que estaría plagada de altos ejecutivos de prensa.

Histérica, intenté parar un taxi desde debajo del toldo de la pastelería, y, en cuanto vi acercarse una luz amarilla, salí a la acera con tanta prisa que

tropecé, me torcí el tobillo y caí en los brazos de un hombre que llevaba un rapado de lo más sexy y tenía las pestañas más largas que había visto en mi vida. Si alguien me lo contara, juraría que se lo estaba inventando. Tal vez fuera el evidente romanticismo de todo ese absurdo lo que me atrajo al principio, porque el extraño en cuestión no era para nada mi tipo. Shaun puede sentir predilección por las rubias, pero yo jamás había mirado dos veces a un tipo blanco.

Resultó que también se hospedaba en el Hilton y que estaba en la ciudad para participar en un congreso del sector inmobiliario. Así que recorrimos el camino de vuelta juntos bajo su gigantesco paraguas. Me preguntó si quería cenar con él mientras entrábamos por la puerta giratoria.

—Si voy a cenar contigo, tendré que saber tu nombre —dije, impresionada ante mi intento de coqueteo.

—Corey, y tú eres Riley.

Ante mi expresión confusa y ligeramente aterrada, señaló la acreditación que yo llevaba prendida del pecho.

Esa noche cenamos en un restaurante turístico del barrio griego. Había algo íntimo y encantador en comer panqueques en uno de esos viejos bancos curvos, donde te tenías que sentar al lado del otro como si estuvieras desayunando en la cama. Me pasé el rato pensando que debía de haberme echado algo en la bebida. Si no era así, ¿cómo explicar lo contenta que me sentía, alegre incluso, borracha por culpa de aquel vino espumoso barato, y por qué seguía contándole cosas personales y embarazosas? Cosas como mis celos por la herencia de Gaby y su enorme salario en Nike; como mi dominio del español cuando, como mucho, lo chapurreo; o como mi tendencia a actuar como si fuera una mujer de mundo cuando ni siquiera tengo pasaporte.

Corey aportó sus propias confesiones, aunque eran más tiernas que

bochornosas. Habló ceceando hasta los diez años; falló estrepitosamente a los once en una edición escolar de *Jeopardy*!; su primer sueño erótico incluía a Maria, de *Barrio Sésamo*. Su película favorita era *El rey león*.

—Lloro cada vez que la veo.

—¿Y quién no? —repuse.

—Los sociópatas.

Cuanto más me preguntaba, más me desarmaba, y no paraba de hacer preguntas, como si no quisiera perder el tiempo en charlas banales. Después de cenar paseamos por el parque Grant, y abordamos nuestra biografía romántica: seis años con una compañera de universidad para Corey, que habían terminado el año anterior; tres relaciones poco lucidas para mí, si es que podía llamarlas así: dos ligues deslucidos en la universidad con tipos que no se ofendían demasiado porque yo los mantuviera a distancia (les bastaba que fuera una chica de piel tostada y pelo largo) y luego Alex, un compañero de trabajo de Joplin. Esa relación de un año fue tal vez lo más próximo que había estado yo del amor, pero se hallaba a eones de distancia de ese sentimiento. A veces me preguntaba si era capaz de enamorarme. Y

se lo dije. En voz alta. Nunca había vomitado tanta información personal a un desconocido hasta entonces. Para mí era una experiencia extraña, más aún cuando nos dirigimos a su habitación del hotel, donde, en algún momento, la noche tomó un rumbo inevitable.

Cuando Corey metió la mano en mi entrepierna antes incluso de que hubiéramos llegado a su habitación, ambos nos asombramos al ver lo húmeda que estaba. Era como si mi propio cuerpo traicionara la evidencia de mi deseo. Me habría avergonzado por dejar traslucir algo tan primario, me habrían preocupado las cámaras del ascensor o que alguien pudiera verme, me habría recordado a mí misma que las chicas decentes no hacen esas cosas, si mi mente hubiera sido capaz de pensar algo que no fuera: «Sí,

aquí y ahora». No me importaba nada más. Ni siquiera me molestó que, después de dos horas de sexo, estuviera agotada y sudorosa. Durante toda la noche fui una extraña para mí misma, libre de cualquier inhibición.

Incluso recordarlo me provoca un hormigueo entre las piernas. Estrujo un cojín que tengo en la falda, como si así pudiera aplacar cualquier resto de lujuria.

A la mañana siguiente desperté en la habitación de Corey, escocida y cansada. Me sentía como si hubiera pasado una noche con fiebre o como imagino que se siente uno bajo los efectos de un chute de heroína. Me levanté desnuda a recoger mi ropa, que estaba esparcida por toda la habitación, y me agaché a buscar el sujetador, que había terminado debajo de la cama. Mientras tanto, Corey me observaba como si pudiera ver a través de mí. No quería que me mirase así. No quería sentirme como me sentía. No quería empezar a salir con un chico blanco. No quería una relación a distancia. Mientras me vestía, se lo expliqué tan bien como pude, saltándome la parte del chico blanco.

—Vale, Riley —dijo Corey en un tono que no supe descifrar. ¿Juguetón?

¿Resignado? ¿Molesto?—. Parece que sabes lo que te conviene. Al menos dame un beso de despedida.

Me incliné sobre la cama para darle un beso rápido. Antes de que pudiera apartarme, me cogió de la barbilla para acercarme a su cara y su lengua buscó la mía hasta que me rendí por completo, demasiado débil y temblorosa para resistirme. Cuando por fin logré

desembarazarme de él, no me atreví ni a decir adiós: salí pitando de la habitación. No había pasado ni una hora, después de una ducha prolongada con la que intenté borrar todo rastro de sexo y de aislar el recuerdo como un fugaz incidente en mi vida del que nadie tenía que enterarse, cuando recibí un mensaje de texto.

Acabo de comprar un bil ete para Birmingham. No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Tenemos que ver adónde conduce esto.

Esta capacidad de Corey para actuar como si todo fuera a encajar en su vida, porque siempre había sido así, dado su estatus privilegiado de chico guapo de Connecticut, era algo que me encantaba y a la vez odiaba de él. La confianza que tenía en sí mismo bordeaba la arrogancia, y, cuando no me sacaba de quicio, la encontraba supersexy. En cualquier caso, sus trucos de Jedi funcionaron. Nueve meses después lo estaba presentando a mi familia, el fin de semana antes de Acción de Gracias. Dios, qué miedo pasé antes de esa visita. Pero, a la hora de la verdad, allí estaba yo, viendo a Corey contemplar nuestra «Pared del orgullo», el largo pasillo que va desde la puerta principal hasta el salón, completamente forrado de fotos de familia, que incluyen el imprescindible retrato de Martin Luther King júnior, junto con varios momentos trascendentales para la historia de los negros: la portada del *New York Times* del día que Obama fue elegido presidente, dos poemas de Maya Angelou, un póster con una lista de inventos que han hecho los negros, etcétera. Imitando a mi madre, le expliqué los orígenes de esa pared.

—El mundo puede intentar decirte que vales menos que otros, pero, cada vez que entres y salgas de esta casa, verás esta pared y recordarás quién eres y quién puedes llegar a ser.

Podría decirse que era el lema de la familia.

Corey declaró que aquella exposición «molaba mucho». Yo me estaba planteando si habría estado antes en casa de una persona negra, y por qué no se me había ocurrido preguntárselo, cuando Corey se acercó a ver más de cerca el póster de los inventos.

—¿Sabíais que fue un hombre negro quien creó la receta del Jack Daniel's? —dijo—. Nathan Green, se llamaba.

A esas alturas ya estaba acostumbrada a que Corey fuera una fuente de

datos múltiples, pero ese en concreto les encantó a mis padres, que observaban la escena desde el otro lado del pasillo. Me permití disfrutar de la chispa de esperanza de que el día saliera bien.

No había esperado que Corey estuviera tan cómodo compartiendo la mesa familiar, pero la verdad es que lo estuvo: aceptó tanto las montañas de comida como unas cuantas bromas amistosas. («Apuesto a que nunca has probado la polenta, ¿verdad, hijo?», preguntó mi padre. Y no, no la había probado nunca.) Era yo la que estaba tensa. Intenté tranquilizarme a base de vasos de té helado y de llevar platos de la cocina a la mesa y de la mesa a la cocina. No podía quitarme de encima la sensación de que algo no estaba bien en esa foto, de que estaba haciendo algo ilícito, como la primera vez que bebí alcohol bajo el techo de mis padres, o dije tacos, o me hice un piercing en el ombligo con Jen en aquella roñosa tienda de South Street.

Salir con un hombre blanco, casarse con él, ya que estamos, tenía algo de deslealtad. Siempre pensé que terminaría con uno de los nuestros, un hermano negro bueno y honrado que haría piña con mi comunidad, que tendría dos hijos de piel oscura que serían un orgullo para mí, para la raza y para la causa. En mis sueños no aparecía ese chico blanco que jugaba al *lacrosse* en el instituto, fue a Williams, y encima había nacido en una familia con dinero. A veces, cuando yacía a su lado en la cama, con su cuerpo pálido junto al mío, por mi cabeza cruzaba una palabra: «traidora».

Juro que vi la misma palabra flotando como una burbuja de un tebeo sobre la cabeza de Gigi durante aquel fin de semana. Ella fue muy educada con Corey, pero tan pronto como él se alejó un poco, no pudo evitar recordarme:

«No te va a entender nunca, ni tú a él. ¿Para qué añadir más problemas a la vida? El mundo ya es bastante duro sin ellos. Búscate a uno de los tuyos».

Estuve preocupada durante todo el tiempo que pasó con mi familia, preguntándome cómo sería conocer a los padres de Corey, Steve y

Catharine, un abogado ambientalista y una arquitecta de Connecticut especializada en el diseño de paisajes. Toda la energía que tendría que poner para asegurarme de que entendieran que yo era una de las buenas.

Todos los comentarios condescendientes que tendría que tragarme, el miedo de que se comportaran de una manera delante de mí y de otra a

mis espaldas. Bastaba para tener ganas de evitar la situación por completo.

Saqué el tema cuando llevábamos meses saliendo, después de ensayar la pregunta mentalmente durante semanas.

—¿Qué pensarán tus padres de que estés saliendo con alguien… como yo?

En las versiones ensayadas era capaz de decir «una chica negra».

—Mi padre se va a cabrear. —Hizo una pausa larga, lo bastante para que yo me levantara del sofá. Me cogió de la mano y me volvió a sentar, con una sonrisa en la cara—. Nunca he llevado a casa a una fan de los Sixers.

Hablando en serio, Rye, mis padres son buena gente. Les vas a caer genial.

Pero ¿qué significaba «buena gente»? ¿Su madre era de las que abrazaban y llamaban «niña» a las chicas? ¿Se declararían defensores acérrimos de Obama o comentarían lo «impresionados» que estaban conmigo? ¿Me dirían con orgullo que acababan de terminar el nuevo libro de Ta-Nehisi Coates?

Nunca llegué a descubrirlo. Siempre tendré que preguntarme hasta qué punto sus padres eran «buena gente», porque cortamos antes de que yo los conociera.

Me termino el vodka, y me obligo a recordar el final de la historia. Este fue el mensaje:

No estamos hechos el uno para el otro. Lo siento.

Si al menos pudiera llamar a Jen y leer este email con ella al teléfono.

Seguro que ella sabría trazar un buen plan, redactar la mejor respuesta.

Cuando Corey y yo empezamos a salir, ella fue mi Cyrano de Bergerac, y escribió todos mis mensajes de texto para que tuvieran el tono adecuado, ya fuera gracioso, ingenioso o sexy. A veces me pregunto si Corey se enamoró de mí o de los mensajes de Jen. En una ocasión incluso me convenció para que le mandara una selfi, e insistió en que me pusiera un sujetador especial de color rojo brillante con relleno, a pesar de que la idea de que mis tetas viajaran por el ciberespacio y

aterrizaran en su teléfono me ponía enferma.

Jen diseñó el encuadre, me ayudó a encontrar el mejor ángulo, me levantó un poco la teta izquierda, tensó el sujetador por detrás, e incluso me aplicó una capa de bronceador en la zona del cuello. Tras unas veintitrés tomas, enviamos la foto. Las dos estábamos igual de nerviosas mientras esperábamos la respuesta. Corey escribió unos minutos después.

Mierda. Se la he enviado por error a mi madre.

Segundos más tarde llegó otro mensaje.

Era broma. Deberías estar desfilando en una pasarela.

Pero no puedo llamar a Jen, porque nos encontramos en este raro punto muerto tácito, y también porque sé algo de su marido y no puedo hablar con ella mientras tenga ese peso en el estómago.

Necesito leer el email y poner fin a esto. Me tiemblan los dedos mientras lo busco. Echo un vistazo rápido al mensaje, buscando histérica palabras como «boda», «embarazo» o «cáncer»; no tardo mucho, el texto es bastante corto. Voy al final a ver cómo lo ha firmado. Pone solo «Corey», nada más.

Vuelvo al principio y lo leo entero, esta vez más despacio, para hacerlo durar. Me dice que vio en mi Facebook que mi abuela ha fallecido. De

manera que es eso, una nota de pésame. Amable, pero decepcionante. Su tono es educado, como si fuera un viejo amigo o un profesor, no alguien que me ha visto desnuda. Sigo leyendo, refrenando mis expectativas. Me dice que lo siente. Me dice que sabe que he vuelto a Filadelfia y que vio la entrevista con Tamara. «¡Qué impactante!». Corey no es muy dado a los signos de exclamación, así que esa parte la leo dos veces. Luego dice que vendrá de viaje por trabajo el mes que viene.

Llego al final y, en cuanto lo leo, un enjambre de mariposas empieza a revolotear entre mis costillas: «Ha pasado mucho tiempo. ¿Podemos vernos cuando vaya?».

Estoy a punto de salir al balcón, como si así pudiera huir de la pregunta, pero me detengo en la cocina. Rebusco en los puntos más recónditos del congelador, donde me consta que hay un viejo paquete de tabaco escondido detrás de unas cuantas pizzas congeladas. Lo

encuentro en una caja de bombillas y pilas que traje al mudarme. Debería haberlo tirado. Lo escondí para casos de emergencia. Nunca he sido fumadora, pero en mi primer empleo en Joplin descubrí que en este negocio la mayoría de la gente fumaba, y que si quería quedar en algún momento a solas con el productor del programa, era mejor que empezara. Gaby se burló un montón de mí la primera vez que me vio con un cigarrillo. «Las chicas negras no fumamos», aseguró, dándolo por hecho.

—Bueno, tampoco escuchamos a Ani DiFranco ni a Taylor Swift, y tengo álbumes enteros suyos en el móvil —dije yo.

—¿Quién coño es Ani DiFranco? —preguntó Gaby arrancándome el cigarrillo y dándole una calada que terminó con un violento ataque de tos

—. Tía, esto es un asco. Me he cargado un pulmón.

—Tú fumas hierba, Gaby —le recordé.

—Eso es distinto. Soy jamaicana, lo llevo en los genes.

Y ahora añoro a Gaby y quiero llamarla, pero ella siempre se mostró muy escéptica con Corey. Durante nuestro primer año de carrera salió con un blanco, cuya familia tenía casa en Jamaica desde siempre y al que una vez se le ocurrió bromear sobre lo «divertido» que sería que sus antepasados hubieran tenido como esclavos a los antepasados de ella. Y Gaby bromeó sobre lo divertido que sería echarle una copa de vino tinto por encima, cosa que hizo. Cuando la llamé para comunicarle la ruptura con Corey, su respuesta fue «Quizá sea lo mejor». Así que hoy no voy a llamarla. Aún no.

No hasta que esté lista para oír cuán mala idea sería que le contestara.

Cuando salgo al balcón, hace tanto frío que se me pone la piel de gallina.

«¿Podemos vernos? ¿Podemos vernos?».

¿A qué viene esto ahora? La pregunta me atormenta mientras enciendo el mechero oxidado que he encontrado en uno de los cajones. La primera calada sabe a gloria, con la segunda me arrepiento de mi decisión y la tercera me provoca arcadas.

El balcón es tan pequeño que con solo extender los brazos toco las dos paredes que lo delimitan. Después de mudarme, tuve la suerte de

encontrar en una venta de objetos de segunda mano una silla de mimbre muy mona y una mesita a juego que encajan a la perfección en este reducido espacio.

Estaba tan emocionada con el balcón con vistas al centro de la ciudad, tan orgullosa de mi regreso triunfal, que la silla me pareció una victoria. Ahora, cuando miro esa triste silla única, la soledad me golpea con tanta fuerza que me corta la respiración. Apago el cigarrillo en la barandilla metálica y vuelvo al reconfortante interior. Cojo de nuevo el móvil para releer el email de Corey. Sin embargo, en mi bandeja de entrada se abre el último que recibí de Jen, ese que nunca respondí.

«Nuestra vida volverá a ser como antes».

«Eso no es cierto, Jenny —me digo—. Al revés, podría empeorar mucho.

La fiscal del distrito quiere acusar a tu marido de asesinato».

Voy a por el vaso y lo relleno, y esta vez ni siquiera me molesto en añadir la tónica. Lo bebo a sorbitos, consciente de que no debería beber sola aquí y ahora, no con ese peso en el estómago y el email de Corey en el teléfono.

Pero no paro. Bebo hasta que se me borra de la mente la imagen de la cara de Jenny cuando su marido y padre de la criatura que lleva dentro sea esposado y llevado a la cárcel. Sigo bebiendo hasta estar lo bastante achispada como para hacer lo que en el fondo me apetece hacer, eso que más tarde achacaré al alcohol. Abro el email y me pongo a escribir.

12

Jen

Alguien se olvidó de recordarle al director de Target que ya va tocando cambiar la música. Mariah Carey no debería estar diciéndote lo que quiere por Navidad a mediados de enero. Y, en cambio, aquí la tenemos, gritándolo a pleno pulmón por los altavoces.

Esta mañana necesitaba salir de casa. Me sentía como un prisionero histérico con ganas de huir. Si me preguntaran cuándo fue la última vez que pisé la calle, no sabría decirlo. La última vez que estuve a un tris de hacerlo, sí. Fue el jueves pasado. Había quedado para tomar café con Riley. Me moría de ganas. Ya me había vestido, me había secado el pelo y hasta me había pintado los labios cuando ella canceló la cita una hora antes. Un imprevisto en el curro. No era más que una excusa. «No pasa nada», le contesté, e incluso le añadí un emoticono. Y luego decidí que, oficialmente, daba el tema por zanjado. Yo no volvería a intentarlo. La pelota se había quedado en su tejado y pensaba dedicarme a esperar sentada.

Estaba loca por cambiar de escenario y Target me pareció una opción tan buena como otra cualquiera, sobre todo porque tengo un cheque regalo de cien dólares, el regalo de Navidad de Annie y Matt, quemándome en el bolso. Dado que hemos cancelado la fiesta preparto, me toca comprar todo lo necesario para el bebé. A ver hasta dónde llego con estos cien pavos, porque no me puedo permitir gastar ni un dólar más.

Una fila de flamantes cunas de madera me da la bienvenida a la sección infantil. Frank se recluye en el garaje durante horas con la excusa de estar

preparando una «sorpresa» para el bebé, y sospecho que se trata de una cuna. Teniendo en cuenta los precios que veo por aquí, una cuna gratis me parece un regalo maravilloso, y le ha dado a Frank algo con lo que entretenerse en estas últimas semanas, una vía de escape para evitar a Cookie y a ese hijo roto al que no sabe cómo recomponer.

Avanzo despacio por el siguiente pasillo, apoyada en la barra del carrito.

Una hamaquita me llama la atención y me agacho a ver el precio. Al incorporarme, noto la entrepierna húmeda, algo que en los últimos tiempos no es en absoluto raro. Debo de haberme hecho pis encima otra vez.

Últimamente me sucede cada vez que estornudo, toso o me agacho. Se trata de otro de esos patéticos y habituales síntomas del embarazo de los que nadie te habla. He empezado a usar unos pañales gigantes a todas horas, igualitos a los que los chicos solían dejar, con la parte adhesiva hacia arriba, en la silla de nuestra profesora de séptimo.

Pero esta vez la sensación de humedad es mayor. Va a empapar los únicos tejanos premamá que tengo. Mi cuerpo ya llama bastante la atención; solo me falta caminar por Target con una mancha en el culo. He de encontrar un espejo para comprobar si se ve.

De repente un dolor lacerante me atraviesa el abdomen. Consigo dar dos pasos hasta que siento otro pinchazo, que parece provocado por una navaja al rojo vivo. No me da tiempo a respirar: las punzadas se suceden una tras otra, hasta que ya no puedo soportarlo más y me desplomo en el suelo.

Peor que el dolor es la certeza, súbita y paralizante, de que está pasando algo grave.

—Socorro. Que alguien me ayude… —Por fin consigo pronunciar esas palabras. El esfuerzo me deja agotada.

Un adolescente con la cara cubierta de acné, que lleva un polo de color rojo dos tallas grande, se me acerca, pero no hace nada salvo quedarse

mirando como un tonto. Por fin, una mujer que empuja un carrito donde viajan tres niñas de menos de seis años aparta al empleado de un empujón y apoya la mano en mi espalda.

—Respira, cielo. Tú solo respira. Todo va a salir bien.

—No, no, no. Es demasiado pronto.

La cara de la mujer lo dice todo. Ha tenido tres hijas, esas que ahora me miran en silencio y asustadas.

—¿Has roto aguas?

—No lo sé.

La mancha húmeda de las ingles se extiende, mojándome los muslos.

Tanto los médicos como las páginas especializadas dicen que lo de romper aguas es algo improbable. Solo sucede en un veinte por ciento

de los casos.

Es el olor lo que lo delata. Pero ¿a qué se supone que huele? Lo único que huelo es el aroma de mi propio miedo, amargo y metálico.

—Dame el teléfono. Voy a llamar a tu marido.

—Está en el bolso…

La mujer revuelve el interior del bolso, hurgando entre la calderilla, los recibos arrugados, el plátano maduro que se me olvidó tirar a la basura, los pañuelos sucios, el tampón de emergencia que perdió el envoltorio hace siglos. Mientras revisa dentro de los múltiples bolsillos, me viene a la cabeza la imagen clara del móvil en el coche, al lado del cambio de marchas.

La mujer se agacha para ponerse a mi altura.

—No lo encuentro. Podemos usar el mío. ¿Me dices su número?

Solo me sé tres números de teléfono de memoria. El de casa de Lou, porque es el mismo de cuando yo vivía allí; el del móvil de Riley, que milagrosamente no ha cambiado en todos estos años, y el del móvil de Kevin, que me aprendí porque él me obligó a memorizarlo. Parte de su

entrenamiento consistía en que su familia debía memorizar números importantes. Se lo digo a la mujer y la veo marcarlo en su propio teléfono.

—Me salta el buzón de voz.

Claro. Kevin no contestará la llamada de un número desconocido para oír que alguien le insulta a gritos.

—¿Hay alguien más a quien pueda llamar?

Antes de que pueda responder, una especie de sierra mecánica me rebana la barriga partiéndome en dos. Me pongo a negociar con Dios, pensando en todo lo que estoy dispuesta a ofrecer para que salve a Chase. Es un ejercicio breve porque la respuesta es todo, lo que sea.

—¡Llame al 911! —ordena la mujer al adolescente acneico, y se le ve feliz de que alguien le diga qué hacer.

Creo que estoy asintiendo aunque tal vez ni siquiera mueva la cabeza. El dolor me obliga a cerrar los ojos. Percibo que una pequeña multitud se ha congregado en torno a nosotros, gente que me mira con una

mezcla de inquietud y compasión, y también con esa pizca de excitación que provoca el hecho de presenciar una emergencia en primera fila, una historia que contar.

—Prueba otra vez con el de mi marido —consigo decir.

La mujer obedece sin rechistar.

—No hay respuesta, corazón.

Podría darle el teléfono de Riley: 215-555-4810. Lo he marcado más veces que el de Kevin, más que el de mi casa. La he llamado desde cabinas, y desde el móvil de cualquier tipo para decirle que sonaba nuestra canción favorita en algún bar donde yo estaba teniendo una cita aburrida. Pero no.

No puedo llamar a Riley. ¿Por qué? Las brumas del dolor me impiden pensar con claridad. Se acabó. Pero ¿qué se acabó? ¿Riley? No iba a llamarla más. Nunca. Esa decisión me hizo sentir bien, me llenó de una

especie de satisfacción digna. Ahora ese razonamiento carece de sentido.

Riley es mi mejor amiga… La idea se transforma sola en una pregunta.

—¿Se te ocurre alguien más, cielo? —pregunta la mujer, y noto un punto de histeria en su voz. Una de sus niñas rompe a llorar.

—Mi mejor amiga… Llama a Riley…

A distancia, por encima de mis jadeos, apenas puedo oír la voz de Riley saludando a Judy a través del teléfono. No estoy segura de cómo he llegado a saber el nombre de esta mujer. Debe de habérmelo dicho ella misma.

—Creo que tu amiga se ha puesto de parto —explica Judy.

Necesito que retire esas palabras. Oírlas en voz alta lo convierte en real.

Cuando me asalta otra contracción terrible, me concentro en las tres hijitas de Judy, todas con el pelo muy rubio y ojos de cervatillo. La pequeña, que lloraba, se ha calmado. Ahora, al igual que sus hermanas, me mira como si yo fuera un animal del zoo mientras sorbe con fuerza de un vaso con el dibujo de la Sirenita. Judy me acerca el

teléfono y oigo la voz de Riley desde mucho más cerca.

—Jenny, todo saldrá bien. Localizo a Kevin ahora mismo y nos vamos hacia el hospital. ¿Me oyes, Jenny? Tú vas a estar bien. El niño va a estar bien.

Estoy tan contenta de oír la voz de Riley, incluso aunque me esté mintiendo otra vez. No voy a estar bien. Pero existe la posibilidad de que Chase sí que lo esté. Tiene que estarlo. No podría soportar que le pasara algo.

El grupito de gente se aparta para dejar paso al equipo de urgencias, que me saca de allí en una camilla.

Me dicen que nos dirigimos al Saint Mary, y es lo primero que me da una cierta paz desde que empezó todo esto. El hospital donde trabaja Annie. Ya que no voy a parir en el del centro, tal y como estaba previsto, esa es la

mejor opción. No tengo ni idea de si mi cuñada está de turno ahora, pero al menos podrá hablar con el personal, asegurarse de que recibimos la mejor atención posible.

Mi alivio es tan fugaz que apenas me queda tiempo para recordar la sensación. Me invade otra oleada de dolor insufrible, como una corriente empeñada en hundirme. Luchar no tiene sentido. ¿Cómo puede mi cuerpo provocar una agonía de tal calibre? En cuanto puedo respirar otra vez, pregunto qué pasa, si el bebé está bien. Los dos enfermeros me responden en un tono tranquilo y relajante que solo sirve para que me entren ganas de darles una patada en la boca. ¿Cómo se atreven a tomarse esto con tanta calma? Está claro que no me van a contar lo que está pasando. No hace falta que me digan que Chase tiene problemas, ya lo sé: los hormigueos no son una exclusiva de Riley.

Segundos, minutos u horas después de que lleguemos al hospital, aparece Kevin. Aparta la cortina fina del box de urgencias. Los enfermeros me han dado un chute de algo que amortigua las sensaciones. O quizá me haya acostumbrado ya a ellas.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta Kevin, irradiando pánico. Casi se lanza sobre la cama, y me acaricia con ambas manos, como si buscara heridas. Se le ve pálido, mareado y tembloroso, como cuando está enfermo.

En este momento me invade una fuerte corriente de amor hacia él, y

de alivio, y de compasión; está todo allí, dando vueltas alrededor, mareándome. Quiero ahorrarle la verdad, así que no le digo nada. Me limito a cogerle la mano. En cuanto nos tocamos, algo tácito pasa entre los dos, una solidaridad que me infunde valor.

Cuando un hombre robusto aparece a través de la cortina, volvemos la mirada hacia él, aún cogidos de la mano.

—Soy el doctor Atunde, el obstetra residente que está de guardia esta

noche.

El estómago se me encoge al ver al médico, al fijarme en su piel oscura.

Kevin se pone rígido, como si estuviera pensando lo mismo que yo. ¿Y si reconoce a mi marido de las noticias? ¿Afectará en sus esfuerzos para salvar a nuestro bebé? No, eso es una locura. Los médicos no son así. Juran no hacer esta clase de cosas. Incluso salvan la vida de los terroristas y de los asesinos en serie.

—Hoy va a ser usted padre —le dice el médico a Kevin, con alegría comedida.

Kevin me suelta la mano para estrechar la del doctor, y este le corresponde con energía. Y luego, cuando acaba el apretón de manos, el médico apoya la suya en mi barriga.

«Hoy voy a ser madre». Es más una plegaria que una afirmación.

Concentro cada fibra de mi ser en Chase, deseándole que esté bien con un fervor que bordea el delirio. Nunca he necesitado algo con tanta desesperación, nunca querré ni necesitaré nada con este ahínco, y el hecho de ser plenamente consciente de ello es abrumador. Si esto sale bien, no le pediré nada más a la vida. Es la promesa más pura que haré nunca.

Aunque el doctor Atunde explica con calma los pasos a seguir, es imposible no percibir una cierta urgencia en su voz.

—Jennifer, nos preocupa el ritmo cardiaco del bebé. Es demasiado rápido; tu presión arterial no para de subir y el parto no progresa. Tenemos que realizar una cesárea de urgencia. Debemos sacarte el bebé tan rápido como sea posible. Voy a prepararme y te veo en el quirófano. La anestesia ya está lista. ¿Alguna pregunta?

Kevin se estremece mientras me acaricia el pelo, sin dejar de murmurar que todo va a salir bien. Noto su aliento cálido, que desprende un leve olor a cerveza, justo en la cara. Pero entonces creo oír la voz de Riley

pronunciando mi nombre. Lo oigo de nuevo, más alto, mi nombre completo, y luego la veo a ella, que se ha abierto paso a través de la cortina.

—Has venido. —No termino de creérmelo.

—¡Pues claro que he venido, Jenny! —Se acerca deprisa a mi lado y me da un beso en la frente.

Kevin y Riley están en la misma habitación. Me cuesta hacerme a la idea.

Y ni siquiera es una habitación de verdad, sino un espacio claustrofóbico.

Miro el monitor que controla mi ritmo cardiaco. Me preocupa que se dispare y revele lo tensa que me pone todo esto.

Riley saluda a Kevin con un gesto y se desplaza al otro lado de mi cama.

Él responde con un inconfundible indicio de ira que pasa enseguida a ser alivio: ya no tiene que lidiar con esto solo.

—¿Te encuentras bien? —Riley observa el monitor, donde las líneas dibujan un pico cada siete minutos más o menos—. ¿Chase está bien?

—¿Chase? —Kevin parece confundido. Da un paso atrás, como si alguien lo hubiera empujado—. Espera. ¿Es un niño? ¿Y ella lo sabía?

Da la impresión de que trata de procesar estos dos hechos mientras Riley permanece completamente inmóvil. Esto podría dar pie a una escena cómica si estuviéramos en una serie de humor, pero ahora mismo nada en nuestra vida tiene la menor gracia.

—Fue un accidente, Kevin. Me enteré por casualidad —explica Riley al tiempo que me mira desesperada en búsqueda de instrucciones.

Pero yo no tengo ánimos para algo así. Agarro la mano de Kevin con la esperanza de que el gesto transmita todas las cosas que soy incapaz de decir, sobre todo lo mucho que lo siento.

La tensión entre nosotros es como un globo a punto de estallar, hasta que en los labios de mi marido aparece una sonrisa débil y lo deshincha por completo.

—Es un niño —dice con una mezcla de alegría y de respeto, y aunque me consta que nada de esto es cosa mía, que solo puede achacarse a la biología, el destino y los genes, no puedo evitar sentir que le estoy haciendo un regalo—. Siempre pensé que sería una niña. No sé… Pero un chico… Yo quería que fuera un chico.

La voz de Kevin expresa una resolución alegre, como si estuviera revelándonos un secreto, a pesar de que yo siempre había tenido clarísimo que él prefería un niño.

Cuando cruzo la mirada con la de Riley, veo inquietud en sus grandes ojos castaños.

—Tienen que sacármelo, Rye. —Se me quiebra la voz—. Es demasiado pronto.

Ella se inclina hacia mí hasta que su cara está a centímetros de la mía.

Desprende un leve olor a sudor y a crema de cacao.

—Todo va bien. Todo va a salir bien. Eres fuerte, y Chase también. Lo conseguirás. —Se yergue para mirar a Kevin—. Los dos lo conseguiréis.

Gigi diría: «Las mujeres llevan haciendo bebés desde que los bebés existen.

Nuestro cuerpo sabe qué ha de hacer. Tú también lo sabes».

—No, yo no lo sé. Mi cuerpo no está haciendo lo que debe.

—Claro que sí.

Riley me coge de las dos manos. Las suyas son más grandes, siempre lo han sido. De pequeñas las comparábamos, apoyando una palma sobre la otra para ver cómo los dedos de Riley sobresalían de los míos. Luego yo le daba la vuelta a su mano y fingía leerle el futuro en las líneas marcadas en la piel. «Tu vida será larga. Mira la línea del amor: indica que tendrás tres grandes amores en tu vida, además de cuatro hijos y una mansión en Miami, junto a la playa». Ahora, los largos dedos de Riley envuelven los míos, como si fueran una cuerda de salvamento en medio del océano.

—¿Creéis que tiene miedo? Me refiero a Chase.

La pregunta es ridícula, pero es lo que quiero saber.

Tanto Kevin como Riley se lanzan a hablar a la vez.

—No, no. No tiene miedo. Él no sabe lo que pasa.

Miro al techo.

—Pues yo sí que tengo miedo, chicos.

—No tienes por qué. Todo va a salir genial —me asegura Riley de nuevo.

—Buenas, mamá, ¿y si procedemos a sacar a este bebé al mundo? —

pregunta una enfermera mientras desconecta los aparatos con una eficacia despiadada.

—Es un niño —respondo—. Es un niño y se llama Chase. ¿Podríamos llamarlo por su nombre, por favor?

Por si sucede lo peor, necesito que todo el mundo lo llame por su nombre, como si fuera una persona real. Como si existiera.

La enfermera deja de moverse el tiempo suficiente para mirarme.

—Perfecto. ¿Estás lista para conocer a Chase?

Riley me coge la mano, recorre la palma con su dedo. Es un viejo código que usábamos cuando estábamos sentadas a la mesa, o en la iglesia, y ni siquiera podíamos susurrar sin que alguien nos oyera. Una rascada en la palma significa: «¿Estás bien?». Dos apretones quiere decir que sí. Uno, que no. Aprieto la mano de Riley dos veces.

—Está lista —le dice Riley a la enfermera sin dejar de mirarme.

—Lo conseguirás. Puedes hacerlo, Jaybird —añade Kevin, y se inclina para besar mi frente húmeda.

Los dos se apartan de la cama mientras las enfermeras se preparan para moverme. Sin el contacto con ninguno de los dos me siento de repente perdida, a la deriva.

—¿Estarás aquí? —pregunto a Riley.

Me consta que Kevin se va a quedar, pero me aterra que ella se marche, salga por la puerta y volvamos a esa rutina de emails tensos, mensajes sin respuesta y planes cancelados. La idea de que Riley vea por primera vez a Chase en una foto me provoca una tristeza inexplicable. Siempre la había imaginado en el hospital, recibiendo a mi hijo en cuanto naciera, acariciándolo, tomándolo en brazos, besándole en la cabeza y ayudándome a contarle los dedos. Necesito que Riley sea una de las primeras personas que Chase conozca.

—Aquí estaré.

Riley me lanza su gran sonrisa televisiva, en la que no hay ni rastro de temor, al menos para alguien que no la conozca. Pero yo lo percibo. Lo distingo detrás de la máscara.

—Mientras tú estás a lo tuyo, iré a comprar una botella de champán para poder celebrarlo.

Al poco tiempo noto que me mueven por los pasillos del hospital, hacia el quirófano. Todo se desvanece a mi alrededor.

Y luego lo oigo. Es el mejor sonido que he oído en mi vida: el llanto de mi hijo. El doctor Atunde coge a Chase Anderson Murphy y lo eleva en el aire con aire triunfal.

—Sus pulmones funcionan —dice, y el alivio de su voz revela que temía que el resultado fuera distinto.

Siento una oleada de amor por este extraño que ha sido capaz de sacar a Chase a tiempo. Veo a Kevin desplazarse desde la cabecera de la camilla hasta el otro lado de la áspera cortina azul, a la altura de mi cintura. No está preparado para la visión de esa barriga rajada y abierta de parte a parte que deja mis tripas expuestas. Veo que le cambia la cara en cuestión de segundos, de miedo a asco y luego a confusión, hasta que posa la mirada en Chase, y a partir de ahí ya solo transmite admiración.

—Dios mío, Jenny, qué pequeño es…

Parece aterrado, feliz y lleno de emoción.

La enfermera sostiene unas tijeras.

—Vamos a tener que llevarnos a este chiquitín a la incubadora. ¿Quieres cortar el cordón, papá?

Kevin murmura algo que podría tomarse por un sí y la enfermera baja la sábana lo suficiente para que yo pueda ver cómo tiemblan las manos de Kevin mientras corta esa especie de cuerda de tejido que me conecta a Chase. No tiene aspecto de cordón, más bien parece un tubo granulado y esponjoso que tiene pulso propio, como si fuera un ser vivo.

En cuanto ha terminado, el doctor Atunde me acerca a Chase para que lo vea. Tiene un aspecto increíblemente frágil, con brazos como ramitas. Tiene el pelo denso y oscuro como el de Kevin, y la piel casi traslúcida. Distingo venitas azules que bombean con vigor la sangre en su corazoncito, que late con tanta fuerza que temo que le salte del pecho.

Cuando lo veo por primera vez, sucio y precioso, creo que voy a morir por segunda vez en este día. Parece imposible que tu cuerpo sea capaz de contener esta increíble cantidad de amor. Sentirlo de golpe es casi agónico.

La típica frase que te dicen todas las mujeres, «Espera a tenerlo en brazos por primera vez y verás lo que es el amor», como si fuera una especie de rito místico que no podías entender hasta que lo experimentabas. Ahora ya lo pillo. Tenían razón.

Cuando pienso en todo lo que hemos pasado hasta llegar aquí, en los abortos, las agujas; en todas las veces en que casi me obligué a abandonar, hasta que una vocecilla dentro de mí me alentó a seguir. Ahora sé que ese camino estaba hecho para que llegara a este punto. A este momento. Y que, pase lo que pase de ahora en adelante, yo ya lo tengo. Tengo a mi hijo.

Una botella de champán, con pinta de cara y con un nombre francés que soy incapaz de pronunciar, es lo primero que veo cuando vuelvo a abrir los ojos, más tarde, con la cabeza embotada por la anestesia y el agotamiento. Ahora estoy en una habitación de verdad. No es individual, porque el seguro no nos lo cubría, pero la otra cama está vacía. Me vuelvo y distingo a Riley en una esquina, dormida en una silla.

«Está aquí».

Otra idea se abre paso en mi mente despejando la niebla: «Soy madre».

El corazón me late con alivio al recordar este hecho milagroso. Voy juntando el resto de las piezas, más despacio porque mi mente sigue

aturdida. Kevin ha ido a casa a buscar la canastilla, que se quedó allí, y volverá más tarde con Cookie. Yo debo quedarme en el hospital tres noches más. Chase tendrá que estar ingresado varias semanas porque necesita la ayuda del respirador hasta que los pulmones se le desarrollen del todo, y aún no puede regular su temperatura, pero está bien. Está bien.

Intento hacer acopio de energía para despertar a Riley cuando entra una enfermera empujando un carrito. Como si lo hubiera conjurado, aquí lo tengo. Mi hijo.

La enfermera acerca el carrito a la cama.

Riley se despierta y salta de la silla, contempla a Chase como si acabara de desenvolver un regalo.

—Es adorable, Jenny.

La enfermera lo coge en brazos. Va envuelto en un pañal de algodón, por lo que abulta un poco más. Lleva puesta una vía intravenosa y está conectado a varios monitores acoplados a la cuna, y unos cables cruzan su cuerpecillo.

—Solo puede estar fuera de la incubadora unos minutos. Me imaginé que querrías pasar un ratito con él. El contacto piel con piel ayuda a estos

chiquitines, así que, si quieres ponértelo encima durante un ratito, mamá, aquí lo tienes.

Destapa a Chase retirando la manta y yo me aparto el camisón para dejar al descubierto mi piel y mis tetas hinchadas. Anhelo tenerlo cerca, tocarlo, pero tengo que esperar a que la enfermera desenrede todos los cables y me lo coloque en los brazos.

Riley se acerca y le acaricia el pie como si estuviera hecho de cristal.

—Mira qué deditos…

Ver cómo lo mira me provoca tanta alegría como suponía. Más, quizá, mucha más.

—¡Unos deditos que se formaron en mi barriga! —Miro a Riley, veo cómo ella lo mira a él—. Esto no habría sucedido sin tu ayuda, Riley… Sin ti, no habríamos vuelto a intentarlo y ahora no…

Ni siquiera puedo terminar la frase. Riley nunca entenderá lo mucho que ha significado para mí su participación en este milagro.

—Estuve encantada de ayudar. Pero esto es cosa tuya, Jenny. ¡Es tu bebé!

Recorre el cráneo venoso de Chase con el dedo.

—No sabía cuánto le querría. Es como… —No encuentro las palabras para explicárselo a Riley, para expresar la fuerza inconmensurable de este amor. Es algo que no podrá entender hasta que sea madre, tal y como me dijeron en su momento todas esas mujeres: «Espera a verlo».

—Se parece mucho a Kevin —comenta Riley.

Me consta que Cookie dirá lo mismo en cuanto llegue, y adjuntará un montón de fotos de Kevin cuando era un bebé para demostrarlo.

—¿Cómo lleva Kevin… todo eso? —pregunta Riley con timidez.

¿Qué debería decir? ¿Qué puedo decir? ¿Que he tenido que esconder los somníferos y guardar bajo llave los cuchillos de casa de Cookie? ¿Que lo

veo deambular por el patio desde la ventana del dormitorio en mitad de la noche?

—Hoy ha sido un buen día. Deberías haberlo visto en la sala de partos.

Lloraba, Riley. Creo que es la primera vez que lo he visto llorar.

—Estoy tan contenta por ti… por los dos.

Sé que lo dice de corazón. Es una verdad que borra los malos sentimientos de las últimas semanas. Casi.

—Gracias por estar aquí, Riley. Significa mucho.

—Oh, Jenny, ¿cómo iba a perdérmelo?

—No sabía…

Ojalá Riley lo reconociera, ojalá asumiera el hecho de que nos hemos ido separando la una de la otra. De que no son imaginaciones mías. De que es algo real, y de que, precisamente por eso, podemos arreglarlo.

Riley niega con la cabeza.

—Chis. Ahora no. Ahora no. No es el momento. No tenemos nada de qué hablar excepto de ti y de este hombrecito. ¿Necesitas algo? ¿Te duele algo?

¿Qué puedo hacer por ti?

Busco la mano de Riley para estrechársela.

—Estoy bien, no necesito nada.

¿Qué más podría querer? Por un instante, lo tengo todo.

13

Riley

Una noticia es como un fuego. Hay que alimentarlo y atizarlo para que siga vivo. Puedes hacerlo a base de arrojar trocitos de madera, de yesca, pequeñas novedades que hacen saltar alguna chispa. O, a veces, arrojándole una botella entera de queroseno que lo haga arder como las llamas del infierno. Eso es lo que sucede cuando se hace público el vídeo del tiroteo de Justin Dwyer. Una flamante oleada de indignación visceral.

Esto se está convirtiendo en un ritual siniestro: la publicación en vídeo de un incidente o, aun peor, de un crimen racista. Entiendo a la perfección por qué se hacen virales, por qué los medios los reproducen en un bucle infinito. Poseen esa naturaleza morbosa del cibercebo, irresistible para mucha gente. Pero a veces el tema acaba saliéndose de madre. Te estás comprando unos zapatos online y, de repente, bum, te asaltan las imágenes de un tipo reducido con una Taser junto a una señal de stop mientras su bebé llora dentro del coche, todo porque se olvidó de poner el intermitente.

Te estás poniendo al día con las fotos de la boda de tu amiga en Facebook y, a un solo clic, te encuentras a unos polis lanzándose como salvajes contra una adolescente en bañador y golpeándola en el suelo mientras ella grita que llamen a su madre. Es un recordatorio implacable de que siempre habrá gente que a ti, y a los que se parecen a ti, os verá como personas peligrosas, sospechosas o inferiores. El dolor que sientes al ver estos vídeos se acumula, como una herida que a la mínima se abre. Y luego llega la paranoia: al fin y al cabo, si estos son los incidentes que ha capturado una

cámara, ¿qué puede pasar cuando se sienten a salvo de miradas ajenas?

Cosas mucho peores, seguro. De manera que cada día, con cada vídeo, resulta más y más difícil tragarse la humillación y la ira, y seguir con la rutina del desayuno, de acostarse a la hora…, con la vida en general. Aun así, por dolorosos que sean, reconozco el poder que tienen estos vídeos para decir: «¡Eh, esto está pasando, esto es real, por favor, no mires hacia otro lado!». Es la misma razón que me impulsa a hacer mi trabajo: la gente debe saber.

Solo logré resistir el visionado del vídeo de la muerte de Justin unas cuantas veces, pocas, y ya tuve la impresión de que eran demasiadas. El impacto es vívido a pesar de la baja calidad de la cinta y la falta de

sonido.

En el primer fotograma se ve una figura que desaparece corriendo por un callejón. Cuando aparece Justin en pantalla, unos segundos más tarde, se le nota tranquilo, en su mundo, moviendo la cabeza al ritmo de la música como si escuchara una canción que le gusta de verdad. Llega hasta el final del callejón y se dispone a girar a la derecha, a recorrer las dos manzanas que le faltan para llegar a casa. Está casi allí, y por un instante albergo la esperanza de que el desenlace sea otro. Quizá siga andando, doble esa esquina, llegue a casa, se coja una Coca-Cola de la nevera y se siente a jugar con la consola.

Pero eso no es lo que sucede.

Justin se para en seco. Lo que pasa luego se desarrolla con tanta rapidez que muchos portales de noticias, incluido el de la KYX, muestran una versión a cámara lenta que en cierto sentido resulta aún más inquietante porque prolonga la escena. Justin se detiene y busca en el bolsillo interior de la chaqueta. Saca un objeto oscuro del tamaño de su mano. Se quita un auricular de la oreja al mismo tiempo que se vuelve. La calidad es demasiado mala para distinguir la expresión de su cara, pero la veo en mi

cabeza de todos modos: la curiosidad transformada en sorpresa al verse sacudido hacia un lado y luego hacia el otro, antes de caer al suelo. Se desploma con rapidez, como un dibujo animado.

Sin embargo, más allá de la trágica muerte de Justin, del vídeo destacan dos cosas. Justin no encaja con la descripción del tipo que perseguían, Rick Sargent. Incluso en ese vídeo en blanco y negro queda claro que Justin llevaba una chaqueta North Face de un color verde brillante, no el abrigo negro que los testigos habían referido al describir a Rick. También es unos quince centímetros más bajo. Lo sé gracias al informe que me pasó por fin mi contacto dentro de la policía. Eso pone de manifiesto que Cameron no debería haber disparado. Y esa es la otra cosa que revela el vídeo. Se ve que Cameron dobla la esquina un segundo antes que Kevin. Por eso vi el vídeo dos veces más, a cámara lenta. Kevin no fue el primero en abrir fuego. En el vídeo, Kevin aparece detrás de Cameron, ve que su compañero dispara, levanta el arma y dispara a su vez. Luego, mientras que Cameron se limita a quedase parado, Kevin corre hacia el chico y se arrodilla a su lado como si estuviera susurrándole algo.

«¿Qué coño le dijo ese poli al chico después de disparar contra él?», grita un tertuliano de la WHYY. Mientras conduzco, el programa de

radio matutino disecciona el tiroteo con intervenciones de los oyentes. Las opiniones son como los culos, todo el mundo tiene una.

«Se le ve sacar algo del bolsillo. Podría haber sido una pistola. Esos agentes hicieron bien en disparar. Los jóvenes tienen que aprender a escuchar lo que se les dice».

«¡Eso intentaba hacer el pobre chico! Quitarse los cascos para oír mejor.

¡Pero lo mataron antes de que tuviera tiempo de oír lo que le decían!».

«El tipo que se ve antes… Apuesto a que era él al que perseguían, pero todos nos parecemos, ¿no?».

«Si vas por la vida con tanto miedo, no puedes ser policía».

«Nadie va a trabajar pensando: hoy mataré a alguien».

«Los agentes deben actuar en cuestión de segundos. En un visto y no visto. ¿Podrías tomar una decisión a esa velocidad?».

«Si seguís cargando contra la policía y acusándolos de racismo, al final no habrá nadie que quiera hacer ese trabajo».

Cambio a otra emisora. Un hombre denuncia el racismo contra los blancos. Es el autor de otro libro sobre por qué los blancos tienen buenas razones para estar enfadados. Argumenta que la retórica antiblancos está alcanzando niveles peligrosos, y que no tiene nada de malo enorgullecerse de la nacionalidad de cada uno.

«Sé que debería estar avergonzado de ser un hombre blanco en la América de hoy. Pues bien, permítanme que les diga que no lo estoy», dice.

Vuelvo a cambiar de emisora con un gesto brusco. Nunca me había sentido tan aliviada al oír a Beyoncé.

El tráfico en la hora punta es una locura. No debería haber cogido el coche para ir al hospital Saint Mary antes de entrar a trabajar, pero quería llevarle a Jen el regalo por el niño, la camiseta de Mamá Pájaro, para que supiera que pienso en ella, especialmente en un día como hoy, antes de que Sabrina anuncie los cargos. Anoche, Sabrina convocó a la prensa para hoy, después de filtrar el vídeo a la MSNBC. Al menos, sospecho que fue ella, con la idea de remover las aguas antes del anuncio oficial. Quiere la mayor audiencia posible. Y la

consiguió, quince minutos completos con Joy Reid, más la aparición estelar de Anderson Cooper, lo que significa que ya no me necesita para nada. No se lo tengo en cuenta, aunque me molesta que me negara la entrevista en exclusiva y que no se haya molestado en devolver mis llamadas estos últimos dos días. Su secretaria me ha estado dando

largas. Lo máximo que puedo esperar es conseguir un par de minutos con ella después de la conferencia de prensa.

Una conferencia de prensa que cambiará la vida de mi amiga.

La he llamado y le he escrito mensajes al menos una vez al día desde que nació Chase y no he recibido ni una sola respuesta. Me digo que se debe a que está ocupada con el niño, sobre todo teniendo en cuenta que todavía debe de estar en la incubadora. No quiero estresarla ahora mismo, ni imponerle mi presencia, así que mi intención es dejarle el regalo en la recepción del hospital con la esperanza de que se lo entreguen. Aún espero ese momento mágico en el que Jen y yo podamos empezar de nuevo, volver al punto donde lo dejamos antes de que sucediera todo esto. Pero ¿dónde lo dejamos?

El aparcamiento para visitantes está completo y entro en el de los pacientes; supongo que no importará mucho si ocupo una plaza durante unos minutos, lo justo para acercarme al mostrador de recepción. Ni siquiera he abierto la puerta del coche cuando veo el viejo Camry de Jen aparcado en la fila de delante. El motor está en marcha, lo sé por el débil hilo de humo que sale del tubo de escape, y aunque las ventanillas están empañadas, distingo el pelo rubio de Jen, su cabeza apoyada en el volante.

Mi primera reacción es salir pitando. Tenemos que hablar, sí, pero ahora mismo llego tarde al trabajo y no tengo tiempo. No entraba en mis planes ver a Jenny, pero soy incapaz de dejarla así.

—¿Jenny?

Golpeo la ventanilla del copiloto con los nudillos. Ella levanta la cabeza y veo que está llorando. Abro la puerta y me acomodo en el asiento. La última vez que vi llorar a Jenny fue en el colegio, en primero, cuando Lou le rapó la cabeza porque había una plaga de piojos y le salía más barato

raparla que comprar el champú especial. Me pregunto si le habrá pasado algo a Chase.

—No puedo, Riley. ¡No puedo soportarlo más! —exclama, como si me hubiera estado esperando—. Es demasiado ya. Estoy hasta los huevos de que toda esa gente trate a mi marido como si fuera un villano, un cabeza de turco.

«¿Esa gente?».

—Kevin no es racista, ni una manzana podrida, ni el «síntoma de las enfermedades sistémicas que afectan a la policía de toda América». —

Señala la radio con el dedo índice, y deduzco que ha estado escuchando las mismas emisoras que yo—. ¡Menuda mierda! Y ahora, dentro de unas horas, esa estúpida fiscal se plantará delante de un millón de cámaras para anunciar que quiere la cabeza de Kevin en una bandeja. ¿Puedes creerlo, Riley? Y, para colmo, tengo la sensación de que me has abandonado y eso lo empeora todo aún más. —Las lágrimas se convierten en sollozos—. Lo siento, tenía que decírtelo. Estoy furiosa, Riley. Muy furiosa.

No he conseguido colar ni una palabra. A través de la ventanilla, veo las luces rojas de una ambulancia que llega e intento buscar la manera de responder a su discurso.

—Bueno, Jen, decir que no he estado a tu lado… no me parece justo. Te lo dije, he intentado cubrir la historia y eso me ha tenido ocupada…

—Sí, Riley, sí, tú siempre estás ocupada. ¿Cuándo no lo estás? ¿Y qué?

Su tono me hiere y, con franqueza, me molesta. Tal vez Jenny no pueda imaginar lo que es trabajar ochenta horas a la semana porque ella es una recepcionista, pero eso no le da derecho a juzgarme. No tengo ocasión de defenderme, porque ya ha pasado a otra cuestión. Se vuelve hacia mí, con los hombros tensos y el ansia de pelea en los ojos.

—Dime una cosa, Riley. ¿Crees que Kevin debería ir a la cárcel? Es solo

para saberlo.

«¿Hemos llegado a este punto?».

—No lo sé, Jen. A mí no me corresponde decidirlo.

—Eso ya lo sé, Riley. Te preguntaba tu opinión. Si crees que Kevin es

esa especie de monstruo racista, como dice todo el mundo. ¿Por eso estás enfadada con él? ¿Con nosotros? Porque no me parece justo.

—¿No te parece justo? En primer lugar, no puedes decir que mis sentimientos, sean cuales sean, no son justos. Y de paso, ya que quieres hablar de injusticias, hablemos de la cantidad de hombres negros desarmados a los que se dispara una y otra vez. Es interminable, Jen.

¡Interminable! ¿A ti te parece justo? Y la mayoría de esos asesinos nunca pagan por ello. Tengo páginas enteras de estadísticas con los datos, si te interesan. Así que sí, entiendo que joda que Kevin acabe siendo una especie de ejemplo cuando tantos otros agentes de policía se han ido de rositas por hacer lo mismo. Pero el mundo no es justo, Jenny.

—Pero me parece que no entiendes lo duro que ha sido todo esto. —Las palabras le salen un poco entrecortadas porque se está mordiendo el labio inferior—. Intenté explicártelo en aquel email. Estoy sola, y la gente no para de emitir juicios y de tratar a Kevin como si fuera «un problema» que resolver. Como si tuvieran que castigarlo en nombre de lo que han hecho todos los blancos. Y eso es ridículo, teniendo en cuenta que Kevin arriesga su vida todos los días para que la gente, incluidos los negros, vaya segura por la calle. Los ataques contra él son tan personales. Me están destruyendo, y no me lo merezco. ¡No me lo merezco!

Una corriente de ira me sacude todo el cuerpo. Típico de Jenny, siempre pensando en sí misma, siempre la víctima. Tal vez yo le haya dado demasiadas alas a esa actitud. Parte de nuestra amistad, de cualquier relación, radica en un acuerdo tácito para permitir que la otra persona se

explaye a gusto sobre sus quejas sin tener en cuenta sus defectos. Un intercambio que funciona en los dos sentidos; la paja en el ojo ajeno y todo eso. Además, si empiezas a fijarte en los defectos de tus amigos, si dejas que lo que te molesta de ellos se vaya sumando en una especie de lista, la amistad podría venirse abajo. Retrocedo mentalmente al rato que pasamos en el bar la noche del tiroteo, en lo agradable que fue el encuentro entre las dos, cada una acostumbrada a su vida, en lo mucho que aprecié entonces poder disfrutar de alguien a quien conoces de verdad, y aceptas como es, tal y como nos conocemos y aceptamos Jen y yo. Es una paradoja: quieres a alguien precisamente porque lo conoces muy bien, por dentro y por fuera, y al mismo tiempo alimentas la diminuta fantasía de que puede cambiar en esos

puntos específicos en los que te gustaría que fuese distinto. Tal vez no sea justo esperar que Jen cambie después de tantos años, pero me abruma su tendencia a sentirse ofendida; sus proclamas de que la vida nunca es justa con ella, de que ella siempre merece algo mejor.

—¿Me tomas el pelo, Jen? ¿Destruyéndote a ti? ¿En serio? En primer lugar, esto no va contigo. Y en segundo lugar, ¿de verdad me dices que esto te afecta? ¿Que te parece algo personal? ¡Cada persona negra que muere sin justificación o sin necesidad se convierte en algo personal para mí, Jen! Me toca muy de cerca. Todas las veces que me han seguido, interrogado, juzgado, registrado, observado, considerado inferior… Todos los comentarios repugnantes que he tenido que tragarme. Y te hablo de los últimos diez años de mi carrera, de toda la vida, no de unas cuantas semanas. ¡Todo lo que pasó con Shaun! Mira, hace apenas unas semanas me enteré de que lincharon a alguien de mi familia, Jen. ¡Lo colgaron de un árbol y lo dejaron como un colador! Así que no me vengas con que la vida no es justa, o con que te ha tratado mal, ¿vale? No pretendo desestimar lo

que estás pasando, y quiero estar a tu lado, pero tienes que darte cuenta de que no eres la única que lidia con todo esto.

Después de la perorata que he soltado, ambas nos sumimos en un silencio atónito.

—Lo siento, Rye. De acuerdo. Siento no haber sido mejor como «aliada».

No han parado de hablar de eso durante toda la mañana: que si los aliados esto, que si los aliados lo otro.

Su tono condescendiente me inflama.

—Ya estamos otra vez, Jenny. ¡Pues sí, podrías ser una aliada mejor!

Usan esa palabra porque significa algo. Te estoy hablando precisamente de eso. Y empieza por revisar tu conducta y tus sesgos. Como el día que le cerraste la puerta en los morros a ese periodista gritándole que tu mejor amiga es negra, como si eso te eximiera de ser racista. ¡Por favor! Me planteé decírtelo, pero lo dejé correr. Quizá debería haberlo hecho ya en ese momento, en lugar de dejar que eso se me pudriera dentro.

Jen parece confundida.

—Pero eres mi mejor amiga, y eres negra. ¿Qué pasa?

—Pasa que dio la impresión de que me usabas como escudo. Y no ganas puntos por proclamar que tienes una amiga negra. Por cierto, ¿no tendrás por casualidad más amigos negros escondidos en alguna parte?

El sarcasmo es un golpe bajo, pero, a estas alturas, Jen no es la única que está furiosa.

—Joder, Riley.

—Lo siento, Jen, pero es la verdad. Me parece raro que todos tus amigos de ahora sean blancos.

—Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer? ¿Plantarme delante de cada mujer negra que vea por la calle y decirle que se venga a ver la tele conmigo?

Miro los nudillos de Jenny, blancos de la fuerza con que se aferra al volante. Está concentrada en su respiración, en intentar calmarse, diría yo.

Mira el reloj. Supongo que tiene que subir a ver a Chase y que, tal vez, la cosa acabe aquí ahora. Yo estoy al límite.

—Entonces quizá debería callarme. Si nunca voy a decir nada bien…

—Eso tampoco es lo que quiero. Lo último que deseo es que te calles y finjas que no pasa nada.

—A ver, no es que no quiera hablar de las cosas, Riley. Tú eres siempre la que se cierra en banda. Nunca me habías hecho el menor comentario sobre todo esto, y sí, jode un montón oírlo, pero jode aún más que, después de treinta años siendo amigas, me lo sueltes así, de sopetón, como si yo fuera tu enemigo. Es como si llevaras años pensando en toda esta mierda y guardándotela para ti.

No se equivoca.

—Mira, Jen, lamento que tengas la impresión de que esto sale de repente.

Pero ponte en mi piel. No quería ser la chica negra que aburre a todo el mundo con temas raciales. Es un rollazo. Y no sé cuál sería tu reacción si te hablara de todo lo que tengo que soportar por ser una mujer negra. ¿Y si no reaccionabas bien?

—¿Qué significa reaccionar bien?

Su curiosidad y su desconcierto parecen sinceros, como si de verdad no tuviera la menor idea.

—Demostrarme que lo entiendes, Jen. O al menos que lo intentas.

Tengo ganas de cogerla por su vieja sudadera y zarandearla.

—Bueno, quizá deberías concederme el beneficio de la duda. Nunca lo haces, con nadie. Tal vez no haya sido siempre políticamente correcta y perfecta, pero quizá es que yo también tengo miedo. Quizá tengo miedo de decir algo que siente mal, alguna idiotez, y que todo el mundo se me ponga

en contra y me llame racista porque no he usado el término adecuado.

Incluso tú.

Siento la necesidad de explicarme, pero también tengo que ir a trabajar y Jen debe subir a ocuparse de Chase; no tenemos suficiente tiempo. Me pregunto si llegaremos a tenerlo alguna vez.

—No lo sé, Jen. ¿Lo entiendes de verdad? ¿Te haces a la idea de que mi vida y mis experiencias como mujer negra han sido completamente diferentes a las tuyas como mujer blanca? ¿Entiendes por qué la gente está destrozada, Jen, destrozada por la muerte de Justin? Y no me refiero solo a los Dwyer. Es lo que implica, la certeza de que los negros, los que son como yo, no estamos a salvo. Todo lo que dices del tiroteo me hace cuestionarme si de verdad comprendes su alcance. Y quizá no sea justo, pero ha sacado a la luz un montón de cosas que nunca habíamos comentado ni reconocido. El tema de la raza está presente en todas mis conversaciones con Gaby, pero nunca contigo. Y se supone que somos amigas íntimas; ese es el problema.

—Nunca te he dicho que no quiera hablar de temas raciales contigo. Lo que pasa es que, la mayoría del tiempo, ni siquiera pienso en ello; ni siquiera pienso en que seas negra.

—¡Es aquí adonde quería llegar, Jen! —Grito tan alto que una mujer que pasa al lado del coche se vuelve a mirar. La observo unos instantes e intento recuperar la calma y mirar las cosas desde una cierta perspectiva—.

Necesito que lo pienses, sobre todo con lo que está pasando. Toda tu atención está puesta en Kevin, y lo entiendo, pero te impide ver las

implicaciones de este suceso. No pensar en la raza es un privilegio, Jen, uno que yo no tengo. Te quiero, Jenny, pero necesito que…, no sé, que te espabiles un poco.

Lo que necesito es más bien salir de aquí. Necesito irme, punto. Estoy

agotada y voy a llegar tardísimo al trabajo.

—Oye, pasé por aquí solo para traerte esto, para que veas que pienso en ti.

Le doy la bolsa.

—Gracias —dice Jenny con sinceridad, aunque lanza el paquete al asiento de atrás sin mirarlo.

—¿Cómo está Chase?

—Está bien. Tengo que subir. El equipo de neumología viene a las nueve a comprobar cómo respira, luego otros médicos intentarán sacarle los tubos de alimentación y después le harán un escáner. Tenemos la mañana llena. Es un día horrible, pero no sé si está bien decirlo.

—Claro que puedes decirlo, Jenny.

Sin embargo, ninguna de las dos se mueve; ninguna de las dos sabe cómo acaba esta conversación. Ni tan siquiera si se trata de un final. Tal vez, solo tal vez, por duro que parezca, esto sea un comienzo. Quién sabe.

Tengo la adrenalina por las nubes debido a mi conversación con Jen, tanto que apenas consigo darle al botón para llamar al ascensor por mucho que lo intento.

—Chica, cargarte el botón no hará que el ascensor llegue más rápido.

En un rincón del vestíbulo, el conserje octogenario, subido a una escalera, se dispone a quitar las luces del enorme árbol de Navidad. Adoro a Sid; me recuerda a mi padre. Los dos son altos, de pelo ya escaso y canoso, y pertenecen a esa clase de hombres que desprenden dignidad aun cuando realizan un trabajo que les queda un par de peldaños por debajo de aquel al que podrían haber aspirado si el mundo fuera un lugar distinto.

—¿Necesitas ayuda ahí arriba, Sid?

No es que me sobre el tiempo, pero mi educación me obliga a preguntarlo. Además, me consta que no aceptará el ofrecimiento.

—¿Acaso crees que no soy capaz de quitar cuatro bombillas de un árbol?

Sube a trabajar de una vez. —Sid me despacha con la mano en plan de broma.

Sé lo que va a decir a continuación antes de que abra la boca.

—Estás haciendo un gran trabajo, cariño, realmente bueno. Verte en televisión es impactante. ¡Nos representas!, te lo digo yo.

Sid dice lo mismo cada vez que nos cruzamos. Debería sonar repetitivo, pero no es así. Es un recordatorio de que mi éxito no es solo mío, sino de todos aquellos que me precedieron, aquellos que se sacrificaron para que yo pudiera tener esta oportunidad inimaginable. De manera que le doy unas sinceras gracias, a pesar de que mi cabeza no está del todo aquí ahora mismo; se quedó detenida en algún punto del aparcamiento del Saint Mary.

En cuanto se abren las puertas del ascensor en la planta donde trabajo, oigo la atronadora voz de Scotty.

—¡Ya era hora, Wilson! ¡A mi despacho! ¡Ya!

Se vuelve hacia el pasillo y lo sigo corriendo; ni siquiera me molesto en pasar por mi mesa para dejar el abrigo y el bolso. Cierra la puerta del despacho de un portazo y se apoya en su mesa. Se cruza de brazos y clava la mirada en mí.

—¿Cuál es tu relación con Jennifer Murphy?

Un chirrido me invade la cabeza. Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para mantener la serenidad. Esto tenía que pasar algún día. Si Sabrina lo descubrió, era solo cuestión de tiempo que Scotty también se enterase. Pero tampoco era necesario que fuera precisamente hoy. Debo controlar las consecuencias, aunque no sabré cómo hacerlo hasta averiguar qué sabe Scotty.

—Crecimos juntas. —Mantener la voz firme me supone un esfuerzo hercúleo.

—¿Y os conocíais bien? ¿Erais amigas? —Su tono está en consonancia con el mío, lo cual no me deja demasiado margen de maniobra:

resulta más inquietante que si estuviera gritando.

—Sí —respondo, obligándome a no desviar la mirada. «Al menos lo éramos», pienso—. Pero eso no me ha impedido ser completamente profesional a la hora de cubrir el caso.

Suelta un ruido a medio camino entre el gruñido y el ronquido, y toma asiento en la silla que tiene al otro lado de la mesa, que cruje bajo su peso.

—¿Qué te dije cuando te contraté, Riley? ¿Qué es lo único que no soporto?

—Los dramas y las mentiras. —Ese día incluso lo anoté en un cuaderno.

«Ni dramas, ni mentiras». Técnicamente, se trata de dos cosas en lugar de una, pero no se me ocurrió comentarlo.

Mantiene la mirada fija en mí a través de esa mesa caótica, inundada de envoltorios de comida para llevar, como si tratara de decidir qué hacer conmigo. Una vez más, estoy a punto de perder algo que deseo con todas mis fuerzas. Si Scotty me retira de la historia, ya puedo despedirme de la silla de presentadora. Quizá nunca vuelva a caerle en gracia. Mi carrera en Filadelfia podría haber terminado antes de empezar, un sueño hecho trizas por segunda vez.

Después de lo que parece una pausa de una hora, dice:

—Deberías habérmelo contado, Riley. Esperaba más de ti.

—Lo siento, Scotty. En serio. Pero sabía que podía ser objetiva. Sabía que era la persona más adecuada para esta historia, y no quería darte motivos para que lo dudaras. —Noto cómo me vacila la voz. Espero que él

no se dé cuenta—. Una cosa es mi trabajo y otra, mi vida personal. Puedo mantenerlas separadas. No he comprometido esta historia.

—Ya, ya. Es verdad, hasta ahora no lo has hecho. Pero Jennifer Murphy tuvo un crío hace diez días. Prematuro. Supongo que lo sabes.

—Sí. —No voy a mentir ahora—. Pero eso no forma parte de la historia, Scotty. El bebé queda al margen. No somos la TMZ.

No es verdad. El bebé es parte de la historia, como todo lo relacionado

con los Murphy. Es sorprendente que nadie lo haya descubierto hasta ahora.

¿Habría informado de eso si Jen no fuera Jen? Es probable que sí. Pero nunca le haría algo así a Jen. Hay líneas que no pienso cruzar. Y eso es lo que le digo a Scotty.

—Estoy cubriendo el caso, Scotty. No la vida personal de Kevin Murphy.

Sus dedos tamborilean sobre la mesa.

—En primer lugar, deberías haberme dicho lo del bebé. Y, por otro lado, tú cubres lo que yo te diga. —Su voz es fría.

Estamos otra vez al borde del precipicio. Me preparo para lo siguiente, mareada por los nervios y el subidón de adrenalina. «¿Estoy fuera de la historia? ¿Scotty enviará a Quinn a cubrir la conferencia de prensa para castigarme?». La mera idea me provoca náuseas.

—No te queda mucho margen para llegar al ayuntamiento —dice, con algo parecido a la resignación. Me señala la puerta con un gesto.

La sensación de alivio me hace tan feliz que debo contener las ganas súbitas de rodear la mesa y darle un abrazo.

—Estoy lista.

Ya he salido al pasillo cuando Scotty me grita:

—¡No hagas que me arrepienta de esto, Wilson. No habrá más oportunidades!

Vuelvo a la sala en busca de Bart. Lo encuentro apoyado en la mesa de

Quinn comiéndose un plátano.

—Tenemos que irnos —le digo.

En cuanto nos sentamos en la furgoneta, me hundo en el asiento del copiloto; acuso el peso del miedo, del alivio y de la vergüenza. «Lo que se hace a oscuras siempre sale a la luz, recuérdalo», otra de las frases favoritas de Gigi. Es probable que mereciera que me apartaran de la historia, pero, a estas alturas, me he convertido en la cara visible del tema para la KYX.

Scotty no tenía muchas opciones, y se arriesgaba a tener que contestar

preguntas de espectadores curiosos. Odio haberlo puesto en esa tesitura, haber sembrado la duda en él. De momento, imagino las conversaciones que he mantenido hoy con Jen y con Scotty como palabras que puedo meter en una caja y guardarlas bajo llave.

Oímos a la multitud congregada a las puertas del ayuntamiento antes de verla. Bart aparca la furgoneta junto a una docena de vehículos similares que se hallan en la zona reservada a la prensa. A través de las ventanas sucias, veo que el enjambre de manifestantes se ha dividido en dos grupos que se miran como soldados en un campo de batalla; en lugar de mosquetes, llevan carteles que proclaman qué vidas importan más: las de los negros o las de los de uniforme azul. La responsabilidad de mantener a los dos grupos separados, para que su apasionamiento no desemboque en violencia, recae en una línea de agentes de la policía de Filadelfia con caras largas.

Distingo a una joven madre negra, con su hijo sobre los hombros, mostrando un cartel con la frase: ¿MI HIJO SERÁ EL SIGUIENTE? A lo largo de esa línea divisoria invisible, un grupo de mujeres sostiene una larguísima pancarta: DIOS BENDIGA A NUESTROS MARIDOS, LOS QUE ASEGURAN LA PAZ. *BLUE*

LIVES MATTER.

Sentado al volante, Bart suelta un silbido.

—Esto se está poniendo al rojo vivo.

Es verdad. Si no fuera por mi trabajo, también yo estaría allí, con una

pancarta en la mano. Quizá incluso con un megáfono, gritando a esas mujeres que les digan a sus maridos que dejen de matarnos de una puta vez.

Pero ese no es mi papel ahora mismo.

Cuando nos abrimos paso entre la multitud, sentimos esa energía enfebrecida, casi sofocante. Una tensión peligrosa viaja en el aire gélido; es la sensación de un caos inminente, de una olla a presión a punto de explotar.

Paso frente a la estatua de bronce de Frank Rizzo que hay delante del ayuntamiento y veo que alguien ha desfigurado el aspecto del antiguo alcalde de la ciudad; un manchurrón de pintura roja le cubre la cabeza y gotea sobre sus hombros, como si fuera sangre, hasta caer sobre la nieve pisoteada. En esta ciudad aún hay gente que cree que Rizzo fue

un héroe local, un poli aventajado que escaló puestos en el cuerpo antes de ocupar la alcaldía durante dos mandatos. Otros lo recuerdan como el tipo que dijo a los habitantes de Filadelfia que «votaran a los blancos», o que aparecía en una foto en un tumulto racial que tuvo lugar en Gray's Ferry en 1969, vestido de esmoquin y con una porra metida en el fajín. Solo le faltaban la manguera y el perro de caza. El reverendo Price inició hace tiempo una campaña para que quitaran esa estatua y ahora la ciudad está empezando a prestarle atención.

El silencio que se respira en el vestíbulo de mármol contrasta con el caos del exterior. Bart y yo pasamos el control de seguridad y nos dirigimos a la sala de conferencias, donde ya hay congregados otros periodistas. Al fondo de la sala han dispuesto un pequeño atril, cuidadosamente colocado frente al emblema de la ciudad. Bart y yo avanzamos hasta encontrar un sitio entre las filas traseras. Él se ocupa de montar la cámara mientras yo intento hacerme una idea de la escena y de sus asistentes.

Son las dos y diez, y no hay ni rastro de Sabrina. Me pregunto si habrá tenido problemas con la acusación. El hecho de que se celebre esta reunión

entre tanta expectación ya es un hecho sin precedentes y habla de la firme resolución de Sabrina y del peso de la opinión pública.

Me pregunto si servirá para que Tamara se sienta en paz. Si le reportará alegría. O alivio. He intentado llamarlos, a ella y a Wes, tres veces esta semana, para no perder el contacto, para ver si lograba obtener algún comentario después de la conferencia de prensa. No sé por qué me lo he tomado como algo personal que Wes no me haya dicho nada, aparte de redirigirme a su nuevo consultor con los medios. Me siento herida a pesar de que sé perfectamente por qué lo hace. Estoy segura de que su nuevo abogado y portavoz, Jerome Gardner, quien, ironías del destino, había sido socio en el bufete donde trabajó Sabrina, les ha aconsejado que corten todas las comunicaciones. Gardner ha llevado al menos una docena de casos contra el departamento de policía de Filadelfia. Aquí tenemos un ejemplo del incestuoso mundo legal de Filadelfia. Algunas fuentes me dicen que están aunando esfuerzos para demandar a la ciudad por homicidio por negligencia. Piden cuarenta millones de dólares. ¿Ese es el valor de la vida de un chaval? Esa cantidad de dinero le cambiaría la vida a Tamara, sin duda. Con cuarenta millones de dólares podría vivir donde le diera la gana, hacer lo que quisiera, comprarse todos los caprichos que se le antojaran, pero no me cabe duda de que renunciaría a él a cambio de poder estrechar a su hijo entre sus brazos

una sola vez más.

Crece la inquietud entre la prensa debido a la espera. Bart se pone a jugar al Candy Crush. Miro el calendario del teléfono, una comprobación compulsiva para asegurarme de que la hora prevista para la conferencia era las dos y no las dos y media, y me salta otra cita. 7 de febrero. Mi encuentro con Corey. La cita, la misma que acordamos después de tres rondas de emails superformales, está anotada ahí. Debería cancelarla. ¿Me siento con ánimos de reabrir ese nido de culebras en estos momentos? Es demasiado.

Ante todo, necesito que pase el día de hoy. Cierro los ojos y respiro hondo, un truco que leí en algún blog de salud mental. Inhalar pensando en algo positivo y exhalar un pensamiento negativo. Inhalar: «Eres fuerte, Riley».

Exhalar: «Todo está roto». Cuando abro los ojos, Sabrina está cruzando una discreta puerta de madera, con su metro ochenta de estatura, sus hombros rectos, su cabeza erguida. Asciende los dos peldaños que llevan hasta la tarima. Tamara, Wes, Jerome, y una mujer a la que no reconozco, entran detrás de ella y ocupan sus asientos con solemnidad como si lo hubieran ensayado, y sin duda lo han hecho. La mujer debe de ser su enlace con los medios, Jackie Snyder, quien se labró una reputación en un tiroteo de Florida con el lema de «Mantente firme». Ahora se ha especializado en viajar por todo el país para aconsejar a personas que han perdido a un hijo debido a la violencia con armas de fuego. Que eso sea un trabajo ya nos da la medida del mundo en que vivimos. La gente se recoloca, tanto entre nosotros como entre los que están en la tarima. Veo que Wes saca el móvil del bolsillo.

Sabrina se toma unos instantes mientras las cámaras hacen su trabajo. La vibración de mi teléfono rompe el silencio. Echo un vistazo rápido y descubro que Wes me ha enviado un mensaje:

Me alegra ver una cara amiga. Ya sé que es tu trabajo, pero es un gusto igualmente.

Intento atraer su mirada, pero ahora está pendiente de Sabrina, como yo.

La leonina melena de la fiscal se alinea con el arco del emblema de la ciudad, que forma una especie de halo de bronce alrededor de su cabeza.

Para sus apariciones en juicios o ante los medios, Sabrina suele llevar una trenza espesa. El hecho de que hoy luzca un peinado afro parece

intencionado, valeroso, desafiante, el mismo tono que usa cuando empieza a hablar.

—A estas alturas, supongo que todos habéis visto el vídeo del asesinato de Justin Dwyer a un par de manzanas de su casa.

Sin duda, en este momento, las imágenes del vídeo pueblan la mente de todos, preparándonos para el anuncio inminente, tal y como ella tenía previsto.

—Se trata de una tragedia que habría podido evitarse. Justin tenía solo catorce años cuando recibió los disparos de los agentes Kevin Murphy y Travis Cameron. Después de una concienzuda y larga investigación, mi oficina presentó el caso ante el gran jurado, que resolvió acusar de asesinato en primer grado a los agentes Murphy y Cameron.

Sabrina deja que las palabras calen en la audiencia, tal y como hizo en el evento benéfico. Pienso en Jenny, en lo que estará haciendo ahora mientras toda la ciudad se entera del destino que aguarda a su marido. ¿Tendrá tele en el hospital? ¿Lo estará viendo?

Tamara nos contempla a todos sin mirarnos. Esa pobre mujer ha visto un vídeo que muestra a su hijo abatido por los disparos, desplomándose en un callejón oscuro. ¿Cómo debe de sentirse al tener una imagen como esta entre las últimas que ha visto de su único hijo?

Dirijo mi atención a Sabrina, ya que ha vuelto a tomar la palabra.

—Esta oficina siente el mayor de los respetos por el cuerpo de policía de Filadelfia, y por todos sus esfuerzos a la hora de respetar la ley y de proteger a los ciudadanos. Al mismo tiempo, ningún agente está por encima de esa ley y no podemos permitir que este tipo de violencia contra la población negra sancionada por el Estado continúe aquí, en Filadelfia. Es nuestra obligación como ciudadanos, y la mía como máxima autoridad legal de la ciudad, pedir justicia. Y, para mí, justicia significa que todas y cada una de las personas de esta ciudad y de este país vivan en unas condiciones dignas, amparadas por un contrato social que les garantice libertad,

seguridad e igualdad ante la ley. Cuando concierne a nuestros ciudadanos negros, ese contrato se rompe demasiado a menudo. Ha llegado el momento de que eso cambie, y no lo digo con la boca pequeña: hablo de un cambio auténtico. Un cambio que solo llegará cuando la gente comprenda que existen consecuencias por violar ese contrato; un cambio que solo llegará cuando todos peleemos contra el

statu quo. Durante las últimas semanas, miles de personas se han manifestado en nuestras calles pidiendo que terminase ese *statu quo*, exigiendo que tanto yo como otros líderes luchemos sin descanso contra esas fuerzas insidiosas de corrupción y racismo que emponzoñan nuestro departamento de policía. Eso es lo que intento hacer, ahora y en el futuro. Nuestra ciudad no sanará hasta que se haya hecho justicia con la familia Dwyer. Y, tomad nota, aquí se hará justicia. —Hace otra pausa y añade—: Esto es todo.

Los periodistas se acercan rápidamente a la tarima lanzando preguntas a gritos. Yo me abro paso hasta las primeras filas. En estas situaciones, la altura siempre me ayuda, y paso el micro por encima de una mujer menuda que tengo delante. Tamara y su séquito abandonan la tarima por la misma puerta por la que entraron antes de que nadie logre ponerles un micrófono en la cara. Pero Sabrina se queda atrás.

—¿Arrestarán hoy a Cameron y a Murphy?

La pregunta es menos surrealista cuando queda sofocada por una docena de cuestiones similares formuladas por periodistas que demuestran el mismo celo en su trabajo.

Sabrina se vuelve hacia mí y hacia la cámara que Bart lleva apoyada en el hombro.

—Estamos trabajando con los agentes Cameron y Murphy para que se entreguen voluntariamente a finales de esta semana. Esto no es una caza de brujas. Mi oficina no tiene el menor interés en complicarles las cosas.

Como ya he dicho, nuestra única misión es que se haga justicia con Justin Dwyer y que se supervise la aplicación de la ley.

Sabrina observa la gran cantidad de micrófonos, lista para otra pregunta, que procede del periodista de la CNN especializado en temas legales, alguien a quien siempre he admirado.

—¿Sabe que la esposa del agente Murphy dio a luz hace pocos días?

Me quedo tan helada que dejo de disputarme una mejor posición con el resto.

—Deseo al agente Murphy y a su esposa toda la suerte del mundo para criar a un hijo sano y feliz. —Sabrina mira directamente hacia la cámara de Bart—. Es lo que merecen todos los padres. Y es exactamente la razón por la que hoy estamos aquí.

Jen

Mañana a estas horas sabremos lo que nos espera.

—Nunca me he sentido tan humillado, Jen —dice Kevin mirando el techo, todavía vestido.

Hace unos instantes me he quitado la sudadera y la camiseta, que huelen a hospital, y me he acostado a su lado, en bragas y sujetador. He estado diez horas en la unidad de prematuros y tengo los párpados secos como papel de lija; debo mantenerlos abiertos, sin embargo, porque él necesita que alguien escuche todos los penosos detalles de su entrega en comisaría, que ha tenido lugar esta tarde: la toma de huellas, la foto de frente y de perfil, el papeleo, la vergüenza de hallarse al otro lado; los gestos compasivos de unos compañeros, como diciendo: «Yo solo cumplo con mi trabajo», sin atreverse a mirarlo a los ojos. Kevin creía que Cameron también estaría allí, que podrían haber pasado por aquella prueba juntos, pero Cameron no se entregará hasta la semana que viene. Su abogado pidió más tiempo. Kevin quería quitárselo de encima, y al menos se ha librado de pasar una noche en chirona gracias a la fianza de cincuenta mil dólares que han logrado reunir Cookie y Frank. Los oí hablar en la cocina hace unos días. Comentaban que habían tenido que renunciar al sueño de comprarse una casita en Carolina del Sur, no muy lejos de la playa. A la porra esa jubilación cómoda, amenazada solo por el drama de los nietos y la posibilidad de un huracán. A pesar de eso, Cookie no ha vacilado, no se ha quejado. Y nunca lo hará.

Apenas puedo centrarme en lo que dice Kevin porque sé que debo levantarme dentro de unas horas para volver al hospital. Solo me apetece dormir y soñar con las diminutas pestañas de Chase, contarlas una por una y pensar en sus ojos azules, pero Kevin me necesita.

—Soy un fracasado. Me siento como si le hubiera arruinado la vida, Jen

—dice con voz mecánica—. Apenas acaba de empezar y ya he arruinado la vida de Chase.

«No permitiré que eso suceda».

Deja caer el brazo sobre mis pechos, aún sensibles.

—Lo siento. Lo siento mucho, Jaybird.

Lo miro y parpadeo. Nuestras caras están tan cerca que podría besarlo.

No lo hago. No recuerdo cuándo lo hice por última vez.

—Ya lo sé, ya lo sé —susurro acariciándole el hombro. Kevin lo siente.

Siempre lo siente. Ha estado sintiéndolo mucho desde hace semanas. Sus disculpas son nuestra música de fondo—. ¿Qué ha dicho Brice?

—No hay quien lo entienda. Primero dice que tenemos buenas perspectivas en el juicio, siempre que Cameron y yo no nos desviemos de nuestra historia y hagamos piña, y a los cinco minutos pasa a decir que «tal vez te ofrezcan un trato si estás dispuesto a testificar contra Cameron», ya que el vídeo lo muestra a él abriendo fuego antes siquiera de que yo doblara la esquina. No identificó al sospechoso como es debido ni confirmó la presencia del arma en su poder.

La idea de un trato ha sido difusa, una posibilidad que flotaba en el aire de la casa de los Murphy sin que nadie quisiera afrontarla como algo real.

Para ellos no lo es por el simple hecho de que los polis no se chivan los unos de los otros. Un poli chivato deja de ser uno de ellos. Se convierte en un marginado, un mariquita, un traidor. Pero, en este caso, también supone la salvación. Seguiría siendo mi marido y el padre de Chase, y puedo

sobrellevar todas las putas acusaciones del mundo si así consigo mantener unida a mi familia.

Además, Kevin no puede ir a la cárcel. Eso lo destrozaría. Nunca sobreviviría. Para un poli, estar en la cárcel significa vivir en peligro todos los días. Y yo no sobreviviría a ese peligro.

Anoche, mientras mecía a Chase en la unidad de prematuros, oí cotillear a las enfermeras: «Esa tía no aguantaría ni dos segundos si tuviera que visitar al papá del niño en la cárcel. ¿Te lo imaginas?».

A las dos les hizo mucha gracia.

Sí, «esa tía» era yo. Ni siquiera pude enfadarme, porque era verdad.

Debería haberme acercado para decirles que tenían razón. No puedo imaginarme sentada al otro lado del vidrio, con el niño en brazos, para mostrarle a Kevin su primera sonrisa, sus primeras palabras, sus primeros pasos, su primer todo.

Cuando decidimos que Kevin se entregara hoy, mis intentos de mantener una actitud positiva y las promesas de lealtad para con mi marido quedaron reemplazadas por una única pregunta a gritos: ¿cómo puedo estar a su lado?

Y no hablo desde una perspectiva moral, sino desde una más literal: ¿cómo me las apañaré como madre soltera con un marido en la cárcel? No puedo permitir que lo encierren.

Durante un largo minuto permanezco inmóvil, deseando haberme opuesto con firmeza a la decisión de Kevin de hacerse policía, por desolador o frustrante que hubiera sido para él. ¿Por qué no batallé con más ganas? Bueno, ahora no me queda más remedio.

—Kev, si te ofrecen un trato, tendrás que aceptarlo.

—Pero, Jen, eso supondría arrojar a Cameron a los leones. Tendría que ponerme de pie y declarar que tomó una decisión errónea. Que evaluó mal la situación.

—Pero es que lo hizo. Tú disparaste porque lo había hecho él, pero tu vida nunca corrió peligro ante ese crío y tú lo supiste apenas un segundo después de verlo. He visto el vídeo. He visto tu cara. Un segundo después de disparar, ya sabías que no deberías haberlo hecho.

Kevin emite un quejido sordo.

—Si traiciono a un hermano, me van a crucificar. Mira, ¿te acuerdas de cuando hablé con Ramírez, hace un tiempo, y terminé tan cabreado? ¿Sabes lo que me dijo, Jen? Dijo que no podría volver a mirarme a los ojos si testificaba en contra de Cameron. Dijo que nunca podría perdonármelo. Y

eso lo dijo mi mejor amigo, el tipo que quiere ser el padrino de Chase. Me preguntó cómo podría vivir conmigo mismo. ¿Cómo podría hacerlo, Jen?

¿Cómo podría perder a mi mejor amigo?

—Para Ramírez es fácil decirlo: él no se enfrenta a varias décadas en la cárcel. No puedes ir a prisión, Kevin. Si existe una salida, debes aprovecharla. Por mí, por Chase. —Al decir estas palabras, miro a Kevin implorándole, y tengo la impresión de que se desintegra ante mis ojos. Nos estamos quedando sin tiempo y sin opciones.

—Y deberías haber oído la matraca de Matt. Joder… «¿Te imaginas

que hubiera sido yo, también me entregarías?» —pregunta impostando la voz de su hermano—. No lo sé, Jen. Fue un error. Cameron cometió un error.

Debería pagar por ello. Pero yo también, y lo sabes. El tema es cuánto. Matt me preguntó si Cameron merecía perderlo todo por hacer su trabajo. Pero no es tan simple, ¿no crees? Al fin y al cabo, un chaval ha muerto.

—No, no es tan simple. Los dos metisteis la pata. Pero tal vez, solo tal vez, Cameron la metió más que tú, y debe enfrentarse a unas consecuencias peores.

Kevin procesa esa idea y luego se vuelve hacia mí.

—Sé que he dicho que hoy ha sido el peor día de mi vida, pero no es

verdad, Jen. El peor día de mi vida fue el día que apreté ese gatillo.

No hay nada que decir ante esa verdad, así que por fin le doy un beso, más por poner punto final a la conversación que por otra cosa. Los dos nos rendimos, nos refugiamos en las sábanas y en nuestros pensamientos sobre qué pasará mañana.

Llego al hospital antes de que amanezca, para pasar unos minutos con mi hijo antes de que el día se nos vaya de las manos. Al cogerlo en brazos, noto que Chase pesa más: ha ganado treinta gramos desde ayer. Pesa ya dos kilos y setecientos gramos y encaja perfectamente en el pliegue de debajo de mi barbilla. Gimotea y resopla contra mi cuello mientras me balanceo en la mecedora de la unidad de prematuros y el sol asoma en el horizonte.

—Es un luchador. Un pequeño Rocky —dice Eva, mi enfermera favorita de la planta, con su fuerte acento del sur de Filadelfia.

Lo repite a menudo, y la adoro por ello. Al menos una vez al día le pone

«Eye of the Tiger» en el móvil y siempre lo trata como a un bebé, en lugar de como a una muñeca frágil. Y no cotillea sobre mí, o al menos no la he oído hacerlo.

—¿A que sí? —digo yo. Es ridículo lo orgullosa que estoy de mi hijo solo porque va saliendo adelante.

—Voy a echar de menos a este chiquitín.

Me cuesta creer que esta sea la última noche de Chase aquí. Mañana podremos llevarlo a casa, siempre y cuando el último test pulmonar salga bien. Frank nos ha dado la cuna, y es la pieza de madera más bella que he visto nunca. Grabó en ella las iniciales de todos nosotros, para que Chase, mientras duerme, «esté rodeado de todas las personas que lo aman». Ya la tengo en casa, con las sábanas, que he lavado cinco veces.

—Estás muy guapa —me dice Eva.

Intenta hacerme sentir mejor. Sabe por qué me he vestido así hoy en lugar de venir sin maquillar y con las mallas viejas. Llevo la raya de los ojos mal pintada. No había manera de mantener la mano firme a la hora de trazarla esta mañana, y este vestido azul con volantes no es exactamente lo más adecuado para ir a un tribunal, pero es el único vestido premamá que tengo, el que pensaba ponerme el día de la fiesta. Aún no me cabe ninguna de las prendas que llevaba antes. No caí en la cuenta de que tendría una barriga como de seis meses de embarazo semanas después de dar a luz.

Apenas logro meter los pies, aún hinchados, en los zapatos de tacón. Ya me los he quitado. Al parecer, cuando tu marido tiene que presentarse ante el juez para descubrir si lo encerrarán el resto de su vida, tú tienes que ir elegantemente vestida. Así lo dijo Julia cuando pasó hace un par de noches para prepararnos. Traía una breve declaración para que Kevin la leyera después de la audiencia, aunque también le comentó que podía dejar que lo hiciera Brice. No sé qué hará Kevin. Julia me advirtió que me armara de paciencia para aguantar las fotos y que cogiera a Kevin de la mano en todo momento. «Y que no te pillen riéndote o sonriendo». Como si estuviera yo de humor para lo uno o lo otro.

—Trae, deja que lo coja.

Eva se inclina, y siento el impulso irracional de apartarme para que no pueda coger a mi niño. Al percibir mi reticencia, da un paso atrás.

Coloco a Chase en mi regazo, apoyado en la pequeña hendidura entre mis muslos.

—Mamá tiene que irse, cariño. Pero volveré pronto. No tardaré.

Chase abre los ojos al oír mi voz. Sucede cada vez más a menudo, pero no por ello resulta menos mágico. Fija sus ojos en los míos. «Eres tú», dicen. Luego abre la boquita, esos labios diminutos, y creo que va a

bostezar. Sin embargo, deja escapar un gemido, un gemido alto y claro. Su piel sonrosada se vuelve morada del esfuerzo y yo me pongo a mecerlo. Sus sollozos me hacen sentir desesperada, inútil, sobre todo porque no puedo quedarme. ¿Cómo voy a dejarlo así? Maldigo el hecho de tener que pasar el día lejos de mi niño.

Eva ya no pregunta esta vez, se limita a inclinarse y a coger a Chase en brazos. Me dan ganas de arrebatárselo, pero no puedo: ya es la hora. Me apoyo en los brazos de la mecedora y me levanto despacio, pues cualquier gesto brusco envía una descarga de dolor a través de la herida, que aún tengo a flor de piel. Me muevo a paso de tortuga. Intento calzarme los zapatos de tacón y desisto al instante. Los llevaré en la mano hasta el coche.

—Que tengas suerte hoy, Jen.

La expresión de sus ojos, el tono de voz, la amabilidad… Es tan auténtica que tengo que apartar la mirada. No sé qué necesitamos, pero no tiene nada que ver con la suerte.

Beso la cabecita peluda de Chase una vez más, y luego sus pies, y esa manita del tamaño de una bellota.

—Lamento tener que irme, bebé. Volveré en cuanto pueda.

Cuando salgo a la calle, me quedo mirando al cielo, parpadeando debido a la luminosidad del sol matutino. Después de tantas semanas saliendo de noche y regresando antes del amanecer, apenas reconozco el sol, y quiero absorber la luz, como si eso pudiera darme fuerzas para afrontar el día.

Lo único bueno de mi vieja tartana es que tiene un reproductor para seis CD, que no han cambiado mucho desde que iba al instituto. Tengo claro lo que voy a escuchar de camino al juzgado. En cuanto arranco el motor, pongo los grandes éxitos de Guns N'Roses. Suenan las primeras notas, la guitarra acelerando cada vez más en un impresionante crescendo. Esa intensidad eléctrica encaja con mi estado de ánimo, así que subo el volumen

al máximo. Y luego canto; no, mejor dicho, grito hasta que me duelen lo pulmones, durante todo el camino que va del hospital al centro de la ciudad.

«Welcome to the Jungle», «Paradise City», y por último «Patience». En un semáforo en rojo, un tipo que conduce un Chevy azul me mira como si estuviera loca. Le devuelvo la mirada y canto aún más alto.

El juzgado parece una casa de locos: hay como un millón de personas y el edificio está rodeado de cámaras. Me dejo llevar por una idea absurda: ¿y si sigo conduciendo, si me alejo de aquí todo lo que pueda?

Tras dar otra vuelta a la manzana, vuelvo a la realidad y busco la entrada del aparcamiento que nos indicó Brice, una entrada privada que está protegida por agentes de seguridad. Hoy no se permite el acceso a los medios, lo cual es una bendición; al menos no tendré que enfrentarme con Riley. Sin embargo, tenemos que hablar. Lo sé, pero necesito quitarme de encima toda esta parte. Y llevarme a Chase a casa y dormir seis horas seguidas. Tal vez luego Riley y yo podamos hablar.

En cuanto entro en el aparcamiento veo a los Murphy, agrupados cerca de la puerta trasera. Se les ve derrotados, como si esperaran a que diera comienzo un funeral. Aparco lo más lejos posible y camino despacio hacia ellos observando a Cookie, que se aferra con fuerza al brazo de Frank, pegada a él cadera con cadera, por solidaridad y también para ayudarlo a mantenerse en pie; le cuesta si es mucho rato. Al lado de su madre está Matt, hablando con Brice. Ver al abogado me da náuseas: su pelo ralo, peinado para atrás con kilos de gomina, brilla bajo la luz del sol como los dientes en los anuncios de dentífrico.

Me he estado fijando en Brice estas últimas semanas. No puedo sacudirme de encima la idea de que todo esto lo desborda. Es un abogado de cuarta, especializado en demandas menores, que se ha encontrado con un caso mediático, que copa los titulares, solo porque su madre forma parte de

un club de bridge. Casi puedes verlo salivar ante tanta publicidad. Se ha vuelto tan engreído que no sé cómo puede abrocharse los botones de esos trajes de tela brillante de tan hinchado que está.

Kevin se vuelve hacia mí poco antes de que yo llegue, como si me presintiera. Tiene un aspecto patético, y me pregunto si puedo darle todo el apoyo que está pidiendo a gritos.

Ha perdido tanto peso que el único traje bueno que tiene le va ahora al menos dos tallas grandes.

—Bueno, ya era hora —dice Cookie, encantada de poder reprender a alguien. Pero enseguida se acerca a abrocharme el abrigo—. Vas a pillar un catarro.

Y eso que estamos a dos pasos de la puerta.

—No teníais por qué esperarme aquí.

—Mi madre pensó que sería mejor que entráramos juntos —dice Kevin, al tiempo que me coge de la mano.

Parece una tontería, como si el hecho de que la familia Murphy recorra junta un pasillo largo y vacío fuera a reportarnos alguna ventaja, pero no puedo negar que, mientras avanzamos hacia la sala, me siento segura, arropada por el pequeño grupo.

Cookie me pregunta por Chase y le digo que ha engordado treinta gramos desde ayer. Creo que nunca la he querido más que justo ahora, cuando se le ilumina la cara y dice:

—Ese es nuestro chico.

Brice deja que Cookie y Frank encabecen la comitiva mientras recorremos los laberínticos pasillos del viejo edificio. En cuanto ya no pueden oírnos, aprovecha para susurrarle a Kevin:

—Te vas a declarar no culpable, tal y como acordamos. Pensé que la

fiscal pondría un trato encima de la mesa antes de llegar a esto, pero tiene ganas de montar todo el espectáculo, sin perderse una sola escena.

Cookie y Frank se encuentran demasiado alejados para oír esta conversación, pero Matt no.

—Mi hermano no es un chivato, tío. —Escupe las palabras en dirección a Brice. Parece que está a punto de añadir algo más, de montar un cristo, pero Annie lo coge del codo y lo empuja hacia su madre.

—No le escuches —digo yo.

Kevin se para en la entrada de la sala. A un lado, ocupando tres filas de bancos, están sus compañeros de la comisaría veintidós. Adivino que no sabía que venían. Es una especie de fiesta sorpresa cutre. En lugar de gritar

«¡Sorpresa»!, todos se vuelven hacia él, le transmiten su solidaridad a través de sus expresiones serias y solemnes. Saben que cualquiera de ellos podría estar ahora mismo en el lugar de Kevin. Algunos me

observan. Otros, más tímidos, desvían la mirada. A día de hoy puede contar con ellos, pero ¿qué pasará si Kevin testifica contra Cameron? ¿Abandonarán a mi marido? Sé la respuesta a esta pregunta, y él también.

Hay otro caso antes que el nuestro. Brice nos dijo que nos preparásemos para esperar, así que encontramos un banco vacío y nos sentamos allí hasta que terminen. El juez le está soltando un severo sermón a un adolescente hosco, diciéndole que tiene que poner orden en su vida y preocuparse de ayudar a las madres de sus hijos; que esa es una obligación suya y no de los contribuyentes. Me es imposible concentrarme. No puedo dejar de pensar en Chase, en la unidad de prematuros; me pregunto qué estará haciendo, si estará despierto, si me echa de menos. Noto los brazos vacíos cuando no lo tengo entre ellos. Una risa irónica amenaza con salir de mi boca al darme cuenta de que preferiría estar en el hospital, en esa planta horrible que parece un purgatorio lleno de bebés enfermos, que aquí en esta sala. Pero al

menos avanzaremos hacia alguna parte. De todas las dificultades de estos últimos meses, estar en ascuas ha sido lo peor. No puedo ser una buena madre mientras nos encontremos en esta especie de limbo eterno. Quizá todo termine pronto, sea cual sea el final. Me he preparado para lidiar con cualquier desenlace. Solo necesito tener las cosas claras. Necesito saber qué viene ahora.

Es la primera vez que estoy en un juzgado y me sorprende descubrir que es un sitio tan oscuro y tan sucio: paredes desconchadas, latas de Coca-Cola vacías y un montón de carpetas marrones apiladas en la mesa del juez. Los radiadores son viejos y dejan escapar gruñidos metálicos. El propio juez parece estar aburrido como una ostra. No puedo creerme que nuestro destino vaya a decidirse en un espacio tan deprimente, o en otro parecido si Kevin tiene que ir a juicio.

El juez da un golpe con el martillo y todos nos sobresaltamos. Hay un súbito revuelo en la sala cuando un caso da paso a otro: los actores se mueven, yo incluida. Me dejo caer en el banco y enderezo la espalda preparándome para lo que venga. Kevin se levanta cuando el alguacil pronuncia su nombre. Todos los ojos se vuelven hacia él cuando, seguido por Brice, se dirigen a la mesa que está delante del juez. Quería decirle unas últimas palabras de ánimo, pero Kevin se ha levantado del asiento y avanza como un zombi antes de que pueda hacerlo.

Esa horrible fiscal del distrito aparece como por arte de magia y se planta en la mesa que queda enfrente del juez. Me gustaría pegarle un

chicle enorme en el pelo. Fulmino a Sabrina Cowell con la mirada con la esperanza de que perciba mi rabia. Cuando empieza a hablar, me gustaría taparme los oídos para no percibir esa confianza en sí misma, ese tono condescendiente y solemne.

—Kevin Murphy… Asesinato en segundo grado… Homicidio…

Todo pasa tan rápido y es tan lioso, una sucesión de términos legales, una jerga incomprensible… Hasta que, en un momento, todo parece detenerse: cuando habla Kevin. Son solo dos palabras, pero con una voz tan ronca que el juez se ve obligado a pedirle que las repita.

—No culpable.

Y, dicho eso, se acaba todo. Casi me arrepiento de haberme tomado la molestia de dejar a Chase, pero cuando Kevin regresa al banco y se deja caer en mis brazos como si hubiera corrido una maratón, me alegro de haber venido. «En lo bueno y en lo malo».

Todos salimos al vestíbulo sin saber muy bien cómo comportarnos, ni qué hacer ahora.

—Tengo que ir al servicio.

Llevo horas aguantándome y salgo pitando en busca del cuarto de baño.

Ya en el retrete, me tomo mi tiempo, y me dedico a mirar fotos de Chase en el móvil para calmarme. Como aún sangro, necesitaría otra compresa, pero eso significaría pedirle una moneda a Cookie, y ella me preguntará para qué la quiero y yo me moriré de vergüenza. Alguien entra. A lo mejor puedo pedirle cambio.

Salgo y, al ver quién es, casi vuelvo a entrar en el excusado. Es Tamara Dwyer, y la tengo tan cerca que hasta huelo su perfume. Me tiemblan las rodillas. No la he visto en la sala, aunque no me cabe duda de que estaba allí. En televisión sí la había visto, y de lejos en el entierro de Justin, pero aquí, bajo las luces parpadeantes del fluorescente que son obligatorias en cualquier dependencia municipal de esta ciudad, parece un fantasma. Me mira a los ojos. Estamos las dos solas, a medio metro de distancia.

—Enhorabuena —me dice en voz baja mirándome la barriga hinchada.

—Gracias —susurro retrocediendo un paso hacia el excusado.

—Ha sido un niño, ¿verdad?

—Sí. —No puedo dejar que la culpa por ese simple hecho me ahogue.

Ella no necesita que me sienta culpable—. Señora Dwyer, lo siento tanto…

Y mi marido también.

—No quiero sus disculpas.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiende. ¿Qué haría si alguien matara a su niño?

Ni siquiera titubeo: he sopesado esa posibilidad cada día desde que Chase nació.

—Lo mataría con mis propias manos.

—Exactamente. —La dureza que veo en los ojos de Tamara me indica que ella también se lo ha planteado.

—Pero no serviría de nada, ¿no cree? —Tartamudeo un poco—.

¿Mejoraría algo?

Tamara se dirige hacia mi imagen en el espejo.

—A veces creo que sí. Una vida por otra. Pero no es eso lo que quiero.

Quiero que vuelva mi hijo. Quiero que vuelva mi niño. Quiero abrazarlo, besarlo en la cabeza, y retenerlo para que no salga a un mundo donde un hombre como su marido le dispare en el pecho por ir caminando por la calle a la salida del colegio.

Es lo que merezco. Mi hijo está vivo.

Se aferra al lavamanos con fuerza y nos hablamos a través de su imagen proyectada en el espejo. Puedo irme ahora mismo, alejarme de esa mujer y de su angustia. Pero debo encararme con ella, debo aguantar lo que tenga que decirme. Me arriesgo a posar la mano en su brazo y ella se aparta con un gesto tan brusco que retiro la mano como si me hubiera quemado.

—No me toque.

—Lo siento…

—Y no me diga que lo siente. No quiero sus excusas. —Sus ojos vuelven

a cruzarse con los míos; son dos pozos fríos de ira y dolor.

—Chase… Mi niño, mi hijo se llama Chase. Nació prematuro. Pensé que iba a perderlo. Supe que me moriría si sucedía algo así.

—Pero usted no habría muerto. No tendría más remedio que seguir adelante, y eso es mucho peor.

Se vuelve para agarrar la manija de la puerta; tira de ella con tanta fuerza que esta se abre de golpe y choca contra la pared. El ruido nos sobresalta a las dos.

—Dígale a su marido que haga lo que tiene que hacer.

Escupe las palabras y luego se marcha. Espero un minuto porque no podría soportar volver a encontrármela en el pasillo. Y porque necesito calmarme.

Camino con paso débil hacia los Murphy, hacia el semicírculo tenso que han formado. Brice está hablando, animado, meciéndose satisfecho adelante y atrás mientras dice cosas sueltas sin dirigirse a nadie en concreto.

—Si llegamos a juicio, tenemos una buena oportunidad. En serio. En el vídeo se ve claramente que el chico saca algo del bolsillo. El jurado solo necesita considerar que existió una amenaza razonable. Todo el mundo prefiere pensar que no dispararía, pero a la hora de la verdad nadie lo sabe.

Ningún miembro del jurado puede asegurar qué haría en esa misma situación.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Cookie—. Estás temblando.

Me agarro una mano con la otra para mantenerlas firmes.

—Estoy bien.

No la veo muy convencida, pero entonces algo nos distrae. Sabrina Cowell avanza hacia nosotros por el largo pasillo: el enemigo se acerca cual hiena acechando a los hipopótamos.

Cookie aprieta los labios tan fuerte que temo que se trague la lengua.

—¿Puedo hablar contigo, Brice? —pregunta Sabrina.

Él asiente con entusiasmo, como si fuera un jugador al que el entrenador saca al campo en los últimos diez minutos del partido.

Cuando ambos se alejan, Matt anuncia que sale a fumar. Cookie quiere ir al servicio y Frank ya no aguanta más de pie. Kevin y yo nos quedamos solos.

Ese silencio pétreo me está matando, así que empiezo a silbar las primeras notas de «Patience». «You and I got what it takes to make it», canto en voz baja al oído de Kevin.

Cuando, unos diez minutos después, vuelve Brice, oímos sus pasos resonando en el suelo de mármol antes de verlo aparecer por la puerta.

Kevin se apresura a ir a su encuentro y yo lo sigo tan rápido como puedo.

—¿Qué?

—Por fin. Quiere ofrecerte un trato.

—¿Qué trato?

Brice hace una pausa para lograr un efecto más dramático.

—Homicidio imprudente. Diez años de libertad condicional. Y supone una condena firme. Pero no hay cárcel. Es un buen trato, la verdad. Un trato increíblemente bueno.

«No hay cárcel». Oírlo supone tal alivio que mi cuerpo entero desfallece, noto como si los huesos se volvieran de mantequilla. Mi hijo no tendrá que ver a su padre a través de una sucia ventana de vidrio. Es mejor de lo que habría podido esperar. Sin embargo, Kevin no parece feliz ni aliviado. Se lo está pensando, lo percibo.

—A cambio, tienes que testificar contra Cameron, por supuesto. —Brice lo añade como si se tratara de una pequeñez—. Van a por él. En un juicio tendrá una buena defensa. Puede decir que pensó que el chico estaba sacando una pistola, que estaba convencido de que disparaba contra el otro

tipo. Tú tienes que decir que, en el momento en que viste al crío,

supiste que era la persona equivocada, que crees sinceramente que Cameron metió la pata. Eres la única persona que estaba allí, aparte de él. Tu testimonio puede hacer que el jurado se decante, y ella lo sabe. Pero si vais a juicio, podéis terminar los dos en la cárcel. Pide una respuesta a finales de esta semana. Sospecho que pretende saber cuál es tu postura antes de que Cameron se entregue. Quería tenerlo claro en cuarenta y ocho horas, pero conseguí que nos concediera más tiempo. —Brice revisa la declaración para adjudicarse el mérito de ese logro—. Es una decisión importante.

Kevin apoya la frente en la pared pintada de color verde moco.

—Ah, y dejarás de ser policía, en todo Filadelfia. Tu renuncia se haría efectiva de inmediato —añade Brice.

—¿Ya no podré ser policía? —Kevin habla como un niño al que le han dicho que no volverá a ver su madre.

Me mira, y yo me limito a asentir con la cabeza. «Dígale a su marido que haga lo que tiene que hacer», me viene a la mente.

—Si quieres mi consejo —continúa Brice—, y de hecho para eso me pagas, te sugiero que lo aceptes. Si se trata de ti o de él, siempre es mejor que pringue otro, ¿no crees?

Frank y Matt no están aquí, gracias a Dios.

—Todos esos hombres… —dice Kevin con voz ronca—. Han venido a apoyarme. Si traiciono a Cameron, los estoy traicionando a todos.

El largo suspiro de Brice está cargado de frustración. Kevin está arruinando su gran momento.

—Mira, tienes una semana para pensártelo. Pero es un buen trato.

Llevamos mucho tiempo al borde de un precipicio, y ahora que alguien nos arroja una cuerda, Kevin la quiere dejar escapar. ¿Por qué?

—Tomaremos la decisión correcta —le digo a Brice mientras cojo a mi

marido de la mano—. Venga, vámonos al hospital.

A ver a Chase.

Riley

—Te queda muy bien.

Contemplo la blusa de seda no muy convencida.

En el diminuto probador donde estamos, mi madre se acerca y mete los faldones de la blusa por dentro de la parte trasera de mis tejanos; luego me mira de arriba abajo. No he ido de compras con ella desde la típica excursión a JCPenney en verano, antes de empezar séptimo.

—No sé, es carísima.

El precio que marca la etiqueta me da escalofríos e intento esconderlo como si se tratara de un secreto vergonzoso, aunque, al fin y al cabo, la idea de entrar en esta minúscula boutique de Sansom Street fue idea suya. A decir verdad, esta cita para ir a comer y de compras ha salido de ella; esta mañana me sorprendió con la propuesta. Miro nuestra imagen en el espejo: somos como las madres e hijas de las series de la tele que yo imaginaba. Al menos, lo hemos sido durante las últimas horas. Incluso pedimos un par de Aperol spritz y nos dedicamos a cotillear, aunque no estoy segura de si ella sabía que el Aperol lleva alcohol y decidí no revelárselo hasta que le dio un sorbo y comentó que le parecía «muy refrescante». Incluso le he contado que hoy he quedado con Corey, dentro de media hora exacta. No tenía intención de decírselo, pero nos pusimos a hablar de la última pelea entre Shaun y Staci, y de que mi prima se casaba en verano. Mamá pretende que vayamos todos a Memphis, a la boda, para formalizar así las paces con el

tío Rod. Así que me pareció natural sacar el tema de mi vida amorosa, pese a que es un terreno que siempre he evitado pisar con ella. Nuevos tiempos y esas cosas. Por eso terminamos en esta tienda carísima, porque ella insistió en que debía comprarme una blusa nueva para la cita. Al parecer, el suéter de color tostado que llevaba puesto no era adecuado: «He visto a chicas con ropa más sexy en los cursos de estudios bíblicos, Riley». Creo que el segundo Aperol tuvo la culpa de que mi madre usara las palabras «sexy» y

«bíblico» en la misma frase, y de que me arrastrara de la mano hasta una tienda que vende prendas de cachemira de cuatrocientos dólares.

—Siempre me he preguntado qué pasó con él, con Corey —dice ahora.

—¿No te caía mal?

Siempre había pensado que sí. En realidad, siempre he estado segura de que al principio mi madre desconfía de todo el mundo, y de que la gente tiene que hacer grandes esfuerzos para ganársela.

—Niña, si apenas lo conocía… Un buen día lo trajiste a casa. Me pareció bastante majo y estaba claro que a ti te gustaba mucho. Eso lo vi. Tenías ese brillo especial en los ojos… ¡Vaya si lo tenías! Por eso me sorprendió que desapareciera del mapa.

«A mí también, mamá». A veces me sorprendo a mí misma. Giro sobre mis talones hasta ponerme de lado para ver cómo me queda la blusa. Es azul, lo cual le añade puntos: a Corey le encanta el azul.

—Estás preciosa.

Me coloca bien el cuello. El cumplido es otra sorpresa. Para mamá, ser guapa era más bien una maldición. «Sobre todo con esa melena larga y lacia; solo por eso, las chicas te odiarán», me dijo cuando iba a secundaria.

Y luego añadió que no debía mirarme en el espejo delante de las otras chicas si no quería que me tomaran por vanidosa, por una creída. Hoy día

me sigue dando corte mirarme en el espejo, lo que significa que debo de haberme pasado la vida con comida entre los dientes.

—También te noto nerviosa —me dice.

Siempre ha podido leerme la mente. Por mucho que me guste pensar que soy capaz de mantener en privado mis pensamientos y de desprender un aura de serenidad, ante ella siempre soy un libro abierto.

—Supongo que sí. Un poco. ¿Se me nota mucho?

—Oh, por favor. Te conozco. Fuiste yo antes de ser tú. No lo olvides.

No sé muy bien qué quiere decir con eso, pero capto el sentido. Por mucho que quiera diferenciarme de mi madre, somos iguales en muchas cosas. Es una idea que no me disgusta en absoluto.

—Ojalá hubiéramos llegado a conocerlo mejor. A Corey, digo. ¿Por qué te enamoraste tanto de él? ¡Se te caía la baba!

—No lo sé, mamá, creo que me hacía sentir alguien. Es difícil de

explicar. Era como si con él pudiera ser yo misma. No tenía que pensar, me comportaba como soy y ya está. Cuando me miraba, yo sentía que la persona que soy y la que quiero llegar a ser eran la misma. No sé, me hacía sentir… especial, segura de mí misma…, por tonto que suene eso.

—Riley Wilson, eres el ser humano más excepcional y seguro de sí mismo que he conocido. Te eduqué para que lo fueras. Para que supieras lo mucho que vales.

—Bueno, eso no siempre es fácil.

No añado que me educó para que aspirara siempre a ser una versión mejor de mí misma y que eso era agotador, y que, en cambio, Corey adoraba la versión que ya existía, con sus defectos y virtudes. Pero estamos pasando un rato estupendo; no quiero estropearlo echándole en cara penas de la infancia.

—Pero lo sé, mamá, lo sé. Y aprecio lo que hiciste.

—Cómprate la blusa. Te la mereces. Has trabajado muchísimo.

Regálatela, ¿no es así como lo decís ahora?

Rebusca en el monedero y me da un billete de veinte dólares.

—Mi contribución a la causa. Quiero que te la quedes.

—No, no, no hace falta. —Aún me cuesta acostumbrarme a la idea de ganar más dinero que nadie de la familia. Y al sentimiento de culpa que eso conlleva.

—Bueno, pues guarda el billete y úsalo para pagar tu parte de la cuenta esta noche. Las chicas dejan que los hombres las inviten, y luego ellos siempre esperan algo a cambio… Ya lo sabes.

Hay solo una cosa que Corey espera de mí: una explicación.

Me dispongo a quitarme la blusa cuando recuerdo que se supone que la llevaré puesta esta noche. Le doy el suéter a mi madre porque no me va a caber en el bolso.

—¿Puedes llevártelo a casa?

—¿A casa? ¡Esto va directo al contenedor de la ropa vieja!

Mientras vamos hacia la caja, mi madre se me acerca y baja la voz,

como si estuviera a punto de revelarme otro secreto. Espero que no sea hoy cuando le dé por hablarme de un amor secreto de su infancia…

—¿Crees que Kevin va a aceptar el trato? —El susurro es tan impostado que podría oírse a dos kilómetros a la redonda.

Durante la comida le conté, en confianza, que Sabrina me había llamado para ponerme al tanto de su oferta. Estaba muy claro que su estrategia durante todo el tiempo había sido usar a Kevin como palanca. Era la cabeza de Cameron la que quería ver en una bandeja, porque el suyo era un caso mucho más sólido desde un punto de vista legal. Cameron disparó primero, y disparó contra alguien que no encajaba con la descripción del sospechoso al que perseguían. Sabrina estaba convencida de que lograría un veredicto

de culpabilidad y una larga condena de cárcel. «Diez años como mínimo —

me dijo—. Al menos, se hará un poco de justicia». De manera que Kevin disponía ahora de un bote salvavidas, y sería tonto si no se subía a él. Sin embargo, han pasado tres días y aún no se ha decidido.

—No lo sé, mamá. Sería una locura rechazarlo.

—Ya, pero esos polis prefieren ir a la cárcel antes que delatarse unos a otros. Incluso los agentes negros se ven atrapados en esa red. Supongo que ya nos enteraremos. Has quedado con Jenny la semana que viene, ¿verdad?

Eso está bien, está muy bien.

Le he hablado a mamá sobre mi conversación con Jenny, de lo difícil e irritante que fue. Pero he admitido que, en cierto sentido, supuso también un alivio poder sacar todo lo que he estado pensando, incluso si eso lo cambia todo entre nosotras.

—Al menos hablaréis —me ha dicho—. Hay que seguir adelante. No puedes esperar que todo el mundo lo entienda todo. A veces has de aceptar a la gente como es e irla llevando hacia donde quieres ir. No siempre merece la pena, pero tú quieres a Jenny, y ella a ti, y estoy segura de que encontraréis la manera de resolverlo.

—En realidad, hemos quedado para dentro de dos semanas.

Las únicas noticias de Jenny fueron un mensaje bastante críptico que

me llegó el día después de la vista de Kevin, en el que me decía que se iba de la ciudad y me emplazaba a vernos cuando volviera. Resulta curioso que mis sentimientos ante ese futuro encuentro con Jenny, después de nuestra última conversación en persona, se parezcan a los que tengo ahora antes de ver a Corey: una especie de temor nervioso, como si me preparara para algo. Pero

¿para qué?

Le doy la etiqueta de la blusa a la cajera.

—Me la llevo puesta.

—Te queda fantástica —dice ella.

—Me alegro de que no nos hayan seguido por toda la tienda como si pensaran que íbamos a robarles algo —le dice mi madre, al tiempo que asiente con la cabeza como si se diera la razón a sí misma.

La joven rubia no sabe muy bien cómo tomarse este extraño cumplido.

Salimos a la calle, donde un sol vespertino dibuja un laberinto de sombras sobre la acera. Siento la extraña necesidad de prolongar este encuentro madre hija: tomar algo en el Parc o hacernos la manicura juntas, pero Corey me está esperando. Y, por otro lado, quizá no convenga tentar a la suerte.

—Os veo a ti y a tu hermano el sábado a las cinco en punto, ¿estamos?

Tanto a Shaun como a mí nos inquieta bastante, pero ambos hemos accedido a acompañar a nuestros padres a ver pisos en Bensalem este fin de semana. Mi madre pone al mal tiempo buena cara siempre que habla del tema, y proclama que está deseosa de tener menos habitaciones que limpiar.

Se esfuerza mucho por ocultar su desesperación. Sin duda, en eso he tenido a la mejor maestra.

—Al menos, dado el trabajo de tu hermano, nos harán un descuento en la mudanza. —Su risa parece lo bastante auténtica como para que crezca en mí la esperanza de que este cambio, que implica la pérdida de su casa, no la destroce. Tal vez se lo tome como la posibilidad de empezar de cero.

—Bueno, deséame suerte —le digo.

—No necesitas suerte, tienes a Dios. Y tampoco necesitas a ningún hombre.

—Quizá no lo necesite…, pero a lo mejor lo quiero. —La abrazo y nos despedimos entre risas.

Hay solo un paseo de diez minutos hasta el restaurante donde hemos quedado, pero sé que Corey ya estará allí cuando llegue, porque siempre ha

defendido que es mejor llegar una hora antes que un minuto tarde. Está claro que no comparte el concepto de la puntualidad de la gente de color.

Tal y como preveía, en cuanto las campanillas de la puerta del restaurante tintinean sobre mi cabeza, lo veo enseguida, a pesar de que el local está lleno.

Es como si estuviera en la parte más alta de una montaña rusa, justo a punto de iniciar la caída libre. Corey me ve y me saluda con una enorme sonrisa. La vagoneta se precipita a toda velocidad por los raíles de la montaña rusa. Aprovecho para observarlo bien mientras me acerco. Está como siempre, es decir, tan atractivo como antes: el mismo cuerpo alto y delgado, la piel olivácea, ese hoyuelo en la mejilla izquierda.

Cuando llego a la mesa, se levanta para saludarme y me da un beso en la mejilla. Cuento los segundos en que sus labios se demoran junto a mi boca.

Menos de los que me gustaría.

—Desayunos para cenar. Te acordabas.

Sabía que a Corey le encantaría este sitio porque adora los lugares donde sirven desayunos a la hora de cenar. En parte lo escogí por eso, y en parte como guiño a nuestra primera cita, la de los panqueques en Chicago. La parte mala es que no sirven alcohol, y yo me muero por tomar una copa, pero lo veo tan contento que el sacrificio merece la pena.

—Sí, supuse que te gustaría.

Apenas le he dicho una sola frase y ya estoy cuestionándome. Mi mente se desboca mientras intenta pensar qué debo decir a continuación. Entonces caigo en la cuenta de que le toca hablar a él.

Por un momento he olvidado cuáles son las reglas básicas de una conversación.

—Estás estupenda. —Corey se acomoda en el asiento de plástico.

—Tú también. Vamos a juego. —Ambos nos miramos las camisas azules.

Se produce una pausa, lo bastante larga para temer que estemos al borde

de uno de esos momentos incómodos. Me mira, y su expresión se ha vuelto más seria. Entro en pánico: ahora es cuando me habla de una enfermedad venérea… o de su boda inminente.

—Siento mucho lo de tu abuela, Rye. Era una gran señora.

—Gracias. La echo de menos. —No me había preparado para esto, para su calidez, para que me mire como si me abrazara con los ojos.

—Creo que no le caí muy bien. Me consta que me llamaba Corey el Blanco. Y eso siempre me planteó una duda: ¿existió un Corey negro?

Me entra la risa.

—Pues no.

—¿Estás bien? Sé que estabais muy unidas.

Sus dedos me acarician el dorso de la mano. La corriente que me recorre entera, de la cabeza a la entrepierna, me pilla por sorpresa.

Me vuelvo hacia la mesa de al lado porque noto que alguien nos mira; se trata de una señora mayor que está sola. Siento una pizca de orgullo cuando la mano de Corey se posa sobre la mía y le pongo cara de «Esto no es asunto suyo».

Estoy más que acostumbrada a las miradas de reojo y a los comentarios; ya los viví cuando Corey y yo estábamos juntos, sobre todo cuando venía a verme a Alabama. Miradas como diciendo: «¿Por qué está con ella?», aunque Corey no parecía enterarse de nada. Siempre que se lo comentaba, decía que eran cosas mías: «Eso son paranoias. La gente te mira porque eres preciosa, y me mira a mí porque no entiende que un tipo como yo haya conseguido a una chica como tú». Me habría resultado más fácil convencerme de que tenía razón.

Cuando vuelvo la cabeza, la mano de Corey ya no está tocando la mía.

Intento recordar cuándo ha pasado y cómo puede ser que ya eche tanto de menos esa caricia.

—Seguro que es una de tus fans —susurra, refiriéndose a la mujer que nos miraba. De repente, me llega el fuerte aroma a menta de esa carísima loción que venden en una de las tiendas dedicadas al supuesto arte del afeitado masculino. Me pregunto si aún será de la misma botella que le regalé por su cumpleaños, hace dos años—. Me fascinó verte en la tele de casa, en Nueva York. Levanté la cabeza y ahí estabas: Riley Wilson en la CNN. Solo pasaron un fragmento breve de la entrevista con la madre de ese chico…

«Justin —quiero decirle—. Se llama Justin».

—Pero luego fui a YouTube y vi la entrevista completa. Estuviste genial.

Tienes mucha fuerza delante de la cámara, Rye. Has nacido para esto.

—Gracias. Esto significa mucho para mí.

Y es verdad. Ahí estaba, el elogio de Corey que siempre conseguía corroborar mi valía en un sentido esencial. Durante mucho tiempo lo odié

—detestaba cómo me hacía sentir, como si le estuviera concediendo algún poder sobre mí—, pero luego me di cuenta de por qué valoraba tanto su admiración: porque nunca tuve que esforzarme para conseguirla. Con el resto del mundo me pasaba la vida fingiendo, intentando causar buena impresión a todas horas; me sucedía con los profesores, con los jefes, con los tutores, con mis padres, e incluso con Alex, cuando vivíamos en Joplin.

Siempre aspiró a que fuéramos la encarnación de esa versión de la pareja negra de éxito que aparece en las revistas del corazón. Supe que tenía que cortar con él la quinta vez que se refirió a mí diciendo que era su Michelle, como si él fuera Barack. Corey fue la primera persona a la que no intenté impresionar. De hecho, hice lo contrario. Estaba decidida a dejar claro, ante él y ante mí misma, que no pensaba cambiar en lo más mínimo para demostrarle algo a un tipo blanco con el que, literalmente, me había tropezado un buen día. Y resultó que no tuve que hacerlo. Porque también

tropecé con el milagroso descubrimiento de sentirse querido sin tener

que esforzarse para ser merecedor de ese amor.

Y ahora está aquí, mirándome como hacía antes. Como si me viera, como si me atravesara con los ojos. Es lo que intentaba describirle a mi madre: la sensación que me provoca Corey, como si no tuviera más remedio que permitirle el acceso a mi auténtico yo. Quizá sea eso lo que queremos de la gente a la que amamos: que nos vean exactamente como somos. Si bien era una idea simple, ¿por qué la consideraba una especie de milagro? Pero la sorpresa llega al comprobar la rapidez con que vuelven los sentimientos, como gotas de sangre que brotan de un corte profundo. El impacto del tejido abierto, la visión de la sangre roja. Lo único que puedo hacer es tragar. Es el mejor plan que se me ocurre en este momento.

Corey alza la carta gigantesca llena de fotos de huevos fritos.

—Bueno, vayamos a lo importante. Tenemos que pedir. ¿Qué te apetece?

«Me apetece estar contigo. Me apetece follar contigo». El pensamiento es tan incómodo como poco práctico, pero a la vez tan innegable como que el sol sale por las mañanas. Siento que mi cuerpo me traiciona de nuevo, noto la ropa interior húmeda al recordar el sexo con Corey, al recordarme electrizada por un deseo que me despojaba de inhibiciones y me llevaba a decir, hacer, pensar, desear y permitirle cosas que nunca habría imaginado.

Salvo que me tocara el pelo; al menos al principio. Es curioso pensar que necesité cuatro noches con él para acostumbrarme a eso. Le encantaba cogerlo cuando me penetraba. Necesité tres más antes de acostarme con el pañuelo en la cabeza en su compañía. «¿Qué es eso?», me preguntó la primera vez. Yo ya sabía que lo haría, pero me fastidió pensar en todas las cosas que tendría que explicarle.

—¿He dicho algo gracioso?

Debo de estar sonriendo. Corey me imita, con ganas de participar del

chiste.

—No es nada —murmuro, y disimulo bebiendo un trago de agua que de paso sirve para enfriarme un poco y para llevarme hacia un terreno más sólido: la elección de la cena.

Es como en los viejos tiempos, cuando nos poníamos de acuerdo en escoger dos platos, filete y huevos con tostadas, para luego

compartirlos. Es tan reconfortante que duele.

—¿Y cómo está Sullivan Rose? —le pregunto en cuanto se va el camarero.

Corey ya trabajaba con ese constructor cuando nos conocimos. Incluso nos apostamos un viaje a Puerto Rico cuando hablamos sobre quién de los dos sería el primero en lograr su objetivo: la vicepresidencia para Corey o la silla del presentador para mí.

—Como siempre, como siempre. Estoy muy emocionado con el nuevo proyecto que desarrollaremos aquí en Filadelfia. Estamos mirando de invertir en una de las zonas baratas de North Road para construir allí un complejo urbanístico, y he tenido que venir para inspeccionar el terreno de cerca. Si el acuerdo sale adelante, me tocará venir una vez al mes.

«Corey estará aquí una vez al mes. Corey estará aquí una vez al mes». La noticia resuena en mi cabeza.

A medida que la conversación fluye, consigo comer, cosa que creía imposible. Aún tenemos los platos medio llenos y ya no puedo más, así que me limito a picotear un poco. Temo que, si dejo de comer, esto, sea lo que sea, se terminará, y aún no estoy lista para enviar esta noche al baúl de los recuerdos. No tengo la menor idea de lo que puede pasar luego. Está claro que ninguno de los dos sabemos qué estamos haciendo aquí.

Corey aparta su plato y se frota su tensa e inexistente barriga. Ya está; ahora nos diremos adiós y punto final. Me siento como si estuviera en el

último tramo de la carrera. Me quedan apenas unos segundos para cruzar la meta. Aun así, no puedo. No sé qué hacer.

—Oye, ¿y si vamos a otro sitio? —me dice. Siento un alivio casi físico

—. ¿Puedo invitarte a una copa de verdad y así charlamos?

Conozco el sitio adecuado, un bar oscuro, pequeño e íntimo que está cerca de mi casa. Siempre que paso por delante, a la vuelta del trabajo, me paro a mirar a las parejas que se abrazan en esos asientos de terciopelo, frente a las ventanas empañadas de vaho, y pienso que parecen maniquíes.

Estoy a punto de sugerirlo, lo tengo en la punta de la lengua, cuando

de repente digo algo completamente distinto.

—¿Y si vamos a mi casa? Tengo una botella de Maker's.

No ha sido una casualidad: fui a comprar el bourbon favorito de Corey, por si acaso. Contesta enseguida, pero el mínimo lapso es suficiente para que me dé un ligero vuelco el corazón.

—Claro, buena idea.

Durante todo el trayecto en Uber hasta casa soy muy consciente de su cuerpo sentado junto al mío. ¿Estoy demasiado cerca? ¿Demasiado lejos?

Lo imagino paseándose por mi piso, mirando las fotos que por fin me decidí a colgar, tocando mis cosas. Espero que le cause una buena impresión.

En cuanto cruzamos la puerta, me entretengo en preparar las bebidas e intento ocultar la vergüenza que siento mientras Corey deambula y explora cada rincón.

—¿Qué es esto? —grita frente a la repisa de la chimenea.

Asomo la cabeza desde la isleta de la cocina y veo que ha cogido el tarro de tierra de Alabama.

—Uf, es una larga historia.

No quiero que ni el mundo exterior, ni el pasado, se inmiscuyan en este momento.

Lo deja en su sitio y coge la foto que me dio Jen cuando me mudé. Dos niñas con biquinis a juego.

—Erais una monada —comenta.

Luego se va hacia el balcón y contempla las vistas de la ciudad a través de la inmensa cristalera que va del suelo al techo. Parece impresionado; con la vista, al menos. Cuando termino de preparar las bebidas, salgo con un vaso en cada mano y me lo encuentro cómodamente instalado en el sofá, como si fuera lo más normal del mundo, como si se sintiera en su casa. Me acerco y me siento a su lado, como si también fuera mi casa. Hay demasiado silencio, solo se oye el tintineo del hielo en los vasos, así que pongo la tele. El partido de los Flyers llena la pantalla.

—¿Recuerdas cuando te llevé a aquel partido en Chicago?

—¿Cómo olvidarlo? Es el único partido de hockey al que he asistido en toda mi vida —le digo, y me permito disfrutar del recuerdo.

Habíamos decidido encontrarnos en Chicago, donde nos conocimos, para celebrar nuestro primer aniversario juntos. Corey me sorprendió con unas entradas para la final de un partido de los Blackhawks contra los Flyers que se jugaba ese fin de semana. Comprendí que le decepcionara mi falta de entusiasmo, porque era dificilísimo conseguir entradas, pero el hockey es un poco como las competiciones de coches: poco popular entre los que somos de piel oscura.

Al final, el partido fue muy divertido, aunque hay que decir que nos encontrábamos en un momento en que lo habríamos pasado bien aunque hubiéramos estado perdidos en el desierto.

Cuando acabó el partido, Corey me dio un trozo de papel. No era el regalo que yo esperaba. Me lo entregó con timidez, casi tartamudeando. «Es una cursilada…», dijo. En el papel, Corey había hecho una lista de las «12

razones por las que te quiero».

«Una por cada mes que hemos pasado juntos», apuntó mientras yo leía, aún preocupado por si había sido una mala idea. No lo era, ni tampoco una cursilada: era perfecto. Si entrara ahora en mi habitación, encontraría esa lista metida en una cajita que tengo debajo de la cama, junto a mi certificado de nacimiento, el título universitario, un USB donde está grabada mi primera aparición en televisión y la carta de renuncia que presenté en Birmingham. A veces saco el papel, solo para tocarlo, la verdad, porque la lista me la sé de memoria.

Razón 3: Que siempre lleves calcetines porque odias los dedos de tus pies (que, por cierto, aunque son largos, son igual de hermosos que el resto de ti); Razón 6: Que te preocupes tanto por la gente a la que quieres y que te esfuerces para hacerles la vida mejor y más fácil; Razón 11: Das los mejores consejos, y encima siempre logras que parezca que la idea se me había ocurrido a mí; Razón 4: Que te molestes en reordenarme la cartera y en pensar cómo conseguir más puntos de las líneas aéreas; Razón 8: Tienes un ronquido adorable, como el de un cachorro recién nacido.

Esa noche fue la primera vez que tuve el valor de decirle a Corey que lo amaba, la primera vez que conseguí pronunciarlo en voz alta, a

pesar de que llevaba meses siendo consciente de la magnitud de unos sentimientos que habían ido creciendo sin freno, fuera de control, hasta convertirse en un hecho central de mi vida. Y la verdad era que odiaba ese descontrol y las noches que pasaba pensando en él en lugar de concentrarme en mi trabajo; odiaba haberme convertido en una persona vulnerable a la que podían romperle el corazón. Entonces lo detestaba y ahora daría cualquier cosa por algo así.

—¿Sabes por qué se llaman Flyers? —pregunta Corey.

—No tengo ni la menor idea.

—¡Pues por nada! A la esposa del primer dueño le gustaba la palabra, eso es todo. ¿A que es ridículo?

Ahí está, ese pasión de Corey por saber cosas absurdas. Otra cosa que

siempre me enloquecía de él. La charla banal y la manera en que mueve el pie sin parar me indican que también está nervioso. Estamos aquí sentados, en el sofá de mi casa, bebiendo; la parte de la velada dedicada a ponernos al día ya se termina y una niebla de incertidumbre se cierne sobre nosotros.

Está claro que algo va a pasar, pero ¿qué?

—Bueno… —Me mira con una especie de sonrisa confundida.

—Bueno —repito yo. No damos para más.

—Bueno, pues este último año ha sido duro, desde que… desde que desapareciste de mi vida. Sin una explicación, sin nada. No he parado de preguntarme qué hice mal, qué fue mal. Solo necesito saber qué pasó, Riley.

Pensaba que las cosas nos iban muy bien. ¿No era así? ¿Fueron imaginaciones mías? Es que no lo entiendo.

Veo cuánto le cuesta dar este paso; las manos le tiemblan tanto que los cubitos de hielo chocan con las paredes del vaso.

Tiene razón. Se lo debo. Se merece al menos una explicación. Sabía que esta sería la noche en que se lo contaría todo, en que le explicaría lo que pasó. Y ahora que por fin ha llegado el momento, noto la boca demasiado seca. Apuro lo que me queda en el vaso. No ayuda. Él vuelve a hablar antes de que yo pueda hacerlo. No se da cuenta de que no estoy esquivando la conversación, sino preparándome para

hablar.

—Ibas a venir a verme a Nueva York. Y entonces… se acabó. ¿Qué pasó?

Recuerdo con claridad que hice la maleta para ese viaje. Me había comprado un quimono de seda porque Corey me dijo que teníamos una reserva en el Nobu. También me gasté doscientos pavos en ropa interior, una cantidad astronómica para mi presupuesto, en una tienda de un centro comercial de Birmingham llamada Diva's Den. Doblé con cuidado el conjunto de sujetador y bragas de encaje y lo metí en la maleta. Corey

acababa de mudarse a un piso con dos habitaciones que yo vería por primera vez.

—Estaba a punto de salir hacia el aeropuerto cuando llamó mi madre.

Estaba histérica. Me dijo que tenían a Shaun.

—¿Quién lo tenía?

—La policía. Volvía a casa en coche desde un gimnasio de Fishtown, con tres excompañeros del instituto. El conductor, Lamar Chambers, a quien mi madre siempre tachó de «mala compañía», tuvo que parar el coche a requerimiento de unos agentes en la North Fifth. No se le ocurrió otra cosa que ponerse chulo, decir que los paraban porque eran negros y mandarlos a la mierda. Los polis les ordenaron que bajaran del coche y les obligaron a ponerse de rodillas en la acera mientras los registraban. Resultó que Lamar llevaba una pistola sin licencia en la guantera y una bolsita de marihuana.

Los polis los arrestaron a los cuatro.

Me resulta imposible mirar a Corey a la cara mientras le cuento todo esto. Estoy segura de que solo ha visto arrestos en las series de televisión.

—No era la primera detención para Shaun. Estaba en libertad condicional. Cuando estudiaba en Temple se enzarzó en una pelea con un chaval blanco. Estaban jugando un partido de baloncesto y los ánimos se calentaron. El chaval le dijo a Shaun que era un puto negro idiota.

Corey da un respingo al oírlo.

—Shaun le rompió la nariz de un puñetazo. El chico presentó cargos y, de repente, a Shaun le cayó una condena por delitos graves. Perdió la beca que había logrado gracias al fútbol y ya no pudo quedarse en Temple. Debía miles de dólares entre facturas médicas del chico y gastos legales, una cantidad que tanto mi familia como yo aún estamos pagando. Todo su futuro se esfumó de un plumazo, pero al menos no tuvo que pisar la cárcel.

Lo condenaron a diez años de libertad condicional.

Incluso sin mirar a Corey, sé la cara que está poniendo. Intuyo su mirada, tan propia de él: directa, atenta, imposible de esquivar.

—Después de lo del coche, podrían haberlo condenado a diez años por violar la condicional. Así que esa semana tenía que estar con mi familia para apoyar a Shaun en el juzgado. Gracias a Dios, el juez se mostró comprensivo. Shaun tuvo suerte.

Me planteo la elección de mis palabras: en los últimos tiempos, la vida de Shaun ha sido de todo menos afortunada. Ha sido injusta, estresante y cruel, y aun así mi hermano sigue adelante, gastando bromas, con la cabeza erguida y el ánimo firme, en lugar de sumirse en el rencor. No le he dicho lo mucho que lo admiro por eso.

—Era demasiado tarde para cambiar el vuelo desde LaGuardia, de manera que cogí un taxi hasta la estación de Penn.

—Podría haber ido a buscarte al aeropuerto. Podría haberte llevado en coche a Filadelfia, Rye. Pero no sabía nada de lo que estaba pasando.

—¿Y luego qué? ¿Me habrías acompañado a la cárcel para hablar con Shaun en un cuarto sucio y oscuro?

—Pues sí, eso es exactamente lo que hubiera hecho.

Al oírlo decir eso con tanta rotundidad, el corazón me da un vuelco. Una parte de mí sí había querido que me acompañara a Filadelfia, que me estrechara entre sus brazos y me prometiera que todo se arreglaría. Tal vez incluso quería contar con él cuando hablábamos con los abogados con el fin de planear la mejor estrategia de defensa para asegurarnos de que Shaun no ingresaría en la cárcel. Pero se trataba de un problema mío, y arrastrar hacia él a mi novio, a un novio blanco cuyo único contacto con la ley había sido por no pagar la tarifa de la zona azul, me parecía un despropósito. Y si no podía compartir eso con él, si no podía pedirle ayuda en un momento tan difícil, ¿cómo íbamos a construir una vida juntos? ¿Cómo iba a mudarme a

su bonito piso de dos habitaciones en un edificio con portero de Columbus Circle, como había estado planteándome en secreto? No podía. No, si no lograba ser sincera con él. Y entonces decidí que Corey y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Como si fuera un fiscal, reuní las pruebas que afianzaban la suposición de que lo nuestro no funcionaría. La vez que fuimos a una barbacoa que se celebraba en un restaurante del barrio negro de Birmingham y él me preguntó si era un lugar seguro. O cuando, mientras hablábamos de la opresión, se le ocurrió decir que, si los judíos habían logrado recuperarse después de los horrores del holocausto y ganar de nuevo poder económico, ¿por qué los negros no lo habían conseguido después de que se aboliera la esclavitud? Típico de Corey: siempre abordaba cualquier discusión sobre la raza y la opresión como si fueran ejercicios teóricos, con la pasión y la objetividad de un campeón del equipo de debate del colegio, pero sin la menor experiencia real. Me convencí de que eran pruebas definitivas, indicios palpables de nuestro fracaso como pareja a largo plazo. Y, para colmo, recordé las palabras de Gigi: «Búscate a uno de los tuyos».

Así que tomé una decisión y confié en que el corazón se plegara a los designios de la mente. Sentada en un banco de madera, en el pasillo húmedo del juzgado donde se celebraría la vista de Shaun, saqué el teléfono. Mientras buscaba las palabras adecuadas, pasaron por delante dos adolescentes negros, esposados de manos y pies, que avanzaban a trompicones escoltados por un agente blanco y malcarado. Uno de ellos iba tan cabizbajo que parecía tener el cuello partido; el otro, en cambio, mantenía la cabeza erguida, aunque sus ojos no mostraban la menor expresión. Si me quedaba alguna duda, la visión de esa escena, de los ojos muertos de ese chico, afianzó mi resolución. Los dedos volaron por el teclado del móvil sin que pudiera detenerlos.

Ha pasado algo y no podré verte este fin de semana. Y la verdad es que no creo que pueda seguir con esto, Corey. No estamos hechos el uno para el otro. Lo siento.

Ahora me cuesta mirar a Corey a la cara. En parte porque he estado evitándolo mientras le contaba esta historia.

Por fin me vuelvo hacia él, y veo que su expresión denota una profunda extrañeza.

—Lo siento, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué no podías contármelo entonces? ¿Por qué optaste por desaparecer?

Esta es la parte más difícil de explicar: por qué no quise contarle la verdad, cómo es que me dejé llevar por la vergüenza y el bochorno. No soportaba la idea de que me viera como un estereotipo, ni darle la más mínima razón para que nos despreciara, a mí o a mi familia. Me imaginé a Corey hablando con sus padres —con sus Range Rovers a juego y sus esquiadas anuales en Sun Valley—, contándoles que mi hermano estaba en la cárcel, e imaginé lo que pensarían, lo que opinarían. Tal vez incluso demostraran estar orgullosos de mí por haber «salido airosa de ese ambiente». Por «haber sido capaz de dejarlo atrás».

El hecho de que nunca jugaríamos en igualdad de condiciones ni compartiríamos las mismas vivencias me pareció un obstáculo infranqueable. Tal vez temí concederle el beneficio de la duda, darle la oportunidad de que hiciera lo correcto. Eso fue lo que me dijo Jenny cuando nos vimos en el aparcamiento del hospital. Era más fácil no dar a Corey el beneficio de la duda, no confiar en que lo entendiera, no concederle la oportunidad de que metiera la pata y creara así una brecha irreparable. El temor a la decepción, o al desdén, era real y paralizante. Como me pasó con Jenny, me preocupaba que sacar ciertos temas fuera un gesto fútil y que, de algún modo, empeorara las cosas en lugar de arreglarlas. Pero ni Jen ni

Corey me habían dado nunca ningún motivo para dudar de su comprensión, al menos no de sus intentos por comprender.

—Corey, es muy duro hablar de ciertas cosas…, explicar mis experiencias en el mundo de una manera que puedas entender. Me aterraba que no fueras capaz de comprenderlo por lo distintos que somos. Además, no quería que pensaras mal de mi familia —murmuro, y tenso los músculos para mantener a raya las emociones, para contener las lágrimas.

—Nunca haría algo así, Rye. En serio, me mata que no tuvieras la confianza suficiente para contármelo. Y odiaría pensar que llegaste a esa conclusión por algo que dije o que hice, porque quiero que podamos hablar de todo…, de todo. Es la única manera de que funcione una relación. Sobre todo entre nosotros… Deberíamos ser capaces de hablar claro, incluso cuando se trata de temas incómodos. Eso va también por mí. Supongo que tampoco fui siempre del todo sincero, pero…

Deja la frase en el aire, como si tratara de encontrar las palabras, y entonces cambia de opinión y deja que el cuerpo diga lo que falta.

Primero rodea mis hombros con una mano, luego me acerca a él. Noto el peso de su brazo en la espalda, un peso agradable que tira de mí y me mantiene pegada a él. No tengo elección: mi cuerpo se relaja, aunque no llego a llorar. Es otra clase de alivio. Un año de remordimientos, de angustia y de culpa que se desvanecen, y en su lugar surge la revelación de mi inmenso error, de lo cobarde e incluso cruel que fue mi huida. Intenté esconderme de mis sentimientos. Intenté fingir que era yo quien los controlaba, lo que resulta irrisorio aunque la verdad es que no tiene ninguna gracia. «Cuando sepas más, hazlo mejor». Gigi tenía esta cita de Maya Angelou bordada en una almohada.

—Lo siento tanto, Corey. Debería haberte llamado para contártelo.

Debería haber confiado en ti. No te merecías eso. Nuestra relación se merecía algo más.

Se lo digo a la tela de su camisa. Es más fácil que decírselo a los ojos.

—Está bien… Bueno, bien no. Después de tres años, me merecía algo más que un mensaje de texto.

—Lo sé, y lo siento, de verdad —repito, como si las palabras fueran más sinceras por insistir.

—Eh, mírame.

Apoyo una mano en su pecho y me incorporo para mirarlo a la cara. La tiene muy cerca de la mía. Puedo ver el trocito que le falta en uno de los dientes de abajo.

—Yo te quería, Rye.

«Me quería. Me quería». Ese pasado me hace sentir frágil, expuesta.

Estoy desnuda ante el mundo y es por culpa mía. Me había esforzado mucho por convencerme de que Corey no era el hombre adecuado para mí, al menos a largo plazo. Porque, sobre el papel, nuestra relación no tiene sentido. Sobre el papel, yo no acabo con el chico blanco, y más teniendo en cuenta lo hecha polvo que he estado estos últimos meses (por no decir toda mi vida) por cómo la raza desliza sus tentáculos pegajosos en todas las relaciones, todas las interacciones, todos los encuentros. Casi se ha cargado la relación con mi mejor amiga. Pero aquí me tienes, con la mejilla pegada a este pecho blanco, pensando que Corey quizá sea blanco, pero no es menos adecuado, menos adecuado para mí, ya sea como amigo o como pareja para toda

la vida, de lo que lo es Jen. Me había persuadido para dejar de amarlo en función de mis expectativas de cómo debía ser mi vida: el convencimiento de que debía estar con alguien distinto me había nublado la visión de con quién quería estar de verdad. No existen las elecciones fáciles, las salidas fáciles; no puedes planear cuál será tu camino hacia la

felicidad. Y aunque va en contra de todo lo que me he dicho a mí misma sobre mis planes de vida, y sé que no será sencillo ni un camino de rosas, sé que es lo que quiero, a quien quiero. De modo que solo me queda una opción.

Recorro los escasos centímetros que separan mi cara de la suya. Lo beso.

No es suficiente. No estoy lo bastante cerca. Me subo encima de él y me coloco para que mi cuerpo entre en contacto con el suyo.

No vamos a hacerlo en mi habitación, sobre las sábanas limpias que puse esta mañana, en previsión de que esto sucediera. En cuestión de segundos, Corey se está quitando los tejanos oscuros y yo paso por el familiar impacto de ver su pene blanco y su rubio vello púbico. Antes de Corey, creía que todos eran del mismo color, y su pene sonrosado me pilló por sorpresa.

Ahora mismo, creo que es lo más hermoso que he visto nunca. Y aunque me encantaban los juegos preliminares, puedo prescindir de todos. Anhelo sentirlo dentro de mí cuanto antes. Quiero entregarme entera a él, hasta que no podamos más, y eso es exactamente lo que sucede. He pasado demasiado tiempo sin la emoción de sentir ese alivio eufórico, esa rendición absoluta, que solo experimento durante el sexo o en algún momento puntual cuando salgo a correr: los pensamientos y las preocupaciones se desvanecen y solo queda el placer puro. Es maravilloso.

Corey levanta la cabeza y me mira, sonrojado de placer cuando terminamos.

—Uau, vaya…

Desliza un dedo indolente por el borde de mi sujetador negro de encaje, cuidadosamente elegido, también por si acaso.

—Como en los viejos tiempos. —Le sonrío, le seco el sudor de la frente.

Tardamos un minuto en recolocarnos en el sofá. Me tumbo encima de él.

Nuestras respiraciones se calman poco a poco. Espero que diga algo e intuyo que él está pensando lo mismo: «¿Y ahora, qué?».

Son muchas las cosas que quiero en este momento: que Corey se quede a dormir (ni siquiera me molesta que sus ronquidos no me dejen conciliar el sueño); que, al despertar, entierre la cara entre mis piernas, tal y como solía hacer; o que se ponga mi albornoz rosa por la mañana mientras frío unos huevos. Los miedos y las dudas siguen aquí, y me sería fácil ceder ante ellos y convencerme de nuevo de que todo esto es demasiado, de que será demasiado difícil, de que es demasiado tarde. Bla, bla, bla. Resulta gracioso que siga pensando que existe alguna otra opción cuando esto, sea lo que sea, está pasando.

Al otro lado de la ventana, veo revolotear blancos copos de nieve en la noche negra. Mientras me armo de valor para decir lo que me corresponde decir, oigo el sonido más hermoso del mundo: «Adelante, mi niña. Ábrele tu corazón».

Gigi ha vuelto.

16

Jen

Apreciada Tamara:

Ignoro si leerás esta carta. Puede que la consideres una muestra de arrogancia o de egoísmo por mi parte, pero tenía que intentarlo.

Aunque nada de lo que pueda hacer servirá para borrar tu dolor, quiero que sepas lo mal que me siento por tu pérdida, que pienso en tu hijo todos los días y que lamentaré lo que hice durante el resto de mi vida.

Ahora soy padre. Mi hijo se llama Chase y hoy cumple seis semanas. La paternidad me ha cambiado, me ha convertido en un hombre mejor. Pienso en esa personita a todas horas. Haré cuanto esté en mi mano para protegerlo, para mantenerlo a salvo. Moriría por él. Y no sé de qué sería capaz si alguien me lo arrebatara.

No puedo encontrar excusas para lo que pasó en aquellos cinco segundos, pero quiero confesar lo que hice. Lo mereces. Te mereces que vuelva tu hijo, y ojalá pudiera concederte ese deseo… No está en mi mano. Algún día tendré que explicarle a mi hijo lo que hice. Tendré que decírselo para que entienda el poder que existe en cada uno de nosotros para hacer daño a otros, incluso sin pretenderlo.

Se lo diré porque quiero que sea mejor que yo, que actúe mejor que su padre.

Me hice policía para ayudar a la gente, no para hacerles daño, y no estuve a la altura. Y aunque ya no volveré a trabajar como policía, espero encontrar alguna otra manera de ayudar a la gente, de hacer el bien.

No sé si querrás oírlo. Mi esposa dice que, como madre, ella querría saberlo. Sostuve la mano de Justin mientras esperábamos la llegada de la ambulancia. Él me dijo su nombre y yo le pedí que resistiera. Me preguntó por ti y le dije que estabas de camino.

Me consta que nada de lo que puedo hacer o decir podrá arreglar esto, y odiaría que creyeras que pienso lo contrario. Tampoco espero que me perdones. Solo quiero que sepas que el recuerdo de tu hijo no me abandonará nunca y que trataré de llevar mi vida por el mejor de los caminos en honor a la suya.

La carta está en la mesa, debajo de un jarrón de margaritas frescas del supermercado. Las palabras de Kevin llenan la página, escritas con su mejor caligrafía, la que le inculcaron las monjas de Saint Francis. Se había planteado pasarla a ordenador.

—No, eso sería demasiado frío. A mano está mejor —dijo, más para sí mismo que para mí.

Cada vez que se equivocaba, empezaba de cero en una hoja nueva, y los intentos frustrados están ahora arrugados y desperdigados por el suelo como pequeñas rocas. Hasta que, por fin, una versión lo satisfizo, y la dejó en la mesa durante dos días, mientras decidía qué hacer con ella. Como si hubiéramos llegado a un acuerdo tácito, ninguno de los dos la ha tocado.

No quiero que sea lo primero que vea Riley cuando llegue. «Pero si es solo Riley», me recuerdo a mí misma.

Tengo la cocina hecha unos zorros y lamento no haberla limpiado. Para colmo, hay cajas a medio llenar por todas partes. Intento limpiar con la mano una mancha de leche materna que veo en la mesa, guardo algunos cacharros que corrían por la encimera en una caja y en ella meto también la carta, con sumo cuidado, antes de cerrarla.

El pan chisporrotea en la sartén que tengo al fuego. Le añado más mantequilla, azúcar moreno y los trocitos de beicon. Tuve que ir a tres tiendas distintas para encontrarlos. Doy la vuelta a las rebanadas por última vez antes de bajar el fuego y tapar la sartén.

Cuando suena el timbre, estoy a punto de gritar «adelante». Sin embargo, al mirar a Chase, al que llevo atado a mí en la mochila portabebés, me lo pienso mejor. No está dormido, pero tampoco está del todo despierto. Cruzo el comedor y abro la puerta. Noto una corriente de aire que trae consigo trazas de una primavera temprana.

Fred se lanza a saludar a nuestra visitante. Apenas consigo ver a Riley,

oculta detrás del gigantesco carrito de bebé que intenta subir por los escalones del porche sin atropellar a la perra. Ese carrito de dos piezas con su precioso capazo extraíble es lo contrario del trasnochado y viejo cochecito de segunda mano que nos cedieron Annie y Matt, que hemos estado usando desde que Chase salió del hospital.

Lo contemplo, un poco asombrada.

—Estaba en tu lista. —Riley lo dice como si no tuviera importancia, como si no fuera un carrito de quinientos dólares, el objeto más caro de la lista—. Lo compré hace meses, en cuanto la publicaste.

Logramos meternos en el pequeño vestíbulo.

—Es increíble. Gracias.

Me gustaría abrazarla, pero el carrito se interpone entre nosotras como una barrera, y para cuando ella logra rodearlo y abrirse paso en el estrecho espacio, el momento de hacerlo ya ha pasado. En lugar de mirarme, contempla a Chase.

—¿Está dormido?

—Más o menos. Le toca comer enseguida. Y también a Fred. Acabo de acordarme. Tener un bebé hace que te olvides de la pobre perra.

Riley me sigue hasta la cocina. Noto que se fija en el desorden, en las cajas.

—¿Qué es todo esto?

—¡Sorpresa! —Ha sido una estupidez, achacable a lo nerviosa que estoy de ver a Riley y darle la noticia—. Nos… nos mudamos. Quería decírtelo en persona.

Riley busca con la mirada un lugar donde sentarse y yo me apresuro a facilitárselo.

—Ven, ven, espera que saco esto.

Todas las sillas de la cocina están ocupadas con trastos varios: luces de

Navidad, declaraciones de la renta. Lo cojo todo y lo deposito encima de la mesa.

—Siéntate, siéntate. —Señalo la silla como si fuera un trono.

—¿Adónde os vais? —pregunta sentándose.

—A Jacksonville.

—¡Jacksonville! ¿A Florida?

—Sí. ¡La cuna del Burger King!

—Jen, esto es serio. No puedo creerlo. ¿Os vais? ¿Así, sin más?

—Ya lo sé, ya lo sé. Todo ha ido muy rápido. Fuimos de visita la semana pasada. Kevin tiene un primo que nos compró dos billetes con los puntos de la línea aérea. En principio solo íbamos para que Kevin tuviera algo de espacio para meditar sobre el trato, pero, mientras estábamos allí, ese primo le ofreció un empleo: es paisajista. Y de repente, todo… todo encajó. Y

saldremos de aquí.

—Vaya, vale… Espera, aún estoy intentando procesarlo.

—Ya lo sé. A mí me pasa lo mismo.

Mudarme a más de mil quinientos kilómetros de donde he vivido toda mi vida no es el futuro que imaginaba para nosotros, pero nada ha salido como imaginaba.

Paseábamos por la playa cuando Kevin tomó la decisión sobre el trato.

—Voy a aceptarlo, Jen —me dijo—. No permitiré que tú y Chase paséis por un infierno.

—¿Estás seguro?

—Sí. No te lo mereces, y además no estaría bien. No puedo plantarme en ese estrado y declarar que temí por mi vida. —Se retorció las manos haciendo crujir los nudillos—. Tal vez en aquel momento lo hice. O tal vez quiero creer que fue así. Pero, aun así, no es excusa. Yo… reaccioné. Y no puedo mirar a la madre de ese chico a la cara y decirle que temí por mi

vida. Es lo que merezco, menos de lo que merezco seguramente, pero al menos es algo.

Contemplamos juntos la espuma de las olas que nos lamía los pies. Solo me cabía esperar que saliera algo bueno de todo eso, no para nuestra familia sino para el sistema, como lo llamaba Riley. La fiscal anunció su intención de dar ejemplo con Kevin. Bien, pues ahora ya era un ejemplo, el de alguien que acepta las consecuencias, que rompe el pacto de silencio. Más gente debería hacerlo. Ahora lo entiendo. Quizá así cambien las cosas. Quizá suponga un pequeño rayo de esperanza.

Kevin llamó a Brice para comunicarle su decisión, y luego durmió veinticuatro horas seguidas, durante las cuales me acercaba a la cama para vigilarlo, muerta de miedo; me aterraba que entráramos en otra fase terrible, que el plan de Kevin fuera pasarse el resto de su vida durmiendo, o bebiendo, y que, a raíz de eso, lamentara mi decisión de permanecer a su lado de manera incondicional. Sin embargo, cuando despertó, su cara había recuperado el color; se levantó con ligereza, como si se hubiera quitado un peso de encima. Durante nuestra segunda noche en Florida, entrelazamos nuestros cuerpos como lo hacíamos cuando empezamos a salir, solo que ahora teníamos a Chase en medio. Kevin cogió el puñito de Chase con su manaza.

—Hemos creado a una persona, Jaybird. No puedo creerlo.

Entonces esbozó apenas una sonrisa. Cualquier señal de alegría aún nos parece un capricho, algo a lo que no tenemos derecho, dadas las circunstancias. ¿Cuánta alegría se merece después de lo que ha hecho? La culpa nos persigue como una sombra. Y, a veces, cuando nos sentimos felices, cuando nos atrevemos a sonreír o a disfrutar de nuestro hijo, o a encarar el futuro con optimismo, esa sombra nos recuerda que debemos ser humildes. Y agradecer la compasión.

—Quiero que me respete —dijo Kevin mirando a Chase—, que me admire, pero nunca podrá cambiar lo que pasó.

—No, no podrás —admití con sinceridad. Era lo único que podía ofrecer a mi marido: la verdad, mi amor incondicional y el hecho de haber permanecido a su lado.

Hizo una pausa antes de decir lo que estábamos pensando:

—¿Y si viviéramos aquí?

Ambos sabíamos que quedarnos en Filadelfia sería imposible, ahora que, al cabo de unos pocos meses, declararía en contra de Cameron. Ya somos casi unos parias entre la gente a la que creíamos parte de nuestra familia, y entre la familia de verdad también. Ramírez se niega a dirigirle la palabra a Kevin, y lo mismo sucede con el resto de los miembros del cuerpo. Y, pese a los denodados esfuerzos de Cookie, Frank y Matt han levantado ante él un muro frío de silencio. Aparte de eso, está claro que en Filadelfia nadie va a contratar al tipo que disparó contra el chico. En Florida, al menos tiene posibilidades de trabajar. Nuestra situación financiera ha ido de mal en peor, hasta un límite insostenible, y aún no sabemos si tendremos que enfrentarnos a alguna demanda. Es como esperar los resultados de unas pruebas que

podrían diagnosticarte una enfermedad terrible. Lo único que nos queda es confiar en que las cosas no se tuerzan. Pero, entretanto, tenemos comida, y Chase tiene ropa, a pesar de que la mayoría de las prendas las usó antes Archie, y con la fianza que dejamos para esta casa y el último sueldo de Kevin podemos pagar el primer mes de alquiler en Jacksonville. Me concentro solo en eso: nuestras necesidades inmediatas están cubiertas. Eso facilitó la decisión sobre qué hacer con el cheque de diez mil dólares de la Orden de los Caballeros. Ese dinero nunca fue para mí o para Kevin. Cuando lo cobré, lo hice en uno de esos lugares siniestros que te cargan un diez por ciento y a cambio no hacen preguntas. Envié un

giro bancario anónimo de cinco mil dólares al instituto de secundaria Strawberry Mansion con instrucciones de fundar una beca en el nombre de Justin. Extendí un cheque con el resto, para devolvérselo a Riley, y lo tengo guardado en el monedero.

—Deja que te sirva algo. ¿Te apetece una Coca-Cola? —Abro la nevera con la esperanza de que haya al menos una.

—Hala, ¿todo eso es leche materna? —Riley mira con asombro el montón de botellas de plástico que hay en el estante superior.

—Sí. Le dije al médico que es la primera vez en toda mi vida que soy superproductiva en algo. No se me dará bien quedarme embarazada, pero en lo de sacar leche no hay quien me gane.

—¿La has probado? —Es la típica pregunta de Riley, como si me entrevistara para un reportaje sobre madres que acaban de parir.

—¡Dios mío, sí! —No lo he admitido ni delante de Kevin, por miedo a que pensara que es una guarrada—. Es dulce, un pelín amarga, un poco densa también. ¡Ah, mira lo que he preparado para nosotras!

Retiro la sartén del fuego y la llevo a la mesa. Gigi siempre servía así las torrijas, directamente en la sartén. Le quito la tapa y hago una reverencia ante ella, como quien presenta un premio.

—¡Torrijas especiales!

Riley se lanza a coger un tenedor.

—Jenny… ¡No puedo creerme que te hayas puesto a cocinar con todo lo que tienes que hacer!

Corta un trozo de torrija y se la lleva a los labios. Una expresión de

placer le inunda la cara. No quiero que se note lo feliz que me hace verla así, de manera que aparto un montón de ropita de bebé de una silla y me siento. Empujo la sartén hacia ella.

El silencio resulta cómodo, hasta agradable, mientras masticamos esos

bocados de pan dulce.

—Están riquísimas, Jen. Gigi estaría orgullosa de ti.

Me trago el nudo de la garganta con otro pedazo de torrija.

—Así que Jacksonville, ¿eh? —Riley aún está asimilando la noticia, y me alegra un poco notarla triste. La entristece que me marche.

—Sí. Yo también he conseguido un empleo allí. O casi.

Paso a explicarle que el doctor Kudlick vino a traerme el suéter y las zapatillas que me dejé en la consulta, además de un trajecito monísimo para el bebé, y comentó que un compañero de estudios suyo, que tenía clínicas en Jacksonville y en Orlando, buscaba una administrativa con experiencia.

—El primo de Kevin no puede pagarle extras de momento, así que uno de los dos necesita tener un seguro médico. Chase aún tiene que visitarse una vez por semana.

—Bueno, Kevin ha tenido mucha suerte al encontrar un buen trabajo, y tan rápido. Cuesta mucho cuando tienes antecedentes —dice Riley —. A Shaun acaban de despedirlo de la empresa de mudanzas. Alegaron que sobraba gente, pero él cree que es porque desaparecieron unos altavoces y lo más sencillo era cargarle a él el muerto y despedirlo. Ha enviado veinte currículums en las últimas dos semanas. No le ha respondido nadie.

No tuvo que ser fácil para Riley ayudar a que su familia lidiara con todo eso, y quizá, cuando sucedió, yo subestimé lo que estaba en juego y las posibles consecuencias. Quizá, en aquel momento, no reconocí su gesto ni le brindé suficiente apoyo. Los quizás siguen acumulándose, apilándose en una especie de torre infinita.

He repasado muchas veces la conversación que mantuvimos en el hospital, esas recreaciones obsesivas en las que siempre digo algo distinto, en las que me muestro menos a la defensiva, menos asustada. Entro en un bucle que me lleva a pensar que soy una persona horrible, una mala amiga.

La distancia que ha existido entre Riley y yo estos últimos dos meses ha sido como perder un brazo, y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para arreglarlo.

—Respecto a lo que hablamos en el coche…

—Jenny, las dos estábamos muy nerviosas esa mañana.

—No. Para. Dijiste que querías que habláramos. Yo también. —No es que me apetezca hurgar en las heridas, ahora que parece que se están curando, pero tengo que hacerlo—. Entiendo lo que me dijiste, a mí me resulta muy sencillo no pensar en la raza. Y ni siquiera pienso en ella cuando te miro, porque lo que veo es a una persona a la que he querido durante toda mi vida, a una hermana. Lo único que puedo decirte es que me tienes a tu lado. Para todo. Y que, aunque a lo mejor se me escape alguna estupidez de vez en cuando, quiero seguir hablando contigo.

Ni siquiera sé si las palabras que digo tienen sentido, pero espero que Riley entienda lo que intento dejar claro.

—Gracias —dice Riley en voz baja—. Me alegra oírtelo decir. No quiero que vayamos con pies de plomo cuando hablamos. Sé que seguramente no he sido lo bastante franca contigo en cuanto a los obstáculos con que me encuentro por ser negra. O, no sé, tal vez tú tampoco has insistido demasiado en el tema, ¿no?

Hay preguntas que quiero hacer a Riley, preguntas sobre ese pariente que fue linchado o sobre los comentarios que suscitan sus reportajes, o sobre todas esas cosas de las que no sé nada en absoluto.

—Oh, puedo insistir. Se me da bien. De hecho, me encanta ponerme pesada.

Riley se ríe. No hay nada mejor que hacerla reír.

Ya está: al menos es un comienzo, una manera de aflojar el nudo. Dado que Riley es la persona más contenida que he conocido nunca, esta clase de

charlas, serenas y afables, son una buena forma de empezar a reconstruir las cosas. Tal vez no nos siente mal, al fin y al cabo; tal vez no tengamos por qué revisar al detalle cada malentendido o cada metedura de pata, ni retroceder para poder avanzar. Podemos confiar en un regreso a la normalidad, en que la fuerza de nuestra historia compartida tira lo bastante como para que todo vuelva a su sitio, para

que la amistad siga adelante. Me permito albergar la esperanza de que esto sea lo que está pasando ahora mismo. Y de que, cuando todo esto pase, lleguemos a estar incluso más unidas.

Chase, que se había dormido, se despierta con un aullido rabioso que suena demasiado feroz para proceder de un ser tan diminuto. Se lleva el puño a la cara, siempre el derecho, y presiona con fuerza el lóbulo de su oreja. Es una de las manías de mi niño que me encanta ir descubriendo, como su tendencia a chasquear los labios cuando tiene hambre, con tanta fuerza que casi puedes oírlo desde la habitación de al lado. O la manera en que ya gira la cabeza, de un lado a otro, a pesar de ser un niño prematuro de solo seis semanas, una prueba evidente de un temprano potencial atlético, según Kevin. Chase es distinto cada día, siempre encuentro algo nuevo en él, un detalle que me enamora. Hemos vivido muchas sorpresas en estos últimos meses, la mayoría horribles, pero la buena es que adoro ser madre más de lo que había previsto, más incluso de lo que en teoría creía posible.

Aparto a Chase un poco para poder mirarle la carita arrugada. Sus larguísimas pestañas se llenan de lágrimas.

—Se calmará en un segundo. ¿Quieres cogerlo?

—Claro. No he pensado en otra cosa. ¿Me lavo las manos antes? Voy a lavármelas.

Riley se frota las manos con tanto vigor que se diría que está a punto de entrar en quirófano. Luego toma a Chase en brazos, con delicadeza,

cuidando de sujetarle la cabeza, aún débil. En cuanto lo acomoda en sus brazos, Chase deja de llorar. Riley observa su cuerpecillo y se echa a reír.

No entiendo por qué se ríe de mi niño hasta que recuerdo que lo vestí con el bodi que Lou le compró por si mi madre se pasaba a verlo, tal y como dijo que haría. Es del color verde típico de los Eagles y en el pecho pone DALLAS ES UNA MIERDA.

—No me lo digas, esto es cosa de Lou.

—¿De quién iba a ser? No se molesta en venir a conocer a su nieto hasta que tiene un mes y luego aparece con estos bodis ofensivos y una botella de whisky, que, según ella, es bueno para la lactancia. Le dije que era la cerveza lo que se suponía que ayudaba, y que, en cualquier caso, es un cuento de viejas, así que abrió la botella y se preparó un combinado.

Lou no vino a ver a Chase al hospital, aunque no me molesté en echárselo en cara porque sabía que su justificación sería que los hospitales no le van. Yo estaba demasiado distraída y demasiado agotada para enfadarme, hasta el día en que trajimos a Chase a casa e hice cuentas.

Llevaba tres semanas en este mundo, y aún no conocía a su abuela, que vivía a menos de quince kilómetros. Me enfadé muchísimo. Pensé que mi cabreo me duraría toda la vida. Estuve despotricando mentalmente contra Lou durante semanas, hasta el día en que, aprovechando que había diez grados de temperatura, salí a dar un paseo con Chase y casi se me cayó al suelo. Era tan pequeño… No lo llevaba bien sujeto y, al pasar por un bache, se soltó y apenas tuve tiempo de cogerlo antes de que llegara al suelo. Miré hacia todas partes como una loca, para ver si había testigos de mi ineptitud, de lo mala madre que era. Creo que tuvieron que pasar horas para que mi corazón recobrara el ritmo normal. Justo allí, en plena acera, se me ocurrió que ser madre significaba fracasar un poco todos los días, y que ese era el primero de los múltiples errores que cometería a pesar de mis esfuerzos por

hacerlo todo bien, por mantenerlo a salvo y protegerlo de todo mal.

Esperaba no fracasar de una manera tan espectacular como había hecho mi madre. Aun así, por primera vez en mi vida, estaba dispuesta a comprenderla. En cuanto llegué a casa, antes de que me diera por cambiar de idea, le envié una foto de Chase y le dije que ambos la esperábamos emocionados, que deseábamos que viniera a vernos.

Desde ese día, Lou ha estado mejor: viene a casa cada pocos días, e incluso pasó una noche aquí y se tomó la molestia de prepararme una pizza congelada mientras yo le daba el pecho a Chase a las dos de la madrugada.

Se comió un helado de tarrina con los dedos y despotricó contra el nuevo bar donde trabajaba.

—Esos pijos se gastan catorce dólares en una copa y luego solo dejan una propina de un dólar por dos bebidas, y eso que cada uno de esos cócteles es como un plato, con su cilantro cortadito y la clara de huevo y toda esa fruta machacada.

Solté un grito cuando Chase tiró del pezón.

—Esto es horrible.

Lou se acercó para ponerme un cojín debajo del codo para que pudiera recolocar al niño.

—Tú te quejas de esto. Intenta imaginar cómo hubiera sido con diecisiete años y viviendo sola en un garaje. Y, para colmo, tú tenías cólicos, y no parabas de llorar. Me pasé un año sin dormir. ¿Has visto lo que le hiciste a mis tetas? —Lou apoyó las manos en ellas y luego dio un sorbo al whisky.

—No sabía que me habías dado el pecho.

—¡Claro que sí! Me dejaste consumida. Ahora tengo un par de tomates secos. Hice muchas cosas por ti, aunque no te lo creas.

Nunca he pensado en Lou, con diecisiete años, al cuidado de una niña, ambas tan indefensas. Es probable que me hiciera las mismas promesas que

yo le hago a Chase en plena noche. Lou me quería tanto como le era posible, con el mismo ímpetu que yo quiero a mi hijo. Me resultaba más fácil perdonarla que aferrarme a ese rencor que ha vivido dentro de mí desde que era una niña.

—Hiciste lo que pudiste, Lou. Está todo bien —le dije a mi madre… y lo decía en serio.

Luego acaricié la orejita sonrosada de Chase con el dedo y deseé, en silencio, que algún día me perdonara también por todas las veces que metería la pata.

Ahora Chase intenta concentrarse en Riley, pero pierde enseguida el interés y se pone a hacer muecas con la boca, como si se estuviera preguntando para qué sirve. Está encantado en los brazos de Riley. Se le dan bien los niños, es evidente. Debería ser madre, debería conocer esta dicha. Es lo que más deseo para ella.

—¿No te dan ganas de querer uno? —pregunto.

—¿Un whisky? —bromea Riley—. ¿Tener un bebé? —añade, ahora tomándoselo en serio—. No lo sé. Quizá algún día, cuando no esté tan ocupada.

No quiero decirle que ese día no llegará nunca. Riley nunca dejará de estar ocupada. Tienes que buscar el tiempo para un hijo. Noto que nuestra vida avanza en direcciones distintas. Hemos compartido tantas cosas que, por infantil que parezca, me gustaría compartir esto

también. Ya cuando éramos niñas, yo albergaba la estúpida fantasía de que Riley y yo seríamos madres a la vez, y de que esas niñas llegarían a ser grandes amigas, como si estuviéramos en una de esas películas ñoñas de sobremesa. Ahora me preocupa que no lo sea nunca, que mi amiga esté siempre demasiado ocupada, demasiado encerrada en sí misma, y termine quedándose sola. La compasión que siento por ella en este momento roza lo perverso.

Sin embargo, también surge el miedo de que Riley no llegue a entender que esto es lo más importante de mi vida y tenga que fingir interés por toda una serie de cosas que no le importan nada: si Chase duerme bien o no, la dentición; la agonía que supone la lactancia, lo mucho que la odio pese a que no estoy dispuesta a renunciar a ella.

Pero al ver la manera como mira a Chase, me digo que no habrá ningún problema. Quiere a mi hijo, estoy segura, y eso es lo único que importa. No, lo que de verdad importa es que este bebé no estaría en el mundo de no haber sido por ella. Puedo devolverle el dinero, pero siempre existirá una deuda imposible de saldar.

Me levanto a buscar el monedero, donde tengo el cheque. Cuando me doy la vuelta, veo que Riley me dirige esa mirada especial, la de «Tengo que contarte algo», y se me encoge el estómago.

17

Riley

Jen vuelve a sentarse, lleva un papel en la mano.

—¿Qué pasa?

—¿A qué viene eso? —le pregunto extrañada.

—Me estás mirando como si estuvieras a punto de contarme algo terrible.

¿Pasa algo con Shaun? ¿Tu madre está bien?

—Tranquila, no es nada malo.

Resulta raro contarle mi vida a Jenny así, en persona, las dos sentadas en torno a una mesa, cuando ella siempre lo sabía todo de mí porque le enviaba un mensaje con cada cosa que me pasaba. Y aunque sigue siendo la primera persona a quien quiero informar cuando me pasa algo bueno o feliz, ahora no estamos en ese punto. Y tampoco estoy segura de si volveremos a estarlo nunca.

—¿Te acuerdas del puesto de presentadora?

—Claro. —Jen no es la única que tiene noticias aquí—. ¿Y…? Vamos, no me tengas en ascuas. He visto que anunciaban que Candace se retira.

—¡Lo conseguí! —Noto que mi boca se transforma en una sonrisa lo bastante grande como para llenar la valla publicitaria donde apareceré dentro de poco.

Jenny suelta un grito y viene a abrazarme antes de que pueda contarle el resto: no es oro todo lo que reluce.

—Espera, no se trata de un puesto permanente. Quinn y yo nos iremos

alternando. Scotty quiere probarnos… o que compitamos entre nosotras. Ya veremos.

Intento controlar la alegría y la emoción. Es demasiado pronto para celebrarlo. Pero lo tengo al alcance de la mano, más cerca que nunca. Y sé muy bien el porqué, igual que lo sabe Jen. El motivo de esta rápida promoción flota entre nosotras: el cubrimiento del tiroteo ha sido el empujón de mi carrera. Me ha puesto en la escena nacional, tal y como yo esperaba. He tenido noticias de algunas cadenas por cable,

me han tanteado ejecutivos de agencias de noticias, he recibido invitaciones a comer o a tomar un café la próxima vez que pase por Nueva York o Atlanta…

—Pero eso no es lo que iba a contarte… Se trata de otra cosa. —Hago una pausa y veo que Jen se pone seria. Me apresuro a continuar antes de que vuelva a pensar que se trata de algo terrible—. ¡He visto a Corey!

Puede que todavía esté enamorada de él.

Ahora soy yo quien se prepara para afrontar su reacción. Una parte de mí no sabe qué sentir hasta saber lo que siente Jenny al respecto. Siempre ha sido así. Esta vez no grita ni me abraza. La veo confusa, preocupada incluso.

—Uau. Esto sí que es una noticia. Cuéntamelo todo.

Lo hago, se lo explico todo. Empezando por la razón que me llevó a cortar con Corey, por aclararle que fue cosa mía, solo mía, y no de él. Paso por alto la expresión herida de su cara, idéntica a la de Corey; si no, no sería capaz de soltarlo.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me lo dijiste? —El dolor se percibe también en su voz.

—Bueno…, tú ya tenías bastantes líos estas últimas semanas. No quería molestarte con el hecho de que mi ex quería quedar conmigo. Y tampoco es que estuviéramos tan bien tú y…

—No, hablo de entonces. Del año pasado. Cuando rompiste con él, después del arresto de Shaun. Dios. De haberlo sabido, habría acudido a tu lado.

—Acababas de enterarte de que la última inseminación no había funcionado. No quise molestarte. Y, para ser sincera, no tenía ganas de hablar del tema. Intenté aislarme de todo y de todos. Supongo que no fue una buena idea.

—No, claro que no. Las cosas no van así. Riley…, tienes que confiar en mí.

—Lo sé, Jenny, y lo hago.

Lo digo en serio. También sé que ya no puedo ser siempre amable con ella. Tendré que presionarla en algún momento, forzarla a que

repiense las cosas, a que salga de su pequeño mundo, de esa burbuja que temo que crezca aún más si se muda a un barrio de Florida.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Qué pasará con Corey?

Disimulo los nervios doblando una montaña de trajecitos de Chase hasta dejarlos perfectos.

—Ya veremos. El mes que viene volverá a venir y hemos quedado para cenar.

—Es genial. Me alegra que te abras a esto. Tengo un buen presentimiento.

«Es genial». Oírselo decir a Jenny lo confirma. Esto va bien. Dejo que me invada la emoción. A pesar de que hay muchas cosas que me inquietan: la relación a distancia, la sensación de sentirme juzgada por salir con un chico blanco; que, si tenemos hijos, él no llegue a entender lo que significa criar a un chico negro en este mundo de mierda. Me preocupa conservar mi puesto de presentadora, mantenerme en lo alto de la profesión y verme obligada a escoger entre ser un pez gordo en Filadelfia o un pez pequeñito

en Nueva York, si Corey me pide que vaya a vivir con él. ¿Podría ser yo la que le pidiera que se mudara? De todos modos, también estoy aprendiendo que tener sentimientos no es nada malo, o que, en definitiva, es inevitable, y que hasta pueden ser contradictorios. Ahora mismo aún estamos en la fase donde todo es divertido: los mensajes subidos de tono, las visitas de fin de semana. Pero no es nada nuevo, ya lo vivimos antes, y me consta que tardaremos poco en volver al punto en el que hay que tomar decisiones vitales. Quiero ser optimista. Quiero sentirme bien después de todos estos meses, de este año espantoso. Me lo merezco. Estoy empezando a creérmelo.

—Voy a acabar con una mejor amiga blanca a un lado y con un novio blanco al otro. Luego me quejaré de que me llamen Oreo. ¡Ja!

Durante una milésima de segundo noto que Jen titubea antes de echarse a reír, como si temiera hacerlo.

—Bueno, las que estaban rellenas de crema de chocolate siempre fueron mis favoritas —suelta al fin.

Nos reímos de nuevo. La sensación es la misma que cuando dormíamos en sacos de dormir en el sótano forrado de madera de casa de mis padres.

Felicidad absoluta, como en los viejos tiempos.

—¿Y eso qué es? —Señalo el papelito que Jen lleva en la mano, para desviar el tema un poco, antes de que nos dé por profundizar sobre Corey y sobre el futuro. Por emocionada que esté, la relación es aún demasiado frágil para soportar el escrutinio sobre un futuro común. Pasito a pasito.

Jenny desdobla el papelito. Es un talón, a mi nombre, escrito con la pulcra letra mayúscula de Jen.

—Jenny, no tienes que… —Le paro la mano cuando la desliza sobre la mesa. Nunca he esperado que me pagara. No necesito el dinero; de hecho, a

ella le hace mucha más falta que a mí. Preferiría que nos olvidáramos de todo.

—Riley, déjame hacerlo. Te lo debo, esto y mucho más.

—¿De dónde has sacado…?

No tengo la menor idea de cómo ha podido reunir Jenny cinco de los grandes. Y menos con los gastos legales de Kevin, las demandas que podrían llegar y, para colmo, la mudanza.

—No preguntes. Limítate a cogerlo, Rye. Por favor. Si me quieres, acéptalo. No quiero deberte nada. Quiero empezar de cero.

Yo también, así que guardo el talón en el bolsillo trasero de los tejanos.

Le he prometido cogerlo, pero no cobrarlo.

Ahora me toca a mí. No sabía si sería el momento adecuado, pero tendrá que serlo. Sobre todo teniendo en cuenta que Jenny se marcha. Se irá en un par de semanas. Me sienta como una patada en el estómago, pero, en parte, quizá sea un alivio. La quiero. La querré siempre, pero tal vez ambas nos manejemos mejor en la distancia. Nos hemos acostumbrado a eso. Tal vez los kilómetros que nos separaron durante años no fueron tanto una barrera sino una forma de conservar la amistad a pesar de lo distinta que se había vuelto nuestra vida. Nos imagino sentadas en una playa de Florida, una al lado de la otra, con una gran jarra de margarita helado en una mesa de mimbre situada entre nuestras hamacas: la escapada obligatoria para ver a tu amiga. ¿Cómo es que en la vida no hemos ido nunca a la playa juntas?

Porque la vez que Lou nos llevó a Atlantic City y nos dejó en un trozo de arena sucia mientras ella se metía en el casino a jugar, después de hacerme prometer que no se lo contaría a mi madre, la verdad es que no cuenta. Este viaje sí contará. Estoy decidida a buscar el momento para hacerlo. Y pronto.

—Yo también tengo algo para ti. Espera, está en el bolso.

—¡Me has regalado el Mercedes de los carritos! ¡Ya vale! —grita Jenny

mientras corro al recibidor y vuelvo con el joyero de plástico oscuro.

—¿Te vas a declarar? Si es eso, la respuesta es sí. Seré tu esposa hermana. ¿Puedo beneficiarme de tu seguro médico?

Pero a Jenny se le congela la risa en cuanto abre la cajita. Dentro están la pulsera de perlas y una nota de Gigi.

Jenny lee las últimas palabras de Gigi en voz baja, las mismas que yo he leído docenas de veces. Desliza la tira de perlas iridiscentes por sus dedos, aún hinchados, hasta ponérsela en la muñeca.

—No pienso quitármela nunca.

—Yo tengo el collar. Es un conjunto.

Me llevo la mano hasta el cordón blanquecino que asoma por el cuello de pico del suéter morado.

—Bueno, al menos no es uno de esos colgantes con medio corazón. Lo nuestro tiene mucha más clase.

Las lágrimas corren por las mejillas de Jen. Nos miramos, apreciando el momento, la paz frágil que disfrutamos ahora. Me recuerda a las semillas de habichuelas que plantamos cuando íbamos a cuarto, y al brote verde diminuto que salió de la tierra, débil y necesitado de luz, pero a la vez prometedor.

—¿Puedo mostrarte algo? —me pregunta Jen.

—Claro.

Jen se acerca a una caja, de donde saca otra hoja de papel. Me la da. No es la letra de Jenny, sino otra más tensa y perfecta.

Leo en silencio, y cuando llego al final, vuelvo al principio y lo releo.

Luego miro a través de la ventana hacia el patio. Apenas distingo tres letras en la valla: A-S-E. No necesito ver el resto. Jen me observa, nerviosa, mordiéndose el labio.

—Es un gesto… bonito.

Está claro que Kevin le ha dedicado tiempo a esta carta; nunca lo había visto expresar tanta emoción. Aunque en cierto modo la veo inadecuada e incluso un poco egoísta. Quiere descargar su conciencia, y eso es imposible.

Cuando imagino a Tamara leyendo esta carta… Pero… ¿quién soy yo para juzgar? ¿Cómo sé lo que esa mujer necesita o no?

—¿De verdad lo piensas?

—Bueno, nada lo arreglará, pero a veces quieres saber que la otra persona te ve y comprende tu dolor.

Es lo máximo que puedo decirle.

—¿Podrías…? —empieza Jen, pero sé lo que me va a pedir antes de que termine la pregunta.

—Sí, puedo llevársela.

Guardo la carta en el bolso, con cuidado. Suelo enviarle un mensaje a Tamara una vez por semana. A veces tiene ganas de hablar y otras se limita responder al mensaje. Pienso mantener el contacto con ella. Con el tiempo, quizá le apetezca salir a comer o a tomar un café. Con el tiempo, quizá podamos ser amigas. Pienso en todas las historias que he cubierto, en todas las personas a las que nunca he vuelto a ver: el hombre que llevó al violador de su hija ante la justicia con sus propias manos, la mujer que perdió a sus tres hijos en el incendio de su piso, la pareja que adoptó unos trillizos que tenían serios problemas de discapacidad. Pasaron por mi vida y yo por la de ellos, y luego, tras unas cuantas semanas de entrevistas y de tiempo en antena, desaparecieron. Esta es la naturaleza del monstruo. Pero Tamara es distinta; la historia es distinta. Esta historia lo ha cambiado todo, incluida yo. Sobre todo a mí.

Nos quedamos de nuevo en silencio. Lo único que se oye son los suaves resoplidos de Chase.

—¿Puff? —susurra Jenny, tan bajo que casi no la oigo.

—¿Sí?

—¿Y qué será de nosotras?

—¿Nosotras?

—¿Volveremos a estar bien?

En lugar de responderle, extiendo una mano hacia la suya, que está apoyada en la mesa. La luz que entra por la ventana hace brillar la pulsera de perlas. Le cojo la mano y la aprieto con fuerza. Dos veces, para decir que sí.

Epílogo

Tamara rebusca en el cajón. Revuelve las pilas, las cajas de tiritas, e incluso un paquete de chicles fosilizados, hasta que encuentra el sobre arrugado que contiene la carta.

Ni siquiera quiso tocarla cuando aquella periodista, Riley Wilson, la dejó encima de la mesa y la empujó hacia ella, despacio, en aquella pequeña cafetería, sin estar muy convencida de lo que hacía. Habían pasado exactamente cuatro meses y tres días desde la muerte de su hijo (ella seguía y sigue contando los días), y Riley se había ofrecido a invitarla a un café para ver si se encontraba bien, algo que Tamara tomó por un bonito gesto.

Desde entonces, se han visto de vez en cuando a lo largo del verano, para tomar cafés y, en una ocasión, una copa. Mantienen una de esas amistades afectuosas pero distantes que se dan entre los miembros de un mismo coro o entre los padres cuyos hijos juegan en el mismo equipo de fútbol, aunque el nexo que las une es mucho más extraño. La verdad es que ella no tiene nada en común con la periodista, pero aprecia el interés que le demuestra y que le pregunte sobre Justin, ahora que a todo el mundo le resulta incómodo hablar de él. Fue a Riley a quien terminó contándole cosas como que el cepillo de dientes de Justin sigue en el cuarto de baño; tiene las cerdas gastadas, y todas las mañanas piensa que ha llegado la hora de tirarlo y de comprarle otro. O cuánto le aterra que se muera el pez de Justin, porque no sabe qué es capaz de hacer cuando suceda.

Siempre que habla de Justin es como si él aún estuviera vivo, como si pudiera creerse que se ha ido a pasar unos días a casa de su abuela. Incluso

después de todo este tiempo, le sigue ocurriendo. Se le olvida. De

repente se pregunta qué andará haciendo Justin, si estará estudiando para el examen de química o jugando a videojuegos en casa de Ty. Una vez incluso cogió el coche para ir a buscarlo al colegio, hasta que, a medio camino, recordó que Justin no estaba allí. Ni en casa de Ty. Ni en ningún otro sitio. Justin ya no estaba. Sin embargo, estaba por todas partes: veía su sonrisa desdentada en aquel mural de Diamond Street y, hacía apenas una semana, se topó con un hombre en el supermercado que llevaba una camiseta con su cara estampada, una foto sobre algodón negro que resultaba tan vívida que se acercó a tocarla. El individuo la apartó con brusquedad. «¿Qué coño hace, señora?», le soltó, porque no sabía que se trataba de su hijo, ni que lo único que ella quería era acariciar aquella cara.

Tamara saca la carta del cajón. Ahora le tiemblan las manos. No fue capaz de leerla cuando Riley se la dio. A una parte de ella le daba igual lo que ese hombre tuviera que decirle. No cambiaría nada. Lo único que le reportaba un mínimo de satisfacción era pensar en Travis Cameron, condenado a diez años de cárcel. Cameron, que no sentía el menor remordimiento, que ni siquiera tuvo la decencia de mirarla a la cara mientras ella desgranaba su testimonio entre sollozos, que repitió hasta la saciedad que él solo «cumplía con su trabajo». A veces dedica un rato a imaginar cómo debe de ser su vida en la cárcel y eso le provoca una oleada de placer. Luego se siente un poco culpable. No mucho.

Wes fue el primero en leer la carta. «Merece la pena que la leas, hermana», le dijo cuando acabó. Y ella lo hizo, pero no sintió nada. Tal como le había dicho a la esposa de Kevin Murphy, esa chica que tuvo el valor de poner cara de pena cuando coincidieron en los servicios del juzgado, ella no quería disculpas. Sin embargo, guardó la carta, escondida en un cajón… Y la lee ahora porque ayer mataron a otro chico: un joven de

diecinueve años, con la cabeza llena de rizos y unos brazos fuertes que le recuerdan a los de Justin. Sucedió en la zona oeste de Baltimore; el adolescente recibió doce impactos de bala por la espalda, presuntamente por haber intentado robar un coche. El fervor y la ira le son familiares, se han convertido ya en una máquina bien engrasada. Ella forma parte de ese círculo íntimo, un club del que nadie quiere ser miembro: el de las madres lastradas por el dolor. Durante toda la mañana, el teléfono ha vibrado con docenas de mensajes y llamadas. Ya está lista para sacar el sombrero de Madres del Movimiento, para ir hasta Baltimore, para asistir a las marchas.

Para recorrer todos los pasos de este ritual desolador y, según parece,

interminable. Dentro de unos minutos llamará a la madre del chico y ambas se quedarán calladas, porque no les hará falta decir nada. El silencio comunicará más que un puñado de palabras. Al fin y al cabo, ¿para qué sirven las palabras?

Suelta la carta, se aferra a la encimera, aprieta los dientes y espera a que pase el momento de desesperación. Llega de repente, sin previo aviso, teñido de una sensación de desconsuelo tan potente que le roba el aire. La sensación de que nadie lo entiende y de que nada va a cambiar nunca. De que los blancos seguirán con su vida: brindarán al negro de turno un instante de su compasión y acto seguido se preguntarán qué diablos les pasa, por qué no consiguen avanzar, qué les impide portarse bien de una vez por todas y hacerle caso a la policía. Esos blancos que envían a sus hijos al colegio con la absoluta confianza de que volverán a casa sanos y salvos.

Los mismos que siguen con su vida de siempre, y que, por extraño que parezca, hacen oídos sordos a esos gritos que piden a Dios que dejen de matar a sus hijos, que deje de justificarse a los asesinos.

Es lo único que aprecia de esta carta. El hecho de que él no intente justificarse. Hay cosas que no tienen justificación alguna. Aun así, la carta

no le transmite paz, ni calor. Nada lo hará. Pero los días buenos, cuando el sol brilla y los recuerdos de su hijo se vuelven más fuertes que nunca, cuando siente que aún lo tiene en casa, se permite creer que tal vez, solo tal vez, existe un mundo donde ninguna madre se ve obligada a pasar por este trance. Se permite creer que la gente es buena, que las cosas pueden cambiar. Que la muerte de Justin ha servido para algo. Y luego coge esa almohada que aún no ha lavado, se la lleva a la cara y se deja embargar por la esperanza.

Sin embargo, hoy no es uno de esos días. No puede serlo cuando hay otra madre que llora.

Agradecimientos

Hace falta un gran equipo para publicar un libro. Estamos muy agradecidas al nuestro. Tal vez sea poco ortodoxo empezar dándonos las gracias la una a la otra, pero es así como lo vamos a hacer. Escribir esta novela juntas ha fortalecido nuestra amistad y nuestra relación profesional de muchas y distintas formas. No siempre ha sido fácil —nada que merezca la pena lo es nunca—, pero el objetivo siempre fue crear algo que ninguna de las dos podría haber realizado sola, y

resulta muy gratificante comprobar que lo hemos logrado. Contar con una compañera convierte el proceso de escritura, normalmente solitario, en algo mucho más compartido. Jo, gracias por enseñarme a poner los guiones de diálogo, y por tu paciencia cuando yo los olvidaba una y otra vez… Por suerte, me lo estampaste en una taza para que lo recordara siempre. Y, Christine, gracias por aparecer tan bien vestida en nuestras reuniones online. Nunca olvidaré ese albornoz.

Estamos en deuda con muchos de los primeros lectores de este libro, y con las personas que fueron lo bastante generosas como para permitir que las entrevistáramos: todos ellos nos ofrecieron apuntes y reflexiones de un valor incalculable. De manera que gracias a: Kelly Robbins, Darrell Jordan, Shauna Robinson, Kate Kennedy, Brenda Copeland, Melissa Danaczko, Kara Logan Berlin, Chelley Talbert, Matthew Horace, Julie Kauffunger, Karyn Marcus, Laura Lewis, Molly Goodson, Glynnis MacNicol, Amy Benzinger, Dave Williams, Cyndi Doyle, Dawn Turner, Lashanda Anakwah; y al club de lectura de Jo: Emily Foote, Leslie Mariotti, Alison Goldblum, Sarah Pierce, Dana Duffy, Gabrielle Canno, Johanna Dunleavy y

Nydia Han. Y un agradecimiento especial a Dan Wakeford por haber sido un animador tan estupendo (y tan guapo).

Sacar este libro al mundo no fue tarea fácil. No encuentro las palabras para describir lo felices que estamos de que acabara en manos de Atria y de HQ, y de dos grandes profesionales de la edición.

Gracias a Lindsay Sagnette y a Manpreet Grewal por el cuidado y la pasión que pusisteis en esta historia, y por tratar a Riley y a Jen como si fueran amigas vuestras. Y a todo el equipo de Atria y de HQ: sabemos que estáis ahí, os apreciamos, no podríamos haberlo hecho sin vosotros.

También me gustaría añadir un agradecimiento especial a Laywan Kwan, por el diseño de una cubierta que nos enamoró a primera vista.

Nuestros agentes, Pilar Queen y Byrd Leavell, creyeron en este libro desde la primera vez que lo leyeron. A pesar de los giros imprevisibles que se produjeron durante la escritura, a los que se añadió uno de los años más locos de la historia moderna, ambos se convirtieron en puertos donde refugiarse de las tormentas y nos infundieron la confianza necesaria para seguir adelante. Siempre os estaremos agradecidas por vuestra amabilidad, vuestro entusiasmo, vuestra tenacidad, y por ser dos de las mejores personas del mundo editorial.

Y eso que era una competición dura, porque, dado que las dos llevamos más de dos décadas en contacto con esta industria desde varias perspectivas distintas, hemos tenido la suerte de contar con algunos de los colegas, mentores, guías creativos y amigos más curiosos, generosos y alentadores.

La lista es demasiado larga para desgranarla aquí, pero ya sabéis quiénes sois y también lo mucho que os apreciamos.

Y ahora pasemos a los agradecimientos individuales…

Jo:

Siempre me preocupó que ser madre pusiera fin a mi carrera de escritora.

¿Cómo iba a poder permitirme el capricho de desaparecer en mundos de ficción mientras intentaba mantener con vida a esos pequeños seres humanos? Me alegra confirmar que mis hijos, Charlie y Bea, me han convertido en una escritora mejor, más feliz y más prolífica en muchos sentidos, pero sobre todo por abrirme el corazón a nuevos aspectos de la experiencia humana. Gracias a mi madre, Tracey Piazza, por acoger a los dos monstruitos durante un montón de noches, para que yo tuviera tiempo para escribir, para dormir y para respirar. Gracias también por ser mi mayor fan. Y a Tshiamo Monnakgotla por querer a mis hijos como si fueran suyos y permitirme ser madre y trabajadora. Mi sufrido marido, Nick Aster, es la única persona del planeta, además de mi madre, que ha leído todo cuanto he escrito, y no paró de leer y de criticar este libro una y otra vez, incluso cuando le prometí que estaba terminado. Por supuesto, un libro nunca se termina del todo. Gracias, cariño. Diez mil años de amor.

Christine:

Citando las palabras inmortales de la listísima Mindy Kaling, «un amigo íntimo no es una persona, es una grada», y yo tengo la enorme suerte de tener a tanta gente en esa grada que a veces esta amenaza con desplomarse.

Sois tantos que no habría espacio para nombraros a todos, pero sabéis quiénes sois y lo perdida que estaría sin vosotros. Lo que quizá no sepáis es lo mucho que agradezco contar con vosotros, y lo mucho que os quiero, porque casi escapa a mi comprensión. Sin embargo, es verdad, la mayor verdad de mi vida. Y aquí viene otra: este libro no existiría sin vosotros.

No solo cuento con los mejores amigos, también soy afortunada en el terreno familiar. Sentarse a jugar al póquer con los Pride, o en torno a una mesa rebosante de las famosas costillas de John Pride, o en la parte trasera de la furgoneta familiar, de camino a Alabama, con Sam Cooke sonando, son solo unos pocos de los millones de experiencias y recuerdos que,

cosidos unos con otros, conformaron la infancia más feliz que cualquier niña podría desear. Y eso se debe sobre todo a mis padres, las dos mejores personas que conozco. Sus palabras y sus actos me enseñaron que no importa lo lista, exitosa o popular que seas, lo único para lo que deberías esforzarte es para ser una buena persona. He intentado vivir conforme a esa filosofía y me ha ido bien. Estoy contenta de haber escrito un libro aunque solo sea para disponer de un foro público donde imprimir estas palabras: *Gracias a John y a Sallie por ser como sois, y por ayudarme a que yo sea quien soy. Nunca podré pagaros vuestro apoyo inquebrantable, vuestros sabios consejos, vuestra calma, vuestro alegre optimismo y vuestra infinita generosidad (ni, por supuesto, vuestras bromas, que han sido muchas).*

Pero hay algo de lo que no me cabe ninguna duda: hacer que estéis orgullosos de mí le da sentido a todo.

Una apasionada novela sobre la amistad, la

identidad racial y la lucha por la justicia.

Jen y Riley son amigas desde la infancia y, aunque sus vidas tomaron caminos distintos, han logrado permanecer unidas como hermanas. Jen se casó muy joven y, tras varios años intentándolo, por fin se ha

quedado embarazada. Riley, en cambio, siempre quiso ser periodista y en la actualidad está a un paso de convertirse en la primera presentadora negra del canal de noticias de Filadelfia, su ciudad natal.

Sin embargo, este profundo vínculo se resquebraja cuando el esposo de Jen, un agente de policía, se ve envuelto en un tiroteo contra un adolescente negro que iba desarmado. En la recta final de su embarazo, Jen se siente inmersa en un pozo de incertidumbre donde han arrojado su futuro, la libertad de su marido y su amistad con Riley. Por su parte, cuando Riley debe cubrir la noticia del suceso, tendrá que lidiar con las emociones que le manan por el afecto hacia su amiga blanca y el devastador impacto que ha provocado el incidente en su comunidad.

Emotiva y honesta, esta sobrecogedora historia explora el racismo y cómo este impregna la vida de las personas en una sociedad profundamente dividida.

Christine Pride es escritora y editora. Su carrera en el mundo editorial se ha desarrollado en importantes sellos como Doubleday, Broadway, Crown, Hyperion y Simon & Schuster. Como editora, Christine ha publicado una variedad de libros, poniendo especial atención en las historias inspiracionales y memoirs, y ha logrado que muchos de ellos encabezaran las listas de los más vendidos en *The New York Times*.

Como asesora freelance, realiza trabajos de edición y propuestas de proyectos, y también ejerce de profesora y *coach*. Además escribe regularmente la columna «Race Matters» para el blog *Cup of Jo*.

En la actualidad vive en Nueva York.

Jo Piazza es una galardonada periodista, editora y presentadora de pódcasts. Ha colaborado con *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, CNN, *Marie Claire*, *Glamour*, entre otros prestigiosos medios. Cursó un master en Periodismo en la Universidad de Columbia, un master en Estudios Religiosos en la Universidad de Nueva York y es licenciada en Económicas por la Universidad de Pennsylvania. Además es autora de varios libros.

Vive en Filadelfia con su marido y sus dos hijos.

Document Outline

- No somos como ellos
- Prólogo
- 1. Riley
- 2. Jen
- 3. Riley
- 4. Jen
- 5. Riley
- 6. Jen
- 7. Riley
- 8. Jen
- 9. Riley
- 10. Jen
- 11. Riley
- 12. Jen
- 13. Riley
- 14. Jen
- 15. Riley
- 16. Jen
- 17. Riley
- Epílogo
- Agradecimientos
- Sobre este libro
- Sobre Christine Pride y Jo Piazza
- Créditos